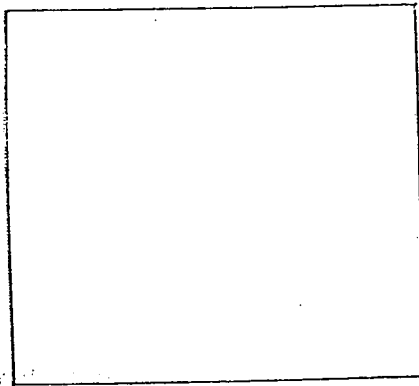


giacomo marramao

**lo político y las
transformaciones
crítica del capitalismo
e ideologías de la
crisis entre los años
veinte y treinta**

traducción de
alfonso garcía ruiz
josé aricó



95

CUADERNOS
DE
PASADO Y
PRESENTE

BIBLIOTECA
José María Aricó



ÍNDICE

ADVERTENCIA

7

INTRODUCCIÓN

13

1. Aspectos metodológicos y aspectos políticos de la "crisis del marxismo", 16; 2. La "racionalización" en Weber y Schumpeter y el revisionismo "neoclásico" de la socialdemocracia de los años veinte, 26; 3. El viraje de los años treinta y las metamorfosis de lo político. La tradición francfortense y las nuevas teorías del "estado tardo-capitalista", 38.

PRIMERA PARTE

TRANSFORMACIONES CAPITALISTAS Y MOVIMIENTO OBRERO/
LOS "MARXISMOS" FRENTE A LA CUESTIÓN DEL ESTADO

71

I. TEORÍA DEL DERRUMBE Y CAPITALISMO ORGANIZADO.
EN LAS DISCUSIONES DEL "EXTREMISMO HISTÓRICO"

73

1. Capitalismo y crisis en el debate sobre la organización: entre Lenin y Kautsky, 76; 2. Las vicisitudes de la "teoría del derrumbe" y la génesis del "Linksradikalismus", 81; 3. Crisis imperialista y "actualidad de la revolución": la fase "leninista" del "Linksradikalismus", 85; 4. Las "dos almas" del Linkskommunismus, 91; 5. La fase teórica del comunismo de izquierda y los nuevos términos del problema de la crisis, 96; 6. El modelo dinámico de Grossmann y la matriz común de planismo y derrumbismo. De la "crisis general imperialista" al "capitalismo de estado", 107.

II. TEORÍA DE LA CRISIS Y EL PROBLEMA DEL ESTADO. AL
MARGEN DE LA KONSTITUTIONSPROBLEMATIK

118

Advertencia, 118; 1. Inmanencia de la crisis y Gesamtkapital, 119; 2. La crítica de Korsch a la "teoría del derrumbe", 123; 3. Exposición dialéctica y teoría de la crisis, 127; 4. "Caída tendencial" y relaciones de producción en el análisis de Grossmann, 131; 5. Derrumbe o revolución: una polémica entre Anton Pannekoek y Paul Mattick, 134; 6. Unidad desarrollo-crisis contra dualismo producción/mercado, 139; 7. Crisis y forma de mercancía, 143; 8. Representación científica y proceso histórico: la problemática de la constitución, 147; 9. Proceso de reproducción y papel del estado, 149.

primera edición en español, 1982
© ediciones pasado y presente
impreso y distribuido por siglo XXI editores, s.a.
av. cerro del agua 248, México 20, d.f.

ISBN-968-23-1092-X

título original: il politico e le trasformazioni
© de donato editore, spa.
lungomare nazario sauro, 25, bari, italia, 1979

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en México
printed and made in Mexico

III. "TÉCNICA SOCIAL", ESTADO Y TRANSICIÓN ENTRE SOCIALDEMOCRACIA WEIMARIANA Y AUSTROMARXISMO 154

1. Autonomía de la *Macht* y "legalidad económica" en Hilferding, 154; 2. La crítica austromarxista a la teoría del "capitalismo organizado", 161; 3. El juicio sobre octubre y la anomalía del caso austromarxista, 163; 4. Desarrollo capitalista y política del movimiento obrero: la crítica de Bauer al mecanicismo segundointernacionalista, 169; 5. Las controversias de los años veinte sobre la teoría política del marxismo y la idea estatista-garantista de "transición", 175; 6. La "crisis del parlamentarismo", la teoría del "estado de equilibrio" y los límites de la "refundación" crítica del marxismo, 182.

SEGUNDA PARTE

CONTRIBUCIÓN AL ANÁLISIS CRÍTICO DE LA ESCUELA DE FRANCFORT 191

I. DE LA CRISIS DEL "MERCADO AUTORREGULADO" AL "ESTADO AUTORITARIO". NOTAS SOBRE LA RELACIÓN DE ECONOMÍA POLÍTICA Y "TEORÍA CRÍTICA"

1. La crítica de la economía política y los fundamentos epistemológicos del análisis del capitalismo. La tentativa de Henryk Grossmann, 195; 2. De la crisis del capitalismo competitivo a la inversión de la tendencia. El "nuevo objeto" del análisis de Pollock, 206; 3. Socialización del trabajo y "teoría crítica". La crítica de la economía política como condición de la "factibilidad de la historia", 219.

II. RACIONALIZACIÓN CAPITALISTA Y SOLUCIÓN TOTALITARIA. EL FASCISMO ALEMÁN EN EL ANÁLISIS DE ALFRED SOHN-RETHEL 227

1. Preludio: la división capitalista como efecto de la racionalización, 230; 2. El ordenamiento conflictivo de la "fase de estabilización", 232; 3. La Illusionspolitik de la socialdemocracia, la utopía del "socialismo conservador" y la obra maestra proyectiva de Hjalmar Schacht, 235; 4. Pluralismo corporativo y salida fascista: los límites de la teoría del "capitalismo monopolista de estado", 240; 5. El "doble carácter" del capitalismo maduro: "economía de producción" y "economía de mercado", 244; 6. Las aporías de la interpretación sohn-retheliana del nacional-socialismo y las aportaciones de la "pluralismustheorie": Del dilema "primacía de la política"- "primacía de la economía", 252.

ÍNDICE DE NOMBRES

263

ADVERTENCIA

Las complejas vicisitudes políticas y teóricas del marxismo europeo entre los años veinte y treinta encuentran en las elaboraciones, en las discusiones, en las polémicas sobre los procesos de metamorfosis del capitalismo un punto de excepcional clarificación. Podríamos afirmar que ellas reflejan lo que Max Horkheimer, el máximo exponente de la "teoría crítica", había definido como "crisis de la ciencia", indicando con esta expresión las dificultades de adecuación de la teoría marxiana de la sociedad a las transformaciones iminentes del capitalismo entre las dos guerras.

Organizado en torno a una exhumación de los distintos protagonistas de aquel debate —de Karl Korsch a Henryk Grossmann, de Rudolf Hilferding a Otto Bauer, de Anton Pannekoek a Paul Mattick, Friedrich Pollock, Alfred Sohn-Rethel, etc.—, enriquecido por la confrontación con la vastísima ensayística sobre este período histórico excepcional, la obra de Marramao encuentra su razón de ser en la explicitación de la hipótesis general de que el pasaje de los años veinte a los treinta perfila un punto neurálgico, un laboratorio incandescente dentro del cual se liberan conflictos y líneas de tendencia cuyas consecuencias y propagaciones aparecen, en la crisis moderna, como fuertemente condicionantes: tanto para la teoría como para la práctica, para las ideas de "progreso", "desarrollo", "transformación", como para las experiencias efectivamente realizadas por los actores sociales. Analizando los términos con base en los cuales las distintas versiones del marxismo se han confrontado con el nudo de la relación entre formas de las políticas y transformaciones capitalistas, entre marxismo y nuevas formas, democráticas y no, de control y mando del capitalismo maduro, los ensayos aquí recogidos destacan con fuerza cómo los puntos de contacto y de intersección entre el marxismo (entendido en sentido lato, y por tanto incluyendo a sus variantes "críticas" como la Escuela de Francfort), y los desarrollos de las ciencias políticas y sociales propias de la cultura centroeuropea, signaron no sólo una deformación de Marx, sino también una tentativa de redefinición de sus postulados teóricos, a partir del impulso impreso a los procesos de transformación y de los virajes realizados por el pensamiento científico de este siglo. De aquí resulta particularmente evidenciado el valor, también liberador, de

la discusión sobre la "teoría política del marxismo", entendida como búsqueda de las respuestas posibles al problema de la relación —aun hoy concebida desde una perspectiva mecanicista— entre crítica de la economía política y crítica de la política.

Giacomo Marramao estudió filosofía en la universidad de Florencia y sociología y política en la universidad de Francfort, donde realizó tareas de investigación desde 1971 hasta 1974 en el Institut für Politikwissenschaft. Entre sus obras principales podemos mencionar, *Marxismo e revisionismo in Italia* (Bari, De Donato, 1971), *Austromarxismo e socialismo di sinistra fra le due guerre* (Milán, La Pietra, 1977); *Tra bolscevismo e socialdemocrazia: Otto Bauer e la cultura politica dell'austromarxismo*, en *Storia del marxismo*, III/1 (Turín, Einaudi, 1980). En la actualidad enseña Filosofía de la política e Historia de las doctrinas políticas en el Instituto oriental de Nápoles. Es además redactor de *Problemi del Socialismo y Laboratorio Politico*. En nuestra serie de Cuadernos de Pasado y Presente, se han incluido trabajos de Marramao en *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?* (núm. 78); *La crisis del capitalismo en los años veinte* (núm. 85); *Teoría marxista de la política* (núm. 89).

PASADO Y PRESENTE

A Gabriella

El historicismo representa la imagen eterna del pasado; el materialismo histórico una peculiar experiencia de él, una experiencia que se presenta en su unicidad. La eliminación del momento épico por obra del momento constructivo resulta ser la condición de esta experiencia. En ella son liberadas aquellas poderosas energías que en el "érase una vez" del historicismo permanecen aprisionadas. Hacer actuar la experiencia de la historia, que para todo presente es una experiencia originaria, ésta es la tarea del materialismo histórico, el que se dirige a una conciencia del presente que hace deflagrar la continuidad de la historia.

WALTER BENJAMIN

Los teóricos clásicos semejan geómetras euclidianos en un mundo no-euclidiano que, al descubrir que en la experiencia dos rectas aparentemente paralelas con frecuencia se encuentran, reprochan a las líneas no permanecer derechas, como único remedio para las desgraciadas colisiones que se verifican; mientras que en la realidad no hay otro remedio que el de rechazar el axioma de las paralelas y construir una geometría no-euclídea.

JOHN MAYNARD KEYNES

INTRODUCCIÓN

“El capitalismo”, escribía Schumpeter en 1928, “está viviendo [...] un proceso de metamorfosis tan visible, que no es posible discordar en la constatación: el desacuerdo puede darse solamente en cuanto al modo de interpretarlo”.¹ El objeto del presente libro consiste en documentar críticamente la medida, la intensidad y las características de ese “desacuerdo” dentro del campo marxista. La razón próxima de los estudios aquí reunidos —redactados a lo largo de los últimos seis años— se desprende del supuesto general de que la transición de los años veinte a los años treinta constituye un punto neurálgico, un laboratorio incandescente del que se liberan conflictos y líneas de tendencia cuyas consecuencias y ramificaciones extremas se muestran, en la crisis moderna, más condicionantes que nunca. Esto es válido, obviamente, tanto para la *teoría* como para la *práctica*, para las ideas de *proyecto*, *desarrollo*, *transformación*, no menos que para las experiencias realizadas efectivamente por los actores sociales.

Todos los ensayos —a pesar de presentar sensibles variaciones de énfasis y a pesar de atestiguar un desarrollo del discurso que avanza a través de autorrevisiones y correcciones internas— ponen a prueba, desde diversos puntos de vista, los términos en que las diversas versiones del marxismo (o más simplemente, los “marxismos”, como afirmaba una terminología ya establecida ampliamente) se enfrentan con el nudo de la relación entre las formas (cambios de forma) de la política y las transformaciones capitalistas. Creemos que constituyen algo más que una simple colección (y por esta misma razón hemos preferido disponerlos de acuerdo con un criterio rigurosamente histórico-temático, más bien que de acuerdo con el orden cronológico de su aparición original), representando en cierto modo el balance de un ciclo de investigaciones y de debates. La simple consideración del carácter rapsódico de la investigación y de la autolimitación temática intencional (por cortes transversales y seccionales) de las que parten los diversos ensayos ponen en evidencia que de este balance no emana ninguna

¹ J. A. Schumpeter, “The instability of capitalisms”, en *The Economic Journal*, 1928, p. 368 (trad. al esp. parcial en Claudio Napoleoni, *El futuro del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1978, p. 197.

proposición definitiva, sino más bien la prospección de ulteriores problemas e hipótesis de trabajo.

Otra de las razones fundamentales que me indujeron a reunir estos estudios radica en la convicción de que, si por un lado la invitación de Norberto Bobbio² a discutir de nuevo *radicalmente* el problema de la “teoría política del marxismo” tiene un carácter no académico sino liberador, por el otro, sólo puede recibir una respuesta adecuada en el terreno de la confrontación del movimiento obrero con los grandes procesos de transformación capitalista y con la incidencia de lo político *en ellos* y *sobre ellos*. En este punto se hacen necesarias dos puntualizaciones “metodológicas”.

1. En primer lugar hay que rechazar decididamente la tendencia —cada vez más frecuente en las publicaciones italianas de los últimos años— a tratar los términos “marxismo” y “movimiento obrero” como sinónimos. Es característico de esta tendencia el procedimiento de “reducción a sistema” que homologa, con un acto de violencia arbitraria, tanto a la historia como a la teoría, las múltiples expresiones de un fenómeno político-cultural dentro de una unidad indiferenciada. A esta operación de reducción a sistema le corresponde una representación particular de la relación entre teoría (marxismo) y práctica (movimiento obrero —con sus experiencias de lucha y sus “desembocaduras estatales”) en términos rígidamente monocausales: movimiento obrero como la fiel (por lo tanto la única posible) realización del marxismo. Es realmente singular que este procedimiento no toque para nada —y sólo lo invierte— el esquema justificacionista sedimentado en la “conciencia de sí” de la *vulgata* hegemónica de la Segunda y de la Tercera internacional: la teoría reducida a utensilio de la táctica, el marxismo petrificado en una “ciencia de legitimación”.³ Ya a principios del siglo, los movimientos obreros de masa occidentales se presentaban, en realidad, como un conglomerado no homogéneo sino complejo de factores socioculturales. Al mismo tiempo se asiste, en el pleno ascenso de la Segunda internacional, a una pluralización del mismo marxismo y a una multiplicación correspondiente de los puntos de intersección entre el “revisionismo” y las

² Me refiero, obviamente, a los ya famosos artículos con los que Bobbio abrió, en 1975, el debate en *Mondoperaio*, publicado después en forma completa en el volumen *Il marxismo e lo Stato*, Roma, 1976. [Hay edic. en esp.]

³ La expresión es de Oskar Negt, “Marxismus als Legitimationswissenschaft. Zur Genese der stalinistischen Philosophie”, en A. Debordin-N. Bujarin, *Kontroversen über dialektischen und mechanistischen Materialismus*, Francfort, 1969, pp. 7-48.

ciencias sociales “burguesas”. En la primera parte de este libro tratamos de poner en evidencia en qué medida este fenómeno forma un contexto de interacción con las nuevas tendencias del desarrollo capitalista delineadas desde los años de la Gran depresión, y con qué intensidad esto produce una complicación del diagrama de las relaciones entre la elaboración teórica de los intelectuales marxistas y las decisiones prácticas de los partidos obreros.

2. En segundo lugar, hay que librarse, en mi opinión, de los comprometidos con la “filosofía de la historia” y encerrados en el esquema (hermenéutico y normativo al mismo tiempo) “crisis-expansividad del marxismo”: debido a un milagroso movimiento cíclico, cada vez que el marxismo entra en crisis, tiene la posibilidad de superarla regresando a las fuentes y desarrollando sus impulsos originales. Como tuve ocasión de presentar en otra parte,⁴ esta visión optimistamente expansiva del “ciclo marxista” corre peligro de cumplir una función consolatoria —científica y políticamente defensiva— simplificando drásticamente, para desgracia de su misma pretensión de “dialecticidad”, una vicisitud más bien compleja y segmentada. El itinerario ya secular del marxismo no consiste, de hecho, únicamente en crisis y avances-realizaciones mediados por regresos precisos a Marx: está marcado también por pérdidas y por *permanencias* de estas conquistas que han sido “interiorizadas” como verdaderos puntos sin regreso, por la parte más avanzada y sensible del pensamiento “burgués”, hasta el punto de convertirse en patrimonio del mundo y del sentido común contemporáneo.

Resulta igualmente inadecuado el esquema lineal, sustancialmente unívoco, que sirve de base a la polarización interpretativa (la versión “oficial” y la versión “herética”) que resuelve las relaciones del marxismo con Marx en términos de un “desarrollo” o de una “deformación”. También en este caso el marco de las relaciones efectivas se presenta mucho más discontinuo y diversificado que lo que dejan traslucir estos supuestos ideológicos. Si es cierto que una parte del marxismo (o algunos “marxistas”) deformaron en muchos aspectos a Marx, es igualmente cierto que ha habido muchos teóricos marxistas que no se limitaron a “regresar a Marx” (aunque éste ha sido, por otra parte, un modo —tal vez más sofisticado y elegante, si bien no menos funesto— de “deformarlo”) sino trataron de redefinir los postulados teóricos bajo el impulso impreso a la investigación política por los procesos de transfor-

⁴ G. Marramao “Sistema politico, razionalizzazione, ‘cervello sociale’”, ahora en Varios autores, *Discutere lo Stato*, Bari, 1978.

mación y por los virajes realizados por el pensamiento científico del presente siglo.

Con estas precisiones preliminares debería resultar más claro desde qué punto de vista los ensayos presentados aquí tratan de poner a prueba algunas fases de la elaboración teórica, que expresan en forma simbólica las directrices que parten de estos puntos de contacto y de intersección entre el marxismo (entendido en un sentido amplio, que abarca sus variantes "críticas", como por ejemplo la Escuela de Francfort) y los avances sufridos por las ciencias sociopolíticas dentro del ámbito de la cultura centroeuropea. Sobre el valor de los análisis contenidos en ellos y sobre las modificaciones no secundarias del planteamiento que les sirve de base hay que introducir, aunque sea de manera esquemática, algunas líneas de reflexión.

1. ASPECTOS METODOLÓGICOS Y ASPECTOS POLÍTICOS DE LA "CRISIS DEL MARXISMO"

En el primer capítulo de la segunda parte, en el segundo capítulo de la primera parte (que corresponden a los ensayos más antiguos de esta colección, redactados entre el final de 1972 y 1974), y en parte también en el estudio con el que empieza el libro, se señalan con fuerza las tentativas emprendidas por teóricos marxistas como Grossmann, Mattick y Kalecki, que trataron de "reactivar" la estructura categorial de la crítica de la economía política, desarrollando el lado de la *dinámica*. Aunque todavía estoy convencido de la importancia central de este aspecto, en la actualidad mitigaría sensiblemente el juicio sobre los dos primeros, ya sea con relación a las premisas metodológicas, ya sea con respecto a la "validez" de sus modelos frente a las novedades surgidas de la "gran transformación"⁵ —y en consecuencia frente a su capacidad de producir, aunque sea de manera indirecta, una unión eficaz con el análisis de las *formas políticas* de la crisis. Las razones de esta rectificación parcial del juicio se encuentran en todo caso a caballo con la evaluación histórico-crítica de las contribuciones de Grossmann y Mattick; o sea, dependen de una profundización y una revisión sustanciales de mi posición anterior respecto de las potencialidades "expansivas" de una crítica de la economía política (en el sentido ortodoxamente marxiano del término), como clave teó-

⁵ K. Polanyi, *The great transformation*, Nueva York, 1944 [K. Polanyi, *La gran transformación*, México, Juan Pablos, 1975].

rica adecuada para comprender la nueva configuración ("estructural" y "fenomenológica") del capitalismo contemporáneo.

Aquí debo precisar, sin embargo, que la actitud distinta a la que he llegado (y que se evidencia sobre todo a través del planteamiento teórico que sirve de base al último capítulo, dedicado a Sohn-Rethel y al debate político-historiográfico sobre la naturaleza del nacionalsocialismo) se refiere sólo en una mínima parte a los problemas de "reconstrucción" del modelo científico marxiano (que se pueden considerar en general agotados después de las numerosas contribuciones y debates de esta posguerra sobre la lógica de *El capital*; no es concebible un avance en este campo salvo en términos de una integración crítico-textual y de precisión filológica). Se refiere más bien a su colocación histórico-epistemológica y, en consecuencia, a la *vaexata quaestio* —sobre la que se vuelve repetidas veces en este libro— de la relación entre la crítica de la economía política y la crítica de la política.

Quisiera, a este propósito, advertir que siempre consideré estéril —señal del carácter político subordinado que confunde la búsqueda de la autonomía teórica con el autoaislamiento en un guetto separado de los círculos más avanzados del debate científico y cultural contemporáneo— la búsqueda obsesiva de una "deducción" (*Ableitung*) de la forma-estado a partir del aparato lógico-categorial de la crítica de la economía política, que se había perfilado en la primera mitad de los años sesenta en el debate marxista germano-occidental.⁶ Ya desde los ensayos mencionados anteriormente, que se sitúan también dentro de esas discusiones y atacan las tendencias (diametralmente opuestas a la hipótesis de la *Ableitung*) del posfrancfortismo a una reducción a términos clásicamente empiristas del análisis de las formas políticas, adopté una posición contraria a la reducción de la crítica de la política a la crítica de la economía política, señalando que en el Marx maduro la "dialéctica", lejos de configurarse como una ley general del curso histórico, se circunscribe críticamente a la *Darstellungsweise*, al "modo de exposición". La relación entre la metamorfosis categorial y la crítica de la política no se podía formular, por lo tanto, en los términos mecanicistas de la dependencia-deducción lineal, sino más bien en los constructivo-proyectivos de la "constitución". Lo que no obstó, sin embargo, para que mi posición de entonces concibiera las dos fases como *absolutamente contextuales*, estableciendo entre ellas una especie de correspondencia bilateral: no hay

⁶ El debate se desarrolló sobre todo en las revistas *Probleme des Klassenkampfes*, *Das Argument* y *Die Gesellschaft*.

ciencia, determinada histórica y morfológicamente, de la política sin un desarrollo-reactivación de la estructura categorial de la crítica de la economía política. La primera terminaba, de esta manera, por ser, si no la emanación directa de la segunda (como en los “técnicos” de la *Ableitung*), estrictamente interdependiente con sus potencialidades explicativas de la morfología capitalista. En esa época no albergaba dudas con respecto a estas potencialidades; por lo que se establecía una especie de relación biunívoca entre la “fase morfológica” y el nivel de la crítica de la economía política. Este tipo de posición siguió caracterizando, por otra parte, hasta hace algunos años, la discusión marxista italiana, que, hacia el final de los años sesenta había madurado un significativo distanciamiento con respecto a la polaridad historicismo-dellavolpismo, tomando, dentro de una trayectoria teórico-política, la problemática de la formación social como objeto de su propia exposición.⁷

Pero lo que ha entrado en crisis actualmente es precisamente la relación biunívoca, la certeza de que la crítica de la economía política era intrínsecamente capaz de fungir como *explanans* de la morfología capitalista contemporánea. La rápida evolución sufrida por el debate de estos últimos años, bajo la presión de los problemas reales, impone en nuestros días como tarea prioritaria la de una relativización, aun por parte del marxismo, del proyecto científico consignado en *El capital* y en las *Teorías sobre la plusvalía*. También yo soy de la opinión de que esto no puede ocurrir si no es a través de una confrontación epistemológicamente actualizada. No creo, sin embargo, que fácilmente se pueden “ajustar cuentas con Marx” mediante una crítica que parta de la equivalencia entre la temática del “fetichismo” y la temática de la “alienación” (que corresponden a fases distintas —no necesariamente opuestas, como pretende Althusser, sino en todo caso bien determinadas desde el punto de vista contextual— de la elaboración marxiana); y mucho menos que se pueda considerar cerrada de una vez por todas la discusión sobre la lógica de *El capital* echándole en cara a Marx una presunta falta de distinción entre “contradicción dialéctica” y “oposición real”.⁸ No tiene caso aquí ni es el lugar adecuado para despertar una vez más la discusión sobre estos proble-

⁷ Para una discusión crítica de este pasaje remito a mi ensayo “Dialectica della forma e scienza della politica” en *Critica marxista*, núm. 6, 1975. [Incluido en *Teoría marxista de la política*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 89, México, 1981].

⁸ Cf. L. Colletti, “Marxismo e dialettica”, en *Intervista politico-filosofica*, Bari, 1974.

verberaciones utopistas de sus ideas de extinción del estado y de mas. Me bastará recordar únicamente que la línea de estudio que va desde Otto Morf y Roman Rosdolsky hasta las más recientes investigaciones de Helmut Reichelt y Hans Georg Backhaus delimitó en forma rigurosa el significado y el papel de la “dialéctica” en la crítica de la economía política; significado y papel que se desarrollan únicamente *en el interior* de la estructura dinámica del “modo de exposición”. La forma dialéctica de la “presentación” es, para el Marx maduro, la *única* adecuada para su propio objeto —las prerrogativas “esenciales” del modo capitalista de producción— y expresa un proceso de transformación dispuesto en forma gradual por transiciones discontinuas y por rupturas internas —las metamorfosis de las categorías— a través de las cuales se constituye la vigencia de la forma de valor desde el plan de la producción directa hasta el nivel “social global” de la reproducción del sistema.

A esta altura surge legítimamente la pregunta acerca del carácter histórico condicional del marco epistemológico de tipo “esencialista” al que se refiere Marx en su programa. Pero también aquí hay que entenderse —so pena de caer en la confusión de las lenguas— sobre las modalidades específicas en que se presenta y actúa este paradigma dentro del sentido categorial de la *ciencia* marxiana.

El “esencialismo” marxiano no puede degradarse a una concepción humanista y romántico-comunitaria de la alienación; el resultado de la *Enthüllung*, de la revelación marxiana del mundo de las mercancías, no coincide con el “redescubrimiento, bajo la objetividad fetichista, de la subjetividad humana alienada”⁹ —como afirmaba Colletti en 1968, convergiendo de una manera sólo aparentemente paradójica con el análisis del joven Lukács sobre la cosificación— sino, por el contrario, coincide con la denuncia de la *escisión real inherente a la relación de producción capitalista* (en su carácter históricamente determinado como transitorio) y a su “ley de movimiento” fundamental: desde el movimiento circular de descomposición-subsunción (bajo el dominio del valor de cambio) hasta la dinámica cíclica y la (inevitable) tendencia a la crisis. No descarto la posibilidad de encontrar (y documentar) la existencia en Marx de una nostalgia por la unidad orgánica de la *Gemeinschaft* (*à la* Tönnies), que explique las re-

⁹ L. Colletti, “Bernstein e il marxismo della Seconda Internazionale”, introducción a E. Bernstein, *I presupposti del socialismo e i compiti della socialdemocrazia*, Bari, 1968, p. lviii. [En esp. incluido en L. Colletti, *Ideología y sociedad*, Barcelona, Fontanella, 1975, pp. 71-159.]

autogobierno de los productores. La permanencia de esa "nostalgia" se justificaría sin embargo únicamente como resultado de un complejo análisis del *habitat* sociocultural en que vivió y actuó Marx, en tanto que parece absolutamente ilegítima la pretensión de "deducirla" del "vicio lógico" que estaría en la base de su sistema.

No me parece menos engañosa la posición que interpreta el paradigma esencialista como un genérico "sustancialismo" o "naturalismo", o sea, como la manifestación de una "ley natural" independiente del modo histórico de la producción, dentro de la formación capitalista.¹⁰ Esta tesis comparte, con el discurso sobre el carácter erróneo de la lógica dialéctica, el riesgo de olvidar el aspecto *dinámico* de la teoría marxiana del desarrollo capitalista, entendido como proceso disimétrico y discontinuo de valorización-transformación. La verdadera pregunta que hay que hacerse es, entonces: ¿cuáles son los límites epistemológicos que condicionan la gran idea-innovación marxiana de la "crítica" como disolución de la pretendida objetividad científico-natural de la economía política y "desencanto" sobre la naturaleza-eternidad del modo de producción capitalista?

Toda la complejidad del problema consiste en el hecho de que es imposible separar al "metafísico" del "científico", al "crítico" del "analista". El "esencialismo" de Marx forma un todo con su teoría del proceso capitalista como *permanente contradictoriedad* y *producción de crisis*, como cadena cíclica de rupturas-transformaciones, como "conexión de crisis" (*Krisenzusammenhang*).¹¹ La aporía del procedimiento marxiano debe buscarse, entonces, más bien en el carácter *deductivo* del procedimiento que infiere la crisis, por etapas sucesivas, a partir de la forma de mercancía. Me encuentro por lo tanto mucho más de acuerdo con las posiciones¹² que descubren el límite histórico de la empresa de Marx en el

¹⁰ Cf. M. Lippi, *Marx: il valore come costo sociale reale*, Milán, 1976.

¹¹ Desde este punto de vista considero también correcta la reconstrucción de algunos pasajes de la crítica de la economía política que hice en el ensayo que aquí aparece como capítulo II de la primera parte; aunque actualmente insistiría mucho menos en los aspectos potenciales de la crítica de la política.

¹² Me refiero, sobre el tema específico, a S. Veca, *Saggio sul programma scientifico di Marx*, Milán, 1977, y, en general, a las importantes contribuciones al debate epistemológico producidas en estos años por A. G. Gargani (*Il sapere senza fondamenti*, Turín, 1975), G. Giorello (véase en especial la introducción a Varios autores, *Critica e crescita della conoscenza*, Milán, 1976), M. Mondadori ("Struttura delle teorie scientifiche e progresso", en *Quaderni della Fondazione Feltrinelli*, 2, 1978, pp. 43-74) y M.

"carácter clásico" del marco epistemológico al que se refiere su teoría del desarrollo capitalista como dinámica de crisis-transformación. El impacto de la innovación teórica resultaría así amortiguado por una idea clásica (galileano-newtoniana) de ciencia, en que la determinación de las "leyes del movimiento" que representan objetivamente la transitoriedad histórica del modo de producción basado en el intercambio de mercancías (la ley de la caída tendencial de la tasa de ganancia), afincaría sus raíces en la distinción tradicional entre "núcleo esencial" y "formas fenoménicas" ("Toda ciencia sería superflua si la esencia de las cosas y su forma fenoménica coincidieran directamente").

Pero, ¿qué consecuencias tuvo esto para la comprensión de las transformaciones capitalistas efectivas y del papel desempeñado en ellas por lo político? También aquí hay que avanzar, dando por descontados los inevitables riesgos de esquematismo, mediante distinciones precisas.

Como es sabido los límites del "esencialismo" marxiano son denunciados desde los últimos años del siglo por los teóricos marginalistas.¹³ El hecho de que este ataque coincida con la fase de reorganización capitalista posterior a la Gran depresión y con la explosión de la controversia sobre el revisionismo reviste sin duda una importancia crucial y condenaría a una rápida obsolescencia cualquier tentativa por encontrar la clave de estas discusiones en la esfera separada de la historia de las ideas. Igualmente es digna de señalarse la circunstancia de que Bernstein —condicionado negativamente por la *vulgata* kautskiana del materialismo histórico— reduce precipitadamente la desgracia predictiva de la teoría marxiana a las insidias de la dialéctica. Desde este punto de vista, la *Histomat* segundointernacionalista aparece con todo derecho como el antecedente directo del *Diamat* de la Tercera internacional. Su acción de freno es de tal naturaleza que mantiene trabado durante largo tiempo el potencial liberador implícito en la polémica revisionista: habrá que esperar la "segunda generación marxista" para que se afronten, con una disponibilidad político cultural y un instrumental metodológico más adecuado, los complejos problemas inherentes al "sistema marxiano".

Santambrogio ("Sulla logica delle teorie scientifiche", en *Quaderni della Fondazione Feltrinelli*, 2, 1978, pp. 75-138). Véase, para un primer balance de este debate, la recopilación cuidada por Umberto Curi, *La razionalità scientifica*, Abano Terme, 1978.

¹³ Cf. a este respecto, M. Cacciari, *Krisis. Saggio sulla crisi del pensiero negativo de Nietzsche a Wittgenstein*, Milán, 1976, p. 11-29. [En preparación en Siglo XXI Editores.]

Si la crítica neoclásica a Marx presentaba por un lado la indiscutible ventaja de poner en el tapete de la discusión el problema del *Hintergrund* epistemológico de *El capital* (haciendo resaltar así de manera indirecta la ingenuidad determinista de la *vulgata* cunowiana y kautskiana), encontraba, por el otro, su propia limitación en la rígida simetría que establecía entre la física clásica y la “ciencia marxiana” bajo el signo de la “crisis de los fundamentos”. De ese modo, se terminaba por perder lo que más arriba definimos como el *lado dinámico* de la teoría marxiana: la “representación” del desarrollo capitalista como proceso cíclico de alteración-transformación del plan sobre el que se organizaba la reproducción simple del sistema (y no es una casualidad que, muchos años más tarde, un “científico” burgués de la estatura de Schumpeter sienta la necesidad de rescatar, precisamente en oposición a los neoclásicos, este aspecto de Marx, como la “única gran tentativa” de producir una teoría endógena del desarrollo, basada en el análisis de los factores internos del cambio).¹⁴

Sin embargo, para Marx, toda transformación puede y debe convertirse en objeto de *explicación causal* a través del recurso a la “esencia” del modo de producción. De ahí la relación de adaptación perfecta que se establece entre la *crítica de la economía política* y la explicación científica de la *morfología capitalista*. En este esquema —que deduce del “núcleo esencial” las “leyes de movimiento” y de éstas también la tendencia fundamental al derrumbe del sistema—, la crisis política se presenta como una variable dependiente de la crisis de la relación de producción precisamente en cuanto la crítica de la política es considerada como una emanación directa de la crítica de la economía política. La fase política se configura entonces como violencia concentrada y como instrumento (conjunto de aparatos de represión) del dominio de clase, o bien —aunque esto se lleva a cabo únicamente en las situaciones transitorias de equilibrio, caracterizadas por una momentánea “autonomización del ejecutivo”—¹⁵ como expresión lineal de una relación de fuerzas ya consolidada dentro de

¹⁴ Cf. J. A. Schumpeter *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung*, Munich-Leipzig, 1911 [J. A. Schumpeter, *Teoría del desenvolvimiento económico*, México, FCE, 1944]. Sobre la teoría schumpeteriana véase el rico y minucioso ensayo de D. Giva, “Storia dell’analisi economica e teoria dello sviluppo. Note su Schumpeter”, en *Annali della Fondazione Luigi Einaudi*, XI, 1977, pp. 31-98.

¹⁵ Marx, como es sabido, describe esta situación particular en sus escritos histórico-políticos como *El dieciocho Brumario* y *Las luchas de clases en Francia*.

la esfera económico-productiva. En Marx, la falta de una teoría y de un análisis positivo de las formas institucionales y de las funciones de lo político no señala, pues, una falta o una “laguna” del sistema global, sino que es más bien la consecuencia de las modalidades peculiares en que se “construyó” el sistema mismo.

Merece una atención especial, dentro de este contexto, la hipótesis interpretativa¹⁶ que descubre en *El capital* la crítica decidida de un “especialismo” —la economía política— cuya contradicción interna se pone de manifiesto. La confiabilidad de esta hipótesis podría reforzarse indirectamente con la consideración —desarrollada por Carl Schmitt en su conferencia de 1929 *Das Zeitalter der Neutralisierungen und Entpolitisierungen*— que encuentra en lo económico el campo específico de la “neutralización” del siglo XIX (del mismo modo que lo habían sido lo teológico, lo metafísico y lo moral en los siglos anteriores).

La reconstrucción schmittiana no pretende ser una nueva filosofía de la historia universal, sino una consideración limitada a la dinámica invadida por el *Abendland*, o sea, por el área relativamente homogénea de la *Kultur* occidental que dio origen al concepto moderno de lo político. La sucesión de los campos o “ámbitos centrales” (*Zentralgebiete*) descrita de este modo no pretende cobijarse con ninguna perspectiva teleológica: no designa ningún movimiento ascendente, sino se limita a poner en evidencia los puntos de cristalización de esa dinámica “pluralista” de la “esfera espiritual” occidental cuyos presupuestos “son existenciales y no normativos”.¹⁷ Además, ya que aquí no se tiene que ver nada con una nueva doctrina de las “etapas”, los *Zentralgebiete* no resuelven por sí mismos la multiplicidad de los fenómenos de cada una de las “épocas”, sino localizan únicamente el terreno dentro del que ocurre la “neutralización” y el control de las tensiones conflictivas: su sucesión no se lleva a cabo, en efecto, en la forma dialéctica de la “superación” (cuyo grado final comprende en sí todos los que lo precedieron), sino más bien en términos

¹⁶ Me refiero, sobre todo, a los últimos trabajos de Biagio De Giovanni: “Teoría marxista e Stato” en *Critica marxista*, núm. 3, 1978; “Stato e movimento operaio nel marxismo contemporaneo”, ponencia presentada en el coloquio del Instituto Gramsci-Sección Véneta, en *Movimento operaio e mondo cattolico tra società civile e Stato* (Verona, 16-17 de diciembre de 1978) de próxima publicación en la editorial Marsilio, Venecia; “Il partito: laicità e critica della ‘doppiezza’”, en *Critica marxista*, núm. 6, 1978.

¹⁷ C. Schmitt, “Das Zeitalter der Neutralisierungen und Entpolitisierungen” (1929), en *Der Begriff des Politischen*, Munich-Leipzig, 1932; C. Schmitt, op. cit., en *Le categorie del ‘politico’*, Bolonia, 1972, p. 172.

de desplazamiento de un ámbito al otro. "La sucesión descrita anteriormente —de lo teológico, a través de lo metafísico y lo moral, hasta lo económico— significa al mismo tiempo una serie de neutralizaciones progresivas de las esferas en relación con las cuales se ha desplazado sucesivamente el centro."¹⁸

Para Schmitt, el desplazamiento se produce cada vez que el crecimiento de las contradicciones y de la lucha entre fuerzas opuestas hace de hecho ingobernable un *Zentralgebiet*. Pero lejos de producirse con el desplazamiento del centro de referencia una "neutralización" definitiva, se constituye un *nuevo campo de lucha*:

"En el nuevo centro, considerado neutral por principio, se desarrolla inmediatamente, con renovada intensidad, la contraposición de los hombres y de los intereses y precisamente de un modo tanto más violento cuanto más toma posesión del nuevo ámbito de acción. La humanidad europea emigra continuamente de un campo de lucha a un terreno neutral, y el terreno neutral recién conquistado se transforma continuamente de nuevo y de manera inmediata en un campo de batalla y se hace necesario buscar nuevas esferas neutrales. Ni siquiera la cientificidad pudo acarrear la paz: las guerras de religión se transformaron en las guerras nacionales del siglo XIX, determinadas en partes iguales tanto por motivos culturales como por motivos económicos, y en última instancia simplemente en las guerras económicas."¹⁹

Este sugestivo cuadro schmittiano, fuera de las múltiples objeciones que se le podrían hacer en materia de reconstrucción historiográfica, parece penetrar particularmente en la identificación del *significado político* de esa fase crucial del proceso de neutralización que marca la crisis de la "soberanía" del estado. En ese sentido, ilustra indirectamente la función histórica efectiva de la crítica marxiana. Si es cierto, en efecto, que "con la doctrina liberal del *pouvoir neutre* y del *estado neutral* termina un capítulo de teología política en el que el proceso de neutralización encuentra sus fórmulas clásicas, puesto que ya ha alcanzado también un punto decisivo, el poder político",²⁰ de ahí se deduce que la contribución *epochemachend* de Marx radica en su carácter —en sentido fuerte— político: su crítica inmanente de la "ciencia" económica desquicia el "ámbito central" propio del siglo XIX, poniendo en evidencia el carácter antagónico de sus relaciones

¹⁸ *Ibid.*, p. 176.

¹⁹ *Ibid.*, p. 177.

²⁰ *Ibidem.*

nes constitutivas. *El capital* pone al descubierto y pone en crisis la función "neutralizante" que desempeña la abstracción del intercambio, mostrando el surgimiento de lo "político", de la antítesis de clase, a partir de lo que la *Political Economy*, verdadera "ciencia del poder" de la época, presentaba como "no-político": la "neutralidad" del intercambio entre capital y fuerza de trabajo.²¹

No cabe duda de que esta puesta en crisis del dispositivo neutralizante de la economía clásica representa un punto sin regreso para el análisis social contemporáneo (no sólo para el marxismo, supongo, sino también para todo planteamiento conscientemente conservador que no se proponga alimentarse de nostalgias). Aunque el carácter de "centralidad" adoptado en el siglo XIX por lo económico terminó precisamente por condicionar el proyecto teórico marxiano dejando enredados entre sus mallas las enormes posibilidades de desarrollo de ese "descubrimiento". Si se considera la crítica interna de lo "económico" como la palanca de cambio de toda la morfología capitalista, Marx lleva a cabo una proyección elíptica de la inmanencia sectorial sobre la totalidad de las relaciones sociales y de su historia-transformación. Si nos apegamos a estas premisas es totalmente coherente —y no ya, lo repetimos, el síntoma de una simple "laguna" analítica del "sistema" (a pesar del capítulo apenas comenzado sobre las clases y el nunca escrito sobre el estado...)— que en la problemática marxiana en la que debe ponerse de manifiesto el descubrimiento de la "politicidad" que emana de lo "no político", se pierda, en relación con el mismo Hegel, la riqueza de interrelaciones que unen la política a lo político-institucional, los sujetos sociales a la esfera estatal, con sus múltiples articulaciones y con su compleja dimensión de "legitimación".²²

²¹ Cf. B. De Giovanni, "Stato e movimento operaio nel marxismo contemporaneo", cit., La exposición que estoy desarrollando, se presenta en muchos aspectos como contextual a la planteada por De Giovanni, aunque procede con instrumentos y articulaciones analíticas diversas.

²² Véase a este propósito, M. Cacciari, *Dialettica e critica del politico*, Milán, 1978. La complejidad del "problema Hegel" ya se encontraba en el centro de las anteriores lecturas, aunque en formas diversas: cf. B. De Giovanni, *Hegel e il tempo storico della società borghese*, Bari, 1970; R. Bodei, *Sistema ed epoca in Hegel*, Bolonia, 1975; M. Tronti, *Hegel politico*, Roma, 1975.

2. LA "RACIONALIZACIÓN" EN WEBER Y SCHUMPETER Y EL REVISIONISMO "NEOCLÁSICO" DE LA SOCIALDEMOCRACIA DE LOS AÑOS VEINTE

El marxismo endurece aún más los perfiles de este punto de vista totalizante llevando a cabo una reducción mecanicista del análisis marxiano de la dinámica capitalista al teorema del derrumbe y del empobrecimiento, cuyo corolario sociológico está representado por la muy conocida visión dicotómica de la estructura social. Sin embargo, si los filones mayoritarios del marxismo —del *Histomat* al *Diamat*— llevan a cabo, en relación con Marx, un burdo proceso de reducción a sistema transformando la representación lógico-dialéctica en una paquidérmica coreografía histórica, existe también un marxismo cuya línea de desarrollo tiende a encontrarse, o en cierto modo a cruzarse, con los puntos superiores de las investigaciones emprendidas en el campo de las ciencias políticas y sociales. No me refiero tanto a los marxismos "heréticos" sino a las corrientes que jugaron un papel políticamente relevante (y, en algunas fases, hasta de dirección) dentro de las grandes socialdemocracias centroeuropeas.

La pluralización del marxismo empezó desde el pleno ascenso de la Segunda internacional, como lo demuestra el *trend* que se perfila desde la *Bernstein-Debatte* hasta la constitución de la orientación austromarxista alrededor de las *Marx-Studien* y de *Der Kampf*. Nuestra investigación apunta, sin embargo, de manera principal, a la fase posbélica, en que las tendencias de este marxismo "revisionista" entran en relación no sólo teórica sino también práctica (aunque, obviamente, en términos no unívocos) con las políticas —antitéticas en las decisiones tácticas aunque simétricas en los resultados— de la democracia weimariana y de la austriaca. En este contexto adquieren para nosotros un significado de ruptura tanto la asunción de la guía del Partido socialdemócrata austriaco por parte de la "izquierda austromarxista", después del derrumbe del imperio de los Habsburgo, como la transición del liderazgo teórico-político de la socialdemocracia alemana de la concepción "socialnaturalista" de Kautsky a la "socialtecnológica" de Hilferding durante el periodo de estabilización.

La importancia de este viraje consiste sin ningún género de duda en el hecho de que en el movimiento obrero centroeuropeo se produce a partir de él una abierta y no episódica confrontación con el problema de la construcción de una teoría positiva del estado en la perspectiva de una utilización-reforma del mismo como

medio de "técnica social" (*Sozialtechnik*) aun antes de la "toma del poder". Sin embargo, y fuera de todo juicio y condena sumaria la consideración de la riqueza y la complejidad de las experiencias políticas y de gobierno llevadas a cabo por la socialdemocracia entre las dos guerras puede tener actualmente una utilidad real no sólo si se limita a una "rehabilitación" genérica y, en última instancia, retórica, de sus enunciados ideológicos y de sus plataformas estratégicas, sino si se traduce en cambio en un análisis verdaderamente *crítico*, capaz de discernir las razones profundas y las ocasionales de la derrota a través de un reconocimiento de las analogías y de las quiebras ocurridas entre su elaboración teórico-política y la *efectiva dinámica económico-constitucional del capitalismo de los años veinte*.

En la reconstrucción de algunas fases del debate interno de la socialdemocracia weimariana y del austromarxismo sobre los nuevos términos de la cuestión del estado en el "capitalismo organizado", hemos tratado de tomar en cuenta también estas interrelaciones complejas —cuya consideración requeriría por sí sola un trabajo *ad hoc*. Nuestro análisis concluye, a este respecto, con el señalamiento de una limitación común a las hipótesis que, aparentemente, se presentan como las dos alas opuestas del dilema de la polémica sobre lo político propia de la socialdemocracia centroeuropea de los años veinte: la "socialtecnocrática" de Hilferding (que tiene su *pendant* significativo en la posición "estatista-garantista" de Renner) y aquella propia de la izquierda austromarxista (Bauer y, en parte, Max Adler) que concebía al estado democrático como paralelogramo, o sea como representación funcional de la relación de fuerza entre las clases, entendido en su fase históricamente determinada ("fase de equilibrio").

Podríamos definir a esta postura como una limitación de tipo *neoclásico*, entendiendo con este término, por un lado, el distanciamiento en relación con el "paradigma" mecanicista del *Histomat* segundointernacionalista y la significativa convergencia con la problemática de la "racionalización" planteada por Max Weber y desarrollada después por Joseph A. Schumpeter; por el otro el sensible achatamiento evolucionista del discurso weberiano y schumpeteriano en una visión sustancialmente estática de la forma democrática, como sistema de equilibrio entre los factores susceptible de ser orientado mediante ajustes progresivos en dirección del socialismo: gradual desaparición de los aspectos coercitivos del estado en beneficio de la expansión de sus funciones técnicas de control de la conflictividad social, etcétera.

No se debe olvidar, sin embargo, que este tema crucial no sólo

tiene un aspecto teórico; la socialdemocracia de masa de los años veinte no se limita, en efecto, a teorizar, sino que *practica* un capitalismo de tipo ya posliberal, cuya fisonomía socioconstitucional se presenta profundamente modificada por las complejas implicaciones políticas del proceso (*de los procesos*) de racionalización. Su visión evolucionista (o, en todo caso, aproblemática) de la *Rationalisierung* —como veremos en la última parte de esta introducción— tiene consecuencias precisas en el campo de las decisiones táctico-estratégicas que llevan a la derrota. Por el momento sería conveniente mantener separados (por razones, exclusivamente expositivas, se entiende), los dos aspectos, deteniéndonos a examinar, aunque sea de una manera muy apretada y somera, las analogías y diferencias que se presentan entre la noción weberiana y schumpeteriana de “racionalización” y la del “marxismo revisonado” de la socialdemocracia de los años veinte.

El concepto de la *Rationalisierung*, tal como es introducido por Weber y desarrollado después por Schumpeter, se distingue claramente tanto de la tradición de la *Historische Schule* —que desde List hasta el primer Sombart se basaba en las nociones de *Wirtschaftsstufe* (estadio económico) y de *Wirtschaftssystem* (sistema económico)— como de la *Soziologie* de Tönnies y de Simmel.²³ El planteamiento historicista, condicionado por el peso del organicismo romántico, termina en los años veinte por converger, o mejor dicho, por hacer corto circuito, con la problemática expresada por la dicotomía tönnesiana de *Gemeinschaft* (comunidad “natural-orgánica”) y *Gesellschaft* (sociedad “innatural-artificial” y “mecánica”). Esta antítesis —a la que está sometida una interpretación en términos metafísico-pesimistas de la sociedad industrial— tiende a identificarse con el binomio spengleriano *Kultur-Zivilisation*, dentro del debate weimariano sobre la *Mechanisierung* propia de la “racionalización moderna”.²⁴

La problemática weberiana se presenta constantemente en divergencia con esta tradición. Su concepto de “racionalización” se construye en abierta ruptura con toda nostalgia de reconciliación orgánica del cuerpo social. La autonomización de la “racionalidad formal” con respecto a la “racionalidad material” no se traduce —como pretende una interpretación restrictiva que tanto peso ejer-

²³ Para el análisis de estas corrientes del pensamiento alemán, la reconstrucción mejor sigue siendo todavía la de P. Rossi, *Lo storicismo tedesco contemporaneo*, Turín, 1971.

²⁴ Cf. a este respecto la reciente recopilación preparada por Tomás Maldonado, *Técnica e cultura. Il dibattito tedesco tra Bismarck e Weimar*, Milán, 1979.

ció sobre todo entre los marxistas— en la simple descomposición calculista del proceso productivo, sino entraña una verdadera segmentación de lo que Marx llamaba *general intellect*. La misma operación de “cálculo”, prerrogativa de la acción empresarial, se presenta en el capitalismo moderno específico (caracterizado por el *disciplinamiento* y no por la anarquía de la ganancia) con una inequívoca contrasena *política*, que altera profundamente el criterio “equilibrador” de la utilidad marginal.²⁵

La “racionalidad” de la empresa se presenta de este modo ligada indisolublemente con los procesos de *socialización* y expansión de la esfera burocrático-administrativa. Considerado desde el punto de vista “sociológico” —escribe Weber en su obra principal, redactada en un periodo crucial del proceso de transformación— “el estado moderno es una *empresa*, igual que la fábrica”.²⁶ Esto representa, precisamente, su “carácter históricamente específico”; el avance del proceso de racionalización no sólo disuelve la “independencia relativa” del trabajo artesanal, de la industria doméstica, del campesino propietario y del comandatario —que se basaba en el hecho de que todas estas figuras sociales estaban en posesión de los instrumentos y de los medios monetarios de producción— sustituyéndola con una relación de “dependencia jerárquica” bajo el empresario, sino que crea simultáneamente las premisas para la concentración del mismo poder político. El fundamento económico constitutivo del “capitalismo moderno” —la “*separación* del trabajador con respecto a los medios materiales de la empresa”— manifiesta ser, de este modo, “una característica común a la moderna empresa estatal”.²⁷

La “racionalidad” de los mecanismos del sistema consiste, pues, tanto para Weber como para Marx, en el nexo estructural entre *escisión* y *formalización*.²⁸ Sólo que para Weber, a diferencia de Marx, no es suficiente para explicar la morfología de esta progresiva formalización el desenvolvimiento inmanente a las solas categorías de lo “económico”, en la medida que la *Sozialisierung* ha llegado a afectar directamente la dimensión político-estatal. “El crecimiento de la *socialización* también significa inevitablemente,

²⁵ Cf. M. Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft*, t. I, Colonia-Berlín, 1964. [Hay edic. en esp., *Economía y sociedad*, México, FCE, 1944 y 1964.]

²⁶ *Ibid.*, II, p. 698

²⁷ *Ibid.*, p. 699.

²⁸ Cf. sobre este punto, B. De Giovanni, “Sulla forma borghese della politica”, en *La teoria politica delle classi nel “Capitale”*, Bari, 1976, pp. 125-139. [En preparación en Siglo XXI Editores.]

en nuestros días, un aumento de la burocratización.”²⁹ Esta diferencia no se puede justificar únicamente a la luz de los diversos presupuestos teóricos, sino que refleja claramente un cambio histórico de “fase”. La ambivalencia propia de las fases de transición termina, sin embargo, por gravitar también en la problemática weberiana. Weber no parece, en efecto, pasar de la descripción del nexo de carácter rigurosamente consecucional que une las dos fases —lo político y lo económico— con el *continuum* de la racionalización:

“También desde el punto de vista histórico, el progreso hacia el estado burocrático, que juzga y administra de acuerdo con un derecho racionalmente establecido y reglamentos racionalmente concebidos, está, empero, íntimamente ligado con el desarrollo capitalista moderno. La empresa capitalista moderna se basa internamente sobre todo en el cálculo.”³⁰

Lo político moderno se presenta, pues, como máxima expresión y cumplimiento de la *Rationalisierung*, como instancia de gobierno de la complejidad social mediante el *medium* de la descomposición “especialista”. Como ya he tenido ocasión de señalar en otra parte,³¹ en esta reciprocidad-simetría entre lo “político” y lo “económico” consiste todo el secreto de la orgullosa afirmación weberiana: “el partido de la burguesía es la ciencia”. Debajo de esta afirmación actúa, en efecto, la lúcida convicción de que el estado capitalista está atravesando por un cambio de forma decisivo, que entraña el doble efecto de 1] una disolución de las tradicionales líneas limítrofes de la “civil society” (de la esfera “privada” especulativa al *pouvoir neutre* del capitalismo competitivo), y de 2] una autonomización-concentración de la esfera *strictu sensu* política (de lo “político-estatal”); cuanto más se *inerva* el estado en la “sociedad civil” entretejiéndose en lo que Gramsci llamaría en sus *Cuadernos*, siguiendo los pasos de Hegel, su “trama privada”,³² tanto más se autonomizan sus instancias de decisión y de control de la dinámica social. Al llevarse a cabo el proceso de racionalización, también la política se convierte en un “especialismo”: “política como profesión”. Precisamente en su célebre conferencia de 1918, *Politik als Beruf*, Weber había afirmado, en efecto, que el proceso de formación del estado moderno “es pro-

²⁹ M. Weber, *op. cit.*, II, p. 699.

³⁰ *Ibidem*.

³¹ G. Marramao “Marx e il marxismo: il nesso economia-politica”, en *Rinascita*, 1977, núm. 2. [Incluido en *Teoría marxista de la política*, cit.]

³² A. Gramsci, *Quaderni del carcere*, edición crítica bajo el cuidado de Valentino Gerratana, Turín, 1975, p. 56.

movido en todas partes por el comienzo dado por parte del príncipe a la expropiación de las ‘personas privadas’ que se encontraban a su lado investidos de un poder de administración independiente, y de los que poseían por propio derecho los medios para llevar a cabo la administración, la guerra y las finanzas, o para conseguir de alguna manera un fin político”.³³ Este proceso —que hace coincidir en un “centro único” el poder de disponer del conjunto de los medios necesarios para el ejercicio de la acción política— constituye, como se precisa inmediatamente después, “un *paralelo perfecto* con el desarrollo de la economía capitalista a través de una expropiación gradual de los productores autónomos”.³⁴ Tendremos la ocasión de ver más adelante en qué sentido este paralelismo condiciona negativamente la capacidad de comprensión tanto de la “parte” desempeñada efectivamente por lo político en la dinámica de transformación, como de la naturaleza antagónica inherente a la misma racionalización. El punto que aquí nos interesa subrayar es la esencialidad que Weber le atribuye, al final de su razonamiento, al concepto de *separación* para designar los rasgos específicos del estado capitalista moderno. “En la actualidad, por lo tanto, se ha realizado completamente dentro del estado —cosa que es esencial para este concepto— la ‘separación’ del cuerpo administrativo, o sea de los empleados y de los obreros de la administración en relación con los medios materiales para su ejercicio.”³⁵

A esta altura, sería cómico tratar de dividir estos aspectos del formalismo de la razón con respecto al problema del “cesarismo”, separando el Weber “científico” del Weber “político”. Sin embargo, aunque no sea aquí el lugar adecuado para poner nuevamente en discusión los criterios que dieron forma a los diversos juicios histórico-políticos sobre la obra weberiana, creo que no es totalmente inútil introducir dos rápidas consideraciones.

1] Ante todo, no considero legítimo (ni posible, en rigor de documentación) reducir el marco histórico de Weber a la etiqueta de “teórico del imperialismo”. Esta *reductio* interpretativa “hiperpoliticista” corre peligro de disolver, en un ritual “crítico de la ideología” de corte lukacsiano-tercerinternacionalista, la novedad metodológica que sirve de apoyo a todo el análisis weberiano del

³³ M. Weber, *Politik als Beruf* (1918), en M. Weber, *Il lavoro intellettuale come professione*, Turín, 1966, p. 54. [En esp., *El político y el científico*, Madrid, Alianza, 1967, p. 91.]

³⁴ *Ibidem*.

³⁵ *Ibidem*.

capitalismo, y que se manifiesta en su concepción del "tipo ideal". En cualquier forma en que se quiera evaluar la validez (y el uso concreto práctico ideológico que Weber mismo pudo darle), este concepto —que representa el punto culminante de la larga controversia sobre el método, abierta en 1883 por la célebre *Einleitung* diltheyana— tiene su significado disruptivo en el hecho de introducir con fuerza en la ciencia la dimensión de la *proyectualidad*. Esta "innovación" metodológica, que no puede comprenderse fuera de la fase histórica caracterizada por la crisis de los mecanismos "espontáneos" de mercado que habían regulado hasta la Gran depresión el desarrollo capitalista, asesta un golpe definitivo al "paradigma" teleológico que constituyó su expresión orgánica en el plano de las ciencias histórico sociales (la idea de un proceso objetivo dotado de un sentido inmanente y orientado hacia un fin) y reivindica abiertamente la dimensión de la *ciencia-proyecto* que constituye por sí misma su propio objeto contra la dimensión tradicional (de la que no se aparta, por otra parte, la línea mayoritaria del marxismo segundointernacionalista) de la ciencia-reflejo que se limita a registrar el decurso de los automatismos sociales.³⁶

2] En segundo lugar hay que distinguir entre la compleja problemática que sirve de fondo al análisis weberiano de los fenómenos de concentración del poder estatal y el modo en que son aceptados por los teóricos socialdemócratas. Mientras para Weber resulta claro —como se vio anteriormente— que este "efecto de autonomización" es absolutamente contextual a la racionalización del proceso económico y al gobierno de la conflictualidad social a través de la descomposición "especialista", el movimiento obrero termina por quedar obnubilado y por perder de vista, en esta forma, la red de interrelaciones morfológicas en que está inserto de manera insoluble. En este sentido hablé de una "mala" autonomía de lo político, a propósito de la tendencia que se perfilaba ya desde antes de la guerra en Bernstein y en la inmediata posguerra en Hilferding y en Renner.³⁷

Sin embargo, si los intelectuales-guía de la socialdemocracia de los años veinte adquieren un concepto de racionalización que

³⁶ Sobre la noción weberiana de "tipo ideal" véase la introducción de Pietro Rossi a M. Weber, *Il metodo delle scienze storico-sociali*, Turín 1958, pp. 24-25.

³⁷ Cf. el capítulo III de la primera parte. Véase además G. Zarone, "Bernstein e Weber: revisionismo e democrazia" en *Studi storici*, 1978, núm. 2, pp 255-298. El libro de W. Mommsen, *Max Weber und die deutsche Politik, 1890-1920*, Tübinga, 1959, sigue siendo fundamental sobre el "Weber político".

rescata sólo un pálido simulacro de la problemática weberiana, el debate emprendido por ellos sobre el "capitalismo organizado" representa una importante tentativa por encontrar los perfiles nuevos en que se configura la relación política-económica en un ordenamiento de tipo posliberal, redefiniendo en el interior del mismo las tareas del movimiento obrero. Creo, a este respecto, que deben señalarse los puntos de contacto entre los análisis hilferdingianos de los años veinte (sobre los que nos hemos detenido de manera particular en el capítulo tercero de la primera parte) y algunos temas de la reflexión schumpeteriana sobre las metamorfosis capitalistas provocadas por el proceso de racionalización.

Con Schumpeter, la categoría de *Rationalisierung* recibe un desarrollo ulterior y una caracterización más afinada, llegando a fungir no sólo como criterio de determinación de los rasgos específicos de la formación social (el problema weberiano de la "individualidad histórica" del capitalismo, que encuentra su formulación más completa en *Wirtschaft und Gesellschaft*) sino también como clave interpretativa de la *dinámica capitalista*. El núcleo central de esta "interpretación" está constituido por la afirmación de la creciente incompatibilidad entre el conjunto de los comportamientos "racionalizados" y el ordenamiento social que les servía de base.

Este tema es de tal naturaleza que trastorna de una manera todavía más radical que en Weber el postulado neoclásico que circunscribía el análisis económico al examen de una configuración estacionaria. El "carácter esencialmente discontinuo" del proceso capitalista, se lee en el ensayo de 1928 *The instability of capitalism*, "no se presta para ser representado con los instrumentos de una teoría del equilibrio".³⁸ En la teoría schumpeteriana de la racionalización desempeñan un papel central las categorías de "empresario" y de "innovación". Estas identifican los factores dinámicos que ponen constantemente en crisis el ordenamiento de equilibrio anterior: "[...] en el proceso capitalista existe, en realidad, un factor, encarnado por la persona del empresario y por su función, que destruye todo equilibrio ya alcanzado, o en proceso de estabilización, con la sola fuerza de su acción y desde su interior o sea a falta de fuerzas y de alteraciones externas y hasta 'de desarrollo'".³⁹

La actividad empresarial, al introducir continuas innovaciones

³⁸ J. A. Schumpeter, *The instability of capitalism*, [trad. al esp. cit., p. 188].

³⁹ *Ibid.*, p. 195.

en el proceso productivo, altera constantemente las situaciones estacionarias que incluían los resultados de la "innovación" anterior. La concepción schumpeteriana de la *Rationalisierung* invierte por lo tanto el "nexo causal generalmente aceptado"; el "cambio original" no se *deriva* del desarrollo industrial, sino que lo *crea*; la reestructuración innovadora de las "funciones de producción" no es una intervención *ex post* para hacer frente a una situación de trastorno "crítico" de los equilibrios anteriores, sino que está en cambio en el origen de este trastorno —no es un efecto o una "resultante" de la crisis, sino el "factor" que la produce.⁴⁰

De todas maneras, para Schumpeter el propio avance del proceso de racionalización mina inexorablemente las bases de la "función social" de la burguesía, eliminando progresivamente todo carácter individualista de la actividad empresarial. Y precisamente en *The instability of capitalism* es donde se introduce el tema de la transición al socialismo que ocuparía un lugar central en el Schumpeter "político". El punto de *ataque* está constituido por la identificación de la fase en proceso como transición del capitalismo "competitivo" al capitalismo "organizado" o "monopolista": la *Stabilisierungsperiode* es la punta de un iceberg cuya base está constituida por una metamorfosis profunda del proceso de innovación.⁴¹ En la nueva fase que ya se va perfilando la actividad innovadora tiende cada vez menos a incorporarse en nuevas empresas (como en el "capitalismo competitivo") y cada vez más a desarrollarse en el interior de las "grandes unidades productivas existentes" (trusts y cárteles), prescindiendo de las voluntades individuales. Todo esto beneficia la lógica interna de la racionalización misma, en cuanto la innovación encuentra de este modo fricciones y resistencias mucho menores (resultando mucho menos peligrosos y condicionantes los fracasos de los empresarios individuales) y "se desarrolla la tendencia a realizarla, como algo que funciona por sí mismo, en un simple consejo de los especialistas".⁴² El fenómeno de la coexistencia de la prosperidad con precios relativamente estables registrado entre 1923 y 1926, le sirve a Schumpeter para demostrar la tendencia de las fluctuaciones a amortiguarse en el capitalismo de tipo organizado. La razón de esto radica en el hecho de que en este nuevo ordenamiento en formación "el progreso se vuelve 'autonomizado', cada vez más im-

⁴⁰ Cf. *Ibid.*, p. 188.

⁴¹ Cf. *Ibid.*, pp. 195-196.

⁴² *Ibid.*, p. 196.

personal y cada vez más independiente del liderazgo y de la iniciativa individual".⁴³

El alcance de este "cambio fundamental" va sin embargo "más allá de la esfera económica".⁴⁴ Marca, en efecto, "el fin de un sistema de selección de los cuadros dirigentes, en el que [...] el éxito en el acceso a un puesto dirigente y el éxito en desempeñar el cargo obtenido eran la misma cosa y, del mismo modo, el éxito del dirigente se identificaba con el éxito de la empresa".⁴⁵ Éste ha sido sustituido por un sistema distinto que, basándose en el principio del nombramiento o en la elección, lleva a cabo una drástica separación entre el éxito del individuo y el éxito de la empresa.⁴⁶ En este punto es donde Schumpeter se asoma, como "resultado de una aventura diagnóstica" más ambiciosa de la que se limita a los datos factuales de la economía, a su prognosis —absolutamente *evaluativa*— de la llegada inevitable del socialismo como consecuencia lógica del mismo proceso de racionalización.

"Si en el plano económico el capitalismo es estable y además se refuerza su estabilidad, racionaliza, sin embargo, la mente humana y al hacerlo crea una mentalidad y un modo de vivir incompatibles con sus condiciones fundamentales, con sus movimientos y con sus instituciones sociales; por esto se transformará en un nuevo estado de cosas aunque la transformación no ocurre a causa de una necesidad económica y probablemente costará algunos sacrificios en el plano del bienestar económico. Llamar o no socialismo a este nuevo estado de cosas es sólo una cuestión de gusto y de terminología."⁴⁷

Schumpeter había trazado de este modo las orientaciones del análisis que terminaría muchos años más tarde en *Capitalism, socialism and democracy*. Aquí no sólo parece recuperar al Marx "dinámico" y "teórico del desarrollo" sino también al Marx "teórico del derrumbe". Pero si la conclusión de Schumpeter es aparentemente idéntica a la marxiana, se encuentra en cambio en las antípodas el razonamiento en que se apoya: su previsión de la progresiva disolución de las bases sociales del capitalismo y de su *Hineinwachsen* en el "socialismo", que empieza en el capitalismo organizado con el "cambio de función del empresario", no radica de hecho en razones económicas (como pensaba Marx), sino en razones morales. Aunque el punto que más importa señalar, en la

⁴³ *Ibidem.*

⁴⁴ *Ibidem.*

⁴⁵ *Ibidem.*

⁴⁶ *Ibid.*, p. 197.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 197.

economía global de nuestra exposición, es que si la "transición" schumpeteriana al socialismo está unida indisolublemente con los efectos sociales del proceso de racionalización —que arranca de su pedestal la función empresarial— *no por esto entraña un cambio en la forma de racionalidad del sistema* (y es desde este punto de vista desde donde resultan realmente sorprendentes sus "correspondencias" con el Hilferding weimariano).⁴⁸

Para Schumpeter existe una "identidad esencial"⁴⁹ entre la lógica del sistema socialista y la del sistema capitalista. El socialismo representa sólo un incremento, no un salto cualitativo y un cambio de forma, en relación con la *ratio* del capitalismo. Si "es innegable que el modelo socialista está construido sobre un plan superior de racionalidad" (en cuanto que la organización centralizada del proceso "elimina la causa de las oscilaciones cíclicas que en el orden capitalista sólo es posible atenuar"), esto no quiere decir que se trata de "un problema de racionalidad contra irracionalidad".⁵⁰ El socialismo se presenta más bien como la culminación *del mismo* proceso de racionalización-socialización emprendido por el capitalismo moderno: la "dirección socialista" representa un paso más allá del *big business* en el camino trazado por éste; esa dirección puede demostrarse superior al "capitalismo del género *big business*" del mismo modo que éste ha demostrado ser superior al "capitalismo del género competitivo cuyo prototipo fue la industria inglesa de hace cien años".⁵¹

El impulso a la racionalización, que para Schumpeter tiene un carácter "endógeno", un carácter absolutamente "intrínseco" al "proceso capitalista", en Hilferding o en Renner, en cambio, se presenta como efecto de una tendencia opuesta estructurada por el movimiento obrero. Para el marxismo socialdemócrata de los años veinte, "revisionado" por la gran lección de Weber y de Kelsen, las tendencias opuestas no constituyen ya, como en la acepción "clásica", simples frenos u obstáculos que retardan el cumplimiento de la *ley fundamental*, sino más bien, nuevas variables e imperativos *socioculturales* que gravitan profundamente en la forma del desarrollo. Tenemos de este modo, por lo menos en el plano teórico, una superación del determinismo mecánico y la sustitución de la categoría de "necesidad" con la de "posibilidad". La analogía con la concepción schumpeteriana de los "factores críti-

⁴⁸ Véase a este respecto el capítulo III de la primera parte.

⁴⁹ J. A. Schumpeter, *Capitalism, socialism and democracy*, Nueva York, 1942. (trad. it., Milán, 1967, p. 177). [Hay edic. en esp.]

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 188-189.

⁵¹ *Ibid.*, p. 189.

cos"⁵² del desarrollo parecería traslucirse aquí a partir de la ruptura de la dependencia mecánica que, en la "clásica" visión segundointernacionalista ligaba la demanda social con la relación de producción, y parecería quedar reforzada, además, por la tesis (expresada por Hilferding desde 1915) del proceso de racionalización-funcionarización de la actividad empresarial como factor sustancial de *Sozialisierung* y de ruptura de las cristalizaciones jerárquico-autoritarias.

Pero la analogía no pasa de este margen de extremada generalidad de los enunciados. Mientras para Schumpeter los factores "críticos" y "culturales" son al mismo tiempo *factores dinámicos productores de crisis* —por lo que existe un nexo indisoluble entre *crisis* y *crítica*—, en Hilferding y en Renner figuran en cambio como funciones de equilibrio y de adaptación evolutiva del sistema social. El límite neoclásico, que en el ala "reformista adquire la forma de ecuación *Sozialisierung = Demokratisierung* y de una hipótesis hiperinstitucionalizada en que el estado surge como el único objeto verdadero de la transición al socialismo, en la izquierda marxista austromarxista (y en particular en Bauer y Friedrich Adler) se manifiesta a través de una tentativa de *refundación* de la visión "clásica" del estado-máquina en la teoría de lo político como conjunto de relaciones funcionales, como paralelogramo de las relaciones de fuerza entre las clases, que se remite explícitamente a la crítica machiana del mecanicismo.⁵³ Lo que se ha tratado de poner en evidencia en el tercer capítulo de la primera parte es precisamente cuáles son los pasajes sobresalientes de esta redefinición "crítica" (antisustancialista) del marxismo —que se limita a sustituir el *Ursachenbegriff* con el *Funktionsbegriff*— las implicaciones de la aporía radicada en ella. De lo anterior debería deducirse claramente en qué sentido y en qué medida todas estas tentativas se encuentran *de este lado* de los niveles de convicción de los cambios morfológicos de la sociedad

⁵² Cf. D. Giva, *op. cit.*, pp. 52 y ss.

⁵³ Cf., a este propósito, el capítulo III de la primera parte. El influjo de Mach en el campo de la teoría política (como también en el de la teoría económica) es ciertamente indirecto, mas no por ello menos significativo. Sin su crítica al mecanicismo no se comprendería la *Neuorientierung* de las ciencias sociales del área centroeuropea ni la del mismo austromarxismo. Recientemente se tradujo al italiano el libro de F. Adler, *Ernst Mach e il materialismo*, Roma, 1978. Véase además E. Kauder, "Austromarxism vs. Austromarginalism", en *History of political economy*, IV, 1972, núm. 4, pp. 398-418.

capitalista expresados por la problemática weberiana o por la schumpeteriana.

3. EL VIRAJE DE LOS AÑOS TREINTA Y LAS METAMORFOSIS DE LO POLÍTICO. LA TRADICIÓN FRANCFORTENSE Y LAS NUEVAS TEORÍAS DEL "ESTADO TARDO-CAPITALISTA"

Antes de examinar las consecuencias práctico-políticas de esta inadaptación teórica sería oportuno, para no perder el hilo de nuestra exposición, adentrarnos en el interior de los "años de la alta teoría"⁵⁴ a fin de poner de manifiesto el sentido de la crítica al tipo de respuesta que había dado la Escuela de Francfort al problema del cambio de las relaciones entre política y economía en la transición del capitalismo competitivo al capitalismo organizado.

A este respecto debo decir con toda franqueza que considero todavía válido en sus *líneas generales* la aproximación interpretativa a la Teoría crítica por mí planteada en el ensayo que aparece aquí con el título de *De la crisis del "mercado autorregulado" al "estado autoritario"*, redactado entre fines de 1972 y principios de 1973⁵⁵ (o sea, antes de que apareciera la importante investigación de Martin Jay,⁵⁶ que constituye con mucho la mejor reconstrucción histórica de que se dispone actualmente sobre la Escuela de Francfort). También en este caso —como en el de los "marxismos" de la primera posguerra— mi enfoque tiende a demostrar que el único terreno fértil de comprobación de la Kritische Theorie y de sus variantes y derivaciones (me refiero sobre todo a los significativos avances que ella tuvo en la reflexión de Jürgen Habermas) está constituido por el descubrimiento preciso del mar-

⁵⁴ G. L. Schackle, *The years of high theory. Tradition and invention in economic thought, 1926-1939*, Cambridge, 1967. [Hay edic. en esp.]

⁵⁵ En la fase de recolección del material y de preparación del ensayo, me fueron muy útiles los consejos de Alfred Schmidt, al que deseo presentar una vez más mi agradecimiento.

⁵⁶ M. Jay, *The dialectical imagination. A history of the Frankfurt School and the Institute of Social Research 1923-1950*, Boston-Toronto, 1973. [Hay edic. en esp.]. Tuve la oportunidad de discutir ampliamente, con mi amigo Martin Jay encontrando significativos puntos de convergencia sobre una serie de aspectos de la "Teoría crítica". Por su carácter de corte transversal, que documenta críticamente las vicisitudes de los "francfortenses" desde el punto de vista específico de los análisis que se desarrollaron sobre el nexo crisis-reorganización capitalista en los años treinta, mi ensayo puede considerarse en todo y por todo complementario de la reconstrucción trazada por Jay en su libro.

co categorial y de las implicaciones analíticas con que ya desde los años del Institut für Sozialforschung había emprendido una confrontación con la gran crisis y los procesos de reestructuración económico-institucional del capitalismo de los años treinta.

La aproximación crítica a las temáticas de la Escuela de Francfort, intentada por mí en la segunda parte de este libro, da pues por descontada —gracias también a la ya considerable literatura italiana sobre el tema—⁵⁷ el conocimiento de sus etapas y de sus "indicadores" teóricos fundamentales. Por otra parte, para mí estaba fuera de discusión la importancia histórica de sus problemáticas centrales y de los análisis proporcionados por ella sobre la sociedad de masa, que utilizan una completa y al mismo tiempo rigurosa instrumentación interdisciplinaria. Por esta razón, consideré más útil producir una contribución destinada a poner en evidencia los límites y las disonancias internas, caracterizando al mismo tiempo en sentido fuerte el método y mérito de mis críticas respecto a las marxistas usuales, marcadas por una "ortodoxia" mucho más atrasada que el mismo "blanco" al que apuntan.

A partir de las riquísimas reflexiones horkheimerianas y pollockianas sobre las características de la crisis —que advierten también la exigencia de integrar el paradigma "clásico-marxista" con otros "teoremas competitivos"— se perfila, al principio de los años treinta, la hipótesis del "estado autoritario" (con fundamento capitalista-de-estado) como salida posible de una dialéctica conflictiva abierta todavía. Esta hipótesis —que empieza a tomar forma alrededor de la mitad de la década, bajo la impresión dejada en los intelectuales reunidos en torno a la *Zeitschrift für Sozialforschung* por el violento impacto con la sociedad estadounidense y por el viraje estaliniano en la Unión Soviética— es esquematizada como modelo en *Autoritärer Staat* de Horkheimer y en *State capitalism* de Pollock.⁵⁸ En este "modelo" puede verse —para desgracia de la exigencia de una refundamentación teórica radical, dirigida a adaptar el marco conceptual marxista a la morfología del "nuevo orden"— un aspecto antinómico fundamental: el existencialismo marxiano y su doctrina de las "leyes de movimiento na-

⁵⁷ El primer análisis sistemático de la Escuela de Francfort lo desarrolló en Italia G. E. Rusconi en su libro *La teoria critica della società*, Bolonia, 1968 [hay edic. en esp.]. Son además fundamentales los ensayos contenidos en A. Schmidt - G. E. Rusconi, *La Scuola di Francoforte*, Bari, 1972. [Hay edic. en esp.]

⁵⁸ Estos ensayos se tradujeron al italiano en: M. Horkheimer, *Crisi della ragione e trasformazione dello Stato*, Roma, 1978; F. Pollock, *Teoria e prassi dell'economia di piano*, Bari, 1973, respectivamente.

tural-sociales” no se ponen nunca verdaderamente en discusión. La *fundamentalidad* de la tendencia al derrumbe sigue permaneciendo, pero ahora se levanta en relación con ella la contratendencia “epocal” del “estado autoritario”, cuya fuerza se mostró de hecho capaz de bloquearla, *fijando*, por así decirlo, en una dimensión des-historizada, los resultados sociales. En este sentido es simbólica la apertura de *Autoritärer Staat*: “Las previsiones históricas sobre el destino de la sociedad burguesa se han cumplido”.⁵⁹ Pero ¿de dónde procede esta “ortodoxia congelada” que sirve de fondo a todo el filón mayoritario del Institut für Sozialforschung y que sigue actuando también en las reflexiones adornianas de la segunda posguerra?

La aporía debe buscarse, en mi opinión, en la ecuación de capitalismo y “abstracción del intercambio” (*Tauschabstraktion*) —con la idea de que la *ratio* formal del valor constituye la única contraseña adecuada del “núcleo esencial” de la sociedad capitalista, en cuanto basada en la producción de mercancías. Las innumerables variaciones “fenoménicas” del fundamento no disuelven el “núcleo esencial” a pesar de que son capaces de mantener trabados sus efectos por medio del cemento contratendencial de la violencia institucionalizada.

El contexto formado por la “latencia” del *trend* catastrófico y por la continua racionalización-automatización del control institucional constituye un “mecanismo único” que suprimió todo margen de autonomía de lo “civil” y de lo “privado” —prerrogativa de la emancipación individual del sujeto burgués— y se reproduce a través de un dominio que *despolitiza previamente* las masas garantizándose, con el auxilio de los *mass-media* y de las técnicas de manipulación, su lealtad a los imperativos de la acumulación y de la valorización. El nuevo orden autoritario, más que un aumento del coeficiente de integración entre el “estado” y la “sociedad civil”, representa una verdadera expropiación y desautorización del segundo término. Pero lo que en este esquema unidimensional se presenta *prima facie* como autonomía del estado, *funciona* en realidad como *dependencia absoluta* con respecto a una “ley natural social” (*gesellschaftliches Naturgesetz*) a cuyas convulsiones debe hacer frente inexorablemente, y que emana de la “sustancia” misma de la relación social.

Las teorías de Sohn-Rethel y de Habermas, a pesar de representar importantes variaciones de la línea Horkheimer-Pollock-Adorno (en cuanto infringen el postulado ortodoxo de la teoría

⁵⁹ M. Horkheimer, *op. cit.*, p. 61.

del valor en que esta línea seguía manteniéndose firme, a pesar de todo),⁶⁰ no se apartan de su punto teórico de partida. Si Sohn-Rethel (sobre cuyas posiciones nos detendremos ampliamente en el último capítulo), tiene por un lado el mérito indiscutible de poner el acento en un aspecto demasiado olvidado del análisis francfortense —las novedades impresas a la morfología capitalista por los procesos subcutáneos de racionalización y de socialización del proceso laboral, que ponen en crisis irreversiblemente el valor de cambio como función de “síntesis social”—, y por el otro reduce drásticamente el papel de lo político a mero pegamento externo de la alteración fundamental que corre el riesgo de paralizar para siempre la formación tardo-capitalista: la fractura entre “economía de producción” (que corresponde a la lógica de la “socialización” schumpeteriana “liberada” de la *Rationalisierung*) y “economía de mercado” (que continúa siguiendo la lógica propiamente capitalista de la valorización).

La “variante” habermasiana presenta, en cambio, una fisonomía más compleja. Habermas se propone en efecto analizar el cambio de forma del estado en el capitalismo organizado contextualmente a la reconstrucción de la nueva morfología de la crisis. Dentro de ésta trata de identificar el papel específico que desempeña el sistema político y las modalidades en que concurre a determinar una dimensión del conflicto social y un funcionamiento de los mismos mecanismos económicos distintos de los que se manifiestan en la fase librecambista-competitiva. En *Legitimationsprobleme im Spätkapitalismus*, encontramos una indicación muy importante en esta dirección: “En el curso del desarrollo capitalista —escribe Habermas— el sistema político desplazó sus fronteras haciéndolas avanzar no sólo en el sistema económico, sino también en el sociocultural.”⁶¹ El efecto de este desplazamiento consiste en el hecho de que “la crisis de racionalidad [...] toma el lugar de la crisis económica”, y de que en consecuencia “la lógica de los problemas de valorización no sólo se reproduce en un instrumento distinto de control, precisamente en el del poder legítimo, sino que cambia también la lógica misma de la crisis, a consecuencia del desplazamiento de los imperativos de control contra-

⁶⁰ Es sintomático, en esta perspectiva, la famosa intervención de Th. W. Adorno en el simposio organizado en París en mayo de 1968 por la Unesco sobre el tema “El papel de Karl Marx en el desarrollo del pensamiento científico contemporáneo”, actualmente contenido en *Marx vivo*, Milán, 1969, pp. 19-35.

⁶¹ J. Habermas, *Legitimationsprobleme im Spätkapitalismus*, Francfort, 1973; trad. it., Bari, 1975, p. 53. [Hay edic. en esp.]

dictorios fuera del tráfico mercantil en el sistema administrativo".⁶²

La novedad incontrovertible consiste, pues, en el señalamiento del cambio de forma, y de lógica, de la crisis. Para Habermas, este cambio ocurre, sin embargo, como movimiento de *dislocación* que en cierto modo tiene como punto de partida la *crisis de lo económico*: el estado se ve obligado, mientras tanto, por la "lógica de sus medios de control", a recibir "un número siempre creciente de elementos ajenos al sistema", ya que "compensa las debilidades de un sistema económico que se bloquea a sí mismo y asume tareas complementarias al mercado".⁶³ La actividad fundamental del estado tardo-capitalista se bifurca de este modo en las funciones, distintas pero simétricas, de la acumulación y de la legitimación, en tanto que el "desplazamiento de la frontera" del sistema político tiene como efecto epocal específico una *repolitización* de las relaciones de producción. La clave para entender el significado de este resultado (y de esta definición) es, también en este caso, la equivalencia entre capitalismo y abstracción del intercambio. La peculiaridad histórica del capitalismo consiste, para Habermas —que se desenvuelve en el campo de tensión entre Marx y Weber—, en la ruptura de la relación de homología que se presentaba en las "sociedades tradicionales" (o precapitalistas) entre la forma jurídica y las relaciones de producción. Mientras en el sistema feudal, en el que regía la forma del derecho desigual que *reflejaba* fielmente las desigualdades reales, las relaciones de producción tenían un carácter *directamente* político, en el capitalismo, en cambio, *se despolitizan*, desde el momento que el poder ya no se ejerce en la forma de dependencia directamente política, sino a través de la mediación del valor de cambio y de su imagen especulativa: la forma del "derecho igual": "En la sociedad burguesa liberal, la legitimación del dominio se deduce de la legitimación del mercado, o sea, de la 'justicia' del intercambio de equivalentes existente en la relación de intercambio."⁶⁴

De este modo, Habermas *legitima históricamente* también la deducción marxiana de la teoría de la crisis y de la crítica de la política a partir del carácter especulativo de la forma jurídica y de la forma de mercancía: Marx, leemos, en efecto, en el ensayo *Technik und Wissenschaft als Ideologie*, "hizo la crítica de la ideología burguesa bajo la forma de *economía política*: su teoría del

⁶² *Ibidem.*

⁶³ *Ibidem.*

⁶⁴ J. Habermas, *Erkenntnis und Interesse*, Francfort, 1968; trad. it., Bari, 1970, p. 174.

trabajo como fuente del valor destruyó la apariencia de la libertad con la que la institución jurídica del libre contrato de trabajo había hecho irreconciliable la relación de poder social sometido a la relación de trabajo asalariado".⁶⁵ Y, en *Erkenntnis und Interesse*, Habermas regresa sobre este tema con una claridad aun mayor:

"Marx analiza una forma de sociedad que institucionaliza el antagonismo de las clases *no ya bajo la forma de una dependencia directamente política y de poder social*, sino en la institución del libre contrato de trabajo que le imprime la forma de mercancía a la actividad productiva. Esta forma de mercancía es una apariencia objetiva ya que hace irreconocible a ambas partes, a los capitalistas y a los asalariados, el objeto de su conflicto y restringe su comunicación. La forma de mercancía del trabajo es una ideología ya que oculta y expresa, al mismo tiempo, la opresión de una relación dialógica privada de constricción."⁶⁶

Con la crisis de los automatismos de mercado se resquebraja irreversiblemente la legitimación del poder burgués mediada por la *Naturwüchsigkeit*, por la espontaneidad "cuasi-natural", de la relación de cambio, y se constituye en su lugar una nueva forma de legitimación, basada en la *Ersatzprogrammatisik*, en la "programación compensadora".⁶⁷ También para Habermas, pues, como para Sohn-Rethel, la transición del capitalismo competitivo al capitalismo organizado marca la crisis del valor de cambio como función de "síntesis social", como *medium* abstracto de la *Ver-gesellschaftung*. Sólo que Habermas, a diferencia de Sohn-Rethel, considera imposible la producción de una teoría del "capitalismo tardío" fuera de un análisis de las modalidades de surgimiento del nivel político-institucional como factor sustitutivo del nexo "espontáneo" entre socialización y valorización. Pero es precisamente aquí donde reaparece la clásica aporía francfortense mencionada más arriba: el estado sigue estando, aunque de una manera diversa, subordinado a la "ley fundamental" del intercambio; ya no es en calidad de garante universal-abstracto de un proceso de valorización "autoadministrado" del mercado, sino en calidad de factor como se ve obligado a intervenir continuamente para sanear las "disfunciones" del me-

⁶⁵ J. Habermas, *Technik und Wissenschaft als Ideologie*, Francfort, 1968; en *Teoria e prassi nella società tecnologica*, a cargo de Carlo Donolo, Bari, 1969, p. 213.

⁶⁶ J. Habermas, *Erkenntnis und Interesse*, trad. it., cit., p. 63.

⁶⁷ Cf. J. Habermas, "Bedingungen für eine Revolutionierung spätcapitalistischer Gesellschaftssysteme" (1968), en *Marx und die Revolution*, Francfort, 1970, pp. 30-31.

canismo competitivo. El surgimiento del "estado intervencionista" se presenta como mera *consecuencia*, como *respuesta que depende* de la crisis del mercado y la crisis de la forma de legitimación propia del estado burgués-clásico.

También en Habermas parece presentarse de este modo la contradicción entre el señalamiento del carácter político de la crisis tardo-capitalista —en la que el mecanismo de legitimación parece haber reducido lo económico a simple "subsistema"— y la definición meramente "negativa" del papel del estado. La aporía original se manifiesta, por otra parte, con claridad de contornos en la interpretación del cambio de forma de la crisis como desplazamiento lineal de su centro (y de su eje de desenvolvimiento fundamental) del ámbito económico al político y al sociocultural (y, como veremos más adelante, no se trata únicamente de una "malentendida filosofía del materialismo histórico"⁶⁸ diluida diacrónicamente, sino también de una conceptualización inadecuada de la historia real de las relaciones entre el estado y el mercado en la formación social capitalista).

En Offe, cuyo análisis es en muchos aspectos contextual (aunque no se identifica) con el habermasiano,⁶⁹ se presentan problemas semejantes. Tanto aquí como en Habermas, es importante la ampliación prospectiva a problemáticas y fenómenos usualmente olvidados por la tradición marxista, cuyo acceso es permitido por el uso simultáneo y combinado de "códigos lingüísticos" distintos, que suponen otras tantas constelaciones categoriales: el de la crítica de la economía política, el de la tradición sociológica (especialmente weberiana) y el de las teorías funcionalistas (Parsons) y sistémicas (Luhmann).

Debe señalarse ante todo la importancia de la definición de "capitalismo" dada por Offe: el elemento que caracteriza una estructura capitalista no es el *poder de disposición jurídico* sobre la propiedad, sino el "*modo de disposición concreto y típico*", que en la formación social moderna incluye también el *programa insti-*

⁶⁸ M. Cacciari, "Le forze critiche che minano il rapporto capitalistico", en *Rinascita - Il Contemporaneo*, 1978, núm. 4, pp. 30-31.

⁶⁹ En la exposición que sigue me referiré implícitamente a los siguientes trabajos de Claus Offe: *Strukturproblem des kapitalistischen Staates*, Frankfurt, 1972 (trad. it., Milán, 1977); "Krisen des Krisenmanagement. Elemente einer politischen Krisentheorie", en M. Jänicke (comp.), *Herrschaft und Krise*, Opladen, 1973, "Tesi per una fondazione teorica della nozione di 'Stato capitalistico' e per una metodologia materialistica della politologia" (en colaboración con V. Ronge), en *Stato e crisi delle istituzioni*, a cargo de Lelio Basso, Milán, 1978.

tucionalizado concerniente a los criterios estratégicos dominantes. El concepto de "capitalismo" no representa, pues, sólo el índice general descriptivo de una determinada estructura social, sino más bien la *lógica endógena de un modelo específico de desarrollo*.

Este supuesto permite trazar una línea clara de demarcación con respecto a las dos visiones del estado que predominan todavía en la actual confrontación entre los "marxismos": la teoría "instrumental" del estado, que en el presente tiene su expresión simbólica en las distintas versiones de la *Stamokaptheorie*, y la teoría del estado como "capitalista colectivo ideal".

a] En el primer caso se afirma una relación rigidamente *instrumental* entre el aparato del estado y las clases (o fracciones de clase) socioeconómicamente dominantes. Por "instrumentalidad" no se entiende aquí la relación medio-objetivo (en este sentido —a menos que se quiera abrazar una posición "estadólatra"— el estado no puede ser más que un instrumento, nunca un "fin en sí mismo"), sino se quiere designar más bien la dependencia mecánica que se establece entre la esfera política y la clase o grupo socialmente dominante. En este "paradigma" se basan todas las estrategias más o menos explícitamente "estatalistas" de la transición al socialismo. En este aspecto es simbólica la *Stamokaptheorie* (la teoría del "capitalismo monopolista de estado"), que reactualiza su supuesto fundamental bajo la forma de "fusión entre estado y monopolios" (la contradicción tiende a configurarse aquí como un antagonismo entre las "funciones públicas" del estado y la instrumentalización de éste para fines "privados" o "corporativos" llevada a cabo por los "grupos monopolistas más poderosos").

b] En el segundo caso, se parte de la célebre definición tardo-engelsiana para interpretar la transformaciones capitalistas de este siglo en términos de un progresivo decremento de la competencia conflictiva entre los distintos capitalistas y de una expansión cada vez más vasta de la explotación regulada por el estado. Es típica de este "paradigma" —común a muchas versiones del "estadóplan"⁷⁰— un atributo *unívoco* de los procesos de racionalización socialización (bajo el signo monodimensional de la planificación social), que lleva a definir el conjunto de las actividades estatales como otras tantas funciones del proceso de valorización.

Manteniéndose claramente a distancia de estas dos teorías, Offe sostiene la tesis de que si el "estado capitalista", por un lado

⁷⁰ Véase, por ejemplo A. Negri, *La forma Stato. Per la critica dell'economia politica della Costituzione*. Milán, 1977.

tutela y formaliza institucionalmente la relación de producción capitalista y el conjunto de las relaciones que se articulan a su alrededor, por el otro desempeña esta tarea no ya al defender sectorial o "corporativamente" los intereses de tal o cual grupo socioeconómico, sino más bien al situarse como tutor y garante de los "intereses comunes" de todos los miembros de una "sociedad de clase capitalista". La tarea que está llamada a desempeñar cualquier estrategia estatal caracterizada en sentido capitalista consiste en crear las condiciones para que todo "ciudadano" sea introducido en la relación de cambio.

Pero ya que el estado capitalista tiene su punto arquimédico de equilibrio en la forma de mercancía, su estructura portante empezó a vacilar históricamente en el momento en que, con la crisis del mercado autorregulado, se trabaron los mecanismos que ligaban entre sí las distintas unidades de valor por el *medium* de la abstracción del cambio. Para hacer frente a los efectos disgregadores y deslegitimantes de la crisis de los automatismos "clásicos", el estado posterior a 1929 ya no puede limitarse a garantizar y tutelar sino *debe imponerse directamente* la tarea de universalizar la forma de mercancía, como única condición de estabilidad de las dos *Teilstrukturen* o componentes fundamentales de la sociedad capitalista: la "política" y la "economía".

La transición al estado "intervencionista" se hizo necesaria, pues, por "la tendencia persistente, que surge abiertamente en el plano histórico y en el empírico de la dinámica del desarrollo capitalista, a la parálisis del 'carácter comercial' del valor y por lo mismo a la interrupción de la relación de cambio".⁷¹ Offe señala con razón, a este propósito, que los teoremas elaborados por el "neomarxismo" para explicar la pérdida de funcionalidad del mecanismo equilibrador son múltiples y controvertidos. Piénsese —tanto por anticipar un ejemplo introducido por nosotros en el último capítulo—, por un lado en la tesis de Baran y Sweezy, que se apoya en la inadaptación del mercado para recibir el flujo de productos provocado por la concentración monopolista y por el otro en la de Sohn-Rethel, quien partiendo del proceso de socialización de la producción, explica la crisis de la función "reequilibradora" del cambio con la creciente división del trabajo entre los diversos ramos (y en el interior de la misma gran empresa) con lo que se origina —a causa del incremento de la cuota de capital fijo invertido en la producción— una especialización cada

⁷¹ C. Offe y V. Rongé, "Tesi...", en *Stato e crisi delle Istituzioni*, cit., p. 39.

vez más acentuada y una flexibilidad y una capacidad de adaptación cada vez menores.

Cualquiera que sea la interpretación que se pretenda abrazar, sigue siendo, sin embargo, incontrovertible, para Offe, un dato de hecho: la gran crisis hizo derrumbarse también "en el campo burgués" la tradicional confianza en la eficacia de la autorregulación automática del mercado, hasta el punto de que ni siquiera los liberales más ortodoxos están ya dispuestos a dar crédito a las expectativas de reintegración "espontánea" de las unidades de valor expulsadas. La tarea del estado consiste, pues, en maximizar tanto para los capitalistas como para la fuerza de trabajo las probabilidades de entrar en la esfera del cambio. En consecuencia, la política de los estados capitalistas actualmente se "purifica en forma metodológica tanto de los residuos de concepciones feudales como de las restricciones ideológicas de los programas y de las recetas liberales".⁷² El "nuevo curso" no elimina, sin embargo, las disfunciones, sino por el contrario las vuelve orgánicas. ¿Cómo responde, entonces, el estado al problema estructural de la parálisis de los mecanismos de cambio? Descartada la hipótesis neolibrecambista de una restauración de los mecanismos reequilibradores, por haberse manifestado irremediablemente "anticuada" e ineficaz, no queda otra alternativa que la de apuntalar mediante subsidios las unidades de valor que no logran mantenerse en la relación de cambio; de ahí la adopción de métodos de "asistencia" estatal para resolver el problema de las unidades de valor "desmercancificadas". A este propósito, Offe y Rongé tienden a poner en evidencia el surgimiento de una alternativa ulterior: la que definen como estrategia de "remercancificación por vía administrativa", entendida como tercera solución con respecto al "*laissez-faire* librecambista" y a la política proteccionista del estado asistencial. Esta estrategia no sólo apunta al "resanamiento pasivo" de los sectores que no logran mantenerse en la esfera del intercambio, sino en general al "establecimiento, por medio de instrumentos políticos, de las condiciones para la subsistencia de un mecanismo de intercambio entre los sujetos de derecho o bien entre los sujetos económicos".⁷³

Este tipo de intervención del estado, habiéndose propuesto universalizar la forma de mercancía, termina no obstante por producir un efecto de "expropiación parcial" entre los poseedores de capital, que por su parte amenaza las relaciones de intercambio

⁷² *Ibid.*, p. 42.

⁷³ *Ibid.*, p. 44.

entre los poseedores de mercancías. Las medidas reformistas no tienen, por lo tanto, como resultado una "racionalización" del estado como función primaria del proceso de valorización (como quisieran los que sostienen la tesis del "capitalista colectivo ideal" o algunos teóricos del "estado-plan") o como instrumento de los grupos socioeconómicos dominantes (según la versión marxista clásica y su variante "stamokapista"), sino que entran más bien en contradicción con los intereses de la clase capitalista, tal cual lo demuestra la "fuerte resistencia que éstas encuentran no rara vez por parte de las organizaciones políticas de esta clase".⁷⁴

Pero ¿en qué radica el mecanismo de génesis de este nuevo nivel de la contradicción? Para Offe, como por otra parte también para Habermas, radica en el hecho de que "las tentativas del estado para salvaguardar y universalizar la forma de mercancía exigen formas de organización cuyo modo de operación rebasa los límites de la forma de mercancía".⁷⁵

La compleja teoría de la crisis "tardo-capitalista" elaborada por estos importantes desarrollos de la tradición frankfurtense desemboca así en una reformulación del "paradigma" clásico-marxista de la contradicción fundamental entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción en la "antinomía entre la lógica persistente de la producción capitalista, dirigida 'anárquicamente' a la producción de valores de cambio 'abstractos', y la lógica 'racionalizadora' de la intervención del estado, llamado a no producir directamente valores de cambio, sino a promover y sostener su producción mediante prestaciones reguladoras y planificadoras que corresponden al esquema de la producción de valores de uso 'concretos'".⁷⁶ Pero —y en esto se encuentra para nosotros el punto decisivo— una reformulación de este tipo no se aparta del esquema "clásico" de la dependencia (expresada no ya en términos mecanicistas, sino, como en los teóricos socialdemócratas de los años veinte, en términos funcionalistas) de lo político en relación con las "regularidades" (movimiento de desequilibrio-reequilibrio) de lo económico, precisamente en cuanto no rebasa el "paradigma" del carácter fundamental de la contradicción sino que se limita a refundarlo con el auxilio de la *Systemtheorie*.⁷⁷ De este modo

⁷⁴ *Ibid.*, p. 47.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 48.

⁷⁶ D. Zolo, "Introduzione" a C. Offe, *Lo Stato nel capitalismo maturo*, cit., p. 8.

⁷⁷ Para una crítica del "carácter subalterno" de los análisis de Offe al paradigma sistémico de Luhmann, véase Th. Krämer-Badoni, "Crisi e potenziale di crisi nel capitalismo avanzato", en *Stato e crisi delle istituzioni*,

vuelve a asomarse también en estos análisis —que tienen además, lo repetimos, el gran mérito de desbrozar el terreno de tantos prejuicios viejo-marxistas y de abrirse a las aportaciones más avanzadas de la politología y de las ciencias sociales— la antigua idea filosófica del capitalismo como alienación. Es, pues, totalmente congruente que entre por la ventana la tradicional divergencia entre el *lado objetivo* (crisis) y el *lado subjetivo* (crítica):

"La desintegración del tejido moral —concluyen Offe y Ronge en su ensayo— o del fundamento normativo-moral de la sociedad del cambio, que tiene sus raíces precisamente en las providencias y en las estrategias que tienden a la universalización de la forma de mercancía, no representa, de por sí, una 'tendencia al derumbe'. Y sin embargo, esta contradicción estructural puede convertirse, en el plano ideológico, en el punto de coagulación de los conflictos sociales y de las luchas políticas, en el principio de la superación de la forma de mercancía como principio de organización del proceso de reproducción social."⁷⁸

Como se dijo anteriormente a propósito de Habermas —en el que esta divergencia se pone de manifiesto en la propuesta de la "racionalidad crítico-discursiva" de la *Öffentlichkeit*, cuya única posibilidad operativa consiste en explotar los intersticios de comunicación todavía *herrschaftsfrei*, "libres de dominio"— no se trata únicamente del resurgimiento de una antigua aporía teórica, sino también y sobre todo de la colocación inadecuada y deformante, dentro del marco histórico, de la transición del "capitalismo competitivo" al "capitalismo organizado" o "capitalismo tardío" (*Spätkapitalismus*). Dicha transición se concibe, en efecto, como el paso de un sistema genérico de "mercado autorregulado" a un "estado intervencionista" igualmente genérico. El margen de indeterminación de este esquema hermenéutico es tan amplio que resulta, para los fines práctico-analíticos, mistificante —e interesa poco que se restablezca también una pareja importante de observaciones empíricas. Desde este punto de vista, el límite teórico de la identificación "francfortense" del capitalismo como sistema de mercado "despolitizado" se presenta también como límite histórico-político del análisis. El mercado capitalista, en efecto, no ha sido nunca "invertido", no ha sido nunca un "ordenamiento político" en sentido propio (como sostiene Habermas en *Technik*

cit., pp. 52-77. Pero Krämer-Badoni muestra demasiada nostalgia de la "totalidad" como para profundizar en su crítica.

⁷⁸ C. Offe - V. Ronge, *op. cit.*, p. 51.

und Wissenschaft als Ideologie),⁷⁹ precisamente porque representa la forma de “neutralización” propia de una fase determinada de la hegemonía burguesa. En consecuencia, el mercado siempre se configura como *la resultante de determinadas relaciones de poder* entre sujetos distintos, que, en su conflictividad recíproca, les asignaban políticamente una intención a las relaciones abstractas del cambio. No es indiferente, además, la circunstancia de que en las últimas décadas del siglo pasado, en concomitancia con la Gran depresión, aparecen en el sistema de mercado de casi todos los países capitalistas nuevas figuras y “sujetos” socioeconómicos colectivos (Konzern, monopolios, sindicatos) que condicionan y en gran parte también alteran y transforman las simetrías anteriores y “las reglas del juego”. Para documentar la incidencia “morfológica” de este fenómeno no es necesario incomodar las ya considerables aportaciones de la historia social alemana y anglosajona (a las cuales nos referimos, ampliamente, entre otras cosas, en el último ensayo). En Weber ya se pone, en efecto, mucha atención en las modificaciones aportadas al sistema de mercado por los “nuevos sujetos de la socialización”.⁸⁰ Este aspecto de la reflexión weberiana queda, en cambio, completamente fuera del filón mayoritario de la Teoría crítica. Si el Weber de Habermas es el de la “legitimación”, el Weber de Horkheimer y Adorno es el de la *ratio* como dimensión omnicompreensiva, como “totalidad negativa” de la *Herrschaft* capitalista. Los “francfortenses”, siguiendo los pasos de *Geschichte und Klassenbewusstsein* de Lukács, llevan a cabo una reconstrucción meramente filosófica del nexo racionalidad-dominio, y por lo tanto *no se preguntan acerca de los factores históricos de poder que se encuentran bajo la descomposición calculista*. Sólo leen en ella la contraseña de la alienación capitalista; el efecto de la *esencia deshumanizada* del modo de producción basado en el intercambio de mercancías. De este modo se cierran también la posibilidad de comprender el alcance político del proceso de racionalización, que tiene como efecto inmediato la puesta en crisis de los equilibrios anteriores (y en consecuencia, de toda hipótesis de “neutralización” orientada al “axioma de las paralelas”, o sea, al criterio de la “competencia perfecta”)⁸¹ y como re-

⁷⁹ J. Habermas, *Técnica e ciencia come ideologia*, cit., p. 215.

⁸⁰ Cf. M. Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft*, I, trad. it., cit., p. 623. Véase también a este respecto la colección de ensayos weberianos de W. Mommsen, *Max Weber. Gesellschaft, Politik, Geschichte*, Francfort, 1974.

⁸¹ Cf. J. M. Keynes, *The general theory of employment, interest and money*, Londres, 1936 [J. M. Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, México, FCE, 1965].

sultado de largo plazo la “pluralización” de la misma clase dominante.

Ya a principios de los años veinte Schumpeter intuyó las líneas tendenciales de este proceso, tal vez con mayor claridad que Weber: los nuevos “sujetos”, al hacer constantemente precarios los equilibrios consolidados, disuelven *prácticamente* la ilusión de un crecimiento evolutivo y simultáneo de *socialización* y *democratización*. Es víctima de esta ilusión la socialdemocracia weimariana que, al no comprender el ordenamiento pluralista-conflictivo producido por la racionalización (es significativo en este sentido el choque entre los diversos sectores de la industria alemana —puesto de manifiesto por Sohn-Rethel en su análisis de la transición al nacionalsocialismo—, que se desarrolla por medio de alianzas “transversales” entre grupos de poder económicos, estratos sociales y cuerpos institucionales), no se da cuenta de que las fuerzas motrices del “capitalismo organizado” son precisamente las que ponen en crisis los precarios equilibrios políticos, y junto con ellos la misma “representatividad” de la forma democrático-parlamentaria. La laceración que se produce en los últimos años de la república con la ruptura de sus “pactos constitutivos” y el drástico resurgimiento de los espacios institucionales no es más que la consecuencia extrema de la última contradictoriedad de los mismos procesos de “socialización”. No es casual que precisamente en esta fase los politólogos más agudos e iluminados de la izquierda socialdemócrata (Franz Neumann, Ernst Fraenkel y Otto Kirchheimer, colaboradores de *Die Gesellschaft*, la revista teórica del partido dirigida por Hilferding) reflexionan sobre la fragilidad del “compromiso político” que daba origen a la democracia weimariana y sobre los límites de la eficacia de la forma del estado “neutralizador” —frente a un “pluralismo corporativo” cada vez menos gobernable por ser cada vez menos reductible a un “interés general”—, llegando así a identificar la crisis de “legitimidad” de la forma democrático-parlamentaria.

En la agudización final de esta crisis (que se presenta con una complejidad económico-institucional absolutamente inédita) surgen a plena luz del día los límites de los dos mayores movimientos obreros de masa del área centro-europea: por una parte, en Weimar, se lleva hasta sus últimas consecuencias el cisma entre la estrategia socialdemócrata —que, al identificar la “legalidad” con la “legitimidad” termina por fetichizar la forma del “estado democrático” y por enfrentar las “potencias” socioeconómicas y los nuevos “sujetos colectivos” de la “socialización” como disfunciones o “desbordamientos corporativos” que había que corregir a

través del dispositivo neutro responsable de la *Demokratisierung*— y la estrategia comunista que ya a partir de 1928 enfatiza la “primacía de la economía” constituyéndose en representante de la insubordinación social en contra del estado; por la otra, en Austria, la estrategia elaborada por Otto Bauer como un verdadero “tercer camino” entre la democracia “sin calidad” de la SPD weimariana y el “modelo soviético” del leninismo, sólo logra deducir del propio teorema del estado como paralelogramo de las relaciones recíprocas de poder entre las clases el débil corolario de atrincherar la autonomía de la clase obrera *en lo social*, hasta el límite de la autodefensa armada (con la creación de la organización paramilitar del *Schutzbund*).

Las aporías fundamentales de la política socialdemócrata pueden resumirse, por lo tanto, de manera esquemática en tres puntos:

1. Contradicción entre el reconocimiento de la “complejidad social” del capitalismo organizado (y —como vimos en el inciso anterior— de la necesidad de una teoría adecuada a esta nueva fase) y rigidez del compromiso “obrero-industrialista”⁸² que la democracia seguía adoptando de hecho en sus decisiones prácticas; esto le cierra toda oportunidad de acceso a las formas de conciencia del *Mittelstand*, de la “clase media” cuyos desplazamientos políticos juegan un papel *determinante* en la fase de disolución de la república de Weimar (pero la asunción *estratégica* de este problema habría requerido la ruptura con toda visión lineal o funcional de la contradicción y una comprensión de la asimetría estructural del proceso de desarrollo de la formación capitalista, que Ernst Bloch resumió magistralmente en el concepto de “sincronía de lo asincrónico”);⁸³

2. Visión “exogenista” de la crisis y hostilidad hacia las políticas anticoyunturales; para Hilferding, el estado sólo puede organizar exteriormente los “materiales” que el proceso económico le entrega “totalmente acabados”, y no puede intervenir nunca en este proceso alterando los equilibrios “socialtecnológicos”. En este aspecto, es representativo su rechazo del plan anticoyuntural proyectado hacia el interior del sindicato por Woytinski, Tarnow y Baade (el famoso “Plan WTB”, que da origen al conflicto entre SPD y ADGB entre 1931 y 1932);⁸⁴

⁸² Cf. G. E. Rusconi, *La crisi di Weimar. Crisi di sistema e sconfitta operaia*, Turín, 1977.

⁸³ Cf. E. Bloch, *Erbschaft dieser Zeit*, Zurich, 1935.

⁸⁴ Cf. W. S. Woytinski, *Stormy passage. A personal history through two Russian revolutions to democracy and freedom: 1905-1960*, Nueva York, 1961, (trad. it., Milán, 1966, pp. 618 y ss.).

3. Inobservancia de la disimetría que se iba produciendo entre los fenómenos de difusión del poder (y de incremento de la tasa de complejidad social) y el proceso de concentración-simplificación de los mecanismos político-decisionales; esta discrasia entre “participación” y “decisión” —como señaló Kirchheimer en 1930—⁸⁵ servía de base a la tendencia, orgánica a todas las formas de capitalismo organizado, a la progresiva pérdida de centralidad del parlamento y al vaciamiento de sus funciones.

Los nudos aquí apenas esbozados, y ejemplificados con el caso weimariano, se pueden encontrar —exceptuando las notorias peculiaridades nacionales— en la mayoría de los países europeos entre los años veinte y treinta. Y es sintomático que el historiador social americano Charles S. Maier haya modelado su importante investigación comparativa sobre la “arquitectura” de la estabilización en Europa durante la primera posguerra,⁸⁶ sobre todo a partir del “caso de Alemania”. En la actualidad, Weimar representa para nosotros, como lo fue para los intelectuales más sensibles a los nuevos procesos, un laboratorio de experiencias densas y traumáticas, y al mismo tiempo un banco de prueba en el que debemos aquilatar nuestro análisis fuera de los esquemas ideológicos pedidos en préstamos a la tradición.

Es significativo a este respecto que el debate historiográfico no haya logrado todavía dar una respuesta satisfactoria al problema del pasaje de Weimar al nacionalsocialismo. A partir de la confrontación con la complejidad de los nudos recién mencionados se deduce en efecto la insuficiencia (y sobre todo la unilateralidad) tanto de las reconstrucciones que descubren la clave de interpretación de este “pasaje” en la continuidad del *Obrigkeitsstaat* prusiano, caracterizado (desde Bismarck hasta Hitler, y más adelante aún) por una constante vocación autoritaria, como de las que creen descubrirla en el torrente corrosivo de la racionalización, que impondría inexorablemente las líneas directrices de su curso

⁸⁵ Cf. O. Kirchheimer, *Weimar - und was dann?*, Berlín 1930; ahora en *Politik und Verfassung*, Francfort, 1964, pp. 9 y ss. Actualmente está en preparación una amplia antología de los escritos kirchheimerianos de este periodo, bajo el cuidado de Angelo Bolaffi, para la casa editorial De Donato. Para una ubicación del debate de esos años, véase la introducción de R. Racinaro a H. Kelsen, *Socialismo e Stato. Una ricerca sulla teoria politica del marxismo*, Bari, 1978. [De próxima publicación en Siglo XXI Editores.]

⁸⁶ Ch. S. Maier, *Recasting bourgeois Europe. Stabilization in France, Germany and Italy in the decade after world war I*. Princeton 1975. Para las cuestiones que estamos estudiado véanse sobre todo las pp. 356-386 y las conclusiones.

a despecho de la envoltura político-institucional que en cada momento trata de imponerse.⁸⁷ De lo que hemos expuesto hasta ahora (y de lo que hemos tratado de documentar en el último capítulo) debería deducirse fácilmente que para nosotros las cosas son mucho más intrincadas y segmentadas, y —lo que es más importante— difícilmente aferrables si no se sale de los esquemas explicativos monocausales y del engañoso dilema entre la “primacía de la política” y la “primacía de la economía”. El mismo significado histórico del proceso de racionalización y de las transformaciones provocadas por éste en el ordenamiento de la economía capitalista es, en nuestra opinión, literalmente inconcebible si se prescinde de la relación con las funciones de poder y con los sujetos determinados que prevalecen en cada caso en la relación de fuerza. Y es en esta constelación, y no en una historia separada de la forma de estado, donde debe ser buscada la clave para entender las propias transformaciones de lo político.

Esta indicación es válida con mayor razón en relación con el “viraje” de los años treinta. La dificultad de aclarar las características específicas de este “viraje” coincide con la dificultad de percibir las interrelaciones complejas y disimétricas que unen los cambios de forma de la política y los procesos de integración institucional de las masas a la dinámica contradictoria de la socialización capitalista y a la *impasse* en que llega a encontrarse en la fase culminante de los años veinte.⁸⁸ También aquí se trata de superar los puntos de vista, opuestos entre sí pero igualmente totalizantes, que han mantenido hasta ahora el campo dentro del ámbito de las interpretaciones marxistas: el que data en la ruptura de 1929 el nacimiento de un estado planificador y el que encuentra, en cambio, en la intervención coercitiva-autoritaria del estado la manifestación más aguda y al mismo tiempo más representativa de la “crisis general” del capitalismo (estas dos versiones, como es sabido, se encuentran presentes simultáneamente —haciendo a menudo corto circuito— en los análisis de la Internacional comu-

⁸⁷ Véase un brillante y documentadísimo balance del debate historiográfico sobre el “caso de Alemania” en E. Collotti, “Tendenze recenti della storiografia sulla repubblica di Weimar”, en *Weimar. Lotte sociali e sistema democratico nella Germania degli anni '20*, bajo el cuidado de Lucio Villari, Bolonia, 1978, pp. 11-42.

⁸⁸ Cf. E. Fano, “I paesi capitalistici dalla guerra mondiale alla crisi del '29”, en Varios autores, *La crisi del capitalismo negli anni '20*, bajo el cuidado de Mario Telò, Bari, 1978, pp. 85-128. [En esp. *La crisis del capitalismo en los años '20*, Cuadernos de Pasado y Presente núm. 85, México, 1981.]

nista entre 1928 y 1934). Si se quiere ir más allá de esta visión ideológica y “espectral” del problema, hay que partir de nuevo de un análisis de las “consecuencias” de la racionalización.

El largo debate emprendido por el Verein für Sozialpolitik ya había puësto en evidencia que el surgimiento de las “potencias” oligopolistas mismas, al producir no sólo una reestructuración profunda del mercado, sino también un nuevo nivel del conflicto, desde el momento que los nuevos sujetos se mostraban capaces de producir “efectos de soberanía” específicos (y por lo mismo centrifugos en relación con la soberanía del “estado-envoltura”) ensamblan a su alrededor estratos sociales compuestos.⁸⁹ En los umbrales de la *Stabilisierungsperiode* les parece claro a los más agudos “espectadores” de los acontecimientos weimarianos que la dimensión cada vez más *masificada* y *organizada* de la conflictividad social requiere de una nueva forma de estado, de un nuevo nivel de mediación política adecuado a las contradicciones provocadas por la misma dinámica de “socialización”. Pero sólo hay claridad sobre cómo debe configurarse esta forma de estado y cuál debe ser el marco de sus relaciones con la dialéctica pluralista de las nuevas “entidades colectivas”, en los desencantados *Beobachter* “reaccionarios” como Carl Schmitt, cuya capacidad de “crítica de la ideología” aparece mucho más fuerte e intensa que la demostrada por los mismos liberales y conservadores iluminados, para no hablar de los socialdemócratas.

El mismo Walther Rathenau no parece ir más allá, en este punto, de una individualización (también agudísima) de la crisis de la “Política política” y de la difusión del poder en una multiplicidad peligrosamente dispersiva de “estados ideales”.⁹⁰ Es Keynes en cambio el que, a partir de una constatación análoga, da un paso decisivo hacia adelante. Su famoso ensayo de 1926, *El fin del laissez faire*, partiendo de lo que define como uno de los “fe-

⁸⁹ Véase a este respecto la larga serie de las *Schriften* del Verein für Sozialpolitik, y, sobre el tema, P. Böse, *Geschichte des Vereins für Sozialpolitik 1872-1932*, Berlín 1939. Se albergan también significativas contribuciones en el *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, en el que a principio de los años veinte apareció también el importante artículo de J. A. Schumpeter, “Sozialistische Möglichkeiten von heute” (Bd. XLVIII, pp. 305-360, reproducido ahora en *Aufsätze zur ökonomischen Theorie*, Tübinga, 1952, pp. 465-510) sobre el que llamó oportunamente la atención Roberto Racinaro en la introducción citada.

⁹⁰ W. Rathenau, “Der neue Staat” (1919), en *Gesammelte Schriften*, Bd. V. Berlín, 1925, p. 269. Cf. a este respecto, además de la introducción ya citada de R. Racinaro, el ensayo de Massimo Cacciari sobre Rathenau publicado por De Donato.

nómenos más interesantes y menos observados de las últimas décadas" —el proceso de socialización de la gran empresa y de disociación de los propietarios de capital de las tareas de dirección— señala la tendencia de los nuevos organismos con capital accionario "a acercarse al estatus de entes públicos más bien que al de empresas privadas de tipo individualista".⁹¹ Se perfila a partir de ahí, para Keynes, un nuevo ordenamiento que pone en crisis los antiguos equilibrios y el marco "contractualista" que era su expresión directa, y en el que "la dimensión de la unidad organizativa y de control" se sitúa en el espacio intermedio "entre el individuo y el estado moderno".⁹² Frente a esta nueva constelación de relaciones, el único programa posible consiste "en el desarrollo y en el reconocimiento de organismos semiautónomos en el interior del estado".⁹³ Defendiéndose anticipadamente de la acusación de "corporativismo" y de "retorno a criterios medievales de las autonomías separadas", Keynes tiende por lo tanto a señalar con fuerza que no hay posibilidad de reconstruir una dirección política eficaz si no se mantiene "una mentalidad flexible ante las formas de este semisocialismo": "debemos sacar todas las ventajas de las tendencias naturales actuales y debemos preferir probablemente capas semiautónomas que órganos del gobierno central de los que sea directamente responsable un ministro".⁹⁴

La forma de estado adecuada a los procesos de difusión-pluralización del poder debe cargar sobre sus espaldas, según Keynes, la "concordia discordia" entre el individualismo librecambista y el estado-plan socialista, ideologías igualmente incapaces de entender el sentido de los procesos que se están llevando a cabo, porque ambas están basadas en un paradigma clásico (propio del siglo XIX) de ciencia y desarrollo:

"Yo no critico el socialismo de estado doctrinario porque trata de comprometer al servicio de la sociedad el impulso altruista de los hombres o porque se aleja del *laissez-faire* o porque se opone a la libertad natural del hombre para construir riquezas materiales, o porque tiene el coraje de realizar experimentos audaces. Todas éstas son cosas que aprecio. Yo critico al socialismo de estado porque no comprende el significado de lo que está sucediendo; porque, de hecho, no es mucho mejor que el polvoriento resto de

⁹¹ J. M. Keynes, "La fine dell *laissez-faire*" (1926), en *Esortazioni e profezie*, Milán, 1968, p. 241.

⁹² *Ibidem*.

⁹³ *Ibidem*.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 243.

un plan para hacer frente a los problemas de hace cincuenta años, de acuerdo con una interpretación equivocada de lo que se escribió hace un siglo. El socialismo de estado del siglo XIX proviene de Bentham, de la libre competencia, etc., etc., y es precisamente una versión, en algunos aspectos más clara y en otros más confusa, de la misma filosofía en que se basa el individualismo del siglo XIX."⁹⁵

La línea trazada por Keynes individualizaba —en un contexto político-cultural muy distinto— los dos movimientos fundamentales del pasaje de fase que hemos entresacado del "caso weimariano": el fenómeno de la pluralización del poder y el —ligado íntimamente con éste— de la progresiva "publicización" de la actividad y los sujetos que actuaban antes en el ámbito "privado". Se podría observar aquí también que el anglosajón Keynes no comprende con igual clarividencia un aspecto ulterior, aunque no menos fundamental, de esta tendencia: el desplazamiento de las funciones propias del sistema político del eje parlamento-gobierno al eje gobierno-entes públicos.⁹⁶ El modelo institucional al que aspira Keynes debería componerse siempre de "[...] organismos cuyo criterio sea, en su ámbito específico, exclusivamente el bien público, como ellos lo entienden, y de cuyas decisiones estén excluidos los motivos de interés privado, aunque pueda resultar necesario dar cierta cabida a los intereses específicos de grupos, clases o profesiones particulares, en tanto no se amplíe la esfera del altruismo humano; organismos que en el desempeño normal de sus tareas sean predominantemente autónomos dentro de límites prescritos, pero que estén sujetos, en último análisis, a la soberanía democrática expresada a través del parlamento".⁹⁷

En este marco de armonías de consenso tiende a desembocar la intensidad del viraje puesto al descubierto más arriba, que representaba precisamente el elemento de contradicción con respecto al "poder soberano" del estado. Pero si en el "capitalismo organizado" de los años veinte esta contradicción no podía asumir todavía —como lo puso de relieve Polanyi—⁹⁸ la forma de una soberanía "dividida en dos partes iguales" entre un estado democrático parlamentario controlado o en cierto modo condicionado por la

⁹⁵ *Ibidem*.

⁹⁶ Véase la interesante contribución de F. Cavazzuti, "Categoría negoziale e istituzione del capitalismo monopolístico", en *Categorie giuridiche e rapporti sociali. Il problema del negozio giuridico*, bajo el cuidado de Cesare Salvi, Milán, 1978.

⁹⁷ J. M. Keynes, "La fine del *laissez-faire*", en *Esortazioni e profezie*, cit., p. 241.

⁹⁸ Cf. K. Polanyi, *op. cit.*, p. 256.

presión constante de un movimiento obrero de masa y las potencias extrainstitucionales creadas por la "socialización", después de la crisis de 1929 —con el reconocimiento público de los nuevos sujetos— entra la contradicción con fuerza en el corazón del mismo "sistema político".

Se trata del nudo crucial puesto a prueba por Franz Neumann en el estupendo capítulo introductorio al *Behemoth*, dedicado a "El derrumbe de la República de Weimar". Al relacionar estrechamente el "pluralismo" con la crisis de la soberanía del estado basada en el principio contractualista, señala el carácter íntimamente contradictorio de la pretensión de reducir el ordenamiento pluralista-corporativo del capitalismo organizado al modelo democrático-parlamentario clásico: una vez que —reconocida la irreversibilidad de los procesos de socialización— "[...] el estado se reduce a una de tantas instituciones sociales y queda privado de su poder coercitivo supremo, sólo un acuerdo entre los distintos organismos sociales predominantes en el interior de la comunidad puede dar una satisfacción concreta a los intereses comunes. Pero mientras no se hayan estipulado y respetado, debe haber una base común de entendimiento entre los diversos grupos sociales: la sociedad, en síntesis, debe ser fundamentalmente armoniosa. Pero ya que la sociedad es, de hecho, antagónica, la doctrina pluralista desaparece tarde o temprano."⁹⁹

Del análisis de Neumann surge con claridad de perfiles un aspecto de importancia decisiva para comprender las características reales del viraje de los años treinta: la forma de estado que encabeza el proceso de racionalización-socialización ya no puede nunca "planificar", colocándola dentro de un marco armónico institucional, la multiplicidad de los poderes difundidos, y tampoco en sus formas más extremadas y represivas (como lo demuestra el régimen nazi) logra traducir el corporativismo "pluralista" en corporativismo "absoluto", o sea, *sin relación alguna* con la realidad conflictual de las potencias surgidas. Asistimos aquí a un verdadero salto cualitativo con respecto a la fase analizada magistralmente por Max Weber, en cuyo análisis todavía se podía concebir la relación entre racionalización de la esfera económica y racionalización de la esfera política en los términos de un "paralelismo perfecto" que excluía la posibilidad de una complicación interna del sistema institucional; pero asistimos también a una dinámica cuyos atribu-

⁹⁹ F. Neumann, *Behemoth, The structure and practice of national socialism*, Nueva York, 1942; trad. it., Milán, 1977, p. 33. [Hay edic. en esp.]

tos no habían sido considerados por la mirada aguda de Schumpeter, que, en su análisis orientado a demostrar la constante divergencia entre la racionalización capitalista y el imperialismo, atribuye la conflictualidad entre los grupos de poder en el interior del sistema político a una disfunción que puede reducirse a la presencia residual, en la capa dominante, de fracciones de origen precapitalista "ajenas" a la lógica endógeno-racional del sistema.¹⁰⁰ Schumpeter no se dio cuenta de que esta contradicción interna del sistema político representaba en realidad un efecto del mismo proceso de racionalización, ya que precisamente el "nuevo estado" no suprimía sino por el contrario interiorizaba el ordenamiento conflictivo heredado de la sociedad de masa de los años veinte.

No es casual, a este respecto, que el nacionalsocialismo se des-embarrasara muy pronto de las utopías reaccionario-corporativas de Othmar Spann y atacara directamente, por boca de su "oráculo filosófico" Alfred Rosenberg, la misma idea de "estado totalitario" en el *Völkischer Beobachter* del 9 de enero de 1934 (ataque, por lo demás, en acuerdo total con las ideas expuestas por el mismo Rosenberg en *El mito del siglo xx*). Por otra parte, aunque el fascismo italiano adopta el "corporativismo" como doctrina y programa propios, entre esta ideología y la realidad hay simplemente un abismo. Esto no significa que no haya un viraje político-institucional de enorme alcance. Sólo que este viraje no debe buscarse tanto en el nacimiento de una forma de organización total y planificada, sino más bien en el hecho de que: *a*] el estado produce, con su acción y su "intervención, nuevas variables en la dinámica socioeconómica, que gravitan profundamente en el funcionamiento del sistema en su conjunto; *b*] el sistema político adquiere una dimensión ampliada y un ordenamiento "pluralista" configurándose no sólo como conjunto de aparatos sino también como conjunto de múltiples instituciones. Desde este punto de vista el "estado de los entes"¹⁰¹ nacido en Italia bajo el fascismo no representa una

¹⁰⁰ Cf. J. A. Schumpeter, *Zur Soziologie der Imperialismus*, Tubinga, 1919 (trad. it., Bari, 1972) [Hay edic. en esp.] Véase a este respecto el brillante balance de la cuestión del "imperialismo" hecho por Guido Carandini en su contribución al Seminario del Instituto Gramsci sobre "Estado y transformaciones capitalistas en los años treinta" (noviembre de 1978); "Introversione dell'imperialismo", en *Rinascita - Il Contemporáneo*, 1978, núm. 48, pp. 17-18

¹⁰¹ Véase a este respecto las investigaciones fundamentales de Sabino Cassese y, en especial, *La formazione della Stato amministrativo*, Milán, 1974. Es, además, importante el ensayo de Ester Fano, "La 'Restaurazione antifascista liberista'. Ristagno e sviluppo economico durante il fascismo", en A. Acquarone, M. Vernassa, *Il regime fascista*, Bolonia, 1974, pp 281-306.

“excepción” o una anomalía que pueda reducirse a un simple atraso (aunque el elemento del atraso juega un papel innegable en el condicionamiento de determinadas decisiones de fondo del régimen), sino se sitúa más bien en el interior de la línea tendencial histórica del “capitalismo organizado” cuyos rasgos generales trazamos más arriba.

En este nivel del problema parece natural y legítima la exigencia de definir las modalidades globales de funcionamiento del nexo política-economía en la nueva fase. Sería engañoso y peligroso, sin embargo, tratar de traducir esa definición en una insistencia retórica sobre las características de masa (por otra parte incontrovertibles) asumidas por la política con el viraje de los años treinta y sobre el papel desempeñado por el “partido-estado de la burguesía” en la trasmisión-perpetuación de las nuevas formas de la producción social, etc. El límite de estas fórmulas se encuentra, no sólo en su imperdonable generalidad, sino también en el peligro, a que están expuestas constantemente, de caer nuevamente en una visión una vez más totalizante y, por así decirlo, “sacralizante” de la relación política-economía o en representar en términos sustancialmente *funcionales* la relación entre “cambio de forma del estado” y “hegemonía burguesa”. Este esquema corre el riesgo de infertilidad, precisamente en el terreno que trata de enfatizar —el político—, si no llega a darse cuenta de que el viraje de lo político en los años treinta es *en sí mismo* una expresión de la crisis de la “síntesis” que constituye el objeto de análisis y de reflexión de la gran cultura “burguesa” de este siglo; o sea, si no llega a comprender que precisamente a partir de la disolución definitiva del carácter separado y autosuficiente del estado se abre la posibilidad de acceso de la política al universo de las técnicas y de los “especialismos”,¹⁰² mientras que si la política vuelve a presentarse (aunque sea en forma de “nueva hegemonía”) como lenguaje totalizante, se pierde esta posibilidad.

Sostener que el viraje de los años treinta no suprime sino “interioriza” el ordenamiento pluralista-conflictual heredado de la

Un replanteamiento del análisis del estado en Italia, orientado a ensamblar la reelaboración histórica con la actualización teórica, puede verse en los trabajos de P. Barcellona, *Stato e mercato*, Bari, 1976, y G. Vacca, *Quale democrazia?*, Bari, 1977.

¹⁰² Cf. a este respecto la última parte de la citada introducción de R. Racinaro a H. Kelsen, *Socialismo e Stato*. En mi ponencia para el ya mencionado coloquio del Instituto Gramsci sobre “Estado y transformaciones capitalistas en los años treinta”, se encuentra una elaboración de los temas que aquí sólo he podido enunciar.

sociedad de masa producida por los grandes procesos de racionalización-socialización no significa detenerse en la polaridad descriptiva: “pluralismo-corporativo”-“estado total”. Significa más bien introducir la cuestión del estatuto global que adopta la “contradicción” en el capitalismo contemporáneo y de las *modalidades específicas* en que se configura dentro del sistema político, fundando, por lo tanto, en este análisis, y no en peticiones de principio abstractas, el discurso sobre la “practicabilidad” del terreno institucional.

Es precisamente en esta perspectiva en donde se muestran estériles los también importantes y en muchos aspectos innovadores análisis de Habermas y Offe. En sus teorías del sistema político-institucional contemporáneo parece presentarse de nuevo —dentro de una constelación categorial mucho más refinada y compleja— un aspecto aporético que ya habíamos encontrado precisamente en la revisión “neoclásica” del marxismo socialdemócrata de los años veinte: la presencia simultánea de una “mala” autonomía de lo político junto con una visión estructural-funcionalista de la relación estado-economía. El punto en que se manifiesta con particular evidencia esta aporía es la definición del sistema político como “filtro” institucional selectivo de las demandas y de las tendencias del conflicto social *funcionales* a los intereses capitalistas en su conjunto. Aquí se perfila precisamente el doble y simultáneo riesgo de autonomizar la esfera de las estructuras legitimadoras y de ponerla en una relación de interdependencia directa con la “necesidad de valorización” y los imperativos de la reproducción social. Esto es válido también cuando las necesidades de mantenimiento del equilibrio y del control social *obligan* al estado a adoptar medidas que parecen apuntar en un sentido exactamente opuesto, como en el caso de las prestaciones reguladoras que producen “valores de uso”. El hecho de que el estado actúe con registros opuestos para *reactuar* sobre el *mismo* mecanismo, no hace más que confirmar su estrecha dependencia de las “leyes” de la relación de intercambio y de sus *disfunciones*. Si estas últimas son las que imponen la intervención reguladora de la administración política, la contradicción no está *en el* estado, sino *únicamente* en la relación de intercambio. La autonomía de lo político y su dependencia absoluta llegan a coincidir paradójicamente, representando los dos lados de una única aporía (y la alusión a la “complejidad social” sigue siendo por lo tanto un lado empírico completamente separado de la forma teórica del discurso).¹⁰³

¹⁰³ Cf. Th. Krämer-Badoni, *art. cit.*, pp. 59 y ss.

El problema que no logran resolver los análisis de Habermas y de Offe es por qué la mediación política debe filtrar la "bolsa de los intereses pluralistas" sin quedar afectada por el conflicto entre las "corporaciones". La teoría del estado industrial contemporáneo como esfera del "intercambio político" (cuyo representante más significativo es, en Italia, Alessandro Pizzorno)¹⁰⁴ plantea análogos interrogantes. Esta tesis tiene, con respecto a las de Habermas y Offe, la ventaja de apoyarse en una documentación empírica mucho más vasta y de reconocer el carácter compuesto y "pluralista" —y en consecuencia no homologado— del sistema político. Éste tendría, sin embargo, su propio "axioma de clausura" en la traducibilidad de todos los intereses potencialmente antagónicos en intereses contratables. En el "mercado político" no pueden darse más que soluciones transaccionales: todos los intereses deben ser "intercambiables" y para ser intercambiables deben seguir siendo "particulares". La noción de mercado, trasladada del terreno económico al institucional, corre peligro una vez más de fungir como dispositivo "neutralizante". También en este caso, sin embargo, podría ser válida la objeción de que bajo el "mercado", bajo la relación política de intercambio actúan siempre sujetos que expresan relaciones y proyecciones de poder conflictivas, por lo que el sentido de la tesis podría cambiar diametralmente: el hecho de que no se den soluciones transaccionales —y por lo tanto provisionales y no planificables— del conflicto social, lejos de poder interpretarse unívocamente en términos de "integración" es señal manifiesta de que la contradicción ha entrado con todo derecho y, de manera irreversible, en el mismo sistema político.

Las teorías del "filtro selectivo institucional" y del "intercambio político", al purificar la fase de la contradicción (y de los sujetos concretos que son sus portadores), corre el riesgo de no pasar de una representación puramente descriptiva de la forma de estado contemporánea como mero reflejo de un conflicto social autosuficiente, que ésta se limitaría a registrar, resolviendo así su propio ejercicio en un simple control administrativo y/o represivo; corren el riesgo de caer nuevamente más acá de la crítica keynesiana de la "ley de Say", restaurando silenciosamente una visión negativo-improductiva de lo político.

También puede ser legítimo, por lo tanto, contraponer los aná-

¹⁰⁴ Cf., por ejemplo, A. Pizzorno, "Scambio politico e identità collettiva nel conflitto di classe", en C. Crouch - A. Pizzorno, *Conflitti in Europa*, Milán, 1977, pp. 407 y ss.

lisis de Habermas y Offe a la ortodoxia paleo-marxista; aunque se corre peligro de quedarse en una batalla de retaguardia. El problema más actual es, en cambio, en mi opinión, el de comprobar lo que queda de herejía inconsecuente en el filón "francfortense", o mejor dicho, si éste reproduce, en el lenguaje de la teoría sistémica, el límite propio de toda refundamentación neoclásica de los postulados marxistas.

En su visión del estado como instancia administrativa y de control de la conflictualidad social —visión que se remite expresamente a la *Systemtheorie* de Niklas Luhmann—¹⁰⁵ desaparece el aspecto dinámico-transformador que constituye, en cambio, la base de la "ruptura epistemológica" realizada por Keynes en relación con el "axioma de las paralelas" en el que se mantenía firme el paradigma neoclásico.¹⁰⁶ La intervención de lo político responde funcionalmente (y en esto consiste generalmente el límite del punto de vista sistémico, a pesar de la importante actualización cultural que aportó al debate de las ciencias sociales europeas) a exigencias de mera "gubernamentalidad" de los diversos "subsistemas"; no tiene en absoluto como efecto la producción de figuras y de nexos sociales nuevos, ni pone en crisis —como en Keynes y en Schumpeter— los equilibrios anteriores y el plano de "gubernamentalidad" en que se basaba el ordenamiento liberal.

En esto consiste la diferencia fundamental entre el marco teórico abierto por la revolución keynesiana y las tentativas antiguas y nuevas de refundamentación neoclásica o funcionalista-sistémica del marxismo. En estos modelos marxistas-"revisionistas", el estado interviene siempre *ex post* para reparar los desequilibrios y las disfunciones que la crisis del mecanismo de intercambio produce autónomamente, e interviene *ex ante* sólo con una función "negativa", para disolver la posibilidad de formación de intereses "generalizables". Por el contrario, la cisura epistemológica keynesiana identifica el lugar de un cambio de *función* o de *estructura* del estado capitalista con mayor claridad e incisividad que cualquier otro teórico de la "revolución de los años treinta", incluyendo a Schumpeter. La teoría de Keynes tiene, en efecto, un aspecto político-normativo que no existe en la problemática schum-

¹⁰⁵ Entre los escritos de Luhmann traducidos al italiano recordamos, además de la famosa polémica con Habermas, *Sociologia del diritto* (Bari, 1977) y *Stato di diritto e sistema sociale* (Nápoles, 1978), que es una traducción parcial de *Politische Planung* (Colonia-Opladen, 1970). Entre los trabajos no traducidos que influyeron en el debate alemán, debe mencionarse por lo menos el libro *Soziologische Aufklärung*, Colonia-Opladen, 1970.

¹⁰⁶ Cf. J. M. Keynes, *The general theory*, loc., cit.,

peteriana, en la que el gobierno de la crisis se presenta como una fase interna de la "normalidad" de la crisis misma y el reajuste tiene un carácter absolutamente endógeno, que no puede sufrir el influjo de la intervención pública. El gobierno político de la crisis no puede tener una autonomía ni siquiera relativa: la única autonomía es la del ciclo. No por casualidad emerge aquí en Schumpeter una especie de "sección horizontal del programa crítico",¹⁰⁷ representada por el *continuum* lógico-histórico de la acción general económica, en la que se recorta también una esfera (aunque sea limitada) de operatividad de acuerdo con el paradigma neoclásico.

Esta fractura profunda que, bajo "la aparente uniformidad de puntos de vista", separa a Keynes de Schumpeter, ha sido señalada oportunamente por Augusto Graziani,¹⁰⁸ quien señala sin embargo, al mismo tiempo, que Schumpeter se mostró más clarividente que Keynes en sus prognosis. Schumpeter es, en efecto, el autor que, junto con Michael Kalecki, supo comprender con mayor agudeza los efectos políticos del modelo keynesiano, es decir, las tendencias políticas opuestas de la clase empresarial al pleno empleo, que marca la transición histórica del ciclo económico al "ciclo político" y desplaza el eje de la contradicción a la relación plena ocupación-estabilidad (control) social.¹⁰⁹ El discurso regresa, entonces de la polaridad estructural estado-economía a los sujetos y factores críticos que determinan con sus intencionalidades conflictivas la dinámica contradictoria del proceso de transformación. La crisis de las "políticas keynesianas" marca en nuestros días la clausura de toda una época histórica del estado capitalista. En el curso de esta fase, el estado experimenta un cambio profundo no sólo de *función*, sino también de *estructura*. A partir de los años treinta, el sistema político se convierte, en efecto, en el marco que le da forma y dirección al desarrollo económico (constituyendo, en cierto sentido, su presupuesto); pero, al ampliarse hasta abarcar instituciones y sectores que anteriormente pertenecían a la esfera de lo "privado" se transforma, al mismo tiempo, en un terreno de contradicción y de conflictualidad permanente y, *por lo tanto*, también en lugar natural de las alianzas y de los compromisos. El "compromiso político" entre las distintas "potencias" del

¹⁰⁷ D. Giva, *op. cit.*, p. 90.

¹⁰⁸ A. Graziani, *Introducción a Il processo capitalistico. Cicli economici*, Milán, 1977, p. 24.

¹⁰⁹ Véase sobre el tema, M. D'Antonio, "Kalecki e il marxismo", en *Studi storici*, núm. 1, 1978, pp 17-44 y la ponencia de M. Tronti en el seminario del Instituto Gramsci sobre los años treinta, que lleva el título de "El estado del capitalismo organizado".

pluralismo institucional y los sujetos colectivos que lo condicionan con su presión organizada (sindicatos) se convierte entonces en el prerrequisito de toda estrategia de intervención anticrisis del estado.¹¹⁰ Pero precisamente por ser fruto de un compromiso, la política económica no está *planificada* sobre la base de *un solo* interés (aunque sea el "común") sino que es más bien la resultante que surge en cada caso del conflicto entre las diversas "autonomías" en que está "constitucionalmente" dividido el sistema político.

La ruptura de la relación funcional que ya en los años veinte —con el incremento de la tasa de "complejidad social"— había puesto en crisis la teoría y la práctica del partido "nomenclatura de la clase" se desplaza así hacia lo alto, hasta abarcar irreversiblemente la misma relación entre el estado y la clase dominante. El terreno institucional ya no es el albergue exclusivo de la clase económicamente dominante (la cual más bien —como lo demuestra el caso, de ninguna manera lineal, del New Deal— entra frecuentemente en conflicto con las políticas de intervención del estado). En consecuencia, el problema de la hegemonía llega a coincidir —para la clase capitalista de la misma forma que para la clase obrera— con el de la *construcción* (y redefinición continua) de un bloque dominante necesariamente compuesto.

El alcance histórico de la crisis actual de las "políticas keynesianas" sacude desde sus raíces no sólo las bases sociales sino también la forma de "acuerdo" establecida en los países capitalistas después de 1929. En este sentido, me parece apropiado definir esta crisis como una crisis de "paradigma".¹¹¹ La receta keynesiana presupone, en efecto, un marco de *equilibrio de consenso* entre los componentes sociales, que se resquebraja tan pronto como se demuestra la imposibilidad de determinar anticipadamente las variables contractuales y conflictivas.¹¹² Estas son precisamente las variables que provocan y producen la crisis del "paradigma".

El discurso de la trayectoria histórica de la forma de estado nacida del viraje de los años treinta vuelve, pues, una vez más a los sujetos que, con su acción y organización, le dan forma al sistema social determinando las asimetrías, los estrangulamientos

¹¹⁰ Cf. S. De Brunhoff, *Etat et capital. Recherches sur la politique économique*, Grenoble, 1976.

¹¹¹ Cf. E. Tarantelli, *Il ruolo economico del sindacato. Il caso italiano*, Bari, 1978.

¹¹² Cf. a este respecto las recientes intervenciones de M. Cacciari: "Transformazione dello Stato e progetto politico", en *Critica marxista*, núm. 5, 1978, y "Alcune riflessioni sul nuovo modello", en A. Duso, *Keynes in Italia*, Bari, 1978.

y los virajes de la dinámica de transformación. Si es correcto afirmar que la *morfología* de la crisis forma actualmente un todo con su carácter de *politicidad* integral, hay que añadir, sin embargo, que semejante definición corre el peligro de seguir siendo meramente contemplativa, y por lo tanto analítica y políticamente estéril, si esta morfología se entiende en términos totalizantes y no se lleva a cabo una disgregación —una especie de “nueva anatomía”— del “mecanismo único”. Si se apunta verdaderamente a producir una teoría que sea también capaz de un “alcance proyectivo” es necesario ante todo enunciar con claridad dónde se encuentran las dificultades y los nudos no resueltos de la relación establecida en el presente entre lo político en sentido estricto y las instancias regionales producidas por los procesos de politización de lo social. Dentro de esta relación están comprendidas, en efecto, dos cuestiones fundamentales, precisamente las relativas a la relación *política-especialismos* y la relación *político-nuevos sujetos*.

Creo que es imposible llegar al fondo de estos nudos neurálgicos sin realizar una distinción preliminar, que no es metodológica sino sustancial (a tal grado que ha sido para nosotros indispensable para el mismo análisis del proceso de racionalización): la distinción entre *estado* y *poder*. A este respecto, resulta verdaderamente preciosa la advertencia de Foucault de no reducir el ámbito del ejercicio y del funcionamiento del poder a una teoría —aunque sea “ampliada”— de los aparatos de estado.¹¹³ La forma de estado no es en efecto más que la “codificación” de una pluralidad de relaciones de poder diseminadas en los diversos segmentos del “cerebro social”, desde las instituciones hasta los círculos “especialistas”. Si se pierde de vista esta multiplicidad de determinaciones y de interconexiones se tendrá sólo una imagen pálida y parcial de la “morfología” capitalista contemporánea y se captará muy poco de las novedades que se están produciendo en su crisis actual; del mismo modo, una forma de estado que no tome en cuenta este tejido “pluralista” no sería más que un “cascarón vacío” o un aparato de presión desnudo incapaz de controlar una dinámica que se hegemoniza cada vez más a causa de los impulsos centrífugos y deslegitimadores.

Entre las dos fases no existe, sin embargo, únicamente una relación de ajenidad (o, como parece sostener Foucault, de dependencia del diagrama de las relaciones institucionales con respecto

¹¹³ Cf. M. Foucault, *Microfísica del potere*, Turín, 1977. [Hay edic. en esp.]

a los “poderes-saberes” difundidos), sino más bien un campo de tensión y de influjo recíproco. Pero es precisamente en este campo “intermedio” —que no es un limbo genérico de la “mediatez” sino el lugar en que los conflictos tienden a salir de los guetos particularistas y a interactuar “transversalmente” entre sí determinando nuevas formas de agregación y nuevas identidades colectivas— en donde debe buscarse y experimentarse una práctica *positiva* y *productiva* de la crisis como nueva “*constitución*”. Sería verdaderamente utopista ilusionarse con poder “proyectar” una nueva forma de estado sin partir de *esta* realidad pluralista-conflictiva que ya no se deja reducir a una “centralidad obrera” en el sentido tradicional, “tolemaico” del término. No se puede dar, pues, una “determinación proyectiva” real, si no se elimina del discurso el aspecto subjetivo de las intencionalidades políticas que surgen de las contradicciones “seccionales” del poder (o del saber) social. Se plantea así de nuevo la exigencia de una “problemática de la constitución” capaz de atravesar el umbral ante el cual se detiene tradicionalmente la teoría política, dejando que avance sola la filosofía o la ética. Se presenta, en toda su urgencia práctico-teórica la necesidad de *analizar el estatuto de la contradicción simultáneamente con las “formas de conciencia” de los sujetos que la viven y la producen*. Además de la caída de esta tensión proyectiva se presenta inevitablemente el vacío de los “antiguos adagios”, o de la divergencia y contraposición tendencial entre la “vida” (lo concreto de la “cotidianidad” y de las necesidades) y las “formas” (la política reducida a mera profesión separada o a mera técnica instrumental).

Las dificultades que en el presente debe superar este programa teórico se deben al hecho de que la “constitución” de las nuevas subjetividades no proviene del sólido andamiaje estructural de las formas, sino más bien —tratando de utilizar una expresión drásticamente abreviada— de la *forma en crisis*: de relaciones de poder invadidas por contradicciones y segmentadas por cisuras que sería vano considerar que se pueden reducir lineal o funcionalmente a un “mecanismo único” de reproducción social. Pero el hecho de que haya desaparecido toda garantía de referencia a una “totalidad” no debe inducirnos a preseleccionar acríticamente el “punto de vista” de los sujetos, como única solución alternativa.¹¹⁴ Se trata en cambio de construir y proyectar, a partir del

¹¹⁴ Véase al respecto las agudas observaciones de A. Asor Rosa, “Il potere e la critica”, en *Rinascita*, núm. 41, 1978, pp. 31-32. En lo que se refiere al conjunto de problemas que apenas se pueden rozar en este trabajo, me remito al importante ensayo de C. Donolo, “Le forme della poli-

dato de la "escisión", nuevas formas de practicabilidad productiva de la crisis.

La misma "problemática de la constitución" debe limpiar previamente el terreno de los equívocos que se anidan en una visión débil y lineal de la difusión de la política que, después de haber arrojado al evolucionismo por la puerta (señalando el viraje histórico producido con la ampliación y el cambio de función del estado) lo hace entrar de nuevo por la ventana: como si la política se "socializara" (y se produjera la constitución de las subjetividades específicas en sujetos políticos) sin pasar por las rupturas y "desarticulaciones" que resquebrajan irreversiblemente la capacidad reconciliadora de la "forma". En el aspecto propiamente político-institucional del proyecto de transformación, esa consideración debería entrañar, si se desenvolvía coherentemente, la superación de la ideología "participacionista" que —al no darse cuenta de la disimetría profunda entre la "socialización de la política" y el proceso de transformación de los mecanismos de decisión— sostiene que el problema del poder se resuelve espontáneamente con una línea de expansión progresiva de las instituciones de representación, de acuerdo con una lógica evolucionista que debía llevar, por etapas sucesivas, de la democracia política a la "democracia social". Si se quiere abandonar verdaderamente esta "*ley de Say de la política*" —el axioma del paralelismo perfecto entre "socialización" y "democratización, que ya en los años veinte había mostrado ampliamente su propia impotencia fatal para hacer frente al estrangulamiento y a las contradicciones encabezados por el mismo proceso de difusión del poder— hay que proyectar, fuera de toda modelística institucional abstracta, las formas de una posible convergencia entre *participación y decisión* política. Pero semejante operación presupone la convicción plena de las transformaciones históricas que se han consumado, en progresión geométrica, en las últimas décadas: las categorías como "estado" y "economía" designan actualmente (después de la revolución keynesiana, después de las variables introducidas en las relaciones de producción del gasto público) esferas *morfológicamente* distintas no sólo del capitalismo propio del siglo XIX, sino del mismo "capitalismo organizado" de los años veinte; del mismo modo, conceptos como "político" y "social", aunque "interdependen" e "interactúan" estructuralmente con una intensidad en gran medida mayor que en el pasado, pueden pre-

tica nella crisi sociale", en *Quaderni piacentini*, núm. 67-68. 1978, pp. 97-113.

sentar en la actualidad lenguajes totalmente separados o hasta contrapuestos, al grado de configurarse en la crisis actual como *dos lógicas diversas* que se relacionan entre sí en formas y direcciones variables, absolutamente introducibles en un código unívoco.

Finalmente, si la novedad de la crisis actual afecta aspectos cualitativos (y no sólo desplazamientos cuantitativos) del proceso de transformación, se deduce de ahí que ya no tiene sentido teorizar y actuar políticamente, a partir de categorías como "anarquía" y "plan", "espontaneidad" y "dirección", "intereses corporativos" e "intereses generales"; que ya no es posible razonar en términos de "reformas de estructura" (que también fue un concepto profundamente innovador) y de "alianzas" como en el pasado; y sobre todo, que lo que se requiere en nuestros días para un proyecto teórico-político adecuado al presente consiste en *redefinir* la política más allá del viejo postulado "monista", relativizándola de acuerdo con las necesidades, a las demandas políticas y a las formas de "constitución" de los nuevos sujetos.

El capítulo I de la primera parte reproduce el texto de una ponencia sostenida en Roma el 30 de abril de 1976 en el ámbito de un Seminario organizado por la Fundación Lelio y Lisli Basso-Issoco (cuyas actas ya están publicadas en el libro *La crisis del capitalismo negli anni '20*, bajo el cuidado de Mario Telò, Bari, 1978 y apareció por primera vez en *Problemi del Socialismo* núm. 3, 1976. [Véase en esp. *La crisis del capitalismo en los años veinte*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 85, México, 1981.]

El capítulo II de la primera parte reproduce el texto de una ponencia presentada en la Semana Internacional de estudios marxistas organizada por la Fundación Basso-Issoco sobre el tema *El estado capitalista contemporáneo a la luz del pensamiento de Marx* (Florencia, 3-7 de marzo de 1975), cuyas actas fueron publicadas en tres volúmenes por la casa editorial Mazzotta (Milán, 1977-1978) La ponencia apareció por primera vez, con el título de "Teoria della crisi e 'problematica della costituzione'", en *Critica marxista*, núm. 2-3, 1975

El capítulo III de la primera parte apareció en la recopilación *Weimar. Lotte sociali e sistema democratico nella Germania degli anni '20*, bajo el cuidado de Lucio Villari, Bolonia, 1978.

El capítulo I de la segunda parte, salió como introducción a la antología de escritos de F. Pollock, *Teoria e prassi dell'economia di piano*, Bari, 1973.

El capítulo II de la segunda parte, apareció como introducción al libro de A. Sohn-Rethel, *Economia e struttura di classe del fascismo tedesco*, Bari, 1978.

No cedimos a la tentación de introducir cambios sustanciales en los ensayos; nos limitamos por lo tanto a hacer pocas modificaciones formales y a una elemental actualización de las notas.

PRIMERA PARTE

TRANSFORMACIONES CAPITALISTAS Y MOVIMIENTO
OBRERO / LOS "MARXISMOS" FRENTE A LA CUESTIÓN
DEL ESTADO

3
12

I. TEORÍA DEL DERRUMBE Y CAPITALISMO ORGANIZADO EN LAS DISCUSIONES DEL "EXTREMISMO HISTÓRICO"

La presencia constante de la alternativa "derrumbe o revolución" en las distintas fases del desarrollo del marxismo es hoy justamente considerada como un dato adquirido por la reciente historiografía del movimiento obrero. Lo que sin embargo aún no ha sido examinado con suficiente atención es la manera cómo, en el periódico replanteamiento de sus diversas expresiones teóricas, los dos segmentos de esa alternativa atraviesan diagonalmente el cuadro de las posiciones políticas, reuniendo a menudo bajo un denominador común posiciones o corrientes heterogéneas y, en ocasiones, incluso opuestas. De ahí nuestra convicción sobre el carácter desorientador —para una correcta comprensión histórica de los momentos cruciales del movimiento obrero occidental, y en consecuencia, para una actualización teórica de la estrategia para el socialismo en los países de capitalismo desarrollado— del esquema interpretativo que reduce ese cuadro al choque entre socialdemocracia y leninismo y, tanto en sentido general como dentro de cada una de las dos "áreas", a la reproducción tan estéril como mítica del cisma entre alma reformista y alma revolucionaria. Un ejemplo evidente de la improductividad de un esquema semejante lo suministra, paradójicamente, la trayectoria de ese "radicalismo de izquierda" que, surgido a comienzos del siglo *dentro* de los partidos socialistas europeos (y en particular en las socialdemocracias alemana y holandesa), dio lugar después en el curso de su desarrollo a un frente de posiciones complejo e internamente diversificado. Aquí, sin embargo, no nos interesa tanto insistir en la escasa credibilidad historiográfica de los estudios que continúan tratando el fenómeno del *Linksradikalismus* bajo la etiqueta genérica del "extremismo" (lo cual se verifica para sus defensores no menos frecuentemente que para sus adversarios, como lo demuestra la persistencia, aun en las más recientes indagaciones arqueológicas de este campo, de la falta de distinción, en realidad muy grave, entre "comunismo de izquierda", o *Linkskommunismus*, y "comunismo de los consejos", o *Rätekommunismus*); nos interesa más bien poner en evidencia que las posiciones de la izquierda radical con respecto a la problemática —para nosotros aún actua-

lísima— del destino del capitalismo estaban lejos de ser homogéneas y que, en consecuencia, es arbitrario e ideológicamente regresivo presuponer la existencia de una línea revolucionaria en estado puro, es decir ajena al desgaste del movimiento obrero y a las propias contradicciones del “reformismo”.

Ciertamente, a tornar compleja y contradictoria la parábola del *Linkskommunismus* —situada en el punto neurálgico de colisión y de choque entre “marxismo de la Segunda internacional” y “leninismo”— concurren en gran medida los procesos de la lucha de clases y de la discusión teórico-estratégica desde fines de siglo hasta los años de la guerra y de la Revolución de octubre;¹ pero, sobre todo, concurre la ulterior complicación de la toma de posición y de los términos del debate observable en el periodo comprendido entre el inicio de la “fase de estabilización” y la gran crisis de 1929 (que se produce simultáneamente con el “giro a la izquierda” de la Internacional comunista). En el periodo entre las dos guerras, frente a la resistencia de los estados capitalistas y a la detención del movimiento, aflora y se hace cada vez más explícita una circunstancia que estaba en la base de la impotencia estratégica de la izquierda europea (y que había quedado en la sombra, por efecto de una dinámica política objetiva, en los años del choque frontal): teoría de la crisis y teoría del desarrollo —“derrumbe” y “capitalismo organizado”— eran difíciles de coordinar, tomados separadamente o planteados como alternativa abstracta, con una posición política precisa. Baste pensar que, si entre los partidarios de la *Zusammenbruchstheorie* se cuentan, junto a Kautsky (o por lo menos al Kautsky “ortodoxo”), un evolucionista como Heinrich Cunow y una revolucionaria como Rosa Luxemburg; entre sus adversarios encontramos también, junto a otro gran dirigente de la socialdemocracia como Otto Bauer, a unos de los mayores teóricos del comunismo de izquierda, Anton Pannekoek, y al “reformista” Rudolf Hilferding. No creo que sea casual que precisamente este último, en un informe presentado en 1927 al congreso socialdemócrata de Kiel —discurso justamente considerado como uno de los textos clave del debate

¹ Como han demostrado las investigaciones más recientes, las líneas de desarrollo del debate sobre la organización parten de la gran encrucijada de la *Bernstein-Debatte* (véase Leonardo Paggi, “Intellectual, teoría e partito nel marxismo della Seconda Internazionale. Aspetti e problemi”, introducción a Max Adler, *Il socialismo e gli intellettuali*, Bari, 1974). [En esp., *Intelectuales, teoría y partido en el marxismo de la Segunda Internacional*, en Max Adler, *El socialismo y los intelectuales*, México, Siglo XXI, 1980.]

sobre el capitalismo organizado— al insistir en su oposición al “derrumbismo”, no haya vacilado en hacer suyo el postulado activista del *Linksradikalismus*: “Siempre hemos sido de la opinión”, afirmaba Hilferding, “de que el derrumbe del sistema capitalista no debe esperarse en forma fatalista, desde el momento que, muy lejos de ser el producto de las leyes internas del sistema, debe ser el resultado de la acción consciente, de la voluntad de la clase obrera. El marxismo nunca ha sido fatalismo, sino por el contrario máximo activismo.”²

Esta maraña de posiciones, que a primera vista puede dar la impresión de un paradójico *quid pro quo* de extremismo y de reformismo, no debe sin embargo llevarnos a una denuncia tan cómoda como estéril de los “límites” de la izquierda (o del marxismo) “occidental”, sino impulsarnos más bien a captar la complejidad y riqueza (ciertamente no exenta de contradicciones y de aspectos aporéticos) de su problemática, que —lejos de constituir una construcción sin puertas ni ventanas— interactúa profundamente con los problemas del leninismo y con los niveles organizativos e ideológicos más avanzados de la hegemonía burguesa.

Para medir, aunque sea parcialmente, la complejidad de esa problemática, será preciso destacar tres aspectos que hasta ahora han quedado en la sombra y sin embargo, en nuestra opinión, son fundamentales: 1] las coincidencias y los puntos de cruce entre ciertas posiciones del *Linkskommunismus* y algunas “variantes” del marxismo de la Segunda internacional; 2] el carácter no unívoco —en sentido determinista— de la “teoría del derrumbe”, cuya fortuna debe verse en relación con las distintas fases históricas de la dialéctica entre desarrollo capitalista y movimiento obrero, en la cuales no sólo desempeña papeles diversos uniéndose a posiciones políticas a veces incluso opuestas, sino que se transforma en su propia configuración interna, asumiendo distintos “estatutos” epistemológicos y distintas modalidades de enfoque del tema de la crisis; 3] el cambio de función del momento teórico del análisis del capitalismo y de sus tendencias de desarrollo, por obra de la parte más sensible y avanzada del “comunismo de izquierda”, en la posguerra y, sobre todo, a fines de la década del veinte.

Por toda esta serie de razones, las consideraciones que desarrollaremos, si bien por un lado no pueden limitarse a hacer referencia a las posiciones del *Linkskommunismus*, por el otro no

² Rudolf Hilferding, “Die Aufgaben der Sozialdemokratie in der Republik”, en *Protokoll der Verhandlungen des sozialdemokratischen Parteitages 1927 in Kiel*, Berlín, 1927, p. 165.

intentan dar un tratamiento especializado del debate sobre el destino del capitalismo en el marxismo *mitteleuropeo*. Se proponen más bien examinar —en el marco de un reconocimiento por grandes líneas— los puntos salientes en que este debate se resuelve, en el campo de tensión comprendido entre los dos polos del “leninismo” y del “marxismo de la Segunda internacional”. En el curso de la exposición trataremos de especificar los diversos cortes y momentos de este complejo cuadro de discusión, refiriéndolos a polémicas y a aspectos temáticos que, por la particular coyuntura en que se inscriben o por su valor periodizante, nos parece que tienen un relieve emblemático.

1. CAPITALISMO Y CRISIS EN EL DEBATE SOBRE LA ORGANIZACIÓN: ENTRE LENIN Y KAUTSKY

En enero de 1916 apareció en la revista alemana *Vorbote* el artículo de Lenin “El oportunismo y la bancarrota de la Segunda internacional”. La oportunidad de partir de esta intervención surge, en la economía general de nuestro discurso, no tanto del hecho (por otra parte de gran importancia histórica) de que ahí se hace un lúcido balance de la involución de la socialdemocracia alemana, sino más bien de la circunstancia de que en ella se introduce un nexo específico. Es decir, Lenin relaciona estrechamente el método y el mérito de su crítica a la que considera fase extrema de virulencia del oportunismo de la Segunda internacional —el socialchovinismo— con la *reactivación de la teoría de la crisis final*, vista como base fundamental de la *actualidad de la revolución*: “La época del imperialismo capitalista es la época del capitalismo que ha alcanzado su madurez, está demasiado maduro y se halla en la víspera de su derrumbe.”³

A pesar de las apariencias, Lenin no se propone desempolvar aquí la vieja *Zusammenbruchstheorie*, orgánica al corpus doctrinario de la primera fase de la Segunda internacional, sino más bien resolver la diada derrumbe/revolución en el concepto de *crisis revolucionaria*. Si tomamos este trabajo de reflexión en el momento histórico mundial que le es propio —estamos en pleno conflicto bélico y la víspera de la revolución— descubrimos también su fuerte carga política: mucha agua ha pasado bajo los puentes, en el curso de las largas y encendidas discusiones táctico-organiza-

³ V. I. Lenin, *Obras completas*, Madrid, Akal, 1977, t. xxiii, p. 192. [versión levemente modificada para adecuarla a la italiana. E.-]

tivas de las socialdemocracias rusa y alemana. Y no es casual que uno de los principales blancos de la crítica leninista sea en este artículo la teoría del “ultraimperialismo” de Kautsky. El carácter “completamente político” del discurso de Lenin no surge de la contingencia del momento histórico determinado, virtualmente propicio a las fuerzas revolucionarias en Rusia, sino de una búsqueda estratégica de más de diez años, caracterizada por la hipótesis de una *nueva organicidad* entre forma teórica y forma organizativa de la lucha de clases a escala mundial. La categoría leninista de imperialismo es legible, en su totalidad, en esta óptica: tiene como *presupuesto* una interpretación precisa de las tendencias sociales de desarrollo por las cuales las relaciones de fuerza entre proletariado y burguesía se dislocarían rápidamente, *en la nueva fase*, en favor del primero.⁴ Su “teoría” del imperialismo (que a menudo ha sido objeto de críticas ciertamente legítimas, pero sin embargo abstractas, por ser conducidas en terreno puramente científico-económico) deriva y depende inmediatamente de esta valoración de conjunto de las relaciones de fuerza a nivel mundial, y viene por lo tanto a insertarse en un modelo táctico-organizativo ya preparado anteriormente: el modelo bolchevique.⁵

Ciertamente Lenin no está solo en este esfuerzo de elaboración, que se extiende por los años 1905-1917. No actúa ni piensa en el espléndido aislamiento de individuo cósmico-histórico en que se complace en representarlo la estéril hagiografía de un marxismo-leninismo estereotipado y reducido a formulario vacío, sino que más bien se mide con un debate denso y cerrado que ve como protagonistas a los máximos exponentes del movimiento obrero y que tiene como fondo y pasado inmediato la *Bernstein-Debatte*. Diez años antes que Lenin escribiera el artículo mencionado, en efecto, Rosa Luxemburg, en su famosa intervención *Huelga de masas, partido y sindicatos* (1906), había hecho valer un uso completamente análogo de las categorías de “crisis” y de “imperialismo”: la fase imperialista y militarista de la burguesía plantea en términos irrevocables la alternativa “socialismo o imperialismo” y determina objetivamente un salto cualitativo en la acción espontánea de las masas. La huelga de masas se convierte entonces en forma de manifestación y, al mismo tiempo, instrumento de

⁴ Cf. “Proyecto de resolución de la izquierda de Zimmerwald” (1915), en V. I. Lenin, *Obras completas*, cit., t. xxii, pp. 454-456.

⁵ Véase al respecto la notable introducción de Vittorio Strada a V. I. Lenin, *Che fare?*, Turín, 1971 (el volumen incluye también las actas del II Congreso del POSDR y textos importantes del debate teórico sobre el problema del partido. [Trad. esp., *¿Qué hacer?*, México, Era, 1977.]

una relación de fuerza entre las clases en lucha que es el producto de una situación objetiva. La controversia sobre la táctica, la *Organisationsfrage*, imprime una enorme aceleración a la lucha política interna de la socialdemocracia, haciéndole dar un salto cualitativo también con respecto al debate sobre el revisionismo, de donde había partido: es precisamente aquí, en el nudo neurálgico de la polémica sobre la huelga de masas que se produce, en efecto, la ruptura del "frente ortodoxo" del partido (la ruptura entre Kautsky y Rosa Luxemburg), con la caracterización de una nueva tendencia "radical" (a la cual se adherirá, como veremos, también Pannekoek).

Lo que importa destacar es que, al hacer interactuar la teoría de la inevitabilidad de la tendencia imperialista del modo de producción capitalista con el estado del debate sobre la táctica de la socialdemocracia, Rosa llegaba a afirmar la centralidad organizativa del *Massenstreik*, fundándola en la comprobación objetiva de una reducción de los márgenes de maniobra de la clase burguesa, de donde extraía la consecuencia de una creciente radicalización de la misma en sentido reaccionario, agresivo y antiobrero. "Así", escribía en su hoy célebre panfleto reflexionando sobre la revolución rusa de 1905, "la huelga de masas demuestra ser no un producto específico ruso, surgido del absolutismo, sino una forma general de la forma de lucha proletaria que nace del estadio presente del desarrollo capitalista y de las relaciones de clase [...] la actual revolución rusa está en un punto del camino histórico que ha superado ya la montaña, la cima de la sociedad capitalista, donde la revolución burguesa no puede ser ahogada por los contrastes entre burguesía y proletariado, sino por el contrario se despliega en un nuevo largo periodo de poderosas luchas sociales, en el que el arreglo de la vieja cuenta con el absolutismo aparece como un detalle insignificante frente a las nuevas cuentas que la propia revolución abre. La actual revolución realiza así simultáneamente en el caso particular del absolutismo ruso los resultados generales del desarrollo capitalista internacional y parece menos un último epígono de las viejas revoluciones burguesas que un precursor de la nueva serie de las revoluciones proletarias de Occidente. El país más atrasado, precisamente por estar tan imperdonablemente atrasado con respecto a la revolución burguesa, muestra así caminos y métodos de la futura lucha de clases al proletariado de Alemania y de los otros países capitalistas avanzados."⁶

⁶ Rosa Luxemburg, *Scritti politici*, edición de Lelio Basso, Roma, 1967,

Del contexto del discurso luxemburguiano surgía no sólo un análisis de las relaciones de fuerza a escala internacional homólogo al de Lenin, sino también la convicción del carácter irrevocablemente involutivo y autoritario del desarrollo maduro del capitalismo que hacía, más que errado, anacrónico el proyecto reformista y, paradójicamente, actual sobre todo para los países más avanzados la perspectiva revolucionaria de la atrasada Rusia. Aparecía así la alternativa "imperialismo o socialismo" que también Kautsky había sostenido, por lo menos verbalmente, en su obra de 1909, *El camino del poder*. En efecto, también aquí el concepto de la inevitabilidad del fin del capitalismo y de la revolución se fundaba en la previsión de una creciente polarización del choque de clase entre una burguesía reaccionaria (necesariamente imperialista) por un lado, y proletariado (abroquelado en torno del partido socialdemócrata) por el otro. Más allá de las apariencias y de los enunciados verbales, sin embargo, la adopción del esquema "ortodoxo" asumía en Kautsky una función completamente distinta, si no opuesta, que en Rosa Luxemburg. Se trata sin embargo, de una diferencia que no siempre es posible captar si nos detenemos en el análisis textual; y eso por el simple pero fundamental motivo de que el centro del debate se había desplazado del plano estrictamente ideológico al plano organizativo. En este último se reformulaban ahora los principios y el propio "estatuto" de la teoría. Que en eso, por otra parte, estuviera la raíz de las debilidades del movimiento, de esa subestimación de las capacidades de resistencia y de reorganización del adversario que delataba la insuficiencia del "marxismo ortodoxo" para penetrar científicamente la complejidad del proceso histórico de la formación social capitalista, es otro problema, que afrontaremos más adelante. Sin embargo, es a nivel de la opción estratégica donde podemos descubrir la clara divergencia entre Kautsky y Rosa, *el uso profundamente distinto* que hacen de la teoría del derrumbe. Mientras Rosa Luxemburg subordinaba el análisis de conjunto del destino catastrófico del capitalismo al arraigo objetivo de una nueva forma de organización y de acción (no es casual que haya escrito *La acumulación del capital* seis años después del opúsculo sobre el *Massenstreik*), Kautsky se esforzaba por extraer de él una

pp. 350-351 (para la polémica de Rosa con Kautsky y con Lenin véase en general la introducción de Lelio Basso). [En esp., *Huelga de masas, partido y sindicatos*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 13, México, Siglo XXI, 5ª edición, 1978, pp. 96-97.] Para la evolución de las ideas luxemburguianas sobre táctica cf. Adolf Warsky, *Rosa Luxemburgs Stellung zu den taktischen Problemen der Revolution*, Hamburgo, 1922, pp. 7-15.

visión de la relación de fuerza entre las clases armonizables con una táctica gradualista.

En un importante artículo publicado en 1909 en *Die Neue Zeit*, en efecto, introducía la habitual contraposición entre Europa avanzada y Rusia atrasada precisamente para demostrar, en polémica con Rosa, la inconveniencia de una ofensiva abierta en la fase madura del desarrollo de la lucha de clases: la bipolarización del conflicto en un bloque burgués (cada vez más propenso a la reacción) y un bloque proletario, producida en forma inevitable por las tendencias imperialistas del capitalismo, induce a evitar el uso de una forma de lucha como la huelga de masas, que forzaría en forma aventurera los tiempos de la ruptura. De ahí la necesidad para Kautsky de trazar una línea de demarcación neta entre “estrategia de la aniquilación” y “estrategia del desgaste”, que responderían a situaciones y estadios diferentes de la relación de fuerzas.⁷

El razonamiento era indudablemente agudo y válido, pero no hasta el punto de oscurecer la sustancia pragmática de la operación. Creo que cometeríamos un grave error si nos dejáramos inducir a ver en esta discriminación kautskiana una nota preanunciadora de la posterior reflexión teórico-estratégica del movimiento obrero occidental o incluso de la distinción gramsciana entre “guerra de movimiento” y “guerra de posición”. Dejando de lado la consideración historiográfica de las distintas coyunturas, al respecto es preciso no perder de vista —precisamente para una “historización” correcta— un aspecto teórico que en nuestra opinión no es posible dejar de lado: en toda la obra de Kautsky está ausente el momento que funda en Gramsci la opción estratégica por la guerra de posición en los países de capitalismo avanzado: el reinicio y reactivación de la crítica de la economía política y de la teoría de la revolución de Marx a través del análisis de las rupturas y transformaciones estructurales del modo de producción, que, determinando una relación específica entre estado y sociedad, política y economía, en las diversas formaciones sociales, influyen profundamente sobre la composición, sobre los métodos de lucha y sobre las propias formas de conciencia de las clases antagóni-

⁷ Véase Karl Kautsky, “Was nun?”, en *Die Neue Zeit*, año xxvii, 1909-1910, vol. 2, p. 37. [En esp., “¿Y ahora qué?”, incluido en Varios autores, *Debate sobre la huelga de masas* (Primera parte), Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 62, México, Siglo XXI, 2ª edición, 1978, p. 133.] “El moderno arte militar”, escribía Kautsky, “distingue entre dos tipos de estrategia: la estrategia de aniquilación y la estrategia del desgaste (*die Niederwerfungs und die Ermattungsstrategie*)”, *ibid.*

cas. El postulado gradualista, injertado en el tronco de una visión naturalista-evolutiva de la génesis y del pasaje de las formas de sociedad, impedía en cambio a Kautsky la posibilidad de una comparación productiva con las nervaduras morfológicas específicas de los distintos momentos históricos del desarrollo capitalista, obligándolo a motivar la elección de la estrategia recurriendo a factores “superestructurales” o puramente “político-institucionales”. Aquí está, si vemos bien, la raíz de esa yuxtaposición de instancias (que se encuentra aún en fases diversas de la concepción kautskiana) y de esa oscilación entre economicismo y politicismo que, si es también típica del marxismo de la Segunda internacional, no es sin embargo una característica exclusiva de éste, sino que se transmite a tendencias teóricas y corrientes políticas declaradamente hostiles a él, como las que más tarde Arthur Rosenberg, el gran historiador de la república de Weimar, reunirá bajo la expresión “*radikaler Utopismus*”. En conclusión, aun aceptando las importantes puntualizaciones críticas contenidas en las investigaciones más recientes sobre la evolución de la reflexión kautskiana,⁸ debemos aquí observar que ni siquiera en el mejor Kautsky la teoría del derrumbe sirvió nunca de base para una estrategia autónoma y activa de la clase obrera o de ese concepto de “actualidad de la revolución” a través del cual, a partir de la insurrección rusa de 1905, la izquierda europea empezaba a medirse con la discontinuidad del proceso histórico y con la toruosidad y discronía de los procesos de transformación económico-social.

2. LAS VICISITUDES DE LA “TEORÍA DEL DERRUMBE” Y LA GÉNESIS DEL “LINKSRADICALISMUS”

A comienzos de los años diez, pues, había madurado la ruptura interna del ala “ortodoxa” y se perfilaba ya, en el ámbito de la socialdemocracia alemana y de la Segunda internacional, una tendencia “radical” autónoma, mientras Kautsky, por su lado, simultáneamente con la victoria electoral de 1912 (obtenida por la SPD con una propaganda muy moderada, que le permitía afirmarse, con el 34.8% de los votos, como el partido más fuerte del Reichstag), toma decididamente el camino del centralismo.

⁸ Me refiero principalmente al excelente ensayo de Massimo L. Salvadori, “La concezione del processo rivoluzionario in Kautsky (1891-1922)”, en Varios autores, *Storia del marxismo contemporaneo* (vol. xv de los *Annali Feltrinelli*) Milán, 1974, pp. 26-80.

Pero sobre todo debe destacarse a esta altura una circunstancia fundamental para los fines de nuestro discurso a la que ya hemos hecho referencia en el párrafo anterior: la emergencia de una nueva manera de afrontar la problemática del destino del capitalismo, un modo que presenta muy escasas afinidades con la *Zusammenbruchstheorie* de los comienzos de la Segunda internacional (expresada elocuentemente por el derrumbismo determinista à la Cunow). A diferencia de las canonizaciones del corpus doctrinario del marxismo (contra las cuales había polemizado Eduard Bernstein con la serie de artículos *Probleme des Sozialismus*, que forma el esqueleto de *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*), la teoría de la crisis o “del derrumbe” (como continúa llamándola Rosa Luxemburg) elaborada y animosamente discutida en estos años, no se limita a *contemplar* el transcurso de una legalidad ineluctable sino que hace de activante de la conciencia revolucionaria de las masas. Ya hemos visto, por otra parte, que el propio Kautsky se adaptaba a esta nueva situación del debate, eliminando su derrumbismo anterior y elaborando una pragmatización —desde su punto de vista político— de la *Zusammenbruchstheorie* en el sentido de una táctica gradualista. La fuerte simetría existente entre los diversos cursos de esa vertiente “objetiva” de la lógica de *El capital* que para los “revisionistas” parecía dar lugar a un álgebra del derrumbe tan mítica como aquella “álgebra de la revolución” que Lenin veía encerrada en la *Lógica* de Hegel parece pues justificar plenamente el juicio retrospectivo formulado por Korsch inmediatamente después del advenimiento del nazismo, según el cual nunca habría existido una teoría de la crisis revolucionaria *en sí*, por lo cual las discriminantes debían buscarse más bien en las actitudes políticas de fondo que de tanto en tanto la apuntalaban. Dejando para más adelante el análisis de este agudo diagnóstico korschiano (que se da en el contexto de una significativa discusión del *Linkskommunismus*), trataremos ahora de distinguir —precisamente para facilitar la comprensión de las varias vicisitudes de la teoría de la crisis final en el debate del extremismo histórico— las formas en que se manifiesta la concepción del fin inevitable del capitalismo en las distintas coyunturas del movimiento obrero.

Esquemmatizando, en mi opinión es posible distinguir *tres fases* de la *Zusammenbruchstheorie*:

1] La primera fase es la de la teoría del derrumbe que podemos definir como “clásica de la Segunda internacional”, desarrollada en los años noventa y expuesta en forma ejemplar por Heinrich Cunow en las páginas de *Die Neue Zeit*. Cunow no hace

ninguna distinción entre lado objetivo y lado subjetivo de la exposición marxiana de la crisis, por lo cual no vacila en atribuir a Marx el ingenuo catastrofismo criticado por Bernstein: “Bernstein afirma [...] que no tendríamos ninguna razón para auspiciar un próximo derrumbe del actual sistema porque la atomización de las empresas, que todavía existe, nos pondría ante una tarea irrealizable en una discusión científica acerca de la validez de la visión marxiana del proceso de desarrollo capitalista. Podría hallar justificación si se tratase de provocar el derrumbe por la fuerza, mediante cualquier método violento, una insurrección, una huelga general, etc. Pero en el caso en cuestión no se habla en absoluto del empleo de tales métodos; se trata solamente de saber si existen o pueden existir las condiciones para un derrumbe, y al respecto no deciden ciertamente ni nuestras voluntades ni nuestros deseos. El eje de todo el problema es si nuestro desarrollo económico impulsa a las tendencias operantes en él hacia una catástrofe general; y ningún deseo nuestro tiene mayor peso que el deseo de cualquier otro partido, por ejemplo de los nacional-liberales o de los antisemitas.”⁹ Como puede notarse inmediatamente, estamos exactamente en las antípodas de la posición de Hilferding, citada anteriormente, pero también bastante lejos del derrumbismo revolucionario de Rosa Luxemburg, que apunta precisamente a romper el divorcio entre ciencia y acción, entre teoría y política, tal como se afirma rígidamente en la enfatización cunowiana (y kautskiana) de la *absolute Gesetzmässigkeit* del desarrollo económico.¹⁰

2] La segunda fase se inicia en 1905, después de los acontecimientos rusos, con el debate —del que ya hemos analizado algunas intervenciones significativas— sobre el papel de la huelga de masas en la organización proletaria en relación con la dinámica de la crisis imperialista. Es ahí que se origina la tendencia que después dará lugar al “comunismo de izquierda”; y es también en estos años que emerge la alternativa “derrumbe o revolución”, es decir la discusión militante sobre la combatibilidad o no de la *Zusammenbuchstheorie* con una perspectiva activista-revolucionaria. Esta fase llega hasta cerca de 1924 —es decir hasta la *Stabilisierung*—

⁹ Heinrich Cunow, “Zur Zusammenbruchstheorie”, en *Die Neue Zeit*, año XVIII, 1898-1899, vol. 1, p. 430 (trad. parcial en la antología de Lucio Colletti, *El marxismo y el derrumbe del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1978).

¹⁰ La concepción kautskiana de las leyes históricas se halla expresada en forma elocuente en el comentario de 1892 al programa de Erfurt (Cf. Karl Kautsky, *Il programma di Erfurt*, Roma, 1971, 73 ss. y 103 ss.)

periode— e incluye los comienzos del llamado “marxismo occidental”, que hasta ahora ha sido, en la mayor parte de los casos, estudiando en clave exclusivamente ideológica, *geschichtsphilosophisch*, nunca en relación con la dimensión concreta de la discusión teórico-política de aquellos dramáticos años de la Alemania weimariana (y aquí es lícito preguntarse cómo es posible comprender el “luxemburguismo” de Lukács de *Historia y conciencia de clase* y el “leninismo radical” del Korsch de *Marxismo y filosofía* prescindiendo del estatus de la *Organisationsfrage*, de las contradicciones del movimiento de los consejos y de la “teoría de la ofensiva” de Radek y Béla Kun).¹¹

3] La tercera fase —que coincide con el reflujó y, después, con la derrota del movimiento obrero europeo— va desde la mitad de la década de 1920 hasta el debate sobre la crisis y sobre el capitalismo de estado que se desarrolla entre los años veinte y los treinta. Esta fase es emblemáticamente expresada por el esclerosamiento de la teoría catastrofista en la Internacional comunista, por un lado, y por el desarrollo y completamiento de la teoría del ciclo “en el campo burgués” por el otro. Por lo que se refiere a los *Linksradikalen*, el punto crucial y teóricamente más significativo es el debate sobre el libro de Grossmann, que connota la presencia de una *Zusammenbruchstheorie* orgánica fuera de la Segunda y de la Tercera internacional. Lo que distingue a esta fase de la anterior es la caída (determinada por la *debacle* del movimiento de clases) del debate sobre la táctica, que subordinaba la teoría del derrumbe a una contrasena política; de ahí la impresión de una mayor separación de la política, directamente proporcional a la exigencia de un enfoque científico-predictivo de las tendencias de desarrollo del modo de producción capitalista. En sus más maduras producciones teóricas y analíticas, como veremos, esa actitud producirá un enfrentamiento cerrado y fecundo con el pensamiento económico burgués —Keynes en particular— y con la problemática del intervencionismo estatal.

Para comprender el alcance de estas evoluciones del debate sobre el destino del capitalismo será preciso ahora examinar en primer término las discriminantes internas del “radicalismo de izquierda” en la coyuntura —ya en parte delineada a través de la polémica entre Kautsky y Rosa Luxemburg— de la segunda fase.

En un volumen de 1914 sobre la huelga política, Heinrich Lau-

¹¹ Para este orden de problemas véase a G. de Masi y G. Marramao, “Consigli e Stato nella Germania di Weimar. Note storiche per una riflessione teorica”, en *Problemi del socialismo*, cuarta serie, año XVII, núm. 2, abril-junio de 1976, pp. 7-64.

fenberg¹² —que más adelante llegaría a ser, junto con Wolffheim, el líder y teórico del “nacional bolchevismo”— al hacer un balance de la *Massenstreikdebatte* realizada por la izquierda radical, afirmaba que la huelga de masas era el efecto orgánico de una época social determinada, caracterizada por la fase imperialista del capitalismo. Pero si sobre esta afirmación general, en que se utilizaban como sinónimos “imperialismo” y “actualidad de la revolución”, estaban de acuerdo todos los *Linksradikalen* (que precisamente sobre ella basaron su inicial adhesión a Lenin), no puede decirse lo mismo de las consecuencias que se extraían de ella en términos de análisis de las contradicciones objetivas del capitalismo. En realidad los corolarios de este teorema estaban muy lejos de darse por descontados dentro de la izquierda *mitteleuropea*; y, como veremos, no se homologarán ni siquiera en el ámbito del *Linkskommunismus*, cuando se vuelva organizativamente autónomo, separándose del partido comunista. Es significativo, en este sentido, que ya en la polémica que los ve unidos contra Kautsky se perfila una divergencia entre Rosa Luxemburg y Pannekoek.

3. CRISIS IMPERIALISTA Y “ACTUALIDAD DE LA REVOLUCIÓN”: LA FASE “LENINISTA” DEL “LINKSRADIKALISMUS”

Aun aceptando el nexo luxemburguiano entre imperialismo y acción de masas, Pannekoek tiende a imprimir a la problemática de la relación crisis-revolución una dirección decididamente subjetivista. Su análisis se concentra totalmente en el proceso de progresiva emancipación de las masas de la tutela pedagógico-iluminadora de las organizaciones políticas y sindicales. En dos artículos publicados en la *Neue Zeit*,¹³ que por otra parte constituyen intervenciones de notable importancia en el debate sobre la táctica de la socialdemocracia, Pannekoek afirma sí que la subjetividad revolucionaria es resultado de contradicciones objetivas inherentes al desarrollo económico, pero añade que en la fase actual ya habría ocurrido una especie de pase de estafeta: mientras las con-

¹² *Der politische Streik*, Stuttgart, 1914.

¹³ Véase Anton Pannekoek, “Massenaktion und Revolution”, en *Die Neue Zeit*, año XXX, 1911-1912, vol. 2, pp. 541-550, 585-593, 609-616 [en esp., “Acción de masas y revolución”, en Varios autores, *Debate sobre la huelga de masas* (Segunda parte), Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 63, Buenos Aires, Siglo XXI, 1976], y “Marxistische Theorie und revolutionäre Taktik”, *ibid.*, año XXXI, 1912-1913, vol. 1, pp. 272-281, 365-373.

diciones materiales del socialismo son *ya dadas* (es decir que la objetividad económica habría prácticamente cumplido y agotado su propia función), se trataría ahora en cambio de producir una verdadera animación espiritual del proletariado (es decir, la palabra debe ser pasada sin reserva a la subjetividad). El medio de esa activación son, precisamente, aquellas *Massenaktionen* que el pasivismo reformista denigra como aventureras. Urgida de ese modo, la acción autónoma de la clase obrera se dirigiría espontáneamente hacia la *ruptura* revolucionaria del estado burgués. El tema de la autonomía espiritual del proletariado es acentuado aun más en el segundo artículo, es decir en "Marxistische Theorie und revolutionäre Taktik": la peculiaridad de la fase imperialista no debe buscarse tanto en aspectos estructurales, o en una configuración morfológica nueva y específica de las relaciones de producción capitalista, sino más bien en el hecho de que en ella el proletariado ha conquistado la capacidad de autoorganizarse, habiendo concluido ya el periodo de aprendizaje en el "clásico" capitalismo competitivo, y habiéndose constituido definitivamente como clase autónoma; además, al haber adquirido ya como virtudes permanentes el sentido espontáneo de la organización y de la solidaridad, los obreros deben emanciparse de la tutela del partido y en general de sus organizaciones históricas. En este diagnóstico Pannekoek iba mucho más allá de las posiciones teórico-políticas de Rosa Luxemburg: mientras ésta criticaba el fetichismo del aparato organizativo, sin por ello negar la necesidad y función del partido, Pannekoek veía en este último un resabio del pasado, un residuo superfluo destinado a ser quemado en el "espíritu de solidaridad"; que —paralelamente a la tendencia de la burguesía imperialista a endurecerse, en el temor del próximo fin de su propio sistema de explotación, en posiciones agresivas y reaccionarias— se transmitiría como tendencia a la totalidad del proletariado.

Debe observarse inmediatamente, aparte de la inflexión subjetivista ya mencionada, la presencia en la posición de Pannekoek de un ingenuo esquema bipolar economicista-eticista, que lo hace insensible a la exigencia de un análisis de las estructuras económico-sociales e institucionales del sistema capitalista y por lo tanto impotente para captar las dislocaciones internas de la estructura de clases a partir de las modificaciones y de los procesos de transformación que estaban revolucionando la fisonomía del capitalismo "clásico" del siglo XIX.

No es casual, por lo tanto, su proposición de integrar la obra de Marx —que consideraba insuficiente en el plano de la elabo-

ración del concepto de emancipación— con la teoría dietzgeniana del "espíritu del proletariado": mientras Marx habría analizado únicamente el condicionamiento del espíritu subjetivo por parte de la economía, Dietzgen en cambio pondría el acento sobre el modo de operar del espíritu visto en su actividad autónoma.¹⁴ Si quisiéramos hacer explícito el supuesto que constituye la base de esta visión, diríamos que la teoría marxiana es condicionada, para Pannekoek, por un residuo iluminista, precisamente de una fase histórica en la que aún era necesario "educar" al proletariado, porque éste no había alcanzado su plena independencia y actividad voluntaria. La raíz de este jacobinismo sería el concepto unilateral de ciencia (sustancialmente positivista y decimonónico) aceptado —por la especificidad de la situación histórica del momento— en la teoría marxiana que por ello habría quedado como una especie de revolución incompleta en el ámbito del pensamiento social: "el significado revolucionario del marxismo", escribe Pannekoek, "consiste en haber hecho de la doctrina de la historia y de la sociedad una ciencia del mismo carácter y de la misma rigurosa legalidad que las ciencias naturales; sus conclusiones, que refutaban todas las antiguas concepciones burguesas, asumieron por lo tanto la certeza de leyes naturales universalmente aceptadas".¹⁵ La tarea que hoy se plantea el movimiento obrero es transferir esa lucha y esa búsqueda del plano de la ciencia objetiva, separada, al plano de la conciencia y de las ideologías. La necesidad de "sacar provecho de la claridad filosófica de Dietzgen en las controversias sobre la táctica" se demuestra *ex negativo* por la enorme influencia ejercida por las "ideas filosóficas burguesas" sobre la corriente revisionista, que abrió las hostilidades con la *Bernstein-Debatte*, es decir con las "primeras discusiones teóricas sobre los fundamentos del marxismo".¹⁶ Esta operación halla su justificación para Pannekoek en el hecho de que el marxismo debe renovarse profundamente para adaptarse a la nueva situación de la relación entre condicionamientos objetivos y maduración subjetiva (dominio capitalista y clase obrera): mientras entonces "la lucha del proletariado ha sido esencialmente preparación y reunión de las fuerzas" —por lo cual la investigación teórica ha debido asumir en este periodo un carácter predominantemente histórico y económico y, simétricamente, la teoría general del marxismo no ha ido más allá de la advertencia de que "a la revolución del modo de producción

¹⁴ Véase Anton Pannekoek, "Dietzgens Werk", en *Die Neue Zeit*, año xxxi, 1912-1913, vol. 2, pp. 37-47.

¹⁵ *Ibid.*, p. 45.

¹⁶ *Ibid.*, p. 46.

se acompaña necesariamente también una revolución de la superestructura política, que el espíritu es determinado por la materia del mundo real y que la realidad del mundo económico da progresivamente existencia a los supuestos previos materiales del socialismo"—¹⁷ en la fase imperialista actual la tarea primaria es en cambio el redescubrimiento de ese "lado activo" (*tätige Seite*) que había quedado en la sombra en el "materialismo económico" de Marx y que debe recuperarse con el análisis de la autonomía del proletariado, de su voluntad y de su acción. Sólo así podrá la teoría realizarse completamente, es decir salir de su propia "separación" cientificista y materializarse en la actividad de las masas.

Imperialismo significa, por lo tanto, fase terminal del capitalismo, en cuanto actualidad de la revolución y de su manifestación procesal como acción autónoma de masa: si es cierto que en este supuesto general se encierra toda la aporía interna del discurso de Pannekoek, por otra parte es igualmente indudable que son precisamente las coordenadas de su generalidad las que evidencian el motivo de su momentánea adhesión a Lenin.¹⁸ Las razones de la convergencia coyuntural entre la praxis de los bolcheviques y la línea de los *Linksradi kalen* se hallan en la común exigencia de una nueva táctica del movimiento obrero, mediada por la crítica de la "vieja" forma teórica del marxismo, pero sobre todo en el carácter *político* —al que ya nos hemos referido— de la teoría leniniana de la crisis; carácter que explica la extraordinaria eficacia que tuvo sobre el movimiento en lo inmediato, pero al mismo tiempo también la debilidad y precariedad analítica del enfoque de Lenin de la temática del imperialismo, tal como se evidenciará en el curso de los años veinte y, sobre todo, después de la gran crisis de 1929.¹⁹

Efectivamente, entre 1912 y 1917 el motivo unificador entre la posición de Lenin y la de los "radicales" existía, y aparecía,

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ La convergencia entre Pannekoek y Lenin en Zimmerwald se halla documentada en H. Lademacher (hrsg.), *Die Zimmerwalder Linke, Protokolle und Korrespondenz*, La Haya/París, 1967.

¹⁹ Desde este punto de vista, no nos parece exagerado decir que, en su intento de refundación y puesta al día del análisis estratégico frente a los nuevos problemas planteados por la reorganización capitalista y por el fascismo, Gramsci es una voz aislada en el campo marxista. La línea directriz de su investigación, que parte de la altura del "modelo americano", en nuestra opinión va más allá del "leninismo" y se enfrenta a la nueva "composición orgánica" de la sociedad capitalista, caracterizada por el entrelazamiento de política y economía, estado y relaciones de producción. Véase más adelante el apartado 6.

además de concreto, vistoso: se refería a la actitud frente a la guerra imperialista. Entre 1911 y 1914 Kautsky define y completa su concepción de ultraimperialismo basada en la presunta contradicción entre capital financiero, que sería el verdadero sujeto y protagonista de la política imperialista, y capital industrial, que tendría en cambio una vocación innata hacia la distensión y la coexistencia pacífica, pudiendo expandirse únicamente con la ampliación armónica de los mercados basada en el libre comercio: de este último sector provendrían pues para Kautsky los impulsos positivos hacia el entendimiento internacional y la paz. En base a este análisis llegaba a su conclusión acerca de la posibilidad de romper el frente burgués, promoviendo una alianza con los sectores progresistas de la burguesía, que eran precisamente los que representaban al capital industrial.²⁰ Razón por la cual, en segunda instancia, Kautsky preveía que, una vez derrotado el militarismo nacionalista e imperialista, sostenido por la *clique* de depredadores del capital financiero, habría un pasaje de la competencia interimperialista (es decir de esa tensión conflictual que amenaza permanentemente con convertirse en guerra abierta) a una nueva forma de organización internacional de la producción capitalista, que podríamos definir como una especie de cartelización de los estados.²¹

Cuando en el congreso de Chemnitz de la SPD (1912) el presidente del partido Haase, Ledebour, Bernstein y el propio Liebknecht (que en cambio, el 2 de diciembre de 1915, asumirá una posición radical, rompiendo la disciplina partidaria con su voto personal contra la renovación de los créditos de guerra, y será castigado por ello con la expulsión del grupo parlamentario) adhirieron a ese punto de vista de Kautsky (el congreso efectivamente terminó con una resolución en favor de la paz, del entendimiento entre las naciones, del desarme y del libre comercio), Pannekoek —demostrando una notable agudeza y una gran visión política de largo alcance— no vacilará en definir como ilusorias las esperanzas kautskianas y recalcará que la única salida era la re-

²⁰ Dicho sea de paso, esta posición representaba una revisión total (introducida sin verificar ni poner nuevamente en discusión sus anteriores postulados) de la hipótesis de la tendencia a la bipolarización de la estructura de clases que Kautsky mismo sostuviera pocos años antes en *Der Weg zur Macht* (1909).

²¹ Sobre el desarrollo de la teoría kautskiana del "ultraimperialismo", cf. "Der erste Mai und der Kampf gegen den Militarismus", en *Die Neue Zeit*, año xxx, 1911-1912, vol. 2, pp. 107-108, y "Der Imperialismus", *ibid.*, año xxxii, 1913-1914, vol. 2, pp. 920-921.

volución final realizada en primera persona por los obreros.²² De ese modo anticipaba tres años la posición de Karl Liebknecht, quien definirá como "utópica" la lucha de Kautsky contra la "tregua interna", deseada por los mayoritarios que habían votado los créditos de guerra para llegar a una paz sin anexiones y a una situación de mayores posibilidades democráticas para el proletariado. La guerra se convierte así en el momento de la verdad del enfrentamiento político entre la línea moderada y oportunista de la socialdemocracia y la línea revolucionaria, y es por lo tanto la actitud práctica frente a ella lo que traza la división entre derecha reformista y *Linksradikalen*.

Hasta el comienzo de la década del veinte las varias componentes del "extremismo histórico" están unidas primero en el rechazo de todo compromiso con la burguesía, después en la crítica al exogenismo de la Segunda internacional, que consideraba la guerra como una perturbación momentánea del curso socioeconómico "normal", transcurrida la cual, como decía Kautsky, desaparecerían también las "discrepancias" internas del movimiento (es significativo que, aún en la segunda mitad de la década del veinte, Hilferding concibiera la guerra como una violencia exterior caída sobre el ritmo natural de la legalidad económica: cerrado ese paréntesis hubiera sido suficiente volver a poner en marcha el mecanismo, casi como si no se tratara de un efecto orgánico de éste, sino de una transitoria interrupción de un mecanismo automático intrínsecamente perfecto).²³

Para la izquierda, por el contrario, la guerra no era un hecho episódico sino, igual que la victoriosa revolución de octubre, que había sobrevenido mientras tanto para confirmar su análisis, la forma de manifestación histórico-mundial del inminente fin del sistema y de la actualidad de la revolución.

²² Véase *Protokoll über die Verhandlungen des Parteitag der SPD 1912*, Berlín, 1912, p. 423.

²³ En el ya mencionado informe de 1927, Hilferding no se ocupaba, en efecto, de analizar el fenómeno de la guerra y su gravitación sobre la dinámica del desarrollo económico y de las propias relaciones de producción, sino que veía en cambio la fase de crecimiento y de estabilización de los años veinte como una tendencia espontánea-natural sucesiva a la interrupción de la "legalidad económica" (*ökonomische Gesetzmässigkeit*) provocada por la violencia externa del conflicto bélico. Debe observarse aquí la extraordinaria complementariedad de los dos supuestos previos de este diagnóstico hilferdinguiano: la noción tecnicista de la economía como mero automatismo y la concepción "exógena" (metaestructural) de las crisis. Hilferding no vio la función de estímulo productivo y acumulativo ejercida por la guerra sobre los sectores impulsores de la industria.

En 1918 Herman Gorter, el otro gran líder y teórico holandés del *Linkskommunismus*, saludando en la revolución de octubre el advenimiento de la era de los consejos obreros, que constituía "un nítido ejemplo [...], ofrecido por el desarrollo del imperialismo a los obreros de la Europa occidental, para que sepan cómo deben actuar para alcanzar la unidad y la victoria", declaraba: "la revolución rusa es la primera revolución hecha enteramente por marxistas según la teoría marxista. Las teorías anarquistas, sindicalistas, reformistas y pseudomarxistas (como, por ejemplo, las kautskianas) se mostraron, en la revolución, inutilizables."²⁴

La revolución de octubre imprime pues un extraordinario movimiento de aceleración al desarrollo político-ideológico de toda la izquierda europea. A partir de 1918, la acción de los *Linksradikalen*, que hasta entonces se había desarrollado dentro de la socialdemocracia, empieza a asumir un papel político de importancia autónoma. Sin embargo —y aquí llegamos a un punto crucial de nuestro discurso— si se puede decir que antes de los años veinte era completamente indiferente con respecto a las posiciones prácticas el ser defensor o adversario de la teoría del derrumbe, de ahí en adelante, en cambio, ese aspecto empieza a constituir un elemento discriminador no secundario, también en el plano político, dentro del "comunismo de izquierda".

4. LAS "DOS ALMAS" DEL LINKSKOMMUNISMUS

Como es sabido, en la KPD habían confluído la Bremer Linke (Internationale Kommunisten Deutschlands) y el Spartakusbund.²⁵

En abril de 1920 se separa del Partido Comunista de Alemania el ala más radical, que funda el KAPD (Partido Comunista Obrero): es el acto de nacimiento oficial, incluso en el plano organizativo, del *Linkskommunismus*.²⁶ Pero dentro de la misma KPD

²⁴ Herman Gorter, *Die Weltrevolution* [traducción del holandés], Amsterdam, 1918, pp. 72 y ss.

²⁵ Sobre la fundación de la KPD véase el volumen documental de H. Weber, *Der Gründungsparteitag der Kpd, Protokoll und Materialien*, Frankfurt/Viena, 1969.

²⁶ Véase "Erster Aufruf der Kapd" (1920, en *Der Deutsche Kommunismus, Dokumente 1915-1945* editado y comentado por H. Weber, Colonia, 1963, pp. 3-4. Para la historia del "comunismo de izquierda" centroeuropeo, véase H. M. Bock, *Syndikalismus und Linkskommunismus von 1918-1923*, Meisenheim am Glan, 1969; E. Rutigliano, *Linkskommunismus e*

sobrevivían *dos almas*: la de la "izquierda de Bremen", inspirada por Anton Pannekoek, y la de matriz luxemburguiana. Se retomaron así los hilos de la discrepancia que hemos visto recorrer subterráneamente al frente de la izquierda, a través de las diversas inflexiones de las actitudes de Pannekoek y de Rosa Luxemburg en los años 1906-1913. Ahora, a comienzos de la década del veinte, la divergencia interna de los radicales irrumpe a la luz del sol. Recorramos sintéticamente sus etapas.

En 1922, después de haber tratado de formar una oposición de izquierda dentro de la Comintern (III Congreso), el grupo berlinés de Karl Schröder —vinculado a la llamada *Essener Richtung* ("tendencia Essen")— lanza la consigna de la fundación inmediata de una internacional comunista obrera. La *Berliner Richtung* ("tendencia Berlín") no adhiere a la propuesta, considerando aún inadecuadas las condiciones político-subjetivas. La Internacional de los "radicales" (Internationale Arbeiter-Assoziation) —que inmediatamente después será rebautizada como "Kommunistische Arbeiter-Internationale"— es fundada entonces sólo por la *Essener Richtung* y por la corriente correspondiente del partido comunista obrero holandés (KPAN).

El tema de la discusión era, precisamente, el pronóstico sobre el futuro próximo del capitalismo. Mientras la "tendencia Essen" abrazaba la "teoría de la crisis mortal" (*Todeskrisentheorie*), la "tendencia Berlín" concebía como factor determinante del fin del sistema la solución revolucionaria, producida por la subjetividad autónoma exclusiva de la clase obrera. Es interesante observar que estas dos alas opuestas se remitían respectivamente a Gorter y a Pannekoek, a quienes Lenin en su polémica contra el "extremismo" había definido en común. En efecto, las tesis fundadoras de la KAI (Kommunistische Arbeiter-Internationale) están sustancialmente contenidas en la "Carta abierta al compañero Lenin", escrita por Gorter en 1920 en respuesta al *Extremismo*.

En esta obra del "tribunista"* holandés encontramos, además

rivoluzione in Occidente, Bari, 1974 (ambos volúmenes incluyen un apéndice con documentos).

* *Tribunistas*: grupo de izquierda del Partido Obrero Socialdemócrata Holandés, que editó desde 1907 el periódico *De Tribune*. En 1909, los tribunistas fueron excluidos del Partido Obrero Socialdemócrata Holandés y organizaron su propio partido (el Partido Socialdemócrata de Holanda). Los tribunistas representaron el ala izquierda del movimiento obrero de Holanda, pero no formaron un partido consecuentemente revolucionario. En 1918, los tribunistas participaron en la creación del Partido Comunista de Holanda.

El periódico *De Tribune* fue desde 1909 órgano del Partido Socialde-

de la tesis, común a todo el *Linkskommunismus*, del carácter "burgués" de la revolución rusa en cuanto revolución campesina, un nexo de interdependencia entre la necesidad estratégica de garantizar y salvaguardar el carácter obrero "puro" de la revolución europea y la previsión de la "crisis mortal", de donde se hacía derivar la exigencia vital e impostergable de una "internacional obrera". "La teoría", escribía Gorter, "nos enseña que el capital está concentrado en los bancos, en los trusts y en los monopolios de manera formidable. En efecto, en Occidente y particularmente en Inglaterra y en Alemania, esos bancos, trust y cárteles han integrado casi todo el capital de los diversos ramos de la industria, del comercio, de los transportes e incluso de gran parte de la agricultura. Debido a esto, toda la industria, chica o grande, todas las relaciones, chicas o grandes, todo el comercio chico o grande y la mayor parte de la agricultura tanto grande como pequeña, han pasado a depender completamente del gran capital, y han sido incorporadas a él."²⁷ La conclusión que extraía de ese análisis de la concentración capitalista era sin duda la de la inminencia de la crisis resolutive y del advenimiento de la revolución; sin embargo, asomaba una duda que ya de por sí indicaba una grave *impasse* teórica: "ciertamente el capital está terriblemente debilitado. La crisis llega y, con ella, la revolución. Y yo creo que la revolución triunfará. Pero existen dos causas que mantienen todavía la solidez del capitalismo: son la esclavitud espiritual de las masas y el capital financiero."²⁸

Se perfilaba así en el diagnóstico de Gorter esa oscilación entre derrumbe y reorganización autoritaria del capitalismo que caracterizará al *Linkskommunismus* en todo el periodo entre las dos guerras y hundía sus raíces precisamente en aquel marxismo de la Segunda internacional que los radicales creían haber superado definitivamente. Y en efecto, no es casual que en esa respuesta a Lenin el tribunista holandés retomara la teoría (que ya había sido de Kautsky) del predominio del capital financiero como máximo factor de concentración y de englobamiento de todos los

mócrata de Holanda, y desde 1918 órgano del Partido Comunista; apareció con este título hasta 1940. [E.]

²⁷ H. Gorter, *Offener Brief an den Genossen Lenin. Eine Antwort auf Lenins Broschüre der Radikalismus, eine Kinderkrankheit des Kommunismus*, Berlín, s.f. (pero 1921), ya en A. Pannekoek, H. Gorter, *Organisation und Taktik der proletarischen Revolution* (hrsg.) und eingeleitet von Hans Manfred Bock, Frankfurt, 1969, p. 77 (en esp., *Carta abierta al camarada Lenin*, en Lenin-Gorter, *Jefes, partido y masas*, México, Grijalbo, 1971).

²⁸ *Ibid.*, p. 79 (trad. it. cit., p. 203).

ramos de la producción y como tejido conjuntivo, tanto más fuerte cuanto más elástico, de todos los estratos sociales de función obrera “la sociedad y el estado moderno europeo-occidental (y americano) forman un gran conjunto estructurado hasta sus ramas más lejanas, y dominado, puesto en movimiento y regulado por el capital financiero; [...] la sociedad es aquí un cuerpo organizado, según el modelo capitalista pero sin embargo organizado; [...] el capital financiero es la sangre de ese cuerpo que fluye por todos los miembros y los nutre; [...] ese cuerpo es un todo orgánico y [...] todas sus partes deben a esa unidad su extrema vitalidad de modo que todas se mantienen unidas a ella hasta la muerte real. Todas excepto el proletariado que es el que crea la sangre, el plusvalor. A causa de esta dependencia de todas las clases del capital y de la potencia formidable de que dispone, todas las clases son hostiles a la revolución y el proletariado está solo. Y como el capital financiero es la potencia más elástica y dúctil del mundo, y sabe centuplicar ulteriormente su influencia con el crédito, logra mantener unidas a la clase, la sociedad y el estado capitalista, aun después de esta terrible guerra, después de la pérdida de millares de millones, y en una situación que nos aparece ya como su bancarrota. Al contrario, logra unir más estrechamente a todas las clases en torno a sí (con la excepción del proletariado) y organiza su lucha común contra el proletariado. Esa potencia, esa elasticidad, ese sostén mutuo de todas las clases, son capaces de subsistir por mucho tiempo aun después del estallido de la revolución.”²⁹

La falta de relación entre los dos momentos del análisis de la crisis revolucionaria como fase connatural a la acción obrera autónoma y de la descripción de las tendencias a la concentración bajo la égida del capital financiero explica la ausencia, en el discurso de Gorter (pese a todo muy estimulante y rico en intuiciones), de cualquier interés por los efectos estructurales-institucionales del paso de la anarquía de la competencia a la reorganización “despótica” de la economía y de la sociedad bajo el control de una única instancia. Pero si la acentuación —en muchos aspectos ideológica, en cuanto no es apoyada por una investigación económica específica— de la importancia del capital financiero debe verse en relación con los límites teóricos del movimiento obrero en aquellos años (a los que no es ajeno ni siquiera *El imperialismo* de Lenin),³⁰ el diagnóstico simplista, que reducía el

²⁹ *Ibid.*

³⁰ Al respecto no es posible callar que la precariedad de la base teórica

complejo problema de la estructura de clases de las sociedades occidentales a un frágil esquema bipolar basado en la contraposición entre proletariado y burguesía (en que se daba por descontada la adhesión de todos los demás estratos sociales a la política del capital financiero), era en realidad un motivo derivado de la tradición de la Segunda internacional de matriz kautskiana, pero que volveremos a encontrar activo, después del “giro a la izquierda” de 1929, en la táctica “clase contra clase” de la Internacional comunista. En la base de las aporías del *Linkskommunismus*, pues, había indudablemente una profunda inadecuación de los instrumentos de análisis del desarrollo capitalista, que le impedían comprender el carácter endógeno, es decir orgánico, de la crisis, la estrecha relación entre crisis y reordenamiento político-institucional y, en consecuencia, captar la tendencia al cambio de la dinámica de clase individualizando sus raíces en la reorganización del sistema de fábrica y del trabajo social en su conjunto. Sin embargo, el hecho de que este déficit teórico se manifieste ostentadamente en los representantes clásicos del “comunismo de izquierda” no significa que sea una prerrogativa exclusiva de éste. Es más bien un límite, común también a las “tradiciones mayoritarias” —socialista y comunista— del movimiento obrero, y que,

del análisis de Lenin está en el excesivo énfasis de los aspectos parasitarios del sistema capitalista, cuyo efecto específico puede observarse en la discrepancia entre el diagnóstico de los procesos de concentración y de reorganización de las relaciones de producción y la caracterización del imperialismo como “capitalismo de transición o, más propiamente, como capitalismo organizante” (*El imperialismo, fase superior del capitalismo* [1916], en V. I. Lenin, *Obras escogidas*, Moscú, s.f., tomo 1, p. 794). En este sentido podemos compartir la observación de Fernando Claudín, según la cual si por un lado Lenin capta el aspecto monopolista, por el otro acentúa el concepto de *agravamiento acumulativo de las contradicciones* (cf. *La crisis del movimiento comunista. De la Komintern al Kominform*, París, Ruedo Ibérico, 1970, p. 32). Eso no nos autoriza sin embargo a afirmar que Lenin deriva sin revisión crítica de los teóricos ortodoxos y “centristas” de la Segunda internacional la concepción de la madurez y agonía del capitalismo occidental. En realidad una hipostatización doctrinaria de la previsión catastrófica, que reproduce algunos *leitmotiv* del marxismo de la Segunda internacional, puede hallarse en las sucesivas sistematizaciones ideológicas de la Internacional comunista (especialmente en los años 1928-1934), pero no en Lenin; éste en efecto cabe en lo que hemos definido como “segunda fase” de la teoría de la crisis, que hunde sus raíces no en un prejuicio escolástico o metafísico, sino en un análisis político de las relaciones de fuerza a nivel mundial, que Gramsci —reflexionando, en los años de cárcel, sobre las razones de la derrota de la revolución en Occidente— pondrá en relación con la fase estratégica de la “guerra de movimiento”.

más allá de la paradoja, el "extremismo histórico" comparte con la Tercera internacional. Son pocas y aisladas, como veremos, las reflexiones en el campo marxista que se cimentarán con los niveles más elevados de la reorganización social y económica de la relación capitalista para reformular a esa altura los términos del discurso sobre la crisis y sobre su relación con la estrategia.

5. LA FASE TEÓRICA DEL COMUNISMO DE IZQUIERDA Y LOS NUEVOS TÉRMINOS DEL PROBLEMA DE LA CRISIS

La división interna del *Linkskommunismus* —sancionada oficialmente por la escisión de 1924—³¹ entre quienes desarrollaban el aspecto subjetivo del discurso (y por lo tanto ponían el acento en la posibilidad de absorción de las crisis económicas y en la concentración progresiva del sistema mundial de explotación) y los "neoderrumbistas", ocultaban un nudo no resuelto que estaba en la base de la oposición: en ninguna de las dos tendencias se podía hallar un análisis combinado de transformaciones estructurales y cambios político-sociales. En lugar de ello, en ambas se volvía al "clásico" dualismo de ley económica y factor subjetivo que, disolviendo el problema del estado en el del "dominio ideológico" o "espiritual" de la burguesía sobre el proletariado, los hacía de hecho equivalentes en su esterilidad política. No es casual que aun en las consideraciones de Gorter mencionadas más arriba, a la hipostatización del proceso de concentración del capital financiero correspondiera, en la vertiente que hubiera debido ser política, aquel aspecto del "poder espiritual", de la *geistige Macht*, que desempeñaba un papel decisivo en la concepción "antiderrumbista" de Pannekoek (y que, en última instancia, no era algo muy

³¹ Sobre la escisión de 1924 (entre la tendencia Essen, que profesaba la teoría de la crisis mortal del capitalismo y la necesidad de una organización internacional obrera lista para actuar como catalizador en el inminente estallido insurreccional, y la tendencia Berlín, opuesta a la fundación de la KAI y vinculada a los "consejistas" holandeses que aceptaban la crítica pannekoekiana de la *Zusammenbruchstheorie*), sobre los varios filones y tendencias del "comunismo de izquierda", y, más específicamente, sobre la diferencia entre *Linkskommunismus* y *Rätekommunismus*, véase Claudio Pozzoli, "Paul Mattick e il comunismo dei consigli", en Varios autores, *Il comunismo difficile. I comunisti dei consigli e la teoria marxiana dell'accumulazione e delle crisi*, Bari, 1976. Sobre el *Rätekommunismus* son significativas además las páginas introductorias del conocido exponente del comunismo de los consejos Cajo Brendel al primer volumen de las obras de Pannekoek, *Neubestimmung des Marxismus*, vol 1, Berlín (Oeste), 1974.

distinto del planteamiento socialdemócrata, que buscaba la razón de las crisis o de los éxitos del capitalismo en el "factor moral").

Que la incapacidad de llegar a una refundamentación estratégica ponía en duda, en los trágicos años weimarianos, los propios postulados fundamentales de la *Weltanschauung* del movimiento ya estaba claro para las inteligencias más lúcidas y advertidas de la "izquierda europeo-occidental". Basta pensar que, precisamente a principios de la década del treinta, un intelectual como Karl Korsch recomenzaba sin vacilación a hablar de "crisis del marxismo": "El marxismo como movimiento y como teoría se encuentra hoy en una crisis. No se trata ya de una crisis *dentro* del marxismo sino de una crisis del propio marxismo. La crisis consiste exteriormente en el derrumbe completo de la posición dominante que el marxismo había asumido en el periodo anterior a la gran guerra en todo el movimiento obrero europeo, en parte realmente, en parte sólo en apariencia. Interiormente, la crisis consiste en la transformación de la teoría y praxis marxista mismas, evidentísima en el cambio de actitud de los marxistas hacia el estado y hacia el sistema estatal burgués en general. Es una concepción superficial y falsa ver la esencia teórica de la crisis actual simplemente en el hecho de que la teoría revolucionaria de Marx y Engels ha sido deformada en manos de los epígonos y parcialmente también abandonada y oponer a ese marxismo deformado y falseado la 'doctrina pura' del marxismo de Marx y Engels. La crisis actual del marxismo significa más bien en su razón última también una crisis de la teoría de los propios Marx y Engels. La separación ideológica y doctrinaria de la 'doctrina pura' del movimiento histórico real, incluyendo el desarrollo de la teoría, es en sí misma una forma de la crisis en curso."³²

Lo que sin embargo permanecía en la sombra en la denuncia korschiana de la fractura entre la teoría y el movimiento era el problema de la verificación de los supuestos metodológicos y de las coordenadas conceptuales del análisis del desarrollo capitalista aceptadas desde entonces en el movimiento obrero; verificación tanto más necesaria, si se piensa que es precisamente entre la década de 1920 y la de 1930 que el pensamiento económico y social burgués vive una estación de extraordinaria fecundidad. Viendo bien, era precisamente esta circunstancia lo que hacía macroscópica la pobreza y la inadecuación del debate interno del *Linkskommunismus*.

³² "Krise des Marxismus" (1913), en Karl Korsch, *Die Materialistische Geschichtsauffassung* (hrsg.) von E. Gerlach, Franckfort, 1971, p. 167.

La obra de Henryk Grossmann, situándose en el punto de encuentro entre "teoría burguesa" y movimiento obrero,³³ marca un giro decisivo, haciendo en parte salir de esa *impasse* y abriendo una nueva fase de discusión, caracterizada por un enfoque diverso de la problemática del destino del capitalismo, y dejando una herencia que —en los años de la derrota obrera y del fascismo— permitirá a todo un grupo de intelectuales weimarianos y de "comunistas consejistas enfrentarse a las nuevas tendencias y formas organizativas de la economía capitalista, de los regímenes nazifascistas al *New Deal*, a través de una profundización de la categoría "capitalismo de estado". El libro de Grossmann *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*³⁴ aparece en 1929, simultáneamente con la gran crisis y se difunde en la fase del reflujo y la liquidación del movimiento. Su revisión elíptica de la *Zusammenbruchstheorie*, por lo tanto, no podía (ni por otra parte pretendía), ser un instrumento directo de batalla política: es decir, no era un libro militante en sentido estricto. Eso, sin embargo, no reduce su alcance histórico, comprensible solamente para quien se esfuerza por captar sus aspectos innovadores frente a los problemas generales del movimiento obrero de aquellos años. El programa grossmanniano de una exposición científica de las tendencias de desarrollo del capitalismo no se formula sobre la base (o al mismo nivel) de las precedentes teorías de la crisis. Es más, éstas son preliminarmente sometidas a una doble crítica: 1] por mantenerse inmóviles en un supuesto previo y rígido de subconsumo; 2] por no distinguir (y hacer por lo tanto inferencias indebidas) entre "plano lógico" y "plano histórico" (exposición científica de las leyes tendenciales y movimiento real), tanto en la defensa como en la crítica del análisis marxiano del capitalismo. No podemos detenernos aquí sobre el modo sumamente articulado en que Grossmann desarrolla esa crítica de doble filo en la obra

³³ Grossmann estuvo efectivamente vinculado al historiador y político Carl Grünberg, cuyo *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung* representó por veinte años (1911-1930) uno de los puntos de encuentro más interesantes e importantes entre *Geisteswissenschaften* "burgueses" y *Weltanschauung* "marxista". Sobre Grünberg y sus relaciones con el austromarxismo véase el ensayo de Günter Nenning incluido en el *Indexband* de la reimpresión del Grünberg-Archiv, Graz, 1973, especialmente las pp. 103 y ss.

³⁴ Henryk Grossmann, *Das Akkumulations und Zusammenbruchsgesetz deskapitalistischen Systems*, Leipzig, 1929 (reimpresiones: Francfort, 1967 y 1970). [En esp., *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, México, Siglo XXI, 1979.]

mayor y en los ensayos de carácter "epistemológico",³⁵ por lo que nos limitaremos a destacar sus aspectos más generales, que sin embargo deberían dar ya la medida de la originalidad y ruptura cualitativa con respecto al debate anterior sobre la crisis:

El rasgo característico de la teoría de Grossmann —tal como surge especialmente en comparación con *La acumulación de capital* de Rosa Luxemburg o con los análisis del imperialismo de la misma época del luxemburguiano Sternberg³⁶ es la profundización de los elementos epistemológicos discriminadores entre la estructura lógica (y la funcionalidad interna) de las categorías de Marx y la de los dos clásicos. Esto permite a Grossmann recuperar la *capacidad hermenéutica de la teoría del valor en relación con el nexo de producción y reproducción*. De aquí arranca para su crítica de las diversas formas de subconsumismo y para el reconocimiento de la común matriz "exogenista" de las explicaciones derrumbistas y planistas de los mecanismos de desarrollo. A pesar de la subsistencia de vestigios del sociologismo de la Segunda internacional (visibles en la definición de la relación abstracto-concreto en términos de "procedimientos de aproximación" o "método de aislamiento"),³⁷ la crítica grossmanniana al desplazamiento del eje de desarrollo de la crisis hacia la *realización* del plusvalor (mercado) expresaba una fuerte exigencia de adecuación del análisis marxista al carácter complejo del desarrollo del sistema, que debía ser captado en su unidad productivo-reproductiva, antes que en el esquema dual producción-subconsumo.

Al comienzo de la década de 1930, la obra de Grossmann ya era conocida y discutida no sólo dentro de la izquierda europea sino también entre los grupos de *Linksradikalen* emigrados a los Estados Unidos. Precisamente en esos años los "United Workers of America" publicaron un manifiesto en que prácticamente asumían la teoría grossmanniana como base teórica para una nueva orientación del movimiento obrero. Ese manifiesto dio a Pannekoek oportunidad de reabrir la polémica en torno a la teoría del

³⁵ Reunidos ahora en traducción al español en H. Grossmann, *Ensayos sobre la teoría de la crisis*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 79, México, 1978.

³⁶ Véase Fritz Sternberg, *Der Imperialismus*, Berlín, 1926. [En esp. *El imperialismo*, México, Siglo XXI, 1979.] Véase al respecto la agudísima crítica de Grossmann en *Ensayos sobre la teoría de la crisis*, cit.

³⁷ Sobre la *Annäherungsverfahren* y la *Isolierungsmethode* de Grossmann, véase la introducción de Gabriela M. Bonacchi a los *Saggi sulla teoria della crisi*, Bari, De Donato, 1975. [En la edic. en español de los *Ensayos* (Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 79), véase pp. 9-38.]

derrumbe en el órgano teórico del “comunismo de los consejos” europeo —la *Rätekorrespondenz*.

En ese artículo Pannekoek retomaba sustancialmente los argumentos antiderrumbistas ya utilizados veinte años antes en los debates sobre las crisis, y acusaba a Grossmann de tener una visión burguesa de la “necesidad económica”, que sería para él una mítica “potencia extrahumana”. La base teórica de la crítica era una vez más el postulado abstracto (no mediado analíticamente) de la unidad y compenetración recíproca del lado objetivo y el lado subjetivo, la economía y la política: “La economía, como totalidad de los hombres que trabajan y se afanan por sus necesidades vitales, y la política (en sentido amplio), como totalidad de los hombres que por sus necesidades vitales operan y luchan en cuanto clase, constituyen un ámbito único que se desarrolla según leyes precisas.”³⁸ Se evidenciaba así que el subjetivismo activista de Pannekoek no sólo era incapaz de enfrentarse con la instrumentación metodológica del libro de Grossmann, sino que, puesto frente a la necesidad de mostrar alternativas enunciados teóricos, se veía obligado a retirarse al alvéolo de la vieja concepción de la *Gesetzmässigkeit* de la Segunda internacional, de la que el desdoblamiento en economicismo y voluntarismo ético constituía, en última instancia, una variante.³⁹ Pero el aspecto que más nos interesa destacar aquí es la aparición, en la parte final del artículo, de la previsión de un “capitalismo organizado” de tipo autoritario, de la cual sin embargo, todavía no se hace seguir como consecuencia necesaria una integración (o derrota irreversible) de las masas, sino una aceleración y expansión del proceso de unificación total de la clase obrera. “No un derrumbe económico del capitalismo, sino la inaudita expansión de su potencia en toda la tierra, llevará —a través de la agudización de los contrastes políticos producidos por el reforzamiento del poder interno— al proletariado a recurrir a las acciones de masa, con el fin de reunir y unificar las fuerzas de toda la clase. En esa dislocación del poder

³⁸ Anton Pannekoek, “Die Zusammenbruchstheorie des Kapitalismus”, en *Rätekorrespondenz*, 1934, núm. 1, ahora en K. Korsch-P. Mattick-A. Pannekoek, *Zusammenbruchstheorie des Kapitalismus oder revolutionäres Subject*, Berlín (Occidental), 1973, p. 38. [En esp., *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 78, México, 1978, p. 78.]

³⁹ He intentado tratar los problemas relativos a este debate en mi ensayo “Teoría della crisi y ‘problemática della costituzione’”, en *Crítica marxista*, núm. 2-3, 1975, reproducido ahora con algunas modificaciones y agregados en el volumen colectivo *Il comunismo difficile. I comunisti dei consigli e la teoria marxiana dell'accumulazione e delle crisi*, cit.

está pues la razón de la nueva orientación del movimiento obrero.”⁴⁰ Aun cuando es posible discernir en este pronóstico cómo se perfila tenuemente esa exasperada ideologización de la categoría de “capitalismo de estado” que será realizada en la década de 1940 por algunos teóricos ultraizquierdistas (entre ellos el propio Korsch) para la cual el proceso de concentración capitalista sería la inversión especular del proceso de socialización total de la clase obrera,⁴¹ la intervención de Pannekoek se revelaba una vez más muy pobre de indicaciones acerca del problema estratégico del análisis de los nuevos fenómenos del proceso capitalista. Tampoco era, por otra parte, casual, que el método de su crítica a Grossmann denunciara un enfoque de la teoría y de la crisis mucho menos diferenciado y articulado que el intentado un año antes por Korsch en la revista *Proletarier* en el ensayo “Algunos supuestos básicos para una discusión materialista de la teoría de las crisis”, que hemos mencionado en la primera parte de esta relación.

“Una grave laguna en la forma en que se ha conducido hasta ahora la discusión sobre las crisis, particularmente en las corrientes de izquierda y de extrema izquierda del movimiento obrero”, escribía Korsch, “consiste en el hecho de que en esos grupos, a menudo se ha buscado una teoría de la crisis ‘revolucionaria’ en sí, casi como en el medioevo se buscaba la piedra filosofal. En cambio, se ve fácilmente en los ejemplos históricos que la posesión de una teoría supuestamente altamente revolucionaria de las crisis dice poco sobre el grado de desarrollo efectivo de la conciencia de clase y de la disponibilidad revolucionaria para la acción de los grupos o personas que profesan esa teoría.”⁴² Si prescindimos un momento del supuesto implícito en el enfoque korschiano (y que se aclara inmediatamente si se compara el trabajo precedente sobre la crisis del marxismo), no es posible dejar de apreciar la novedad implícita en la distinción entre enunciados políticos y “paradig-

⁴⁰ Anton Pannekoek, art. cit. p. 44 [véase *op. cit.*, p. 83].

⁴¹ Son paradigmáticas, en ese sentido, las discusiones publicadas en *New Essays*, la revista de Paul Mattick (sobre la cual volveremos más adelante). Sobre los desarrollos extremos de la reflexión korschiana véase G. E. Rusconi, Introducción a K. Korsch, *Scritti politici*, 2 vols., Bari, 1975. [Esta introducción ha sido traducida al español. Véase “Autonomía obrera y contrarrevolución”, *Cuadernos políticos*, núm. 14, octubre-diciembre de 1977.]

⁴² K. Korsch, “Über einige grundsätzliche Voraussetzungen für eine materialistische Diskussion der Krisentheorie”, en *Proletarier, Zeitschrift für Theorie und Praxis des Rätekommunismus*, núm. 1, febrero de 1933, reimpresso en K. Korsch-P. Mattick-A. Pannekoek, *op. cit.*, p. 91. [¿Derrumbe del capitalismo...? cit., p. 107.]

mas" científicos de la *Krisentheorie*. El elemento discriminador entre las varias teorías de las crisis que han asomado al escenario del movimiento obrero no debe buscarse en su construcción conceptual interna o en sus fundamentos metódicos, sino más bien en la *actitud* que las anima.

De ahí extraía Korsch el criterio de orientación para realizar un balance de conjunto de las discusiones sobre las crisis y distinguía dos tipos fundamentales de *Krisentheorie*:

1] El primer tipo sería la "teoría socialdemócrata oficial de las crisis", que —derivada directamente de Bernstein— tendría como representantes máximos a Hilferding, Lederer, Tarnow y Naphthali;

2] El segundo tipo coincidiría en cambio con la "teoría objetivista de la crisis", formulada clásicamente por Rosa Luxemburg en *La acumulación de capital* y continuada después por Sternberg y Grossmann.

La característica de las teorías subjetivistas de la crisis —que en el curso de la década de 1920 desembocan en la concepción del "capitalismo organizado"— es "la de siempre reflejar ideológicamente la fase cada vez pasada del movimiento real de la economía capitalista, contraponiéndola a la cambiada realidad presente como 'teoría' fija, rígida".⁴³ A diferencia de Pannekoek, Korsch capta bien los riesgos políticos de semejante concepción, que en realidad destruye "todos los fundamentos objetivos del movimiento de clase proletario", reduciendo la estrategia para el socialismo a una mera "exigencia moral".⁴⁴

Por otra parte, la teoría objetivista de la crisis "que concibe una tendencia económica de desarrollo objetivamente dada y predeterminada en su objetivo final, que trabaja más con la imaginación que con conceptos científicos unívocamente determinados, y que además se basa en una inducción (en un conocimiento experimental) insuficiente", no le parece a Korsch "capaz de suministrar la seria garantía de la acción consciente de la clase proletaria en lucha por sus objetivos propios, necesaria para la guerra de clase de los obreros como para cualquier otra guerra".⁴⁵

A esas dos actitudes Korsch opone la "actitud activista-materialista" (única digna de "la calificación de auténticamente materialista en el sentido de Marx"), que "considera todo el problema relativo a la necesidad objetiva o inevitabilidad de las crisis

⁴³ *Ibid.*, p. 96 [op. cit., p. 129].

⁴⁴ *Ibid.*, [op. cit., p. 129].

⁴⁵ *Ibid.*, p. 97 [op. cit., p. 130].

capitalistas, planteada en estos términos genéricos, carente de sentido para los fines de una teoría práctica de la revolución proletaria. Esta actitud concuerda con el crítico revolucionario de Marx, Georges Sorel, cuando éste ya no atribuye a la tendencia general del capitalismo la catástrofe producida por la insurrección de la clase obrera —presentada por Marx en un lenguaje 'dialéctico' fuertemente teñido de elementos idealistas, filosóficos— el valor de una previsión científica, sino únicamente el de un 'mito', cuya significación se resuelve enteramente en la determinación de la acción *presente* de la clase obrera."⁴⁶ A pesar de su fuerte inflexión subjetivista, Korsch no intentaba aquí disolver las nervaduras categoriales del análisis marxiano en un activismo genérico, ni mucho menos replantear una nueva forma de sindicalismo revolucionario, sino que más bien expresaba provocativamente la exigencia de una "desagregación" de la predicción morfológica de Marx (piénsese, por otra parte, en la función del "mito" en el interior de la recuperación del marxismo por parte de Gramsci, a partir de la "escisión" real reflejada en la *Revisionismus-Debatte*), como condición *sine qua non* para hacerla hermenéutica y prácticamente eficaz. "La actitud materialista", se apresuraba efectivamente a añadir, "disiente sin embargo de Sorel cuando quiere limitar en general también la función de cualquier futura teoría social de la revolución a la creación de un mito semejante. Más bien considera que, a través de una investigación empírica (*empirische Erforschung*) cada vez más exacta y profunda del actual modo de producción capitalista y de sus observables tendencias inminentes de desarrollo, pueden hacerse ciertas predicciones que, aunque limitadas, son suficientes para la acción práctica."⁴⁷

Sin embargo, al definir en esta forma, indudablemente sugestiva, la "actitud activista-materialista" (que hacía remontar a la crítica leniniana en 1894 contra "el subjetivismo del revolucionario populista Mijailovski y el objetivismo del por ese entonces teórico-guía marxista Struve"),⁴⁸ Korsch pasaba por encima de un nudo teórico fundamental: el problema relativo a la no linealidad de la relación entre "lógico" e "histórico" en el análisis marxiano del capitalismo. Como he tratado de demostrar en otra parte,⁴⁹ esta aporía del discurso korschiano —que se manifiesta en una declarada indiferencia por la modalidad específica en que ocurre la

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 97-98 [op. cit., pp. 130-131].

⁴⁷ *Ibid.*, p. 98 [op. cit., p. 131].

⁴⁸ *Ibid.* [op. cit., p. 131].

⁴⁹ Véase *supra*, nota 38.

asunción de las "leyes" que explican la realidad capitalista—⁵⁰ debe verse en relación con una incompreensión del *papel estratégico* que tiene en *El capital* la distinción entre *modo de investigación y modo de exposición (Forschungs-und Darstellungsweise)*.⁵¹ En este sentido, las importantes puntualizaciones teóricas con que Paul Mattick tomaba en *Rätekorrespondenz* la defensa de Grossmann sonaban como una respuesta no sólo a la crítica de Pannekoek, sino también al más complejo intento korschiano de "pragmatización de la dialéctica".⁵² Lo que en Grossmann se criticaba como óptica "economicista", como limitación del análisis a los aspectos "puramente económicos", era en realidad el resultado de

⁵⁰ Para definir la teoría objetivista de la crisis (en cuya generalidad pudo reunir a Sternberg y a Grossmann, que sin embargo habían polemizado ásperamente entre sí precisamente sobre los fundamentos analítico-metodológicos de la explicación de las crisis), Korsch escribe: "No tiene importancia aquí el *tipo* de asunción de leyes objetivas del mecanismo de producción capitalista de las cuales se deduce en particular la necesidad económica de su derrumbe inminente, objetivamente garantizado" (*Über einige grundsätzliche Voraussetzungen für eine materialistische Diskussion der Krisentheorie*, cit., pp. 96-97 [véase *op. cit.*, pp. 129-130]).

⁵¹ Sobre este problema (y en general para una crítica del marxismo de Korsch) véase el importante ensayo de Leonardo Ceppa, "La concezione del marxismo in Karl Korsch", en Varios autores, *Storia del marxismo contemporaneo*, cit., pp. 1231-1259. Al respecto deben tenerse presentes también las recientes observaciones críticas de Giuseppe Vacca (cf. "Una figura della scissione tratemática delle forme e analisi dei processi nel marxismo europeo fra le guerre [Karl Korsch 1923-1938]", en *Problemi del socialismo*, 4ª serie, año XVII, abril-junio de 1976, pp. 129-204 [traducido al español e incluido como introducción a Karl Korsch, *Teoría marxista y acción política*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 84, México, 1979, pp. 7-81]). A la luz de las penetrantes consideraciones de Vacca quiero precisar aquí que esta "carencia" de Korsch no invalida ciertamente su conocimiento del lado metodológico en sentido estricto del problema; lo que se le escapa es, más bien, la *función estratégica* de esa distinción, que es determinante para los fines de la intauración de una relación correcta entre teoría (morfológica) de la historia —tal como emerge de la crítica de la economía política— y teoría (científica) de la política.

⁵² Tomo en préstamo esta expresión de Gian Enrico Rusconi, "Tensione tra scienza e azione política in Karl Korsch", introducción a Karl Korsch, *Dialetica e scienza nel marxismo*, cit. La "pragmatización" es en nuestra opinión indicio de la falta de Korsch de aquella *teoría de la reproducción* que representa el soporte colectivo de *crítica* de la economía política y *ciencia* de la política. De ahí —como ha observado oportunamente G. Vacca (*art. cit.*, p. 158)— la separación y la inmediata traslación entre fases "epocales" del modo de producción y análisis empírico de las luchas de clase concretas, que le impide un análisis "integral" (económico-político) y diferenciado de los procesos de desarrollo internos de la *formación social* capitalista.

una aplicación científica de la noción marxiana de dialéctica, que no coincide ni con un reverenciamiento genérico ni con el postulado filosófico de la "unidad de los opuestos": "Ni siquiera para Grossmann", escribía Mattick, "existen problemas 'puramente económicos'. Eso sin embargo no le impide limitarse *por razones metodológicas*, en su análisis de la ley de la acumulación, a la definición de supuestos puramente económicos, ni llegar así a captar *teóricamente* un punto-límite objetivo del sistema. El *reconocimiento teórico* de que el sistema capitalista, por sus contradicciones internas, debe necesariamente ir hacia el derrumbe no *induce en absoluto* a considerar que *el derrumbe* real sea un proceso automático, independiente de los hombres".⁵³ El análisis marxiano del sistema capitalista es científico no porque *refleje* la historia real del modo de producción, sino porque define sus prerrogativas estructurales a través del estudio de las formas en que se *reproduce* la contradictoria relación fundamental entre fuerzas productivas y relaciones de producción en el pasaje de la reproducción simple a la reproducción ampliada.

Si por un lado el desequilibrio y la crisis no empiezan por la desproporción entre producción y mercado (es decir por las dificultades de realización) sino ya con la reproducción simple, por el otro la constante de este proceso de transformación es el *afirmarse de la forma-valor en escala social global*: en este sentido, concluía Mattick, el "movimiento del capital sobre la base del valor no es otra cosa que [...] el movimiento dialéctico de la sociedad misma".⁵⁴ El desconocimiento de la especificidad irreducible del método dialéctico marxiano ha impedido tanto a los revisionistas como a los ortodoxos captar el significado profundo de ese "automovimiento del capital" en que se basa la teoría marxiana de la crisis.⁵⁵ Es interesante observar que por esa vía Mattick llegará más tarde a denunciar el "vicio epistemológico" que estaba en la base de la célebre polémica entre Böhm-Bawerk y Hilferding sobre el problema de la transformación de los valores en precios: los esfuerzos de Marx al respecto se referían a "la exigencia teórica de probar la validez de la ley [del valor] frente a una realidad que parecía contradecirla. Para descubrir si las relaciones de valor determinaban o no las relaciones de precio

⁵³ Véase Paul Mattick, "Zur Marxschen Akkumulations-und Zusammenbruchstheorie", en *Rätekorrespondenz*, 1934, núm. 4, reimpresso en Karl Korsch-Paul Mattick-Anton Pannekoek, *op. cit.*, pp. 47-48. [*¿Derrumbe del capitalismo...?*, cit. pp. 86-97.]

⁵⁴ *Ibid.*, p. 49 [*op. cit.*, p. 88.]

⁵⁵ Cf. *Ibid.*, p. 50 [*op. cit.*, p. 88].

y de mercado era necesario una teoría de los precios coherente con la teoría del valor. La 'transformación' de los valores en precios de producción satisface esa exigencia teórica. Para Marx, el problema de la determinación de los precios individuales no tenía ningún interés real; lo que contaba eran únicamente las relaciones de valor y la certeza de que la divergencia entre valor y precio en la realidad no invalidaba ni desde el punto de vista lógico ni desde el punto de vista práctico el concepto de valor como *clave* de las 'leyes fundamentales' de la producción capitalista."⁵⁶ La divergencia entre valor y precio no invalida, pues, la teoría del valor-trabajo precisamente porque la naturaleza esencial del concepto del que se deducen las "leyes fundamentales" del sistema y de su *tendencia* dominante de desarrollo no se plantea respecto a los fenómenos del desarrollo histórico en una relación de determinación lineal. Este supuesto epistemológico central de la "ciencia" marxiana había quedado completamente afuera de la óptica de Hilferding que, por lo tanto, precisamente al tomar la defensa de la teoría del valor, la vaciaba en realidad de su sustancia crítica para asumirla como esquema interpretativo de las relaciones reales de mercado: "Para Hilferding, en el capitalismo la necesidad social se transforma en la ley del valor porque las relaciones sociales entre los hombres son relativas a las cosas y aparecen como cosas, como relaciones entre las mercancías, y no como lo que efectivamente son, es decir relaciones sociales de producción entre los hombres. Al librarse del fetichismo de la producción de mercancías, Hilferding consideraba que la ley del valor se revelaría como lo que es efectivamente: la necesidad de regular el proceso del trabajo social según las necesidades sociales directamente reconocidas en las necesidades de los hombres. Sólo en este sentido, para Hilferding, la ley del valor es una ley histórica."⁵⁷

El efecto analítico de esta deformación epistemológica de la ley del valor es la incapacidad —común, como lo veremos, a casi todas las posiciones aparecidas en el debate— de explicar la crisis como un *fenómeno orgánico* del sistema capitalista; de esa impotencia para penetrar la contradictoria dinámica del desarrollo se habían nutrido tanto el catastrofismo ingenuo como el éxito que tuvo en el curso de la década del veinte la ideología de una *Regulierung* "exógena", que había dado a luz la famosa "teoría del capitalismo organizado". "El hecho de que la gavilla de los neo-

⁵⁶ P. Mattik, *Marx and Keynes. The limits of the mixed economy*, Boston, 1969. [En esp. *Marx y Keynes. Los límites de la economía mixta*, México, Era, 1975, pp. 53-54.]

⁵⁷ *Ibid.*, pp. 49-50. [En edic. en esp., p. 40.]

defensores de la armonía", escribirá Grossmann a Mattick en 1937, "los Hilferding y los Bauer hayan intentado sistemáticamente por décadas falsear a Marx [...] no es un motivo válido para que *nosotros* colaboremos a nuestra vez con los neodefensores de la armonía. Haga la prueba de llevar coherentemente hasta el fin el razonamiento de Marx: ¿cómo es posible que en la reproducción simple, donde parece reinar por todas partes un equilibrio tan armonioso, se desarrolle una crisis? Sólo entonces descubrirá en Marx algunas elaboraciones teóricas que los 'filósofos' nunca han soñado, ni siquiera los que, como Karl Korsch, tienen la ilusión de entender algo de economía marxiana"⁵⁸ Estas duras palabras llegaban, significativamente, tres años después de la importante anticrítica en que Mattick, polemizando con Pannekoek, había hecho resaltar indirectamente que, a pesar de la agudeza de su balance de las discusiones sobre la teoría de la crisis, Korsch no había captado la novedad y la originalidad de la obra de Grossmann en el movimiento obrero dividido y oscilante entre subconsumismo y planismo.

6. EL MODELO DINÁMICO DE GROSSMANN Y LA MATRIZ COMÚN DE PLANISMO Y DERRUMBISMO. DE LA "CRISIS GENERAL IMPERIALISTA" AL "CAPITALISMO DE ESTADO"

Mientras en el periodo que va de 1928 a 1934 la Internacional comunista intaura un nexo sumamente estrecho entre imperialismo y crisis que apunta claramente a una teoría del derrumbe —asumiendo, sobre todo por obra de Varga, una lectura subconsumista de la crisis— dentro de la socialdemocracia europea se desarrolla el debate sobre el capitalismo organizado. En el mencionado informe de 1927 al congreso de Kiel, Hilferding definía así este controvertido concepto: "capitalismo organizado significa [...] la *sustitución del principio capitalista de la competencia libre por el principio socialista de la producción planificada*".⁵⁹ Semejante tarea plantea inmediatamente el problema de las relaciones entre el programa de planificación económica y el estado como instancia técnica centralizada de organización para el ejercicio y el cumplimiento del programa mismo a través del cual la

⁵⁸ Carta del 18 de junio de 1937, publicada en traducción al español como apéndice de Henryk Grossmann, *Ensayos sobre la teoría de la crisis*, cit.

⁵⁹ Rudolf Hilferding, "Die Aufgaben der Sozialdemokratie in der Republik", en *Protokoll*, cit., p. 168.

clase obrera toma bajo su control el aparato productivo: "Eso no significa otra cosa que el hecho de que a nuestra generación se le plantea la tarea de transformar, con el auxilio del estado, es decir de una reglamentación social consciente, esta economía organizada y dirigida por los capitalistas en una economía dirigida por el estado democrático."⁶⁰ Hilferding integra este esquema de democracia (técnico-) política por medio de elementos de la "democracia empresarial", o *Betriebsdemokratie*, y de la "democracia económica", o *Wirtschaftsdemokratie* (tema, este último, desarrollado sobre todo por Naphtali), que deberían realizarse a través de la acción de los sindicatos, que se relacionarían con el estado según el dispositivo previsto por un riguroso cuadro formal de representación, en el cual —sintomáticamente— no se dice una palabra ni de consejos ni de ningún otro instrumento de democracia de base.⁶¹

El hecho de que la perspectiva planista dejara sin discutir las fuentes de la extracción del plusvalor y la "dinámica simple" del sistema (que se consideraba exenta de cualquier desequilibrio o inarmonía), quedando así prisionera de la "ilusión jurídica" de resolver los malestares cíclicos de la economía mediante una regulación consciente de la anarquía de la circulación, estaba claro, no sólo por la versión hilferdinguiana, sino también por otros proyectos de plan como el de Henri De Man o el de los "socialistas franceses" (Déat).⁶² En todo caso, a pesar de sus serias

⁶⁰ *Ibid.*, p. 169.

⁶¹ Al respecto hay atisbos e indicaciones útiles en G. E. Rusconi, "Capitalismo organizzato e Stato democratico, nella socialdemocrazia di Weimar", comunicación presentada a la II semana internacional de estudios marxistas organizada por la Fundación Basso/Issoco sobre el tema *El estado capitalista contemporáneo a la luz del pensamiento de Marx*, Florencia, 3-7 de marzo de 1975.

⁶² Estas propuestas de plan se vinculaban a la hipótesis de una alianza "anticapitalista" entre proletarios y "nuevas clases medias" que debería limitarse "a una acción contra la potencia monopolista del capitalismo financiero, sin tocar las demás formas de propiedad privada" (H. De Man, *Pour un plan d'action*, Bruselas, 1934, p. 12). También en la ideología "planista", pues, reaparecía esa autonomización originaria en la ideología de la Segunda internacional del papel del capital financiero como excrecencia monopolista de un armónico capitalismo de mercado, que, como se verá más tarde, puede hacerse remontar al postulado "exogenista" de todo el debate sobre la crisis. Sobre el *Plan du Travail* y su sustancia "revisiónista" véase Aldo Agosti, "Le matrici revisioniste della 'planificazione democratica': il planismo", en *Classe*, núm. 1, 1969, pp. 241-260. Para un examen de los términos de la discusión sobre el "plan De Man" en el área socialista de los años treinta, véase L. Luzzato y B. Maffi, "La poli-

limitaciones de análisis y el ideologismo que la impregnaba, la teoría del capitalismo organizado reflejaba, en cierto sentido, todas las dificultades y contradicciones del movimiento obrero frente a los grandes procesos de reorganización económico-institucional de las sociedades occidentales. Fue este aspecto el que dejaron completamente en la sombra tanto el clasismo selectivo de la izquierda comunista (y socialista) europea como la óptica sectaria de la Internacional comunista.

En 1934, apenas un año antes del VII Congreso, Varga liquidaba el problema de la economía de plan mostrando una indiferencia total frente a las formas organizativas de la sociedad capitalista, a las que consideraba todas equivalentes por ser de todos modos incapaces de eliminar la explotación obrera y la crisis. Pero lo que es más interesante observar en el marco de nuestro discurso es el hecho de que, para suministrar una pieza de apoyo "científica" a su polémica, el economista oficial de la Comintern se vio obligado a recurrir a la "clásica" explicación subconsumista que había dominado el campo de la *Zusammenbruchstheorie* en los debates de la Segunda internacional: "el capitalismo", escribía Varga, "ya se base en todo o en parte en la libre competencia, ya sea en todo o en parte condimentado con ingredientes de capitalismo de estado, necesariamente conduce a crisis periódicas [...] la 'nacionalización' del crédito y del monopolio de estado sobre las materias primas no cambian nada en el marco del estado burgués; y el 'sub-consumo' no puede cesar porque la clase obrera continuará recibiendo siempre sólo una parte del valor producido por ella en forma de salario, mientras que la otra parte les quedará a los capitalistas en forma de plusvalor y servirá para el aumento de su capital. No existe capitalismo sin subconsumo, sin la limitación del ingreso de los obreros al mínimo, determinado por los beneficios de los capitalistas."⁶³ "técnica delle classi mede e il planismo", anticipado parcialmente con la firma x.x.x. en *Política socialista*, agosto de 1935, núm. 4, pp. 357 ss., y publicado luego íntegramente en un opúsculo en octubre de 1938 como núm. 5 de la colección "Echi" del CSI; reimpresso en el volumen de S. Merli, *Fronte antifascista e politica di classe. Socialisti e comunisti in Italia 1923-1939*, Bari, 1975, pp. 76 ss. Sobre el interés teórico por el "plan De Man" en el ámbito del corporativismo, véase M. Ciliberto, "Intellectuali e fascismo. Note du Delio Cantimori", en *Studi Storici*, 1976, núm. 1, pp. 74-75. (Es significativo que haya sido precisamente un intelectual de la estatura de Cantimori quien tradujo y comentó el "Plan du Travail" en el *Archivi di studi corporativi*, VI, 1935, pp. 31-50.)

⁶³ E. Varga, *Henri De Man et son Plan*, París, 1934, p. 48. Es sintomático que Varga llegara a equiparar "plan" con "fascismo". Al respecto véase E. Galli Della Loggia, "La III Internazionale e il destino del capitalis-

Más allá de la fácil denuncia de las incongruencias políticas y de la ideología democrática de la teoría del capitalismo organizado, el dato histórico nuevo que se le escapaba a la Internacional comunista era precisamente esa tendencia de la parte capitalista a introducir elementos de reglamentación y de control de la economía que, lejos de ser meros mecanismos tácticos para obtener un ajuste previsorio del mecanismo anárquico del mercado, implicaban una intervención directa del estado en la reorganización social de la producción y, en consecuencia, un entrelazamiento cada vez más estrecho de lo "político" con lo "económico". Pero el hecho de que se le escapara ese "detalle" no era sino consecuencia de la incapacidad de dar una explicación rigurosamente "endógena" de la *dinámica misma de la crisis capitalista*, es decir de captar el nexo contradictorio de crisis y desarrollo, "anarquía" y "plan", como connotación estructural interna del modo de producción. Desde este punto de vista, si lo observamos bien, no había mucha diferencia entre el mal disimulado derrumbismo de la Comintern y el planismo de los socialdemócratas. Y el haber proporcionado todos los elementos para una demostración de la matriz común (y de la paradójica intercambiabilidad) de las opuestas teorías de la "crisis general imperialista" y de la "planificación democrática" representa el motivo de mayor originalidad del aporte de Grossmann. No es casual que su crítica se distribuya igualmente entre derrumbistas partidarios de la hipótesis subconsumista y "neoarmónicos": ambos se habían mostrado incapaces de penetrar la coesencialidad de la crisis al desarrollo capitalista, explicando las vicisitudes del periodo 1914-1919 como "catástrofes", o bien como "perturbaciones", producidas en todo caso por causas externas. Tanto Varga como Hilferding concebían en efecto la guerra como consecuencia de un accidente exterior, de un paréntesis o interrupción momentánea del proceso de acumulación: si en el segundo desaparece el nexo marxiano entre crisis y proceso de acumulación, en el primero la crisis no representa un proceso de reconstitución de las condiciones de la acumulación, sino una distribución del nivel ya alcanzado de acumulación del capital, una mera regresión o recaída o una etapa anterior.⁶⁴ No

moo: l'annalisi di Evgheni Varga", en Varios autores, *Storia del marxismo contemporaneo*, cit., Milán, 1974, especialmente pp. 1004-1009. Para la crítica de Varga al "capitalismo organizado" véase también el volumen *Die Krise des Kapitalismus und ihre politischen Folgen*, Franfort, 1969, pp. 11 y ss.

⁶⁴ Véase Henryk Grossmann, *Das Akkumulations- und Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen Systems*, cit., pp. 498 y ss., 604 y ss.

desmienten esa simetría los contrarios enunciados finales de las dos posiciones (a la absoluta indiferencia de Varga por cualquier tipo de plan corresponde en Hilferding la atención exclusiva a la mera forma de organización), que Grossmann hace remontar incluso a la tendencia hilferdinguiana —ya esbozada en *El capital financiero* (1910)— a extrapolar el análisis de los fenómenos monetarios y de la concentración bancaria del contexto de la teoría marxiana del valor elaborando una teoría del dinero propia. En consecuencia ni los debates sobre el imperialismo ni las investigaciones sobre las formas de organización monopolista han ajustado verdaderamente las cuentas con la auténtica estructura teórica de la obra marxiana, que "explica el conjunto de los fenómenos del modo de producción capitalista a partir de la ley del valor".⁶⁵

Aunque en los enunciados finales traicionaba —con la drástica negación de la posibilidad de un control capitalista de la economía—⁶⁶ la participación en el límite histórico del debate, la teoría de Grossmann tenía *in nuce* instrumentos que se revelarían decisivos para los fines del análisis de las modificaciones "morfológicas" del sistema. Corresponderá a Friedrich Pollock —que también se había formado, como Grossmann, en ese extraordinario punto de encuentro de las ciencias sociales burguesas y el marxismo representado por el *Grünberg-Archiv*— verificar en el curso de las décadas del treinta y del cuarenta las posibilidades y los límites de una economía planificada capitalista, partiendo de un análisis complejo y articulado de la morfología y de la crisis internacional, e individualizar un nuevo modo de funcionamiento de la economía, basado en un desplazamiento de la contradicción marxiana entre fuerzas productivas y relaciones de producción.⁶⁷ Si la novedad de la investigación pollockiana estaba en su enfrentamiento de la forma histórica real del "capitalismo organizado" que representa el capitalismo de estado a partir de una explicación "endógena" de la crisis (vista *por lo tanto* en estrecha relación con el desarrollo), eso era por otra parte impensable sin los fundamentales *prolegómena* de Grossmann, que constituyeron la constante retaguardia metodológica del trabajo hecha por esa izquierda intelectual weimariana que más tarde se haría famosa con el nombre de "Escuela de Francfort".

Otro aspecto de Grossmann que fecundará no sólo los análisis de la escuela de Francfort sino los de Paul Mattick y su grupo en

⁶⁵ *Ibid.*, p. 608.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 606.

⁶⁷ Véase Friedrich Pollock, *Teoria e prassi dell'economia di piano, Antologia degli scritti 1928-1941*, Bari, 1973, pp. 135 y ss.

los Estados Unidos es la atención prestada al *problema de la dinámica* que, en ciertos aspectos, aproxima al economista polaco más que al "marxismo" de la época a la investigación del ciclo hecha en esas mismos años por Schumpeter y Mitchell, investigación que tenía como supuesto previo el rechazo de los sistemas estáticos y la posición central de la dinámica como criterio científico para el análisis del desarrollo capitalista.⁶⁸ Parece sumamente significativo, al respecto, lo que Grossmann le escribía a Mattick en una carta de 1933: "hasta ahora a todos los marxistas les ha sucedido una 'pequeña desventura': no han comprendido la reproducción *simple* en Marx, su significado real. Todos han tratado como problema solamente la reproducción *ampliada*. En el esquema de la reproducción simple todo *funciona perfectamente*. Y bien, Marx quería demostrar precisamente lo contrario. También en la reproducción simple las crisis son inevitables. Precisamente por eso Marx es un verdadero *dinámico*, en contraste con la economía burguesa que es esencialmente estática ('tendencia al equilibrio' que se realiza automáticamente; la crisis pues debe llegar como *deus ex machina* desde el *exterior* del sistema). En Marx el equilibrio está conectado con la esencia del sistema."⁶⁹

Para confirmar los puntos de contacto que más allá de las notables diferencias vinculan la investigación de Grossmann a la teoría del ciclo, baste con citar una vez más su continuo enfrentamiento con Tugán-Baranovski, cuyo texto sobre las crisis comerciales en Inglaterra se había sedimentado entre las adquisiciones no sólo analíticas sino también metodológicas del pensamiento económico burgués.⁷⁰

Volviendo ahora, a la luz de las consideraciones hechas sobre la obra de Grossmann, al diagnóstico del debate sobre el destino del capitalismo entre las décadas del veinte y del treinta, no puede dejar de sorprender la posición de quienes creen posible trazar aún cómodamente una división neta entre una línea que afirma-

⁶⁸ Para el interés de Grossmann en la obra de W. C. Mitchell, *Business cycles: the problem and its setting* (1972), véase la carta a Mattick del 21 de junio de 1931, en el apéndice a *Ensayos sobre la teoría de las crisis*, cit.

⁶⁹ Véase *ibid.*

⁷⁰ Una conspicua contribución europea a la teoría de los ciclos económicos vino del Institut für Konjunkturforschung de Berlín, a cuyo trabajo se refirió —aunque en clave subconsumista— Natalie Moszkowska en *Zur Kritik moderner Krisentheorien*, Praga, 1935 [trad. esp., *Contribución a la crítica de las teorías modernas de las crisis*, Introducción de Sergio Bologna, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 50, México, Siglo XXI, 1978]; para la discusión de las tesis de Grossmann cf. pp. 51 y ss.

ría la necesidad del derrumbe por causas "puramente económicas" y otra que en cambio vincularía la caída del sistema a la "intervención subversiva del proletariado".⁷¹ Partir de un elemento discriminador de ese tipo equivale a borrar de un solo golpe la nota característica de la tercera fase del debate sobre el destino del capitalismo: la diferenciación no sólo político-estratégica, sino también "epistemológica" dentro de las teorías de las crisis. A partir de 1929, en suma, lo que se imponía al movimiento no era tanto una puesta al día empírica o un "ajuste" del análisis (como proponía la Internacional comunista), sino una nueva fundación y un cambio de forma del marxismo: un planteamiento distinto de la teoría con respecto al conjunto de la formación social capitalista, como condición de una nueva relación con la política y la praxis revolucionaria. Si tales eran los problemas del movimiento, recuperar la capacidad hermenéutica de la teoría del valor, colocar el momento de la *reproducción* en el centro de la elaboración estratégica, y desplazar así el punto de gravedad de un debate que hasta entonces había girado en el vacío, prisionero de la oposición producción-consumo, no era por cierto una operación académica. Desatar el nudo de la reproducción implicaba, en efecto, la elaboración de un modelo teórico capaz de explicar la dinámica de conjunto del mecanismo capitalista, a partir de ese nexo acumulación-crisis, negado tanto por el "revisionismo" socialdemócrata como por el "radicalismo de izquierda" de la Comintern, tanto por Hilferding como por Varga, y —por lo tanto— capaz de fundar, a través de una serie de pasajes científicamente controlados, el terreno de la política.

Todo esto, por evidentes motivos históricos, podía estar presente en Grossmann sólo en estado embrionario. Serán economistas marxistas del temple de Mattick y Kalecki los que lleven adelante, en los años posteriores, el discurso iniciado a fines de la década del veinte, midiéndose con los problemas de la intervención estatal y de la dinámica del ciclo capitalista, en un enfrentamiento cerrado con el keynesismo y con el pensamiento económico burgués.⁷² Los análisis hechos en la entreguerra por Paul Mattick y

⁷¹ Como Sergio Bologna en la introducción a la *op. cit.*, de Natalie Moszkowska, p. 9.

⁷² Véase Paul Mattick, *Marx y Keynes*, cit.; *Krisen und Krisentheorien*, Frankfurt, 1973 [en esp., *Crisis y teoría de la crisis*, Barcelona, Península, 1977]; M. Kalecki, *Ensayos escogidos sobre dinámica de la economía capitalista*, México, 1977. Pero véase ahora Paul Mattick-Karl Korsch-Hans Langerhans, *Capitalismo e fascismo verso la guerra. Antología dei "New Essays"*, edic. de Gabriella M. Bonacchi y Claudio Pozzoli, Florencia, 1976.

el grupo de trabajo organizado y dirigido por él, que se reunía en América en torno a las revistas "consejistas" *International Council Correspondence*, *Living Marxism* y *New Essays*, son importantes porque reformulan la teoría de la crisis no ya en forma ideológica y/o empirista, sino a través de la profundización del *nexo producción-circulación* y de la *relación de estado y proceso reproductivo*. En este sentido daban también la clave para una interpretación no puramente sociológica, sino "morfológico-estructural" del fascismo y de las varias formas de capitalismo de estado. Si, pues, en los años treinta y cuarenta el componente más vital del *Links-kommunismus* pudo medirse productivamente con fenómenos y aspectos desconocidos para el debate de los años veinte, eso se debió, y no en último término, al hecho de que —en el estudio de las diversas formas de concentración y de organización capitalista— había tomado de Grossmann los instrumentos teóricos adecuados para evitar las repetidas sugerencias ofrecidas por la hipótesis subconsumista (que, bajo nueva vestimenta, ha tenido una notable suerte en la década del sesenta con *El capital monopolista* de Sweezy y Baran), y también para ir más allá de la concepción hilferdinguiana, que tanto había pesado sea sobre el desarrollo de la teoría derrumbista de la concentración imperialista, sea sobre la teoría planista del capitalismo organizado. Profundizado en este punto quisiéramos intentar ahora alguna conclusión.

La crítica a Hilferding le había permitido a Grossmann hacer una especificación de la relación entre capital financiero y capital industrial y recuperar un aspecto del análisis de Lenin que consideraba válido y fecundo: "En cuanto a las preguntas que se me han hecho", escribía a Mattick el 31 de junio de 1931, "quiero en primer término precisar que me opongo a la concepción de Hilferding del 'capital financiero', pero no a la de Lenin. Las dos concepciones son *fundamentalmente distintas*. Hilferding entiende por capital financiero el capital *bancario*; no se pregunta qué hay detrás de ese capital bancario. Yo combato esa concepción del papel decisivo del capital bancario. Lenin en cambio por capital financiero no entiende el capital bancario, sino la fusión del capital monopolista, sobre todo el capital *industrial*, con el poder estatal y la política estatal que es un instrumento de ese capital. Es una cosa completamente distinta. Que los bancos sean *mediadores* de la expansión del capital es claro. Pero debemos preguntarnos si por ejemplo los banqueros norteamericanos desempeñaban el papel principal en la vida económica de los Estados Unidos, si deciden la *orientación de la política de expansión americana*, o si en cambio son solamente *órganos* de los magnates de la industria

que tienen sus representantes en la administración de los bancos. En mi libro he tratado de sostener (cierto que sólo sucintamente) que en las etapas iniciales del desarrollo industrial el capital bancario tiene una influencia autónoma. En la etapa avanzada son los magnates de la industria los que controlan prácticamente los bancos. Conuerdo con el papel fundamental del capital financiero en sentido leninista, en cuanto también Lenin —igual que yo— *no habla* del 'capital bancario', sino por el contrario de la industria que controla el estado y su política."⁷³

Como quiera que se valore en sentido estrictamente económico este juicio sobre la concepción leniniana del imperialismo, Grossmann quería aquí afirmar —utilizando a Lenin contra los "neorarmónicos"— una exigencia teórica que era implícitamente (para todo el movimiento obrero europeo) también una exigencia estratégica: el análisis del modo de funcionamiento de la sociedad capitalista a partir del entrelazamiento de circulación y producción, reproducción y producción, política y economía. Partir del proceso de reestructuración que, a los niveles altos del desarrollo, ocurría en las grandes fábricas parecía entonces la condición ineludible para captar y verificar la eficacia de ese entrelazamiento en el proceso de reorganización social de conjunto del trabajo y del capital, que reproducía en escala ampliada (y, como lo precisará después Pollock, *desplazaba*) la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción. En las últimas páginas de su libro Grossmann ve la relación entre bancos y gran industria en forma completamente invertida con respecto a Hilferding: la acumulación impulsada permitía tasas de autofinanciación muy elevadas; la administración y la distribución del plusvalor se hacía directamente desde el cerebro de la gran empresa, por lo cual —como recientemente se ha observado— "la banca había perdido ese poder unificador, centralizador y programador, que según la hipótesis de Hilferding creaba condiciones de organización económica pre-socialista."⁷⁴ Pero si se reconoce que el sujeto implícito del análisis de Grossmann es la gran empresa que revoluciona las técnicas y la organización del trabajo, es preciso concluir también que el complemento teórico-político natural de su "modelo" no es la actitud de espera característica de la ideología de la Segunda internacional sino el análisis de los efectos estructurales del taylorismo y del fordismo realizada por Gramsci en los *Cuadernos*

⁷³ En Henryk Grossmann, *Ensayos sobre la teoría de las crisis*, cit., véase el apéndice con la correspondencia de Grossmann a Mattick.

⁷⁴ Sergio Bologna, *Introducción*, cit., p. 11.

de la cárcel.⁷⁵ El hecho de que Gramsci hubiera comprendido la importancia del libro de Grossmann (que sólo había podido conocer indirectamente) y hubiera tratado al "americanismo" como *contratendencia*, aunque fuera de vasto ("epocal") alcance, a la caída de la tasa de ganancia, es por sí solo significativo de cómo la solución de los grandes problemas estratégicos del movimiento pasaba necesariamente por la reactivación de las categorías de la crítica de la economía política y por la nueva fundación teórica del marxismo a nivel de la nueva morfología del modo de producción.

Con Gramsci ciertamente estamos mucho más allá de los límites del *Linkskommunismus*, así como estamos más allá del "marxismo de la Tercera internacional" (incluyendo sus variantes "heréticas") pero, al mismo tiempo, nos hallamos en una perspectiva que conlleva y explica los problemas, las contradicciones y los temibles atrasos del movimiento obrero occidental en su conjunto. De Gramsci, en efecto, no sólo hemos obtenido una tan apreciable como genérica exigencia de desarrollo creativo del marxismo. Hemos aprendido también la importancia estratégica del problema de la relación entre la crítica de la economía política y la ciencia de la política: es decir del problema de *cómo* funciona la dinámica de la crisis en la fase actual del "capitalismo de estado", y dentro de ella, la dinámica de ese proceso reproductivo que no es sólo reproducción de "trabajo muerto" y de riqueza (mercancía), sino de relaciones de producción —por lo tanto: *reproducción de clases*. Si para captar el alcance de este nudo es indispensable volver a recorrer, laicizándola, la historia del marxismo y el movimiento obrero, para desatarlo, *hoy* es necesario penetrar teóricamente en la dinámica interna de esa "politicidad integral" (el "ciclo político", como la llama Kalecki) que es el único mecanismo del capitalismo contemporáneo: sin ese pasaje es imposible

⁷⁵ Véase Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere*, edición crítica de Valentino Gerratana, Turín, 1975, pp. 2139 y ss. (sobre Grossmann véase pp. 890 y 1279). "Americanismo y fordismo" es un texto que por mucho tiempo ha sido descuidado en el curso de la recepción y desarrollo de la concepción gramsciana, y cuya riqueza problemática y amplitud de miras sólo ahora se empiezan a descubrir. Indirectamente expresivo de la exigencia de un nuevo lanzamiento de estos temas como objeto de investigación histórico-crítica y de verificación estratégica del movimiento obrero me parece el debate abierto por las recientes contribuciones de Lucio Villari ("Per una ricerca sul taylorismo delle origini") y Aris Accornero ("Dove cercare le origini del taylorismo e del fordismo") aparecidos en la revista *Il Mulino*, respectivamente en el núm. 239, may-jun., 1975 y en el núm. 241, sept.-oct., 1975.

(o es un mero postulado ético) —como nos demuestra *ex negativo* la contradictoria trayectoria del "extremismo histórico"— la traducción del problema del destino del capitalismo al problema político de la transformación revolucionaria de las relaciones existentes por parte de la subjetividad organizada.

II. TEORÍA DE LA CRISIS Y PROBLEMA DEL ESTADO. AL MARGEN DE LA KONSTITUTIONSPROBLEMATIK

ADVERTENCIA

El término *Konstitutionsproblematik* (problemática de la constitución) —que tal vez a primera vista parezca oscuro a gran parte de los lectores— se refiere a la discusión teórico-política que se sostiene actualmente en la RFA. Desarrollada sobre todo por dos jóvenes alumnos (y reelaboradores en términos marxistas) de la escuela de Francfort —Hans-Jürgen Krahl (muerto trágicamente en febrero de 1970) y Oskar Negt—, sirve para indicar el problema de la conciencia de clase como constitución de la trama objetiva de la experiencia a través de la relación dialéctica de producción y de la lucha de clases. En estas notas —debo precisar, sin embargo— se encuentra presente un fuerte motivo de diferenciación, con respecto a ciertos resultados e implicaciones del debate alemán-federal. En él, el concepto de *constitución* tiende, en efecto, a autonomizarse del contexto del discurso propiamente marxiano, dando lugar a un desdoblamiento entre el análisis científico (calcado según el “modelo” lógico de *El capital*) y la teoría de la subjetividad (condicionada por la variabilidad fenoménica del universo de la experiencia). Al delatar su propia procedencia “kantiana”, este planteamiento termina, en mi opinión, por exponerse al peligro de caer en el carácter aporético de lo “trascendental”, que lleva en sí mismo una fractura irremediable entre la teoría (abstracción científica *subjetiva*) y la política, en la que ésta última se ve relegada al purgatorio de la empiricidad. Siendo que la perspectiva bosquejada por mí —a pesar de mantener la exigencia de no concebir “de una manera inmediatista” el nexo entre teoría y praxis— demanda, en cambio, una profundización del tema de la constitución (que aquí tiende por aproximaciones sucesivas a converger con la noción marxiana de *Bildung*, o por lo menos a establecer una relación compleja de reciprocidad con ella), en el sentido de una redefinición de la relación entre crítica de la economía política y teoría de la conciencia de clase. De este modo tiende a una *fundación científica* del discurso sobre la política y sobre el estado, entendida como rechazo del achatamiento unilineal (evolucionista-historicista) de los procesos de socialización y como

crítica materialista de abstracciones reales, de formas objetivadas de conciencia. Se puede penetrar en la morfología de la crisis mediante la admisión y la puesta en movimiento del método estructural-genético de Marx, el único que es capaz —en nuestra opinión— de superar el actual *impasse* del análisis social, que tiene su raíz lejana en la división de la “ciencia de la historia” en empirismo sociologista y abstractismo especulativo (y/o eticizante) que se produjo, a partir de la Segunda internacional, con la crisis de la relación entre “teoría marxista” y “socialismo práctico”. El objetivo de estas notas es limitado en muchos aspectos: se trata únicamente de demostrar por vía indirecta, o sea, a través de un examen histórico-crítico, el surgimiento de estos nexos a partir de la morfología expositiva de *El capital* y la riqueza de contenido teórico-política de una delimitación o “circunscripción crítica” de la dialéctica.

Traté de desarrollar esta temática —aquí sólo planteada o señalada— en un trabajo posterior, al que me permito remitirme: “Dialettica della forma e scienza della política”, en *Crítica marxista* 1975, núm. 6. Por lo que respecta a una comprobación histórico-política de la *Konstitutionsproblematik* me remito a G. De Masi y G. Marramao, “Consigli e Stato nella Germania di Weimar”, en *Problemi del Socialismo*, núm. 2, 1976, (o también en la edición del libro *Teoria e prassi dell'organizzazione consiliare*, Milán, 1976).

1. INMANENCIA DE LA CRISIS Y GESAMTKAPITAL

Es una opinión todavía muy difundida en la actualidad que la teoría de la crisis y del derrumbe del sistema capitalista es una herencia de la deformación positivista del “marxismo de la Segunda internacional” y de que, por lo tanto, constituye, por sus implicaciones en términos de espera, el sostén ideológico de una práctica política reformista.

Hace diez años, Raniero Panzieri escribía, en un ensayo de suma importancia para los avances teórico-políticos de la “nueva izquierda” italiana: “Hubo, en efecto, en el pensamiento marxista posterior a Marx, una fase de reconocimiento del ‘viraje’ ocurrido en el sistema con la aparición del capitalismo monopolista y del imperialismo alrededor de los años sesenta (y que actualmente se nos presenta como un periodo de transición con respecto al ‘viraje’ que empezó en los años treinta y que todavía en la actualidad se está llevando a cabo). Sin embargo, el análisis y la concepción

de la fase nueva que nace con este viraje ha sido relacionada directamente con leyes que este mismo viraje trataba de superar; y se interpretó, en consecuencia, como 'última fase'.¹

Y, en una nota, añadía: "La mitología de la 'última etapa' del capitalismo se encuentra presente con diversas funciones ideológicas, tanto en Lenin como en Kautsky; en Lenin, para 'legitimar' la ruptura del sistema en puntos menos avanzados de su desarrollo, en Kautsky para sancionar la postergación reformista de la acción revolucionaria hasta la 'plenitud de los tiempos'. Puesto que la revolución de 1917 no logra fusionarse con la revolución en los países más avanzados, se repliega en contenidos directamente realizables al nivel de desarrollo de Rusia. Y la falta de esclarecimiento de la posible existencia de la relación capitalista en la planificación (insuficiencia que permanece en todo el desenvolvimiento del pensamiento leniniano) facilitaría después la repetición en las relaciones de producción, tanto en la fábrica como en la producción social colectiva, de formas capitalistas, detrás del escenario ideológico de la identificación del socialismo con la planificación y de la posibilidad del socialismo en un solo país."²

Aquí Panzieri atacaba más que a la *Zusammenbruchstheorie* en general, al modo en que se fue consolidando, desde la Segunda internacional hasta la Tercera internacional, la concepción optimista del proceso histórico que llevaba a esperar el cumplimiento automático de la "fase suprema" del capitalismo; trataba de rescatar todo el aspecto político activo, revolucionario, del discurso marxiano, contra el positivismo vulgar que consideraba la crisis mortal del sistema como un hecho inevitable, relacionado con el simple desarrollo cuantitativo de las fuerzas productivas. En la realidad histórica, la polémica de Panzieri apuntaba contra el uso instrumental que se le daba dentro del movimiento obrero al discurso sobre el carácter "objetivo" y "necesario" de las leyes que rigen el desarrollo capitalista: uso instrumental que tendía a dejar en la oscuridad o en su segundo plano la contradicción entre capital y trabajo y la urgencia de fomentar la organización del "control obrero" sobre todo el proceso productivo. La decisión de proporcionarle una base teórica a este proyecto llevaba a Panzieri a excavar en los textos marxianos de crítica de la economía política para

¹ R. Panzieri, "Plusvalore e pianificazione. Appunti di lettura del Capitale" en *Quaderni rossi*, 1964, núm. 4, p. 287 (reimpreso ahora en la antología que reúne los escritos y las intervenciones más importantes de R. Panzieri, *La ripresa del marxismo-leninismo in Italia*, bajo el cuidado de D. Lanzardo, Milán, 1972, pp. 329 y ss.).

² *Ibid.*, pp. 286-287, nota.

rastrear las líneas de un desarrollo analítico que avanzase en la dirección de una identidad sin residuos de "ley del plan" y "ley del valor". El desarrollo del discurso de Marx del primer libro al tercer libro de *El capital* coincidía de este modo con el mismo desarrollo histórico del capitalismo contemporáneo de la fase competitiva a la monopolista. El "plan" no se entendía aquí como un proyecto particular único de programación, sino más bien como el modo de funcionar del capital social en la forma determinada históricamente del desarrollo. Se trataba, por tanto, de demostrar, con el objeto de eliminar de la teoría del desarrollo todo residuo "naturalista", la superación ocurrida de la dicotomía (todavía existente en Marx, especialmente en el primer libro) entre el despotismo de la fábrica y la anarquía de la sociedad civil, de demostrar que la "dinámica del proceso capitalista está dominado esencialmente por la ley de la concentración"³ y, yendo más allá de Marx, que la fase suprema del desarrollo y al mismo tiempo de la "autonomización" (*Verselbständigung*) del capital no es la del capital financiero, sino la del "capital planificado".⁴ Con la planificación generalizada —según las conclusiones de Panzieri— desaparece todo rastro del origen y de la raíz del proceso capitalista, ya que se supera de manera radical el "modo de producción 'inconsciente', anárquico, confiado a los movimientos incontrolados de la competencia".⁵ Alcanzado este nivel, el proceso histórico de cohesión creciente del sistema se presenta en su totalidad como completamente autónomo con respecto a los agentes de la producción, caracterizado en el plano social global por la misma racionalidad despótica vigente en la fábrica moderna, que se sirve de las posibilidades desmesuradas que le confiere el uso capitalista de la ciencia y de la técnica.⁶ A esta altura, Panzieri, saltando a pie juntillas una dificultad fundamental del discurso de Marx (que se halla presente en los *Grundrisse*), cuya complejidad él mismo había señalado, llegaba a la conclusión de que "las contradicciones immanentes" perdieron completamente su carácter naturalista, propio de la fase competitiva: las "contradicciones immanentes"

³ *Ibid.*, p. 285.

⁴ *Ibid.*, p. 286.

⁵ *Ibid.*, p. 284.

⁶ Véase, a este respecto, el otro escrito importante de R. Panzieri, "Sull'uso capitalistico delle machine nel neocapitalismo", en *Quaderni rossi*, 1961, núm. 1, pp. 53 y ss. (ahora en R. Panzieri, *La ripresa del marxismo-leninismo in Italia*, cit., pp. 148 y ss.). [En esp. *Sobre el uso capitalista de las máquinas en el neocapitalismo*, en Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 32, México, 1980.]

no se encuentran en los movimientos de los capitales, no están 'en el interior' del capital: el capital mismo y no la resistencia de la clase obrera es el único límite para el desarrollo del capital".⁷

⁷ R. Panzieri, "Plusvalore e pianificazione", cit., p. 270. Esta conclusión de Panzieri, al llevar a cabo una revisión sustancial del enunciado marxiano según el cual "el verdadero obstáculo de la producción capitalista es el *capital mismo*", no aportaba únicamente una corrección "histórica" (o sea una adaptación de la teoría de Marx a los nuevos elementos existentes en el desarrollo del capitalismo posbélico), sino trastornaba los mismos fundamentos metodológicos de la exposición dialéctica (*Darstellung*) de la crítica de la economía política. La *Darstellung* es "dialéctica" en cuanto expresa el movimiento de una negatividad *inmanente* al mismo concepto general de capital (*allgemeine Kapitalbegriff*) y a la estructura (dicotómica, precisamente) de la mercancía en cuanto "forma de célula" de la sociedad capitalista. La dialéctica del "modo de exposición" preseleccionado por Marx consiste en la comprensión del movimiento de las categorías como movimiento autocontradictorio del capital, como autocrítica del sistema en el ámbito de la misma objetualidad categorial, desde el mismo "punto de vista burgués" (Cf. K. Marx, *Das Kapital*, III, (MEW 25). p. 270 [K. Marx, *El capital*, III/6, 1976, p. 333]) —autocrítica que se remite al carácter histórico, y en consecuencia transitorio y caduco, del modo de producción basado en el intercambio de mercancías. Para Marx, "por lo pronto, existe un límite que no es inherente a la producción en general, sino a la producción basada en el capital" (K. Marx, *Grundrisse der Kritik der politischen Oekonomie*, Berlín, 1953, p. 318 [K. Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1858-1859*, México, Siglo XXI, t. I, 1971, p. 367]). Marx expone en la dialéctica de límite (*Grenze*) y barrera (*Schranke*) el horizonte de este límite, que está representado por el capital mismo, el movimiento autocontradictorio del capital: "Por de pronto: el capital fuerza al obrero a pasar del trabajo necesario al plustrabajo. Sólo de esta suerte se valoriza a sí mismo y crea plusvalor. Pero, por otra parte, el capital sólo pone el trabajo necesario *hasta tanto* y *en la medida* en que éste sea plustrabajo y en que el plustrabajo sea *realizable* como *plusvalor*. Por consiguiente, pone el plustrabajo como condición del trabajo necesario, y el plusvalor como límite (*Grenze*) del trabajo objetivado (*vergegenständliche Arbeit*), del valor en general. Tan pronto como no puede poner al primero, tampoco pone al trabajo necesario, y sólo puede ponerlo sobre esa base. De modo que el capital limita —como dicen los ingleses con un artificial check (obstáculo artificial)— al trabajo y a la creación de valores, y precisamente por el mismo motivo y en la medida en que pone plustrabajo y plusvalor. Conforme a su naturaleza, pues, pone al trabajo y a la creación de valores una *barrera (Schranke)*, la cual contradice la tendencia a ampliarlos desmesuradamente. Como el capital por un lado les pone una barrera *específica* y por otro los empuja por encima de *toda* barrera es una contradicción viva." "Como el valor constituye la base del capital", prosigue Marx en la nota de pie de página, "y éste sólo existe, forzosamente, gracias al intercambio por un contravalor (*equivalente*), el capital se repele necesariamente a sí mismo. Por ello es una quimera un capital universal, un capital que no tenga

Veremos enseguida si este tipo de interpretación de Marx es verdaderamente capaz de fundar una teoría social global de la revolución, y en qué medida lo es, una vez erradicada la "naturalidad" del proceso capitalista. Por ahora lo que nos interesa es poner de relieve que, al principio de los años sesenta, un militante de la oposición interna del movimiento obrero propuso nuevamente en Italia un argumento común a gran parte de la oposición de izquierda europea de los años veinte y treinta: o sea, que la acción revolucionaria no debe apoyarse en las presuntas debilidades y "contradicciones internas" del sistema, sino únicamente en la voluntad activa autónoma, en la *Selbsttätigkeit* (la actual "insubordinación") de la clase obrera, en su exclusivo carácter organizativo.

2. LA CRÍTICA DE KORSCH A LA "TEORÍA DEL DERRUMBE"

Procediendo por orden quisiera pasar al problema que planteé inicialmente: el relativo al carácter teórico, y a la naturaleza política, de la crisis y del "derrumbe". Si hojeamos los documentos de la discusión de los años veinte y treinta sobre este problema descubrimos que la liquidación de la *Zusammenbruchstheorie* con el argumento de su exclusiva congruencia con una concepción futurística, y en consecuencia, reformista y oportunista, de la política⁸ se basa en realidad en una visión en cierta manera esquemática y restrictiva de la historia del marxismo y del movimiento obrero. El mismo ejemplo de Rosa Luxemburg podría servir para romper el esquema historiográfico. Aunque a esto se le quisiera objetar, como ha sucedido en realidad, que la misma concepción luxem-

frente a sí capitales ajenos con los cuales intercambiar —desde el punto de vista actual no tiene ante sí otra cosa que el trabajo asalariado o que sí mismo—. La repulsión recíproca de los capitales *ya está implícita en él* como valor de cambio realizado" (las últimas cursivas son mías). (*Ibid.*, p. 324 [*Elementos*... p. 375].) Es evidente que el significado dialéctico profundo (no reducible ciertamente a "alegoría" o a "metáfora") de esta "exposición" desaparecería si el límite al desarrollo del capital no estuviera constituido por el "capital mismo". Una vez desaparecida la dialéctica límite-barrera —o sea, la posibilidad del capital para autocontradecirse— desaparecería también el movimiento del capital y en consecuencia la misma posibilidad teórica de una crítica de la economía política. En las páginas siguientes deberemos volver sobre este punto.

⁸ Este argumento es replanteado, por ejemplo, por Darío Lanzardo en su introducción a Panzieri, *La ripresa del marxismo-leninismo in Italia*, cit., pp. 72-3.

burguesa del derrumbe del sistema capitalista se ve afectada por las motivaciones segundointernacionalistas, quedaría de cualquier modo abierta la cuestión acerca de la relación que existe en la misma —y que a esta altura no puede dejar de aparecer paradójica— entre la teoría económica (determinista-catastrófica) y la teoría política (activista-espontaneísta). El problema es, pues, mucho más complejo e intrincado de lo que podrían hacer suponer las tradicionales simplificaciones acomodaticias que circulan sobre el marxismo europeo y “occidental”.

Ya en el ensayo de 1933, dedicado precisamente a este problema, Korsch ponía de relieve la imposibilidad de reducir a un común denominador político a los adversarios como los sostenedores de la teoría de la crisis, respectivamente. La *Zusammenbruchstheorie* fue atacada, en efecto, con argumentos sorprendentemente afines, tanto por el fundador del revisionismo, Edward Bernstein, como por el comunista concejista Pannekoek, en cuanto que era sostenida tanto por Rosa Luxemburg como por el “archirreformista” Heinrich Cunow.⁹ Aunque el mismo Korsch terminaba, después, por proponer una solución no menos abreviada del problema remitiendo todas las posiciones al común denominador ideológico de la *Krisentheorie* y, una vez declarado el carácter determinista y pasivista de esta última, negándolas en bloque como expresión de un mero reflejo de los niveles reales del encuentro de clase.¹⁰ Dentro del ámbito definido en sus términos fundamentales

⁹ Cf. K. Korsch, “Über einige grundsätzliche Voraussetzungen für eine materialistische Diskussion der Krisentheorie”, en *Proletarier. Zeitschrift für Theorie und Praxis des Rätekommunismus*, febrero de 1933, n. 1, publicado en: Korsch-Mattick-Pannekoek, *Zusammenbruchstheorie des Kapitalismus oder revolutionäres Subjekt*, con un prefacio de Paul Mattick, Berlín (occidental) 1973, pp. 92 y ss. [En esp., *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 78, México, 1978.] Para la discusión sobre la “teoría del derrumbe” relacionada con la *Berstein-Debatte* véanse las brillantes consideraciones de L. Colletti, *Berstein e il marxismo della Seconda Internazionale*, actualmente en *Ideologia e società*, Bari, 1973, pp. 71 y ss. Por lo que respecta al *Hintergrund* histórico-político del debate, cf. la tesis doctoral de K. Mandelbaum, *Die Erörterungen innerhalb der deutschen Sozialdemokratie über das Problem des Imperialismus*, Francfort, 1926, pp. 32-42 (disertación inédita).

¹⁰ Para Korsch se podría presentar directamente “todo el desarrollo histórico de las teorías socialistas de las crisis desde Fourier y Sismondi, pasando por las diversas fases cronológicas de la teoría marx-englésiana, y luego ‘marxista’ y epigónica, de la crisis, hasta Sternberg y Grossmann, Lederer y Naphtali, hasta en sus mínimos detalles teóricos, como mero reflejo pasivo del desarrollo económico objetivo que los precedió en cada caso. Desde el mismo punto de vista se podrían presentar nuevamente,

por la teoría de la crisis, Korsch distinguía dos actitudes, correspondientes a diversos modos de considerar la mecánica catastrófica del desarrollo: la actitud *subjetivista*, correspondiente a la versión socialdemócrata oficial (“die offizielle sozialdemokratische Krisentheorie”, como la llama Korsch), propia de teóricos como Hilferding, Bernstein, Lederer, Tarnow y Naphtali; la actitud *objetivista*, representada por la *Zusammenbruchstheorie* “clásica” de Rosa Luxemburg, Fritz Sternberg y Henry Grossmann. La actitud subjetivista cree poder superar la crisis en el ámbito del sistema capitalista, con el auxilio de un “cártel general” (el *Generalkartell* de Hilferding) y con una reglamentación de la relación capital-trabajo asalariado. A esta teoría se remiten, según Korsch, no sólo los socialdemócratas sino también los programadores y planificadores económicos que trabajan en la Unión Soviética o bolcheviques en general, ya que también ellos son teóricos subjetivistas de la crisis.¹¹ “La característica de este tipo de teoría de la crisis”, escribe Korsch “es precisamente la de reflejar ideológicamente cada una de las fases pasadas del movimiento real de la economía capitalista contraponiéndola a la realidad presente ya modificada como ‘teoría’ establecida, endurecida”.¹² La consecuencia práctica de estas teorías de la crisis basadas en una actitud subjetiva es la “completa destrucción de todos los fundamentos objetivos del movimiento de clase proletario”,¹³ la actitud objetivista —que Korsch considera sólo aparentemente opuesta a la subjetividad— se articuló en su forma clásica en *La acumulación del capital* de Rosa Luxemburg. Esta teoría “no puede reconocerse como una posición efectivamente materialista y, revolucionaria respecto a la teoría de la crisis, en sus repercusiones prácticas”.¹⁴

además de la esfera de la teoría de la crisis, todas las más importantes luchas de corriente que ocurrieron en los últimos cincuenta años dentro del movimiento socialista como *meros fenómenos derivados y reflejos* de la coyuntura inmediatamente anterior, en cada caso, en el interior del ciclo de la crisis capitalista”. (K. Korsch, *op. cit.*, p. 93 [pp. 126-127].) La crítica de Korsch era, sin más ni más, más articulada y compleja (sobre todo porque no está bloqueada por la ilusión de poder encontrar la moderna “piedra filosofal” de una teoría de la crisis “en sí” revolucionaria), aunque no era distinta, en su esencia, de la desarrollada en un artículo anónimo aparecido en la misma revista: “Die Grundlagen einer revolutionären Krisentheorie”, en *Proletarier*, I, 1933, núm. 1, actualmente en Korsch-Mattick-Pannekoek, *Zusammenbruchstheorie des Kapitalismus oder revolutionäres Subjekt* cit., pp. 71 y ss. [pp. 107 y ss.].

¹¹ Cfr. K. Korsch, *op. cit.*, p. 95 [p. 128].

¹² *Ibid.*, p. 96 [p. 129].

¹³ *Ibidem.*

¹⁴ *Ibidem.*

Tampoco la deformación “objetivista” de esta posición puede ser suprimida por el hecho de que sus defensores aseguran que sólo con la intervención activa del proletariado es posible trastocar el sistema existente. “Una teoría de este género”, escribe Korsch, “no me parece idónea para producir la plenitud de la acción autónoma y responsable de la clase proletaria que lucha por sus propios fines, que es necesaria para la guerra de clase de los obreros como para cualquier otra guerra”.¹⁵

Korsch les contrapone a estas dos actitudes la “actitud materialista”: “Esta actitud considera todo el problema relativo a la necesidad objetiva o inevitabilidad de las crisis capitalistas, planteado en estos términos generales, carente de sentido para los fines de una teoría práctica de la revolución proletaria. Esta actitud concuerda con el crítico revolucionario de Marx, Georges Sorel, ya que éste no le atribuye a la tendencia general del capitalismo a la catástrofe producida por la insurrección de la clase obrera —presentada por Marx con un lenguaje “dialéctico” fuertemente infectado de elementos idealista-filosóficos— el valor de una previsión científica, sino únicamente el de un ‘mito’, cuyo significado total se traduce en determinar la acción *presente* de la clase obrera. La actitud materialista no concuerda, sin embargo, con Sorel, ya que se propone limitar también, en general, la función de toda futura teoría social de la revolución a la creación de un mito de este mismo género. Cree más bien que, a través de una investigación empírica (*empirische Erforschung*) cada vez más minuciosa del actual modo de producción capitalista y de sus tendencias comprobables de desarrollo inminentes, se pueden hacer ciertas previsiones que, aunque limitadas, son suficientes para la acción práctica.”¹⁶

Para determinar su propia acción, el materialista debe, por lo tanto, explorar empíricamente la situación presente, el grado de conciencia, el nivel organizativo y la disponibilidad para la lucha obrera. Los principios básicos de esta “actitud fundamental *teórica y prácticamente materialista*”¹⁷ fueron formulados clásicamente en 1894 por el joven Lenin en su polémica con el subjetivismo populista de Mijailovski y el objetivismo de Struve. Lenin les contrapuso a estas dos posiciones su propio “punto de vista activista-materialista”.¹⁸

¹⁵ *Ibid.*, p. 97 [p. 130].

¹⁶ *Ibid.*, pp. 97-98 [pp. 130-131].

¹⁷ *Ibid.*, p. 98 [p. 131].

¹⁸ *Ibidem.*

3. EXPOSICIÓN DIALÉCTICA Y TEORÍA DE LA CRISIS

Detengámonos un momento a examinar los puntos sobresalientes y las implicaciones de este interesante escrito de Korsch. Es preciso, ante todo, preguntarse dónde se encuentra el sentido de reducción de todas las posiciones teóricas (tanto de derecha como de izquierda) de la socialdemocracia alemana y de la Segunda internacional al común denominador de una concepción que es pasivista y futurística porque se limita a *reflejar* las distintas fases transcurridas del “movimiento real” (que para Korsch está representado por los conflictos de clase, por los enfrentamientos práctico-políticos entre las diversas orientaciones y corrientes internas del movimiento obrero). Ciertamente, una consideración rigurosa de la fase histórica particular en la que escribía Korsch estas líneas, nos puede ayudar a resolver este problema: nos encontramos en 1933, en el periodo inmediatamente posterior a la llegada del nazismo a Alemania. La consolidación de la dictadura nacionalsocialista no había quemado todavía las últimas esperanzas de una insurrección obrera. De ahí la urgencia de llevar el discurso teórico, *en su totalidad*, al campo del análisis del presente, en sus aspectos más empíricos, particulares, no deducibles en absoluto de una construcción teórica general-abstracta: “la situación, el grado de conciencia, el nivel de organización y la disponibilidad para la lucha de clase obrera”.¹⁹ El recurso al “mito” soreliano y a la posición “activista-materialista” de Lenin²⁰ debe considerarse tam-

¹⁹ *Ibidem.*

²⁰ La alusión *positiva* a Lenin es tanto más sorprendente cuanto que Korsch, como es sabido, ya había madurado hacia el final de los años veinte, la ruptura con el leninismo y había declarado directamente en la *Antikritik* de 1930 que su adhesión a la concepción leniniana en *Marxismo y filosofía* había sido fruto de una mala interpretación. Cf. K. Korsch “Der gegenwärtige Stand des Problems ‘Marxismus und Philosophie’. Zugleich eine Antikritik”, en *Marxismus und Philosophie*, al cuidado de E. Gerlach, Francfort del Meno, 1966, pp. 64 y ss. [K. Korsch, *Marxismo y filosofía*, México, Editorial Era, 1971]. El uso de la teoría leniniana (o por lo menos la alusión a Lenin) por parte de Korsch parece difícil de explicar con la categoría subjetivista de la “mala interpretación”, si sobrevive a la *Selbstverständigung* teórico-política de la segunda mitad de los años veinte. La solución de este nudo como de otros nudos intrincados del discurso korschiano, requeriría, tal vez, una reflexión teórica e historiográfica sobre este autor mucho más profunda y desencantada que la que se ha realizado hasta ahora. Sería interesante, sobre todo, analizar sus posiciones teóricas a la luz de las discusiones y perspectivas teóricas aparecidas en el interior del *Linkskommunismus* y del *Linkssozialismus*, del periodo comprendido entre las dos guerras. Me remito, en este aspecto, a las

bién bajo esta perspectiva, que apunta a señalar la urgencia de convocar a los obreros a la lucha contra el fascismo.

Pero esta consideración histórica rigurosa, aunque necesaria, no basta. En este escrito se encuentra presente, en efecto, un motivo contradictorio que no se puede resolver con la exclusiva apelación a las exigencias políticas del momento, por el simple hecho de que este motivo contradictorio constituye una constante del discurso korschiano, que lo mancomuna —a pesar de su mayor complejidad y apertura— con la mayor parte de la izquierda comunista y socialista entre las dos guerras.²¹

Korsch parece afirmar la necesidad de una interpretación político-revolucionaria de la “representación científica” de *El capital* y, en consecuencia, la necesidad de interpretar la crítica de la economía política en conexión con la teoría de las clases y de la revolución. Aunque, ante la urgencia de reducir *sin solución de continuidad* el discurso a las exigencias de una “teoría práctica de la revolución proletaria”, termina por evitar una de las dificultades cruciales de la problemática del Marx maduro; y evitando precisamente esta dificultad es como logra rechazar sin compromisos todas las teorías de la crisis, independientemente de su fundamentación metodológica y epistemológica, y únicamente en cuanto construcciones generales-abstractas que —como tales— no pueden ser otra cosa que un reflejo pasivo del movimiento real.

amplias y bien documentadas investigaciones de H. M. Bock (*Syndikalismus und Linkskommunismus von 1918-1923*, Meisenheim am Glan, 1969) y H. Drechsler (*Die Sozialistische Arbeiterpartei Deutschlands*, Meisenheim am Glan, 1965) así como a los libros de K. H. Tjaden (*Struktur und Funktion der 'Kpd-Opposition'*, Meisenheim am Glan, 1964) y O. Ihlau (*Die roten Kämpfer*, Meisenheim am Glan, 1969).

²¹ Valdría la pena, a este propósito, profundizar las analogías establecidas entre las posiciones de Korsch y las de Max Adler, autor al que se le ha prestado hasta ahora una atención muy escasa e inadecuada. Aparte de algunas indicaciones teóricas agudas de A. Zanardo (cf. “Aspetti del socialismo neokantiano in Germania negli anni della crisi del marxismo”, en *Annali del Instituto G. G. Feltrinelli*, III, 1960, particularmente, pp. 153-165; actualmente en *Filosofía e socialismo*, Roma, 1974), constituye una excepción, a este respecto, el interesante estudio comparativo de las concepciones consiliares de Korsch y Max Adler desarrollada por U. Cerroni en *Teoria politica e socialismo*, Roma, 1973, pp. 75-83 [hay edic. en esp.]. (Aunque, en los años posteriores a la redacción del presente ensayo, salieron en Italia dos importantes ediciones de escritos maxadlerianos: *El socialismo y los intelectuales* [México, Siglo XXI, 1980] y *Causalità e teleologia nella disputa sulla scienza*, con introducción de R. Racinaro, Bari, 1976; para un paralelo entre Korsch y Max Adler, me remito al ensayo ya citado “Consigli e Stato nella Germania di Weimar”, que escribí en colaboración con G. De Masi).

En otras palabras, Korsch evita el complejo problema del “modo de exposición”²² en el momento en que, bajo la urgencia de resolver el análisis económico (análisis de las leyes de movimiento de la sociedad capitalista) sin residuos en una “teoría práctica de la revolución” sostenida por una “actitud activista-materialista”, interpreta la *Darstellungswiese* dialéctica del Marx maduro como mera *alegoría*,²³ destinada a despertar la decisión de lucha y el

²² En el *Epílogo* (enero de 1873) a la segunda edición alemana de *El capital*, Marx explica la diferencia entre modo de investigación y modo de exposición: “el modo de exposición debe distinguirse, en lo formal, del modo de investigación. La investigación debe apropiarse pormenorizadamente de su objeto, analizar sus distintas formas de desarrollo y rastrear su nexo interno. Tan sólo después de consumada esa labor, puede exponerse adecuadamente el movimiento real (*die wirkliche Bewegung*). Si esto se logra y se llega a reflejar idealmente la vida de ese objeto, es posible que al observador le parezca estar ante una construcción apriorística”. (K. Marx, *Das Kapital*, cit., I, p. 27 [K. Marx, *El capital*, cit., I/1, p. 19].) Para todo el conjunto de problemas ligados a la mencionada distinción y en general a la relación entre lo lógico y lo histórico en Marx, me remito al importante ensayo de C. Luporini, “Marx secondo Marx”, en *Critica marxista*, marzo-junio de 1972, núms. 2-3, actualmente en *Dialettica e materialismo*, Roma 1974, pp. 213 y ss.

²³ Esta reducción pragmática de la fase dialéctico-morfológica de la crítica de la economía política es un *topos* que conecta la “izquierda teórica” europea (frecuentemente a través de Sorel, aunque en formas y modos que no han sido especificados en absoluto desde el punto de vista histórico) con Bernstein y con la corriente revisionista de la socialdemocracia. La referencia a Sorel que se encuentra en el artículo de Korsch sobre la crisis se podría aclarar históricamente (y teóricamente) en relación con la crítica bernsteiniana del tema de la “democracia industrial” que constituye, junto con la veta anarcosindicalista, la otra alma de la “concepción consiliar” korschiana de la Fabian Society. Cf. K. Korsch, “Die Fabian Society” en *Die Tat*, Jg. IV (noviembre de 1912), núm. 8, pp. 422-427; además: “Was ist Sozialisierung?” (1919) y “Arbeitsrecht für Betriebsräte” (1922); actualmente en *Consigli di fabbrica e socializzazione*, Bari, 1970 [hay edic. en esp.]. En lo que respecta a la formación teórico-política de Korsch me remito al ensayo de M. Buckmiller, “Marxismus als Realität. Zur Rekonstruktion der theoretischen und politischen Entwicklung Karl Korsch”, en *Jahrbuch Arbeiterbewegung-Theorie und Geschichte*, Bd. 1, *Über Karl Korsch*, hrsg. von Claudio Pozzoli, Frankfurt del Meno, 1973, especialmente, pp. 19-35.

En lo que concierne a un discurso global sobre el movimiento consiliar europeo en relación con el *Linkskommunismus*, véase el ensayo introductorio de M. Cacciari a G. Lukács, *Kommunismus 1920-1921*, Padua, 1972, así como los discursos pronunciados sobre el mismo tema por S. Bologna (“Composizione di classe e teoria del partito alle origini del movimento consiliare”, en Varios autores, *Operai e Stato*, Milán, 1972, pp. 13-46) y G. De Masi (“L’esperienza consiliare nella rivoluzione tedesca”, en Varios autores, *I consigli operai*, Roma, 1972, pp. 86-118).

espíritu revolucionario del proletariado.²⁴ De este modo, Korsch se cerraba la posibilidad de descubrir las diferentes concepciones metodológicas y epistemológicas que servían de base a las diversas teorías de la crisis y que iluminaban su función en el interior de la visión global del movimiento histórico y de la relación teoría-praxis. Korsch no lograba darse cuenta de que la *Zusammenbruchstheorie* de Rosa Luxemburg se distinguía de la formulada, por ejemplo, por Kautsky en el prefacio de 1906 a la quinta edición de *Die Entwicklung des Sozialismus von der Utopie zur Wissenschaft* de Engels, no ya por una diferencia de "actitud" (que significaría, en última instancia, una diferencia subjetiva) sino más bien por una valencia distinta atribuida al lugar y a la función de la fase de la "representación" económica en el interior de la teoría marxista. Luxemburg no concibió nunca el modelo, descrito por ella en *La acumulación del capital*, como un puro y simple "reflejo" de la evolución histórico-empírica del modo de producción capitalista; es más, se negó siempre, contra Kautsky, a atribuir a las leyes económicas un carácter de objetividad fetichista. Si acaso se podría discutir (aparte de los "errores" económicos contenidos en su libro), sobre el carácter acabado de su autorreflexión metodológica y sobre las fluctuaciones e incongruencias encontradas en sus diversas formulaciones y tematizaciones de la relación entre la fase económica y la fase política, entre la espontaneidad y dirección político-revolucionaria de las masas. Aunque sería un tema que nos llevaría demasiado lejos, más allá de los límites del presente ensayo.²⁵

²⁴ Cf. K. Korsch, "Über einige grundsätzliche Voraussetzungen", cit., pp. 97-98 [pp. 130-131]. Korsch tiene probablemente presente aquí el famoso pasaje de *El capital* (que termina con la *expropiación de los expropiadores*) en el que Marx relaciona íntimamente el proceso de concentración/empobrecimiento con la "rebelión de la clase obrera" (cf. K. Marx, *Das Kapital*, cit., I, pp. 790-791 [K. Marx, *El capital*, cit., 952-954]).

²⁵ En su ensayo, mencionado anteriormente, sobre el movimiento consiliar Sergio Bologna observaba agudamente que "Rosa se encuentra a la mitad de camino entre la sociología de la organización y la teoría del partido" (S. Bologna, *op. cit.*, p. 32). Esta especie de "ambivalencia" debe remitirse al hecho de que "lo que para Luxemburg era un problema de estrato social en el partido, para Lenin era un problema de programa, digamos de estatuto, del partido. La dirección obrera y revolucionaria para Lenin sólo podía constituirse vinculando los militantes a este programa, disciplinándolos, por lo tanto, a la centralización. Rosa y Lenin les hablaban a dos tipos diversos de clase obrera, contra dos tipos diversos de social-reformismo" (*Ibid.*, p. 37).

4. "CAÍDA TENDENCIAL" Y RELACIONES DE PRODUCCIÓN EN EL ANÁLISIS DE GROSSMANN

Volviendo a nuestro problema, hay otro punto que llama la atención en la exposición de Korsch y que nos confirma indirectamente el carácter general y lleno de lagunas de su enfoque de la teoría de la crisis: la unión de Fritz Sternberg y Henry Grossmann como "epígonos de la teoría luxemburguiana".²⁶ En realidad estos dos economistas eran tan poco "epígonos" y tan poco acoplables que dieron origen —en el periodo de mayor actualidad del problema de la crisis, periodo que tuvo su epicentro cronológico en el año 1929— a una de las más ásperas e interesantes polémicas sobre el imperialismo.²⁷ Mientras Sternberg había retomado e integrado, en su amplia obra sobre el imperialismo, la revisión parcial de la teoría marxiana llevada a cabo por Luxemburg, vinculando la reproducción ampliada con la expansión en las "áreas no capitalistas",²⁸ Grossmann, en cambio, sostenía que la tendencia a la crisis y al "derrumbe" del sistema capitalista sólo se podía explicar *a partir de la teoría marxiana del valor*: "La ley del valor domina todo el proceso económico del mecanismo capitalista y, así como su dinámica y sus tendencias de desarrollo sólo se pueden comprender sobre la base de esta ley, así también su fin —el derrumbe— debe explicarse igualmente a partir de la *ley del valor*".²⁹

²⁶ K. Korsch, "Die Fabian Society", cit., p. 92.

²⁷ F. Sternberg, *Der Imperialismus*, Berlín, 1926. [en esp., *El imperialismo*, México, Siglo XXI, 1979].

²⁸ La integración de la teoría luxemburguiana por parte de Sternberg consiste en la identificación del fenómeno de la sobrepoblación como condición constitutiva del capitalismo (ya que sin el ejército de reserva no podría haber ni excedente de trabajo asalariado y en consecuencia ni siquiera excedente de valor). Sternberg sostiene además que Rosa Luxemburg cometió graves errores, especialmente en las conclusiones de sus análisis. No acepta, por ejemplo, la afirmación luxemburguiana de la imposibilidad de la reproducción ampliada en el capitalismo "puro" y —concordando con la crítica que le hacía Bujarin ("Der Imperialismus und die Akkumulation des Kapitals", en *Unter dem Banner des Marxismus*, I, 1, 1925-1926, p. 254 [en esp., *El imperialismo y la acumulación del capital*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 51, México, 1978])— sostiene que esto es posible en el capitalismo de estado, desde el momento que este último puede destruir también una parte de plusvalor (cf. F. Sternberg, *op. cit.*, p. 102 [p. 600]).

²⁹ H. Grossmann, *Das Akkumulations- und Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen Systems*, Leipzig, 1929, p. 13, [*La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, México, Siglo XXI, 1979]. En este libro, Grossmann reanuda, en un contexto más amplio, la brillante crítica

El error de Luxemburg y de Sternberg —que los llevó a ambos a una revisión e “integración” del discurso de Marx sobre la reproducción ampliada— procedía de un punto de partida erróneo: tanto en *La acumulación del capital* de Luxemburg como en *El imperialismo* de Sternberg, la crisis no se explica a partir de la producción sino a partir del mercado. De ahí la imposibilidad de entender la continuidad y la conexión estructural entre el proceso reproductivo y el proceso capital-trabajo y la necesidad de introducir la válvula de escape de las “áreas no capitalistas” (con la consecuencia de una sensible distorsión temática del problema marxiano de la producción-reproducción en un problema de “realización” del plusvalor). Grossmann, en cambio, trasladaba la cuestión, a través de una autorreflexión metodológica profunda,³⁰ al análisis de las relaciones de producción, en el interior de cuya dinámica debía buscarse la tendencia general de desarrollo del modo de producción capitalista. Basándose en la doble dimensión

al libro de Sternberg escrita el año anterior: “Eine neue Theorie über Imperialismus und soziale Revolution”, en (Grünbergs) *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, XIII (1928), pp. 141-192 [H. Grossmann, *Ensayos sobre la teoría de las crisis*, México, Siglo XXI, 1979]. Sternberg respondió escribiendo directamente un pamphlet contra el libro de Grossmann (*Eine Umwälzung der Wissenschaft? Kritik des Buches von Henryk Grossmann. Zugleich eine positive Analyse des Imperialismus*, Berlín, 1930). Por lo que concierne a la crítica al subconsumo desde el punto de vista de la teoría marxiana del valor, y, en general, para todos los aspectos propiamente económicos del problema, véase M. Cogoy, “Les théories néo-marxistes, Marx et l'accumulation du capital”, en *Les Temps Modernes*, septiembre-octubre de 1972, pp. 396-427; F. Hermanin, “Über einige Aspekte der Akkumulations- und Krisentheorie bei Grossmann und Mattick”, en F. Hermanin, M. Lauer, A. Schürmann, *Drei Beiträge zur Methode und Krisentheorie bei Marx*, Giessen, 1973, pp. 85-111.

³⁰ Entre los trabajos teórico-metodológicos de H. Grossmann, aparte del volumen sobre Marx ya conocido en Italia (*Marx, die klassische Nationalökonomie und das Problem der Dynamik*, Francfort, Viena, 1969; H. Grossmann, *Marx, l'economia politica classica e il problema della dinamica*, Bari, 1971), recordamos, “Die Änderung des ursprünglichen Aufbauplans des Marxschen ‘Kapital’ und ihre Ursachen”, en Grünbergs, *Archiv*, XIV (1929), pp. 305-338; “Die Wert-Preis-Transformation bei Marx und das Krisenproblem”, en *Zeitschrift für Sozialforschung*, I, (1932), pp. 55-84; “Die Goldproduktion im Reproduktionsschema von Marx und Rosa Luxemburg”, en *Festschrift für Carl Grünberg zum 70 Geburtstag*, Leipzig, 1932, pp. 152-194; “The evolutionist revolt against classical economics”, en *The Journal of Political Economy*, vol. LI, Chicago, 1943, pp. 381-396; 506-522, reunidos ahora todos ellos en *Ensayos sobre la teoría de las crisis*, cit. Por lo que se refiere a un análisis de los fundamentos epistemológicos de la teoría de Grossmann, véase más adelante el primer capítulo de la segunda parte.

de realidad determinante y de generalidad abstracta (respecto al movimiento histórico-empírico) de la ley del valor, llegaba a conectar esta última con la teoría de las crisis *por medio de la ley de la acumulación*: “La enorme fuerza de la obra de Marx radica precisamente en que pudo explicar la totalidad de los fenómenos propios de la producción capitalista a partir de la ley del valor”;³¹ la “teoría marxiana del derrumbe es [...] una condición previa necesaria para la comprensión de la teoría marxiana de la crisis, y está íntimamente ligada con ésta. La solución de ambos problemas está dada por la ley marxiana de la acumulación, que constituye la idea central de *El capital* y está fundada, a su vez, sobre la ley del valor.”³²

El libro de Grossmann, por lo tanto, lejos de ser la obra de un “epígono”, llevaba a cabo el “regreso a Marx” propuesto por Luxemburg contra el revisionismo reformista de Bernstein y de los “neoarmónicos” austromarxistas³³ y el escolasticismo pseudo-ortodoxo y positivista de Kautsky. Grossmann rescataba así la instancia política de Rosa cimentándola nuevamente sobre una base analítico-metodológica más sólida. No es casual que la obra de Grossmann precisamente despierte, en la primera mitad de los años treinta (un año después de la aparición del artículo de Korsch estudiado más arriba), una importante discusión en el interior del *Linkskommunismus* sobre la relación entre teoría del derrumbe y subjetividad revolucionaria.

³¹ H. Grossmann, *Das Akkumulations- und Zusammensbruchsgesetz*, cit. p. 608 [p. 392].

³² *Ibid.*, p. 60 [p. 43].

³³ “El hecho —escribe Grossmann a Paul Mattick en una carta del 18 de julio de 1937— “de que la camarilla de los nuevos sostenedores de la armonía, los Hilferding y los Bauer hayan tratado sistemáticamente, durante varias décadas, de falsear a Marx, que hayan obviado pasajes como el que acabamos de citar, en forma sistemática, y que no se encuentre ningún rastro de ellos en la literatura marxista, no constituye sin embargo un motivo válido para que nosotros colaboremos por nuestra parte con los nuevos sostenedores de la armonía. Traté de llevar en forma coherente hasta sus últimas consecuencias el razonamiento de Marx: ¿cómo es posible que en la reproducción simple en la que parece reinar por doquier un equilibrio tan armonioso, se desarrolle una crisis? Sólo entonces descubrirá en Marx algunas elaboraciones teóricas en las que los ‘filósofos’ no han soñado nunca, ni siquiera aquellos que, como Karl Korsch, se hacen ilusiones de comprender algo de la economía de Marx,” (en el apéndice a H. Grossmann, *Ensayos sobre la teoría de las crisis*, cit., p. 274).

5. DERRUMBE O REVOLUCIÓN: UNA POLÉMICA ENTRE ANTON PANNEKOEK Y PAUL MATTICK

Los protagonistas de la polémica —que se desarrolla en las columnas de la *Rätekorrespondenz*, el órgano teórico de los “comunistas de los consejos”— son Anton Pannekoek y Paul Mattick. En su intervención, Pannekoek³⁴ le hace a Grossmann —con mayores pretensiones científico-económicas, aunque de una manera menos articulada— una crítica análoga a la que Korsch le había hecho a la teoría de la crisis en su conjunto. Después de haber tomado como punto de partida el supuesto de que “la cuestión de la necesidad e inevitabilidad del derrumbe capitalista, y del modo en que debe entenderse éste, es la más importante de todas las cuestiones para la clase obrera, para su conocimiento y su táctica”,³⁵ termina por afrontar el discurso de Grossmann con un enfoque sustancialmente exterior.³⁶ Las críticas que Pannekoek le hace a Grossmann son esencialmente dos: 1] la de querer deducir el fin del capitalismo “a partir de un punto de vista meramente económico (*rein wirtschaftlich*)”,³⁷ y en consecuencia de concebir el derrumbe “independientemente de la intervención humana”;³⁸ 2] la de reducir la lucha de clase a un contexto “economicista”, de transformarla

³⁴ Cf. A. Pannekoek, “Die Zusammenbruchstheorie des Kapitalismus”, en *Rätekorrespondenz*, 1934, núm. 1, actualmente reimpresso en Korsch-Mattick-Pannekoek, *Zusammenbruchstheorie des Kapitalismus oder revolutionäres Subjekt*, cit., pp. 20 y ss [edic. en esp. cit., pp. 62-84].

³⁵ *Ibid.*, p. 20.

³⁶ Pannekoek replantea acríticamente la objeción que le habían hecho a Grossmann muchos “economistas de profesión”, o sea, la de haber llevado a cabo la propia demostración de la inevitabilidad del derrumbe basándose en el esquema de Otto Bauer (cf. A. Pannekoek, “Die Akkumulation des Kapitals”, en *Die Neue Zeit*, xxxi, 1912-1913, pp. 831-838; pp. 862-874). La objeción sólo tendría sentido si Grossmann se hubiera propuesto realmente hacer una presentación esquemática del derrumbe. Pero Grossmann niega directamente la posibilidad de esa presentación. Su objetivo era en realidad el de demostrar la imposibilidad de un desarrollo armónico a partir de las mismas premisas de Bauer (cf. H. Grossmann, *Das Akkumulations- und Zusammenbruchsgesetz*, cit., p. 95 [p. 67]). P. Sweezy le hace la misma objeción a Grossmann en *La teoría del desarrollo capitalista*, México, FCE, 1945, pp. 231 y ss. Sobre este tema véanse también las agudas observaciones de Roman Rosdolsky, *Zur Entstehungsgeschichte des Marxschen “Kapital”*, Francfort del Meno, 1968; [R. Rosdolsky, *Génesis y estructura de El capital de Marx (estudios sobre los Grundrisse)* México, Siglo XXI, 1978, pp. 552].

³⁷ A. Pannekoek, *op. cit.*, p. 28.

³⁸ *Ibid.*, p. 20.

en lucha por el salario y por la reducción del tiempo de trabajo.³⁹ Por este camino llegaba a liquidar, de una manera todavía más clara y radical que Korsch, toda la teoría del derrumbe, desde Luxemburg hasta Grossmann, en cuanto que estaba cimentada en una concepción determinista y “burguesa” de la “necesidad histórica”.⁴⁰ Viéndolo bien, Pannekoek podía, sin embargo, hacerle esta crítica de “economicismo” a Grossmann, ya que *él mismo estaba ligado a un concepto restringido (“burgués”) de economía*. La importante anticrítica de Mattick está anclada, precisamente, en esta perspectiva.

Pannekoek, señala Mattick, no logró entender el carácter *diacrítico* del procedimiento de Grossmann fundado sobre una base metodológica francamente marxiana. El método de la crítica de la economía política no apunta a la descripción histórico-empírica de los procesos reales, sino al aislamiento abstractivo (*Isolierungsmethode*) de ciertos elementos fundamentales, capaces de definir el conjunto de las leyes de movimiento de la sociedad capitalista: “Ni siquiera para Grossmann existen problemas ‘meramente económicos’; esto no le impide, sin embargo, en su análisis de la ley de la acumulación, limitarse *por razones metodológicas* a la definición de presupuestos puramente económicos y llegar así a entender *teóricamente* un punto-límite objetivo del sistema. El *conocimiento teórico* de que el sistema capitalista debe, por sus condiciones internas, avanzar necesariamente al encuentro del derrumbe *no induce de hecho* a sostener que el derrumbe real sea un proceso automático, independientemente de los hombres.”⁴¹

Estas puntualizaciones de Mattick revisten una enorme importancia: no sólo porque se oponen a la tendencia general del comunismo (y del socialismo) de izquierda, sino también y sobre todo, porque, debido a la amplitud de su alcance, van más allá de sus restringidos confines teórico-políticos y encuentran, tal vez inconscientemente, una general incapacidad política del marxismo europeo rastreable en la oscilación entre una versión especulativa y una pragmática de la relación teoría-praxis. Pero tratemos de especificar aún más los términos del problema. Los límites del marxismo, para Pannekoek, se ponen en evidencia, cuando éste pasa a proponer una solución positiva al problema del nexo entre economía y política, de elemento objetivo y elemento subjetivo, después

³⁹ Cf. *Ibid.*, p. 29.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 39.

⁴¹ P. Mattick, “Zur Marxschen Akkumulations und Zusammenbruchstheorie”, en *Rätekorrespondenz*, 1934, núm. 4, ahora en Korsch-Mattick-Pannekoek, *op. cit.*, pp. 47-48 [pp. 86-87].

de haber negado decididamente cualquier "utilidad práctica" de la teoría de la crisis. Habiendo partido del supuesto de que "la economía marxiana no se puede entender si no nos posesionamos de su modo de pensar histórico-materialista",⁴² tiende después a resolver *in-mediatamente* —en una unidad indiferenciada— la relación economía-política, objetividad-subjetividad, ser-conciencia: "La economía, como totalidad de los hombres que trabajan y se afanan por sus necesidades vitales, y la política (en sentido amplio), como totalidad de los hombres que por sus necesidades vitales actúan y luchan en cuanto clase, constituyen un ámbito único que se desarrolla de acuerdo con leyes precisas."⁴³

Como puede comprobarse, nos encontramos, por un lado, ante una unidad indiferenciada y, por el otro, ante un dualismo abstracto de dos campos que, en términos tan definidos, no son absolutamente *mediables* entre sí. Si la economía se resuelve en la simple actividad laboral-instrumental y la política en la mera actividad autónoma y voluntaria, su unidad no podrá ser más que una forma vacía o un postulado moral. La unidad declarada de teoría y praxis acaba en Pannekoek, en el binomio oposicional —o mejor dicho, en la coexistencia polar personificada— de economicismo-voluntarismo. Pero lo que importa es que esta incongruencia no es ni el fruto de una inconsecuencia personal, ni mucho menos el límite histórico exclusivo de la discusión de los años treinta.⁴⁴ En algunos teóricos reformistas de la socialdemocracia como Hilferding y Braunthal, se pueden encontrar, en efecto, *el mismo tipo de*

⁴² A. Pannekoek, *op. cit.*, p. 38 [p. 78].

⁴³ *Ibid.*, p. 39 [p. 79].

⁴⁴ Para demostrar la actualidad de este aspecto aporético bastaría citar la polémica sobre el concepto de "trabajo" en Marx despertada por la crítica habermasiana (cf. J. Habermas, *Erkenntnis und Interesse*, Francfort, 1968, cap. I, parr. 2; J. Habermas, *Conoscenza e interesse*, Bari, 1970). Véase a este respecto la polémica de H. J. Krahl, "Produktion und Klassenkampf", en *Konstitution und Klassenkampf*, Francfort, 1971, pp. 392 y ss. (H. J. Krahl, *Costituzione e lotta di classe*, Milán, 1973, pp. 424 yss.). "Habermas", señala Krahl, "puede echarle en cara a Marx un concepto restringido de praxis sólo porque parte de un concepto restringido de producción. Según Marx, en efecto, la producción encierra todos los elementos de la praxis social, o sea, la relación sujeto-objeto y la intersubjetividad, el trabajo y la división del trabajo. Habermas, en cambio, reduce el concepto de producción a una relación sujeto-objeto, no intersubjetivo, de la actividad instrumental, o sea, a un concepto instrumental del trabajo. El precio pagado por Habermas, por semejante reducción del concepto de producción, es la desmaterialización de la intersubjetividad, de las formas de relación que designa con el título abstracto de integración, o bien la desmaterialización de la praxis revolucionaria" (*ibid.*, p. 394; trad. it., p. 426).

crítica a la teoría del derrumbe y el mismo tipo de recurso a la subjetividad.

Más bien son los teóricos austromarxistas, precisamente, los que inauguran dentro del marxismo europeo —aún antes de la *Marx-Renaissance* expresada simbólicamente por las obras del joven Lukács y Korsch y destinada a convertirse en un fenómeno de amplias proporciones con la publicación de los escritos filosóficos juveniles— la "estación de la subjetividad" que consiste en una reinterpretación activista de la obra marxiana infectada de temas neokantianos.⁴⁵ Tanto en los austromarxistas neokantianos como

⁴⁵ El neokantismo (y, en general, el influjo de todas las corrientes de pensamiento filosóficas caracterizadas por la centralidad del tema del sujeto) en el interior del movimiento obrero no nace, como quisiera la historia de las ideas, a partir de nuevos resultados de la investigación científica y epistemológica, que habrían demostrado de manera abstracta el "carácter erróneo" de la concepción evolucionista y determinista; ni, como sostiene un punto de vista igualmente subjetivista, a partir de una "desviación" o de una "degeneración" revisionista. Debe considerarse más bien como contragolpe, en el plano de la conciencia teórica, de los procesos de organización capitalista y de "difusión" del poder, los cuales, al contradecir en los hechos la concepción positivista de una transición evolutiva inevitable hacia el socialismo, pusieron en crisis una interpretación chatamente objetivista de la teoría marxiana. Si se leen los escritos de Max Adler se observa —mucho más que en los de Bernstein o, por citar un marxista neokantiano, de Vorländer— la conexión particular existente entre la crisis de la Segunda internacional (que es al mismo tiempo crisis de un marco canónico basado en la *absolute Gesetzmässigkeit* del proceso histórico y de una concepción *objetivista-economicista* de la política que se levantaba sobre este marco) y el nacimiento del llamado "marxismo occidental", que se ponía al mismo tiempo como crítica de toda concepción determinista de la historia y de toda práctica reformista por una reconciliación activista-revolucionaria de las formas de la subjetividad. En este delicado punto de transición —que tiene como fases cruciales la guerra, la Revolución de Octubre y la crisis teórica de 1923— debe colocarse la tentativa maxadleriana por encontrar un camino teórico-político autónomo (una especie de "tercer camino" entre la socialdemocracia y el bolchevismo, basándose en una refundamentación filosófica amplia y comprensiva del marxismo. Es significativa a este respecto, sobre todo, la colaboración de Adler en *Der Kampf*, órgano teórico de la Spö: véase, por ejemplo, la polémica con K. Renner sobre el nexo táctica-estrategia (Jg. ix, 1916, pp. 87-97; 129-139; Jg. xi, 1918, pp. 18-30; 39-56; Jg. xxi, 1928, pp. 53-59; 142-163; 197-206; 245-256; 256-262) y las discusiones con E. Zilsel y W. Frank sobre el materialismo (Jg. xxiv, 1931, pp. 68-75; 125-131; 163-166; 213-220; Jg. xxvi, 1933, pp. 112-121) y con O. Leichter, A. Engel, O. Trebitsch, R. Kassel y J. Deutsch sobre el papel de los trabajadores intelectuales (Jg. xii, 1919, y xiii, 1920). Para todo este conjunto de cuestiones cf. además de la reseña ya citada de A. Zanardo sobre el socialismo neokantiano, el estudio —por otra parte discretamente socialdemócrata— conte-

en el ala mayoritaria del *Linkskommunismus*, esta referencia a la subjetividad, aunque representa una novedad relevante en el debate teórico y político dentro del movimiento obrero, tiene como su contraparte una *restricción gnoseológica* del campo definido, en Marx, por las relaciones sociales de producción. A la reivindicación del elemento subjetivo (ético-universalista) se le opone el análisis sociológico-empírico de lo "múltiple o real". El análisis económico, más bien que identificar las leyes tendenciales del modo de producción, se resuelve así en un ejercicio de microsociología. A la reducción empirista de las abstracciones categoriales, que le quita a la realidad sus elementos estructurales, se le opone la resolución desobjetivante del elemento político en elemento ético-trascendental. Ese mismo desdoblamiento se lleva a cabo también en la definición de la *clase*: esta última se divide en un elemento "material", perteneciente totalmente a la producción (la fuerza de trabajo) y en un elemento "espiritual", que por su universalismo trasciende los niveles empíricos de la condición material-productiva de la clase (la "voluntad" universalmente humana del proletariado, la "conciencia de clase" como reacomodamiento de los *dissecta membra* de la esencia humana). El proceso de la génesis del *Klassenbewusstsein* no se explica por lo tanto a partir del proceso de producción-reproducción, ni desde el interior de la objetividad de las relaciones sociales, sino es *presupuesto* como resultado de una autonomía irreductible que, en cierto momento del desarrollo, lleva a cabo el salto cualitativo que destruye la uniformidad cuantitativa del mundo empírico.⁴⁶

En la polémica sobre el libro de Grossmann, nos encontramos frente a una clara contraposición entre dos perspectivas teóricas; por una parte, la de Pannekoek que considera el proceso de la autonomización de la voluntad con respecto a las condiciones económico-empíricas de acuerdo con el esquema dualista antes ilustrado (que se resuelve luego en la declaración de una unidad *indiferenciada* de los dos elementos); y por la otra, la de Mattick, que considera, en cambio, la génesis de la conciencia de clase (y

nido en el amplio libro de N. Leser, *Zwischen Reformismus und Bolschewismus. Der Austromarxismus als Theorie und Praxis*, Viena, Francfort, Zürich, 1968 (para Max Adler, véase p. 513-561). Sin embargo véase ahora el amplio —e importante— ensayo introductorio de L. Paggi a M. Adler, *El socialismo y los intelectuales* [México, Siglo XXI, 1980].

⁴⁶ Aunque la misma *Historia y conciencia de clase* de Lukács presente también esta aporía, tiene sin embargo el mérito de haber planteado por lo menos el problema de un estudio materialista de las *Bewusstseinsformen*, así como el de comprender la noción del carácter estructurante-real de la abstracción (las categorías como *Daseinsformen*, *Existenzbestimmungen*).

la transición de la "clase en sí" a la "clase para sí") como *resultado de un proceso objetivo*, cuya ley de movimiento *no se resuelve ni se refleja en el movimiento de una conciencia abstracta o en una unidad abstracta de conciencia y condiciones*, sino que radica en el contexto articulado y diferenciado de las *relaciones de producción*. La misma lucha de clase, que no es más que el "lado activo" de la contradicción inherente en ellas, sólo se explica en el interior de su dinámica.

6. UNIDAD DESARROLLO-CRISIS CONTRA DUALISMO PRODUCCIÓN/MERCADO

El mismo Grossmann, por otra parte, había aclarado este punto controvertido de su concepción en contra del conciencialismo de los austromarxistas, en una carta a Mattick del 21 de junio de 1931: "Obviamente estoy muy lejos de sostener que el capitalismo está destinado al fracaso 'por sí mismo' o 'en forma automática', como afirman en oposición a lo que digo en mi libro, Hilferding y otros socialistas (Braunthal). El capitalismo puede ser abatido sólo a través de la lucha de clase de la clase obrera. Pero lo que yo quería demostrar es que la lucha de clase no es suficiente por sí misma. No es suficiente la voluntad de abatirlo. En las etapas iniciales del crecimiento capitalista no es posible que surja ni siquiera esa voluntad. [...] Como marxista dialéctico sé obviamente que las dos caras del proceso, los elementos objetivos y los subjetivos, tienen un influjo recíproco entre sí. No se puede 'esperar' a que se den primero las condiciones 'objetivas' para después, y sólo entonces, dejar actuar a las condiciones 'subjetivas'. Sería una concepción mecánica insuficiente con la que no estoy de acuerdo. Pero con fines analíticos debo explicar el procedimiento abstracto que consiste en aislar cada uno de los elementos para aclarar las funciones esenciales de todo elemento. Lenin habla a menudo de la situación revolucionaria que debe darse objetivamente como premisa de la intervención victoriosa y activa del proletariado. Mi teoría del derrumbe no trata de excluir esta intervención activa, sino que se propone más bien demostrar en qué condiciones puede surgir y surge de hecho una situación revolucionaria de este tipo, en forma objetiva."⁴⁷

Con esto, Grossmann había echado las bases para una posible conexión de la crítica de la economía política con la teoría de la

⁴⁷ En H. Grossmann, *Ensayos sobre la teoría de las crisis*, cit., p. 250.

revolución. Un elemento fundamental, imprescindible, de esta conexión debía ser la *Darstellung* dialéctica. El carácter central de la distinción entre “modo de investigación” (*Forschungsweise*) y “modo de exposición” (*Darstellungsweise*) en la crítica de la economía política —distinción que sobreentiende la otra, también decisiva, entre el plano genético y el plano morfológico, entre el elemento histórico y el elemento lógico—⁴⁸ no tiene, como lo demostró Roman Rosdolsky en su investigación fundamental sobre la génesis de *El capital*, un significado únicamente epistemológico, sino también político-revolucionario.⁴⁹ Si la elección de un criterio abstracto de exposición no es arbitraria (y ni siquiera debida a tentativas meramente metodológicas), sino está ligada a la exigencia de representar conceptualmente un proceso de *abstracción real*; si la exposición dialéctica de *El capital* describe el desarrollo de formas categoriales que expresan, en su estructura lógica, el *dominio real* de la abstracción en la sociedad capitalista, entonces la crítica de la economía política es, *por medio de la Darstellung* dialéctica, una penetración conceptual y al mismo tiempo una crítica de una totalidad *a-subjetiva* regida por el dominio de lo abstracto (trabajo abstracto-mercancía). La crítica de la economía política es, en consecuencia, por un lado, penetración de la objetividad categorial como “modo de ser” (*Daseinsweise*) de una totalidad especificada en un presente histórico determinado y de sus “formas de pensamiento” (*Denkformen*) cosificadas,⁵⁰ y, por el

⁴⁸ Cf. a este respecto A. Schmidt, *Geschichte und Struktur*, Munich, 1971, pp. 41 y ss. (trad. it., A. Schmidt, *Storia e struttura*, Bari, 1972, pp. 48 y ss.) [hay edic. en esp.]; así como C. Luporini, *Marx secondo Marx*, cit., pp. 84-112 (ahora en *Dialettica e materialismo*, cit., pp. 252-282).

⁴⁹ Véase, de Rosdolsky, además del libro citado sobre la génesis de *El capital*, la colección de ensayos sobre la teoría y la práctica de la Segunda Internacional aparecida recientemente bajo el cuidado del Verlag für das Studium der Arbeiterbewegung (VSA): *Studien über revolutionäre Taktik*, Berlín (occidental) 1973. Por lo que respecta al problema relacionado con una interpretación política de la *Darstellung*, cf. H. Reinicke, *Ware und Dialektik*, Darmstadt-Neuwied, 1974. Este libro retoma y desarrolla algunos planteamientos teóricos de Krahl, sometiéndolos frecuentemente a la crítica.

⁵⁰ Sobre la relación entre forma de mercancía (*Warenform*) y forma de pensamiento (*Denkform*) véase las discutibles pero sugestivas consideraciones de Sohn-Rethel, *Warenform und Denkform*, Francfort del Meno, Viena, 1971, pp. 101 y ss., y A. Sohn-Rethel, *Geistige und körperliche Arbeit* Francfort, 1971, pp. 24 y ss. (2ª edición revisada y corregida, 1972, pp. 30 y ss.) [hay edic. en esp.]. Sobre la problemática de Sohn-Rethel (la publicación de sus escritos, surgidos en los años treinta en el contexto

otro, crítica inmanente de esta “objetualidad” (*Gegenständlichkeit*) en cuanto expresión teórica de una negatividad real y remisión a un proceso lógico alternativo que tiene su génesis en el círculo del trabajo abstracto.⁵¹ Es —al mismo tiempo— crítica de la “conciencia” y teoría de la revolución.

Los estudios más recientes sobre la génesis y la estructura de *El capital* y sobre el estatuto epistemológico de la teoría marxiana —a medida que se reconstruyen los elementos fundamentales de la investigación madura de Marx (teoría del valor y del dinero, relación esencia-fenómeno, elemento lógico-elemento histórico, valor de uso-valor de cambio)— nos dan la posibilidad de derivar de la misma crítica de la economía política las categorías fundamentales de la teoría política, de la teoría de las clases y del estado. La crítica de la economía política en su doble carácter de teoría de la abstracción real y de crítica de las formas de conciencia cosificadas (entendidas no de manera subjetiva, sino como efectivos “modos de ser” de los individuos y de las clases en la totalidad históricamente especificada de la sociedad capitalista), constituye el punto de partida obligado para una *fundación científica de la conciencia de clase*, para lo que en la actualidad se llama “problemática de la constitución”.⁵²

de la discusión interna de la “Teoría crítica”, pero “descubiertos” sólo recientemente, constituye tal vez el hecho teórico más relevante de la última década en la RFA) cf. H. Reinicke, *op. cit.*, pp. 103-108, y H. Reinicke, “Ware und Dialektik — Zur Konstitution des bürgerlichen Bewusstseins bei Sohn-Rethel”, en *Politikon*, abril-mayo de 1971, núm. 36; pp. 22-33. En cuanto a una difundida discusión de las concepciones sohn-rethelinas, véase más adelante el capítulo II de la segunda parte.

⁵¹ Cf. B. De Giovanni, *Hegel e il tempo storico della società borghese*, Bari, 1970, pp. 173-202. A este propósito me permito remitirme a mi artículo, que contiene una detallada discusión de este libro, “Historische Gegenwart und Revolution. Zum Verhältnis von Logik und Politik bei Hegel”, en *Ästhetik und Kommunikation. Beiträge zur politischen Erziehung*, 1974, núm. 18, pp. 80 y ss.

⁵² En los últimos años, se han añadido, a los trabajos de Rosdolsky (*op. cit.*) y de O. Morf (*Geschichte und Dialektik in der politischen Ökonomie*, Francfort, 1972), en el campo de la reconstrucción crítica filosófica y rigurosamente analítica de la teoría marxiana, los de H. Reichelt (*Zur logischen Struktur des Kapitalbegriffs bei Karl Marx*, Francfort, 1970; H. Reichelt, *La struttura logica del concetto di capitale in Marx*, Bari, 1973) y de H. G. Backhaus (“Zur Dialektik der Wertform”, en *Beiträge zur Marxistischen Erkenntnistheorie*, a cargo de A. Schmitt, Francfort, 1970, pp. 128-152, H. G. Backhaus, “Materialien zur Rekonstruktion der Marxschen Werttheorie”, en *Gesellschaft. Beiträge zur Marxistischen Theorie I*, Francfort, 1974, p. 52-77).

Por lo que concierne, en cambio, a la relación entre la crítica de la

mas categoriales modificadas por la ciencia económica. Este tipo de objeciones no toma en cuenta la advertencia metodológica prioritaria que añade a *El capital* el subtítulo de “crítica de la economía política” y, al mismo tiempo, se cierra la posibilidad de comprender el profundo significado *político* (que no debe entenderse como chata funcionalidad). La crítica de Pannekoek se debe, por tanto, a la incapacidad de comprender el *ars maieutica* que sirve de base a la *Darstellungsweise* de la crítica de la economía política.

“Aquí se revela de una manera *puramente económica*, es decir desde el punto de vista *burgués*, dentro de los límites de la comprensión capitalista, desde el punto de vista de la propia producción capitalista, su limitación, su carácter relativo, el hecho de no ser un modo de producción absoluto, sino solamente un modo de producción histórico, correspondiente a cierta época de desarrollo limitado de las condiciones materiales de producción.”⁵⁶

⁵⁶ Marx, *Das Kapital*, cit., III, p. 270 [K. Marx, *El capital*, cit., III/8, p. 333]. La incompreensión metodológica de Pannekoek se aclara aún más, si se examina la vertiente más propiamente teórico-política de su crítica. Al impugnar la aserción grossmanniana de que el derrumbe no es ni alternativa ni está en contradicción con la lucha de clase (cf. H. Grossmann, *Das Akkumulations-und Zusammenbruchsgesetz*, cit., p. 602 [p. 388], Pannekoek acusa a Grossmann de tener una concepción restrictiva de esta última, de considerarla como una simple lucha por el aumento del salario y la reducción del tiempo de trabajo (cf. A. Pannekoek, *op. cit.*, p. 29). En realidad Grossmann no se refiere aquí —como se deduce de la parte siguiente de su argumentación que Pannekoek ignora— a la sola lucha de fábrica sino más bien a la dinámica global del sistema capitalista y vincula la lucha de clase —en toda su complejidad— con el proceso de reproducción y no con el simple proceso productivo: “Precisamente por esto, en Marx, todo el análisis del proceso de reproducción desemboca en la *lucha de clases*” (Grossmann, *op. cit.*, p. 602 [388]). Y en este punto, Grossmann cita —como confirmación de esta afirmación suya, y a despecho de toda interpretación economicista— el pasaje final de una carta de Marx a Engels del 30 de abril de 1868 dedicada a la estructura del II y III libro de *El capital*. En esta carta, Marx, después de haber demostrado el carácter de apariencia fenoménica del “movimiento independiente” de la economía que hace aparecer las categorías económicas con un carácter procesal autónomo objetual, “en sí”, concluye que, restituyendo el salario, la renta y la ganancia a las tres clases (terratenientes, capitalistas y obreros) cuyas fuentes de ganancia constituyen, el resultado de toda la dialéctica de las formas es “la *lucha de clases* como salida en que se resuelve el movimiento y la disolución de toda la mierda” (der *Klassenkampf* als Schluss, worin sich die Bewegung und Auflösung der ganzen Scheisse auflöst) (MEW, Bd, 32, pp. 74-75). Una conclusión, pues, que —en la medida en que implica la totalidad del proceso *reproductivo*— excluye toda concepción restringida (economicista o “fabriquista”) de la lucha de clase. Y Grossmann la utiliza, precisamente, con el objeto de demostrar que, en un nivel elevado de acumu-

Haber entendido la “teoría del derrumbe” como autocrítica del sistema capitalista a nivel de “representación abstracta”, y por lo tanto como referencia al carácter histórico, transitorio, del modo de producción basado en el intercambio de mercancías, le permite a Grossmann evitar el error habitual en que incurren muchos economistas marxistas: de separar la teoría del valor —eje conductor de la crítica de la economía política— de la concepción materialista de la historia. El “hacerse-ciencia” del materialismo histórico coincide con la comprensión de la transitoriedad de la sociedad burguesa, “presentada” por Sismondi⁵⁷ en el plano de la filosofía de la historia, en la “forma celular” (*Zellenform*) del modo de producción, en la forma de mercancía del producto, en la forma de valor de la mercancía y en la forma de capital del valor. El “método de aislamiento” (*Isolierungsmethode*) de Grossmann representa la unidad contradictoria de valor de uso y valor de cambio sólo en su aspecto económico, y en consecuencia como problema de la composición orgánica del capital y, finalmente, como *tendencia económica* a la crisis (caída tendencial de la tasa de ganancia) —efecto de la contradicción inherente al mismo mecanismo de acumulación. El pasado histórico de la formación social capitalista se presenta así, en su mismo carácter de ‘naturalidad’ (*Naturwüchsigkeit*), como tendencia que actúa en el corazón económico de la base material, como “natural” conexión de crisis (*Krisenzusammenhang*) que conduce al derrumbe.⁵⁸ Sin embargo, desde el interior de esta “autorrepresentación” (*Selbstdarstellung*) crítica del sistema —que tiene como base el momento histórico-materialista, de *autofundación* de la crítica de la economía

lación de capital, la *lucha por la distribución del ingreso* “no es únicamente una lucha por el mejoramiento del tenor de vida de las clases en pugna, sino una *lucha por la existencia misma del mecanismo capitalista*” (H. Grossmann, *op. cit.*, p. 602 [p. 388]).

⁵⁷ Grossmann le dedica a Sismondi un notorio estudio: *Sismondi e le sue teorie economiche (Una nuova interpretazione di sua pensiero)*, Varsovia, 1924; H. Grossmann, *Sismondi e la critica del capitalismo*, Bari, 1972. También en el ensayo “W. Plafair, the earliest theorist of capitalist development”, aparecido en *The Economic History Review*, Londres, XVIII (1948), se encuentran importantes consideraciones sobre el economista suizo.

⁵⁸ La representación dialéctica hizo surgir la contradicción en la misma apariencia de “naturalidad” del sistema: la *Naturwüchsigkeit* que le confería a la totalidad terminada (*fertige Totalität*) del modo de producción capitalista la apariencia de una inmutabilidad “natural”, se contradice ahora dentro del mismo nivel de la propia objetividad fetichista, convirtiéndose en *naturwüchsiger Krisenzusammenhang*, en tendencia “natural” al derrumbe.

política, escondido por el pasaje desde la comprensión en el plano de la filosofía de la historia al *Selbstverständnis* dialéctico-categorial del carácter históricamente determinado y caduco de la *bürgerliche Gesellschaft*—, Grossman deduce la tendencia social que realiza esta tendencia económica: la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción. Ésta, en la medida en que define la contradictoriedad esencial del modo de producción capitalista a nivel social global, no puede ser relegada (como sostuvieron, por ejemplo, Panzieri y, de una manera más esquemática, otros teóricos de la “nueva izquierda”), a la fase histórica de la competencia, ni tampoco ser reducida (como sostenían muchos exponentes del *Linkskommunismus*) a objetivación metafórica del carácter conflictivo de la relación capital-trabajo. Como no existe la posibilidad de salir de la “prehistoria” permaneciendo en el ámbito de la producción de mercancías, así no existe tampoco, en el interior del sistema capitalista, la posibilidad de suprimir la “naturalidad” del proceso y de controlarlo de una manera planificada. Y, si el elemento autónomo de la *Darstellung* no se resuelve en una mera abstracción empírica, sino que expresa el elemento de la efectiva “autonomización” del dominio de lo abstracto en la sociedad burguesa, la constitución del proletariado como “clase para sí” no podrá ser algo dado *ab originibus* en la “relación de producción” como causa-efecto de una hendedura maniquea entre el capital y la “autonomía obrera”, sino es más bien el resultado de un largo proceso histórico de emancipación que parte del interior del dominio *real* del trabajo *abstracto*. O diciéndolo en términos filosóficos: el hacerse-sujeto del proletariado es el resultado de un proceso sin sujeto. El proceso sin sujeto produjo un presente histórico que tiene su caracterización y especificación en el creciente protagonismo de las masas. Pero este protagonismo sería una mera categoría idealista —y por lo tanto sería algo prácticamente inconcebible, en el pasado (en su génesis) y en el presente (en su actualidad)— sin la *Naturwüchsigkeit* del capitalismo. La socialización despótica no suprime la contradicción histórica fundamental entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción (que no es propiedad exclusiva de la fase competitiva, sino más bien inherente a la estructura dicotómica de la “forma de célula” del sistema, la *mercancía*), sino que la lleva a su realización en la forma de su *unidad contradictoria*. La intervención estatal en la economía sólo funciona como “plan” en la ideología tecnocrática del capitalismo tardío. En realidad, actúa como mediador de las tendencias contrarias (siendo ella misma una tendencia contraria a la caída tendencial de la tasa de ganancia). El carácter *formal-*

mente unificador de la socialización despótica conduce a ideologizar, en la categoría del “plan”, la función real del estado como regulador del proceso de reproducción en su conjunto e impide entender, en la nueva *Gestalt* que este proceso adopta en el actual capitalismo organizado, la unidad-contradicción de fuerzas productivas y relaciones de producción.

8. REPRESENTACIÓN CIENTÍFICA Y PROCESO HISTÓRICO: LA PROBLEMÁTICA DE LA CONSTITUCIÓN

El punto débil de la propuesta teórico-política de Panzieri (que, prescindiendo de las obvias diferencias históricas, presenta notables puntos de contacto con la de Korsch) consiste, paradójicamente, en lo que es su contribución política más vital: la exigencia de una reconsideración antidogmática del discurso marxiano, basado en una traducción simultánea de las categorías de la crítica de la economía política en las de la teoría revolucionaria. A pesar de partir de la conexión marxiana, duramente criticada por Korsch,⁵⁹ entre teoría del desarrollo capitalista y teoría de la revolución social, Panzieri se encuentra confraternizado con el izquierdismo teórico korschiano en la subestimación del significado y de la función de la *Darstellung*. Si en Korsch la representación categorial se reduce a mero reflejo y la teoría de la crisis a alegoría objetivante de los conflictos reales de clase, en Panzieri el desarrollo de la exposición presentada por Marx desde el primer libro de *El capital* al tercero se pone en correspondencia directa con el desarrollo histórico real del capitalismo desde la fase competitiva hasta la monopolista. En *Plusvalor y planificación*, Panzieri cita un importante pasaje del libro tercero, para corroborar su interpretación de los tres libros de *El capital* como descripción del “proceso histórico de cohesión creciente del sistema”,⁶⁰ que habría conducido, por encima de las expectativas del mismo Marx, a la completa realización de la ley del valor como “ley del plan”:

“Al exponer la cosificación (*Versachlichung*) de las relaciones de producción y su autonomización (*Verselbständigung*) frente a

⁵⁹ Cf. a este respecto, P. Mattick, “Marxismus und die Unzulänglichkeiten der Arbeiterbewegung. Über den Zusammenhang von kapitalistischer Entwicklung und sozialer Revolution”, en *Jahrbuch Arbeiterbewegungstheorie und Geschichte*, Bd. 1, *Über Karl Korsch*, cit., p. 195 (en el que se polemiza contra el rechazo por parte de Korsch de conectar la teoría de la revolución social con la del desarrollo capitalista).

⁶⁰ R. Panzieri, “Plusvalore e pianificazione”, cit., p. 283.

los agentes de la producción —escribe Marx al final del capítulo sobre la ‘fórmula trinitaria’—, no entramos a examinar la manera en que las conexiones a través del mercado mundial, sus coyunturas, el movimiento de los precios de mercado, los períodos del crédito, los ciclos de la industria y el comercio, la alternancia de la prosperidad y la crisis, se les presentan como leyes naturales todopoderosas que los dominan al margen de su voluntad y se imponen frente a ellos, como una ciega necesidad. No lo hacemos porque el movimiento real de la competencia (*die wirkliche Bewegung der Konkurrenz*) queda fuera de nuestro plan y sólo hemos de presentar la organización interna del modo capitalista de producción, por así decirlo, en su término medio ideal (*in ihrem idealen Durchschnitt*).⁶¹

Pero el sentido de esta afirmación marxiana sigue una dirección precisamente opuesta al uso que le da Panzieri: aquí no se trata de reproducir —aunque sea “de manera abstracta”— las fases de un movimiento histórico real (la *wirkliche Bewegung*), sino de prescindir de él en cuanto conjunto de fenómenos empíricos, para describir el modo de producción capitalista en sus elementos esenciales, en su pureza, en su *idealer Durchschnitt*. El hecho de que la *Versachlichung* del capital en la fórmula trinitaria “aparezca [...] sólo en el grado más elevado del desarrollo capitalista: caracterizado por el capital productor de interés”⁶² no significa que la fórmula trinitaria refleje o resuelva en sí la complejidad histórico-real de este grado de desarrollo. La fórmula trinitaria representa más bien, en la economía global de la *Darstellung* dialéctica marxiana, el lugar en el que se sintetizan las formas de “aparición necesaria” deducidas de la totalidad abstracta del concepto de capital.⁶³ La relación esencia-fenómeno que se establece entre el “concepto general de capital” (*allgemeiner Kapitalbegriff*) y el “capital que existe para sí” (*für sich seiendes Kapital*) —la competencia— no se refiere al plano histórico-genético, sino al lógico-cognoscitivo.⁶⁴ Por lo tanto, si por un lado la estructura categorial no puede ser reducida a reflejo del movimiento real, por el otro, el dominio lógico-estructural de una forma del proceso define ciertamente, aunque no resuelve en sí ni suprime, la multiplicidad y complejidad de una fase histórica. La función política del nivel

⁶¹ K. Marx, *Das Kapital*, cit., Bd. III, p. 839 [K. Marx, *El capital*, III/8, p. 1057]. Las cursivas son mías.

⁶² R. Panzieri, *op. cit.*, p. 282.

⁶³ Cf. H. Reichelt, *op. cit.*, pp. 243 y ss. (trad. it., pp. 294 y ss.).

⁶⁴ Cf. A. Schmidt, *Geschichte und Struktur*, cit., pp. 41 y ss. (trad. it., cit., pp. 48 y ss.).

de la *Darstellungsweise* no consiste en superponerse mecánicamente a la *Forschungsweise*, sino en constituir su fundamento y su trasfondo. La dimensión de la táctica política sólo tiene un sentido y un lugar real en el interior de esta brecha, del mismo modo que la ciencia tiene —en el “plano cognoscitivo”— un sentido y un lugar en la brecha que existe entre la esencia y la forma fenoménica (“Toda ciencia sería superflua si la forma de manifestación y la esencia de las cosas coincidiesen directamente”).⁶⁵

9. PROCESO DE REPRODUCCIÓN Y PAPEL DEL ESTADO

Al sacar las conclusiones provisionales de nuestro discurso (al que sólo pretendemos darle el valor de un primer planteamiento del problema), quisiéramos detenernos todavía por un momento en el *estatuto* de la teoría de la crisis en relación con el tema de la “constitución”. Las teorías de Grossmann y Mattick, cuya importancia y riqueza de indicaciones hemos señalado, no están exentas de aporías y deformaciones debidas al condicionamiento histórico del que se alimentaron. En Grossmann, por ejemplo, a pesar de las repetidas advertencias teóricas, la génesis de la conciencia de clase del proletariado se pone en conexión directa y exclusiva con los períodos de crisis; y, en forma parecida, Mattick lleva a cabo una rígida separación entre períodos revolucionarios, definidos por la crisis económica, y períodos no revolucionarios, definidos por la fase de expansión productiva y por el consiguiente predominio de una línea reformista en el interior del movimiento obrero.⁶⁶ Indudablemente en estos enunciados se encuentra presente el riesgo de una reducción objetivo-mecanicista del problema de la constitución.⁶⁷ La aporía implícita en esta conexión directa entre períodos de crisis y génesis de la conciencia de clase no pue-

⁶⁵ K. Marx, *Das Kapital*, cit., Bd. III, p. 825 [K. Marx, *El capital*, III/8, p. 1041]. Para este conjunto de problemas cf. C. Luporini, *Marx secondo Marx*, cit., pp. 99-101 (actualmente en *Dialettica e materialismo* cit., pp. 269-271).

⁶⁶ Cf. P. Mattick, *Marx y Keynes. Los límites de la economía mixta*, y P. Mattick, *Marxismus und die Unzulänglichkeiten der Arbeiterbewegung*, cit., pp. 192 y ss. En lo que se refiere a una visión de conjunto de las posiciones teórico-políticas de Mattick nos remitimos a la antología francesa de sus escritos bajo el cuidado de R. Paris: *Intégration capitaliste et rupture ouvrière*, París, 1972, en particular, pp. 85 y ss.

⁶⁷ La existencia de este riesgo parecería confirmada por la ausencia en Grossmann y en Mattick de un análisis del proceso laboral y de la organización capitalista del trabajo.

de considerarse, sin embargo, como una limitación peculiar y exclusiva de Grossmann y Mattick en cuanto "teóricos del derrumbe", desde el momento que en el propio Lukács, que por lo demás fue el primero en plantear el problema de la constitución a la luz de *El capital*, se encuentra presente la misma interdependencia "catastrofista":

"El proletariado es [...] al mismo tiempo producto de la crisis permanente del capitalismo y ejecutor de las tendencias que llevan el capitalismo a la crisis [...] El proletariado actúa en la medida en que se conoce su situación y reconoce su situación la sociedad en la medida en que lucha contra el capitalismo. Pero la conciencia de clase del proletariado, la verdad del proceso 'en cuanto sujeto', no es en modo alguno algo que se mantenga uniformemente estable o que proceda según 'leyes' mecánicas. Es la conciencia del proceso dialéctico mismo: es él mismo un concepto dialéctico. Pues el lado práctico, activo de la conciencia de clase, su verdadera esencia, no puede ser visible según su auténtica figura más que si el proceso histórico exige imperiosamente su vigencia, más que si una crisis aguda de la economía la mueve a la acción."⁶⁸

Aun en sus aspectos aporéticos, las tentativas de Grossmann y Mattick participan, por lo tanto, del nivel más alto de la discusión de los años veinte y treinta. Aunque en Mattick el problema del estado se plantea sólo bajo la forma actual de la organización capitalista, la llamada "economía mixta",⁶⁹ la fecundidad de este planteamiento puede medirse *ex negativo* a través de una comparación con algunos escritos de Korsch del periodo americano, aparecidos en la revista *Living Marxism*, dirigida por el mismo Mattick.⁷⁰ En

⁶⁸ G. Lukács, *Geschichte und Klassenbewusstsein*, Luchterhand, Neuwied-Berlín, 1970, p. 113 [G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, México, Grijalbo, 1969, p. 44]. En cuanto a las implicaciones políticas y la actualidad de esta obra lukacsiana nos remitimos a la importante discusión entre F. Cerutti y D. Claussen, H. J. Krahl, O. Negt, A. Schmidt, en el libro *Geschichte und Klassenbewusstsein heute*, Francfort, 1971 (véase especialmente las pp. 18-25); este debate se puede encontrar también en la traducción italiana publicada en Milán, 1977, con una introducción de A. Vigorelli).

⁶⁹ En cuanto a una exposición del modelo económico resultante del *Marx y Keynes* de Mattick, nos remitimos al ensayo de F. Hermanin citado en la nota 29.

⁷⁰ *Living Marxism* (que llevaba anteriormente el nombre de *International Council Correspondence* y después el de *New Essays*) publica entre los años treinta y los años cuarenta estudios de teoría política, económica y social de algunos de los exponentes más conocidos del *Linkskommunis-*

ella, Korsch desarrolla reflexiones sobre el estado, en parte recogiendo nuevamente algunas consideraciones ya introducidas en otros trabajos, y en parte desarrollándolas. Lo interesante de estos artículos consiste para nosotros en el hecho de que constituyen la confirmación a contraluz de la importancia determinante del nivel de la *Darstellung* para la temática del estado. En el artículo "Marxism and the Present Task of the Proletarian Class Struggle",⁷¹ Korsch contrapone un Marx "teórico del proletariado" con un Marx "publicista radical-burgués" (refiriéndose a la colaboración de Marx en la *Neue Rheinische Zeitung* y en la *New York Daily Tribune*) y deduce este dualismo a partir del modelo jacobino de revolución adoptado por los fundadores del socialismo científico.⁷² Esta esquematización es, sin embargo, posible para Korsch, en cuanto personifica como teoría acabada y permanente las ideas sobre el estado expresadas por Marx y Engels en el *Vormärz*, al tiempo que no percibe la posibilidad de retematizar el problema del estado a partir de los resultados maduros de la crítica de la economía política.

Después de haber establecido una relación de simple trastocamiento entre la sociedad civil y el estado, con una indicación explícitamente antiestatal,⁷³ Korsch se encuentra con lo que considera la contradicción original del marxismo: debiendo —*en cuanto teoría*— ser el reflejo de un proceso real, no puede ser teoría de la revolución comunista y proletaria (desde el momento que ésta todavía no se ha realizado). El marxismo existió, pues, hasta ahora

mus. Ahí escriben, además de Mattick y Korsch (ambos emigrados a los Estados Unidos), Anton Pannekoek (se traducían periódicamente sus artículos publicados en *Rätekorespondenz* de Amsterdam) y Otto Rühle (a cuya *Einheitsorganisation*, nacida a partir de la escisión de la Kapd, se había aproximado sensiblemente el Proletarian Party of America, del que se desprendía luego otro grupo, el United Worker's Party, que se encargaba de la publicación de la revista). A partir de esta revista se obtuvo recientemente una antología francesa, dedicada, sin embargo, casi exclusivamente a los estudios críticos sobre la URSS: *La contre-révolution bureaucratique*, París, 1973. Actualmente, el libro *Capitalismo e fascismo verso la guerra*, bajo el cuidado de G. M. Bonacchi y C. Pozzoli, Florencia, 1976, constituye una amplia selección que comprende todos los temas de la revista.

⁷¹ En *Living Marxism*, iv, 4 de agosto de 1933; cf. en particular pp. 118-119.

⁷² La adopción de este modelo explicaría para Korsch las polémicas con Proudhon y Bakunin, basadas precisamente en el privilegiamiento de la fase política, partidista y estatal de la lucha de clase.

⁷³ Cf. al respecto, K. Korsch, "Economics and Politics in Revolutionary Spain", en *Living Marxism*, iv, 3 de mayo de 1938, y "Collectivisation in Spain", en *Living Marxism*, iv, 6 de abril de 1939.

como reflejo de una revolución distinta, la capitalista-burguesa. Al no lograr comprender la función práctico-política (además de científico-hermenéutica) del modo dialéctico de la exposición como elemento *distinto* del “modo de investigación”, Korsch establece entre el nivel de las abstracciones categoriales y el nivel de los hechos empíricos una relación de mera “reflexión” o de simple “correspondencia”.⁷⁴ De ahí el sustancial simplismo con que concibe la forma específica de *abstracción real* que está representada por el estado. Este último no es considerado a la luz de la estructura global que lo abstracto posee en la concepción del Marx maduro, sino más bien basándose en la contraposición directa de estado y sociedad civil, paralela a la de especulación-realidad.⁷⁵ Korsch, de este modo, en su afán de diluir diacrónicamente las categorías del marxismo para readaptarlas en cada caso, de manera pragmática, a las exigencias de una “teoría práctica de la revolución proletaria”, achata la problemática dialéctica de la constitución histórica (que marca las fases no rectilíneas de la transición de la lucha de fábrica a la lucha social en su conjunto, de la lucha económica a la lucha política) en la problemática positivista de la “especificación” empírica. La lucha de clase se simplifica así en un flujo de acciones empíricamente destacables, esparcidas en diversos puntos espacio-temporales, cuya multiplicidad no se reduce nunca al contexto morfológico de la crisis, al elemento unificador del presente histórico.

El resultado trágicamente impotente del pensamiento de Korsch demuestra, por lo tanto, que la desvinculación de la teoría de la revolución social —la teoría de las clases y del estado— con respecto a la crítica de la economía política y de la teoría de la crisis que emerge de aquélla produce paradójicamente una pérdida de *especificidad* precisamente en la dimensión política que inicialmente se quería privilegiar.⁷⁶

⁷⁴ Véase en tal sentido mi ensayo “Kritische Bemerkungen zur Korsch-Rezeption in Italien”, en *Jahrbuch Arbeiterbewegung - Theorie und Geschichte*, Bd, 1, *Über Karl Korsch*, cit., pp. 238-239.

⁷⁵ En esta perspectiva, el paralelo que se ha ido estableciendo, por ejemplo, en *Marxismo y filosofía* entre la supresión de la filosofía y la supresión del estado debe considerarse como un síntoma de una carencia propiamente teórico-política, conectada con una interpretación sustancialmente limitativa de las obras filosóficas juveniles de Marx. Sobre este punto cf. B. De Giovanni, “Marx e lo Stato”, en *Democrazia e diritto*, 1973, núm. 3, p. 49 [en español incluido en *Teoría marxista de la política*, cit.].

⁷⁶ El reverso de la medalla del programa “crítico” de Korsch es el dogmatismo de su recensión de la crítica de la economía política. Esta última es considerada, en efecto, concluida de una vez para siempre con el

Sobre todo no se penetra en la función del estado en la concepción marxiana madura: un problema que la teoría debe tomar finalmente como objeto de su propia reflexión.

El estado emerge de la *Darstellung* del proceso social de reproducción en su conjunto, como expresión suprema del carácter de realidad de la abstracción, de su dominio efectivo sobre la sociedad, de la estructura global de este dominio. El estado como última ribera del proceso lógico-histórico de socialización del capital y, en consecuencia, de universalización real del dominio de lo abstracto, vuelve a servir de fondo a la crítica de la economía política: instancia reguladora y, al mismo tiempo, expresión generalizada de la crisis.

análisis de la esencia del modo de producción capitalista desarrollado por Marx en *El capital*; para el que basta recapitular en cada caso sus conceptos fundamentales. Donde debe rescatarse y actualizarse (*die lebendige Weiterentwicklung*) la teoría marxiana es, en cambio, en su aspecto de teoría de la lucha de clase. La teoría de la revolución desligada del análisis estructural del desarrollo capitalista y de la consiguiente reflexión crítica sobre el aparato lógico de las categorías marxianas en relación con la “morfológica” modificada del modo de producción, termina de esta manera por oscilar —impotente— entre los polos opuestos del dogmatismo y del empirismo. (Véanse a este respecto las agudas observaciones de Oskar Negt, “Theorie, Empirie und Klassenkampf. Zur Konstitutionsproblematik bei Karl Korsch”, en *Jahrbuch Arbeiterbewegung - Theorie und Geschichte*, Bd, 1, *Über Karl Korsch* cit., p. 133.) La importancia y la novedad de Marx y Keynes (especialmente si se comparan con el modelo de Sweezy y Baran, que por muchos años condicionaron la discusión internacional) radica, por el contrario, en el hecho de que, debido a su rigor analítico, permite plantear un discurso teórico político unitario ligado a la dimensión de un análisis económico global, que relacione la producción con el mercado, la producción con la distribución, la producción con la reproducción, el proceso de reproducción con el estado, basándose en la teoría marxiana del valor.

III. "TÉCNICA SOCIAL", ESTADO Y TRANSICIÓN ENTRE SOCIALDEMOCRACIA WEIMARIANA Y AUSTROMARXISMO

1. AUTONOMÍA DE LA MACHT Y "LEGALIDAD ECONÓMICA" EN HILFERDING

La idea de "transición" propia de la socialdemocracia weimariana se ha identificado comúnmente con el informe de Rudolf Hilferding ante el Congreso de Kiel de 1927. En este informe —dedicado a *Las tareas de la socialdemocracia en la República*— se trazan, en efecto, por primera vez de manera orgánica, las líneas de transición del nuevo ordenamiento "organizado" del capitalismo de los años veinte a la forma socialista. Los presupuestos del socialismo ya se encuentran, para Hilferding, en los elementos de organización existentes en el desarrollo maduro del capitalismo, respecto a los cuales la estrategia del partido obrero ya no puede presentarse como solución revolucionaria de continuidad: "Capitalismo organizado [...] significa *sustitución del principio capitalista de la libre competencia con el principio socialista de la producción planificada*".¹ El socialismo no es, pues, más que el capitalismo organizado llevado a su extremo cumplimiento. Pero el hecho de que la *forma de racionalidad* latente en los elementos de organización de la economía capitalista ya se encuentre en la *racionalidad socialista* no significa que la transición a la *durchorganisierte Wirtschaft* —a la "economía completamente programada", que dos años antes, en el Congreso de Heidelberg, se había equiparado con el *Sozialismus*—² se dé por descontada o sea automática. Hilferding se muestra más oportuno en criticar los postulados del futurismo socialdemócrata anterior a la guerra, hasta el punto de advertir, en los primeros trazos de su informe que "el marxismo no fue nunca fatalismo, sino, por el contrario, sumo activismo".³

¹ R. Hilferding, "Die Aufgaben der Sozialdemokratie in der Republik", en *Protokoll der Verhandlungen des sozialdemokratischen Parteitages 1927 in Kiel*, Berlín, 1927, p. 168.

² Cf. R. Hilferding, "Das Parteiprogramm", en *Protokoll der Verhandlungen des sozialdemokratischen Parteitages 1927 in Heidelberg*, Berlín, 1925, pp. 272-283; 293-298 (especialmente la p. 297).

³ R. Hilferding, "Die Aufgaben der Sozialdemokratie in der Republik", cit., p. 165.

La temática de la relación clase obrera-desarrollo, jugó un importante papel en las reflexiones hilferdinguianas de estos años. Ocupa un lugar central en sus escritos políticos el aspecto relativo a la función desempeñada por el movimiento obrero en la *transformación* de la dinámica interna del sistema capitalista y en despertar en aquél las "tendencias revolucionarias". El ingreso de grandes masas organizadas introduce en la lógica del desarrollo una variable decisiva, un elemento *cualitativamente* nuevo. El efecto que se produce de este modo no es, sin embargo, un efecto de ruptura revolucionaria (la tradicional "conciencia de clase" segundointernacionalista, que hace precipitar un presunto decurso catastrófico), sino más bien de potenciamiento de las capacidades de adaptación de los mecanismos del sistema. La presencia organizada y "activa" de la clase invirtió el *trend* hacia el empobrecimiento y, al evocar las tendencias revolucionarias (*modernizadoras*) del capital, llevó al movimiento obrero a significativas conquistas en el campo salarial y legislativo.

Esta transformación interna de la dinámica capitalista no puede dejar de gravitar en las formas político-institucionales. Cae, por tanto, en primer lugar, la antigua piedra angular ideológica del marxismo, la tradicional distinción entre estructura y superestructura: "En la forma de la república", afirmaba Hilferding en su intervención en el II Congreso de la Internacional obrera socialista (IOS), "la superestructura recibe en efecto el influjo del poder, de la conciencia de clase, de las fuerzas organizativas del proletariado".⁴ Dentro de este marco de relaciones interactuantes, la implementación de la perspectiva del socialismo no está garantizada por *necesidad* alguna, y sólo es *posible*. La *Gesetzmässigkeit* del desarrollo económico produce, junto con el capitalismo organizado, premisas objetivas que representan una *chance* política (en sentido weberiano) para el movimiento obrero. La transformación socialista —o sea, la planificación total, armónica y contradictoria— de la sociedad deja de estar garantizada por una legalidad histórico-natural para convertirse en materia de un *proyecto consciente*. Pero esto implica que el lugar en que se desenvuelve este proyecto esté fuera —y por encima— de la *Gesetzmässigkeit* económica. En este punto es donde Hilferding introduce en el campo la categoría de "estado democrático" como puesta en juego de la lucha política entre la clase capitalista y la clase obrera: "Esto sólo significa que a nuestra generación se le impone la tarea de trans-

⁴ *Zweiter Kongress der Sozialistischen Arbeiter-Internationale in Marseille 22-27. August 1925*, Berlín s. f., p. 260.

formar, con el auxilio del estado, o sea, con el auxilio de una re-
lamentación social consciente, esta economía organizada y dirigida
por los capitalistas en una economía dirigida por el estado demo-
crático.”⁵

El estado se presenta aquí también como reedición de la “pa-
lanca del socialismo” lassalliana —como instrumento e instancia
funcionales para la realización histórica del objetivo de la “socie-
dad regulada”. Pero se presenta sobre todo como un *sujeto exó-
geno* a la dinámica económica (objetiva, autorreguladora) del sis-
tema. El problema de la retroactividad del nivel de lo Político
respecto al de lo Económico se extiende a lo largo de sus extremos:
economía organizada en forma burocrático-autoritaria *versus* eco-
nomía organizada en forma democrático-participativa. La instancia
de lo Político (o mejor dicho: de la *Macht*, del poder, como lo
llama Hilferding) *puede* desempeñar una función determinante
en los periodos de transición de una “forma” a la otra —o sea,
puede ser simultáneamente *garante e instrumento* de una trans-
formación en sentido socialista de la sociedad— *precisamente*
en cuanto independiente de la “Necesidad económica”. La diná-
mica interna de la necesidad-objetividad autorreguladora de la
economía (*ökonomische Gesetzmässigkeit*) tiende, entonces, a con-
figurarse como una especie de *subsistema potencial* de la política:
si el capitalismo y la clase obrera forman, *juntos*, el *contexto* del
proceso de transformación (que se desarrolla, de acuerdo con la
legalidad propia de ellos, en términos de adaptación), el *sujeto*
que lleva a cabo las virtualidades históricas latentes es el estado.

El estado democrático aparece, pues, al mismo tiempo, como
instrumento y envoltura formal (“garantizador”) del proceso de
transición. Hilferding parece volver a desempolvar en forma inter-
mitente (como en el Congreso de Heidelberg de 1925) el *topos*
engelsiano-tardío de la república democrática como “terreno más
favorable” para la lucha de la clase obrera.⁶ Se aparta, sin embar-
go, de Engels en el momento en que descubre en la democracia la
forma política propia de la fase de transición al socialismo. Para
Hilferding, la democracia es, empero, sobre todo una *técnica*. En
el sentido de que, en ella, la *forma* y el *método* constituyen una
sola cosa. La democracia es, al mismo tiempo, un sistema formal
de garantías jurídicas y un conjunto de funciones administrativas

⁵ R. Hilferding, “Die Aufgaben der Sozialdemokratie in der Republik”,
cit., p. 169.

⁶ Cf. *Protokoll der Verhandlungen des sozialdemokratischen Parteitagés*
1925 in Heidelberg, cit., p. 296.

—*Macht* y principio “racional” de organización. Algunas investi-
gaciones recientes⁷ ponen el acento, con mucha oportunidad, en
el hecho de que estas posiciones hilferdinguianas son mucho más
representativas de los problemas políticos de la social democracia
weimariana que las contemporáneas de un Kautsky (las cuales,
como veremos más adelante, tienen una trayectoria predomina-
mente doctrinaria por lo que aparecen separadas de los nudos
prácticos reales y de sus dramáticas implicaciones). Pero es igual-
mente indispensable señalar las *diferencias específicas* que —por
encima de la indiscutible permanencia de algunos *leitmotive* de la
tradicición— se establecen entre la problemática de la socialdemo-
cracia weimariana y la problemática de la SPD anterior a la
guerra.

Estas diferencias están expresadas muy bien, por otra parte,
por el corte político-cultural de *Die Gesellschaft*, revista que desde
1924 sustituyó —bajo la dirección de Hilferding— a *Die Neue*
Zeit, y que no sólo da testimonio de la mayor “modernidad” del
planteamiento hilferdinguiano, sino también del sensible desplaza-
miento que acusó con respecto a los años de *El capital financiero*
(1910). Partiendo de la indeterminación de la definición del es-
tado como “órgano ejecutivo” (*Vollzugsorgan*) de la sociedad,
Hilferding llega en los años siguientes a una progresiva especifica-
ción en sentido gradualista de la relación entre forma política y
desarrollo económico. Las etapas de esta reflexión sobre el “capi-
talismo organizado” que tiene como punto de llegada el citado
informe ante el Congreso de Kiel, se han identificado correctamen-
te con los años 1915, 1920 y 1924-1925.⁸ Extendiéndose a lo largo
de esta línea, la reflexión de Hilferding pasa del análisis crítico del
reformismo prebélico y de la espinosa constatación de la consoli-
dación, en los años del conflicto mundial, de una economía orga-

⁷ Me refiero sobre todo a las excelentes páginas que Gian Enrico Rus-
coni dedicó al análisis hilferdinguiano en su libro *La crisi di Weimar. Crisi*
di sistema e sconfitta operaia, Turín, 1977, pp. 177 y ss.; 337 y ss.

⁸ *Ibid.*, pp. 177-230. Las fechas mencionadas arriba se refieren al artícu-
lo “Arbeitsgemeinschaft der Klassen?” (publicado en 1915 en *Der Kampf*
y en el *Vorwärts*); al informe presentado en el Congreso de los Consejos
obrerros en Berlín (1920); al editorial “Probleme der Zeit” que abrió el
primer fascículo de *Die Gesellschaft* (1924); y finalmente a la intervención
en el Congreso de Heidelberg de la SPD (1925). Sobre los avances de la
teoría hilferdinguiana del “capitalismo organizado”, véase también la con-
tribución de H. A. Winkler, “Einleitende Bemerkungen zu Hilferdings
Theorie des Organisierten Kapitalismus”, en Varios autores, *Organisierter*
Kapitalismus, Gotinga, 1974, p. 9-18.

nizada en formas jerárquico-autoritarias (*herrschaftlich*)⁹ a la identificación —a partir del informe presentado el 5 de octubre de 1920 ante el I Congreso de los Consejos de fábrica de la contradicción entre los nuevos elementos de organización (superación tendencial de las desproporciones intersectoriales y tendencia a una sustitución cada vez más acentuada del empresario, en las funciones de control, con el *Wirtschaftsführer* o sea con el manager de la producción en posesión de una tecnología avanzada) y la permanencia del postulado privatista de la propiedad.¹⁰ La tarea inmediata del movimiento obrero consiste en *apropiarse* las técnicas consignadas por los avances más recientes de la *organisierten Kapitalismus*. Y en este proceso de apropiación instrumental es donde radica el sentido de una estrategia democrática de transición. En el sugestivo editorial que abrió el primer número de *Die Gesellschaft* —y que llevaba el significativo título de “Problemas de la época”— Hilferding define la democracia como gestión sincrónica de *espacialismos* que sin embargo deben permanecer como tales: en este uso-rescate funcional de los distintos “lenguajes” disciplinarios consiste el objetivo principal del “control democrático de la economía”, que marca la “transición del socialismo científico al socialismo constructivo”.¹¹ Los dos polos de referencia del discurso hilferdingiano son, pues, en este punto, el Estado y la Economía. Entre ellos se sitúa, sin embargo, un campo de tensión que la clase obrera debe traducir en la racionalidad del lenguaje institucional propio del estado democrático, a través de su partido. La continuidad evolutiva que había sido negada por el proceso macrohistórico es rescatado ahora en el ámbito de las *funciones exógenas de lo político*, en la esfera de la autonomía de la *Macht*. La transición al socialismo coincide de este modo con la progresiva “liberación” del estado de los condicionamientos socio-económicos (“externos”) del capitalismo privado o monopolista, para que pueda ejercer —en conformidad con su propio estatuto de universalidad e igualdad— la función de “máquina administrativa” capaz de llevar a cabo la *Rationalisierung* de la sociedad.¹²

La etapa de transición fundamental de esta estrategia de tran-

⁹ Cf. R. Hilferding, “Arbeitsgemeinschaft der Klassen?”, en *Der Kampf*, VIII, 1915, p. 322.

¹⁰ Cf. R. Hilferding, *Die Sozialisierung und die Machtverhältnisse der Klassen* (1920), Berlín, s.f., pp. 7-15 (sobre el cual conviene ver G. E. Rusconi, *op. cit.*, pp. 182-185).

¹¹ R. Hilferding, “Probleme der Zeit. Ein Geleitwort”, en *Die Gesellschaft*, I (1924), p. 3.

¹² Cf. R. Hilferding, “Die Aufgaben der Sozialdemokratie in der Republik”, *cit.*, p. 171.

sición está constituida por la extensión del modelo de la “*Parlamentarisierung*” desde el ámbito político al económico. La democracia política no sólo encuentra su propio complemento natural, sino la realización de su propia esencia, en la democracia económica. No es casual que la concepción hilferdingiana del capitalismo organizado sea adoptada en año siguiente como base teórica de la *Wirtschaftsdemokratie* en el Congreso sindical de Hamburgo.¹³ El *trabajo* —encuentro en el terreno económico de la universalidad del estado— se enmarca con todo derecho en el sistema de la representación *en cuanto* figura sindical y política: el trabajador es, al mismo tiempo, “ciudadano del estado” y “ciudadano de la economía”, *Staatsbürger* y *Wirtschaftsbürger*.¹⁴

Pero es en esta estructurología lineal en donde se plantea la relación Estado-Economía para quitarle a las plataformas estratégicas socialdemocrático-sindicales elaboradas durante la *Stabilisierungsperiode* cualquier margen de autonomía a la *política* de la clase obrera. Dicho esto, no se puede exorcizar sin embargo el problema que plantea esta estrategia tachando a Hilferding de subordinación a una concepción liberal o ingenuamente formalista de la democracia. El estado democrático del capitalismo organizado no es, para él, sólo una envoltura garantista, sino es también un *Parteienstaat*, un estado que comprende simultáneamente en sí tanto los partidos como las organizaciones sindicales de la clase obrera: “Los partidos”, afirmaba Hilferding en Kiel, “son partes constitutivas del estado del mismo modo exactamente que el gobierno y la administración”.¹⁵ Además, Hilferding no niega la permanencia dentro de la forma democrática de la lucha de clase, de la que los partidos son, más bien, la máxima expresión y traducción. Pero, ya que los partidos están absorbidos enteramente por el estado, la lucha de clase continúa subsistiendo, aunque *totalmente dentro* de las formas institucionales (o sea, *traducida totalmente en ellas*). Estos temas los encontramos nuevamente planteados en bloque —con una ulterior acentuación del perfil gradualista— en el estudio de la *democracia económica* desarrollado por Fritz Naphtali en su libro homónimo de 1928. En él, se estigma-

¹³ Cf. *Protokoll der Verhandlungen des 13. Kongresses der Gewerkschaften Deutschlands (3. Bundestag des Allgemeinen Deutschen Gewerkschaftsbundes) abgehalten in Hamburg vom 3. bis 7. September 1928*, Berlín, 1928, pp. 20-22; 170-224.

¹⁴ Cf. Th. Leipart, “Augf dem Wage zur Wirtschaftsdemokratie”, en *Gewerkschaftszeitung*, 7 de julio de 1928, núm. 27, pp. 417-418.

¹⁵ R. Hilferding, “Die Aufgaben der Sozialdemokratie in der Republik”, *cit.*, p. 171.

tiza la relación entre capitalismo organizado y proceso de transición al socialismo en los términos de un reformismo lineal: la *Durchorganisierung* jerárquica del capitalismo produce automáticamente una *Gegenbewegung* —un “movimiento en sentido opuesto”, una tendencia simétrica y contraria— que apunta a abolir el límite impuesto al poder político por el interés de los monopolios, realizando la esencia reconciliadora-comunitaria del estado.¹⁶

El encuadramiento estatal del sindicato y de las distintas instancias de participación (que se presentan como verdadera *Gemeinschaftskörper*, “cuerpos comunitarios”) y la función racionalizadora de la “política social” (*Sozialpolitik*) reciben con todo derecho el calificativo de elementos constitutivos de la transformación socialista de la economía.¹⁷ Este programa de institucionalización de los sindicatos en el marco de un modelo de participación de tipo co-administrativo alcanza, como dijimos anteriormente, el rango de doctrina oficial del sindicalismo weimariano en el congreso de Hamburgo del ADGB.

La ascendencia teórica hilferdinguiana era notoria en la doble valencia asignada a la forma estado, que se configuraba, por un lado, como *rationalidad administrativa* —punta emergente de un iceberg que hundía su base en los procesos subcutáneos de racionalización de la producción y de *Vergesellschaftung* del proceso laboral y por el otro, como auténtico *Gemeinwesen*, entidad colectiva y *sujeto-factor* de la transición, en cuanto dispositivo de garantías universales independiente de la “legalidad” económica.¹⁸ Pero este planteamiento dejaba abierta la cuestión —que se revelaría crucial en los avances posteriores de la república de Weimar— de si el marco político democrático era “por sí mismo un elemento de contradicción” o sólo “un campo dentro del que tenían cabida contradicciones o mejor dicho conflictos de clase”.¹⁹ La fe socialdemócrata y sindical en la traducibilidad progresiva de todas las expresiones del conflicto social en la dialéctica *competitiva* propia de la democracia política (reforzada por el apoyo comunitario-participativo) dejaba en la oscuridad el interrogante general que permanecía en el trasfondo de la nueva plataforma es-

¹⁶ Cf. F. Naphtali, *Wirtschaftsdemokratie*, Berlín, 1928, p. 30 (reimpreso en Francfort, 1966).

¹⁷ Cf. H. Potthof, “Sozialpolitik als Rationalisierung der Wirtschaft”, en *Gewerkschaftszeitung*, 7 de mayo de 1927, núm. 19, p. 254.

¹⁸ Cf. *Protokoll der verhandlungen des 13. Kongresses der Gewerkschaften Deutschlands*, cit., pp. 172 y ss.

¹⁹ G. E. Rusconi, op. cit., p. 200.

tratégica: el relativo a las nuevas *implicaciones políticas* de la combinación entre hegemonía capitalista y racionalización.

2. LA CRÍTICA AUSTROMARXISTA A LA TEORÍA DEL “CAPITALISMO ORGANIZADO”

La brillante crítica desarrollada en el mismo año por Otto Leichter en *Der Kampf*, órgano teórico de la socialdemocracia austriaca, pone en evidencia las graves aporías implícitas en esta visión neoevolucionista del capitalismo organizado que prevaleció en el Congreso de Kiel. Las deliberaciones de Kiel, al asumir el nuevo ordenamiento organizativo del desarrollo capitalista como un dato objetivamente válido y positivo para el movimiento obrero, le parecían a Leichter una peligrosa tijera entre el movimiento (*Bewegung*) y el objetivo final (*Endziel*), con el efecto de personificar, por un lado la forma democrática y de achatar, por el otro, la política del partido dentro de los horizontes de un programa de reformas parciales, consideradas de manera triunfalista como etapas graduales de una aproximación al socialismo. La debilidad de esta estrategia —incapaz de producir una perspectiva al mismo tiempo *realista* y de *largo plazo*— tenía su origen en la interpretación del capitalismo posbélico proporcionada por Hilferding, a la que se le daba, según Leichter, mucha importancia, ya que de ella se podía rescatar “no sólo la evaluación de una situación táctica contingente, sino más bien la concepción general del partido en el camino al poder”.²⁰ El carácter ideológico del análisis hilferdinguiano consistía en reducir a un incremento lineal de “organización” lo que en realidad era un proceso contradictorio de “politización” (*Politisierung*) de las relaciones de producción capitalistas y de la función de los *Wirtschaftsführer*: no se debía hablar de “capitalismo organizativo”, sino más bien de “capitalismo politizado” (*politisiertes Kapitalismus*).²¹ De este modo, Leichter trataba de golpear la indiferenciación existente en el concepto hilferdinguiano de democracia —que se podía encontrar en el rechazo a asignarle a la democracia política el apelativo de “formal”— colocando en el centro de la atención la *problematicidad de la relación democracia-desarrollo* en la fase del “capitalismo politizado”, en el momento en que la interdependencia entre capital y estado tendía a hacerse más estrecha. De ahí la necesidad que tenía el movi-

²⁰ O. Leichter, “Kiel und Linz”, en *Der Kampf*, xx, 1927, p. 303.

²¹ *Ibid.*, pp. 307-308.

miento obrero de adquirir una concepción no ingenuamente reconciliadora-comunitaria, sino dualista-antitética de la forma democrática, en cuanto campo invadido por el antagonismo entre las clases.²²

La crítica de Leichter atacaba, sin duda, los dos postulados fundamentales del análisis hilferdingiano: la prognosis optimista del desenvolvimiento del capitalismo organizado y la desconcertante confianza en la posibilidad de transformar el andamiaje institucional weimariano en un *Rechtsstaat* social. El primero de estos postulados descansaba, en efecto —conviene precisarlo, inmediatamente—, en un doble error: el de considerar el capitalismo financiero como un factor de organización y de mitigación de la anarquía capitalista, y el de considerar como un dato conquistado definitivamente e irreversible la “función de guía de la gran industria química”,²³ que constituía la *sozialstaatliche Komponente*, el ala avanzada del empresariado weimariano, favorable a un pacto social con la socialdemocracia y dispuesta a colaborar con los sindicatos. El error de Hilferding no fue, pues, únicamente —como sostiene Franz Neumann—²⁴ el de no darse cuenta de la clara tendencia al predominio del capital industrial sobre el capital financiero que estaba emergiendo en Alemania en los años veinte (los grandes *Konzerne* racionalizados eran capaces, en efecto, de autofinanciarse o de recurrir directamente a los préstamos extranjeros: razón por la cual los bancos terminaron por desarrollar en Weimar la función de instituciones de transferencia del capital extranjero); la limitación del teórico socialdemócrata consistió también en que subvaluó la relevancia de las contradicciones “internas” entre los diversos sectores industriales, y en particular el papel de la industria pesada del Ruhr, de la que en los años de la crisis partiría el contraataque que conduciría a la disolución de la primera república.²⁵ El segundo postulado habría puesto de manifiesto el carácter ilusorio en relación con la crisis, en el momento en que Hilferding se negaría a proceder, en el periodo en que estaba a la cabeza del ministerio de las finanzas (1928-1929), a llevar a cabo intervenciones anticyunturales, en

²² *Ibid.*, pp. 309-311.

²³ R. Hilferding, “Politische Probleme”, en *Die Gesellschaft*, III, 1926, p. 292.

²⁴ Cf. F. Neumann, *Behemoth. Struttura e pratica del nazionalsocialismo* (1942), con introducción de Enzo Collotti, Milán, 1977, p. 292. [Hay edic. en español.]

²⁵ Para todos estos problemas —y para la discusión teórica e historiográfica correspondiente— véase más adelante el cap. II de la segunda parte.

conformidad con su propia concepción del estado, como factor exógeno “no perturbador” que puede organizar desde fuera y desde arriba el ciclo económico, pero que no puede alterar su legalidad intrínseca interviniendo en el mismo.²⁶

El paralelismo entre la reducción de la *Politisierung* a la *Parlamentarisierung* y la identificación del contenido autónomo de la *Macht* en la mera “gestión” (en el simple *Organisieren* técnico-administrativo)²⁷ de lo económico no podría ser más perfecto. La crisis se reduce, entonces, a una *incapacidad de administración*, a un uso insuficiente, por parte del capitalismo organizado, de los instrumentos de control de los que dispondría potencialmente.²⁸ La política no es la morfología de la crisis sino la causa de que ésta no tenga solución: “La crisis económica”, escribe Hilferding en 1930, “ya no aparece determinada económicamente, como un fenómeno que acompaña periódicamente el desarrollo capitalista. Es más bien una mala prueba del estado, de la política”.²⁹ Parece, pues, muy oportuna la observación relativa a la existencia, en Hilferding, de una estrecha implicación entre traducción operativa del problema de la crisis en problema de “gestión de mecanismos casi apolíticos”³⁰ y consolidación del primado de lo político-institucional como formalización abstracta del conflicto de clase. Las consecuencias de esta desarticulación (sólo intuida por Leichter) del ámbito estatal con respecto a las *contradicciones orgánicas* que invaden el mecanismo de la reproducción social se manifestaban dramáticamente en la parálisis de la SPD durante los últimos años de la república de Weimar, expresada simbólicamente por la llamada “política de tolerancia” respecto al gobierno presidencial de Brüning.

3. EL JUICIO SOBRE OCTUBRE Y LA ANOMALÍA DEL CASO AUSTROMARXISTA

En su artículo, Leichter les contrapone de manera polémica a las deliberaciones de Kiel la plataforma que había prevalecido el

²⁶ Cf. R. Hilferding, “Probleme der Kreditkrise”, en *Die Gesellschaft*, VIII (1931) p. 241.

²⁷ Cf. R. Hilferding, “In Krisennot”, en *Die Gesellschaft*, VIII (1931), p. 8.

²⁸ Cf. R. Hilferding, *Gesellschaftsmacht oder Privatmacht über die Wirtschaft*, Berlín, 1931, p. 27.

²⁹ R. Hilferding, “In der Gefahrzone”, en *Die Gesellschaft*, VII, (1930), p. 290 (véase también G. E. Rusconi, *op. cit.*, p. 362).

³⁰ G. E. Rusconi, *op. cit.*, p. 350.

año anterior en el Congreso de Linz de la socialdemocracia austriaca, en el que se habían revisado completamente las líneas programáticas adoptadas en 1889 en el Congreso de Hainfeld y enmendadas en 1901 en el Congreso de Viena. El nuevo programa sancionaba oficialmente el liderazgo de la tendencia "austromarxista" de Otto Bauer formalizando el distanciamiento del viejo evolucionismo segundointernacionalista de Victor Adler, que de hecho ya había madurado en los años de la guerra (recuérdese, a este respecto, el célebre atentado realizado por Friedrich Adler en 1916 —exactamente a un año de distancia de la Conferencia de Zimmerwald— contra Stürgkh, jefe del gobierno del Imperio de los Habsburgo).³¹ *Prima facie*, el Programa de Linz³² se presenta como una desmistificación radical del estado democrático —y, por lo tanto, en las antípodas de la *Illusionspolitik* de la SPD weimariana y de su fetichización de la instancia democrático-formal. Lejos de entenderse como factor de racionalidad exento de contradicciones, el estado democrático aparece, en esta línea estratégica, como un campo invadido por antagonismos de clase que no sólo tienen obviamente una raíz, sino también una autonomía de organización y de acción extra institucional. Bauer había introducido, por lo tanto, —de acuerdo con el teórico de la izquierda Max Adler— en el debate del congreso la noción de "duplicidad de sentido de la democracia",³³ que en los años inmediatamente anteriores había resumido en la teoría de la forma democrática como expresión de un "estado de equilibrio de las fuerzas de clase".³⁴

El precipitado práctico de esta concepción —signo, como veremos, de una incongruencia político-estratégica que llevaría a la SPÖ a consecuencias opuestas pero simétricas, o sea, condenadas igualmente al fracaso, a las de la socialdemocracia weimariana— estaba constituido por la cláusula de la "violencia defensiva" que, acogida por casi la mitad del programa, despertó no poco alboroto y escándalo en los ambientes de la SPD. Esta cláusula,

³¹ Para una reconstrucción histórica de las vicisitudes y de los debates políticos del austromarxismo me permito remitirme de una vez por todas a mi libro *Austromarxismo e socialismo di sinistra fra le due guerre*, Milán, 1977.

³² El texto del Programa de Linz se puede leer ahora en el libro antológico *Austromarxismus*, bajo el cuidado de H. J. Sandkühler y R. de la Vega, Frankfurt, Viena, 1970, pp. 378-402.

³³ Cf. *Protokoll über die Verhandlungen des Sozialdemokratischen Arbeiterpartei Deutschösterreichs, Abgehalten zu Linz 1926*, Viena, 1926, p. 272 y *passim*.

³⁴ Cf. O. Bauer, *Die österreichische Revolution*, Viena, 1923, pp. 196 y ss.

que consideraba la posibilidad por parte del partido de recurrir al uso de la violencia, en caso de una eventual amenaza al ordenamiento constitucional de la república, era en realidad un corolario de la fase de transición que se había ido definiendo cada vez más en términos de una estrategia basada en el *dualismo de poder* y destinada a la salvaguardia de la autonomía social y extraparlamentaria del bloque obrero contra el bloque burgués. Las expresiones más representativas y dramáticas de esta línea fueron, por un lado, el rechazo a dar cabida a nuevos gobiernos de coalición —después del primer experimento fallido dirigido por la SPÖ (y el consiguiente repliegue en la administración "ejemplar" de la "Viena roja")—, y por el otro, la creación (ocurrida en 1923) del *Republikanischer Schutzbund*, la organización paramilitar de los obreros socialdemócratas dirigida por Julius Deutsch (que contaba con un contingente de 120 000-150 000 hombres armados).

Desde el momento que las aporías de esta estrategia de la "violencia defensiva" —que, como se ha dicho, desembocaría en un resultado igualmente trágico que el weimariano— se ponen en evidencia ya desde los famosos hechos de julio de 1927 (cuando se produjo el incendio del Palacio de Justicia y la represión sangrienta de la protesta popular contra la absolución de los fascistas que habían disparado contra un cortejo matando a dos obreros), sería oportuno proceder esquemáticamente a hacer un análisis crítico tanto de las aportaciones originales de la línea austromarxista, como de los aspectos aporéticos que condicionaron de una manera tan negativa sus salidas.

La divisoria de aguas entre la posición "austromarxista" de Max Adler y Otto Bauer (que hacia el final de 1918 —o sea a la muerte del viejo Victor Adler, ocurrida en forma simultánea con la proclamación de la República— había asumido la dirección del partido) y la de Karl Kautsky aparece claramente desde 1920. Mientras Kautsky —en esos mismos años— plantea una teoría de la transición en la que la Constitución de Weimar es considerada como un instrumento válido para la realización del socialismo y en la que la etapa intermedia ya no está constituida por la dictadura del proletariado, en cualquier forma que se entienda, sino por el gobierno de coalición,³⁵ Bauer y Adler se niegan decididamente a personificar la forma democrática, distinguiendo en su interior el aspecto político del aspecto social, y llegando así a la conclusión de que *dictadura y democracia no son antítesis drásti-*

³⁵ Cf. K. Kautsky, *Die proletarische Revolution und ihr Programm*, Berlín, 1922, pp. 105-106.

cas —ya que la democracia *política* no es más que una forma histórica real del ejercicio de la dictadura socioeconómica de la clase capitalista (y, en consecuencia, también una forma de ejercicio potencial de la misma “dictadura del proletariado”). Además, mientras Kautsky había llegado, en su cruzada contra el bolchevismo, a definir la Rusia soviética de los primeros años veinte como un régimen bonapartista “deteriorado” y “reaccionario” —que había inaugurado un verdadero sistema de “esclavitud de estado”—,³⁶ para Bauer y Adler, en cambio, el partido de Lenin era un partido “auténticamente socialista”, que actuó con una estrategia revolucionaria absolutamente adecuada a las condiciones históricas de Rusia. Por último, los “austromarxistas” mantendrían firme la distinción entre universalidad de Octubre, en que ellos encontraban inmediatamente una ruptura *epochemachend*, un punto de no retorno de la historia mundial, y especificidad nacional (y en consecuencia no una generalizabilidad) del “modelo bolchevique”.³⁷ También cuando Bauer escribía en el exilio en 1939 en pleno régimen estaliniano, su obra tal vez más importante (*¿Entre dos guerras mundiales?*) consideraría —adoptando una posición realmente anómala en el ámbito de la socialdemocracia europea— el régimen de dictadura no como una alternativa absoluta a la democracia, sino por el contrario como una fase necesaria del desarrollo hacia la misma, en una perspectiva que tendía a establecer un nexo directo de reciprocidad entre la perspectiva internacionalista y la democratización interna de la URSS:

“El proceso de transformación de la sociedad capitalista en la socialista que se está llevando a cabo en la Unión Soviética, sólo quedará terminado cuando la dictadura, que ha sido necesario poner y mantener en movimiento en este proceso, sea desmantelada y sustituida por una democracia socialista que, basándose en la restauración de los derechos del individuo, de la plena libertad individual y de la directa autodeterminación de la colectividad, convierta finalmente a las masas en protagonistas del proceso laboral, vital y cultural en que están incorporadas.”³⁸

Promover el proceso de democratización (para Bauer nece-

³⁶ Cf. K. Kautsky, *Von der Demokratie zur Staatssklaverei*, Berlín, 1921, en el que Kautsky retoma los temas de *Terrorismus und Kommunismus*, Berlín, 1919, y responde a las críticas que le hiciera Trotski en su escrito homónimo [*Terrorismo y comunismo*].

³⁷ Cf. Sobre todo H. Weber (seudónimo de Otto Bauer), *Die russische Revolution und das europäische Proletariat*, Viena, 1917; M. Adler, *Democrazia e consigli operai* (1919), Bari, 1970. [Hay edic. en esp.]

³⁸ O. Bauer, *¿Zwischen zwei Weltkriegen?* Bratislava, 1936, p. 327.

sariamente “gradual”) de la Rusia soviética no debe equivaler, sin embargo, a la invocación de un regreso a las formas históricas de la democracia política (como quisieran los críticos liberalburgueses del socialismo), ya que “aquí no se trata de la conquista de la democracia sobre la base de un ordenamiento social capitalista, sino más bien [...] sobre la base del ordenamiento social socialista”.³⁹ Estos juicios de Bauer se ponían en perfecta continuidad con el espíritu del análisis planteado por él en 1920 en *¿Bolchevismo o socialdemocracia?*⁴⁰ —en el que había previsto que el sistema soviético daría origen a “formas sociales mixtas que nuestra ciencia, resultante de un proceso de abstracción efectuado sobre la base de las experiencias del pasado, no es capaz todavía de clasificar”— y desarrollado ampliamente en 1931 en *Rationalisierung-Fehlrationalisierung* (que debía haber sido el primer libro de una gran obra sobre las transformaciones ocurridas en el capitalismo y en el socialismo después de la guerra mundial), en el que se pone de manifiesto, contra todas las críticas doctrinarias a la Kautsky, que los éxitos de la construcción económica en la URSS representaban la mejor refutación de la ciencia económica burguesa, para la que un sistema de economía planificada centralmente era incapaz de funcionar desde el punto de vista estructural.⁴¹

Estas rápidas alusiones pretenden servir para demostrar que no es posible comprender la anomalía del caso austromarxista y de su idea de transición si se prescinde del impacto extraordinario producido por la guerra y por la ruptura de 1917 sobre todo el debate teórico del movimiento obrero europeo. Y esto es válido tanto para el “área socialdemocrática” como para el “área leninista”. Sin esta cisura histórica no se entiende la *nueva constelación teórica*, en la que estos mismos temas que habían ocupado el *Revisionismusstreit* anterior a la guerra (desde la *Bernstein-Debatte* en adelante), cuando se vuelven a tomar, adquieren un significado distinto y una inclinación político-práctica absolutamente nueva. No obstante, Octubre es el comienzo de una complicación inaudita de la relación entre capitalismo y movimiento obrero. Una complicación que produce, en Occidente, nudos realmente “inéditos”. Para comprender el alcance de éstos, ya no sirve de mucho la

³⁹ *Ibidem*.

⁴⁰ Ahora se lo puede leer, en una nueva versión italiana, en un apéndice de G. Marramao, *Austromarxismo e socialismo di sinistra fra le due guerre*, cit., pp. 143 y ss.

⁴¹ Cf. O. Bauer, *Kapitalismus und Sozialismus nach dem Weltkrieg*, vol. 1: *Rationalisierung-Fehlrationalisierung*, Viena, 1931. [Hay edic. en esp.]

antigua y segura división tajante entre revolucionarios y reformistas (para no hablar de la escolástica política e historiográfica que tiende a convertir el "revisionismo" en una especie de arquetipo). Hay que entender, en cambio, la profundidad por así decir político-estructural de los problemas que surgen de ahí.

El significado de la divisoria de aguas de 1917 se pone en evidencia de una manera totalmente particular en el caso del austromarxismo. Su caso adquiere un contenido político precisamente en el momento, en que —bajo el impulso de la guerra y de la Revolución de octubre— se desintegra como *Geistesgemeinschaft*, como grupo intelectual homogéneo, para afrontar directamente los problemas de la dirección del partido y de la relación con el estado. No es casual que, aunque la posición ideológico-cultural de la llamada *Wiener Marxsche Schule* haya madurado desde antes de la guerra, sólo después de Octubre se haya calificado con pleno derecho como una tendencia política original del socialismo europeo, que iría estableciendo relaciones orgánicas con sectores cada vez más amplios de la misma "área socialdemocrática" weimariana (primero con la USPD, y después con el ala izquierda del Partido socialdemócrata unificado): piénsese únicamente en la breve aunque significativa vida de la Unión de los partidos socialistas para la acción internacional —mejor conocida con el irónico apelativo de "Internacional 2½" que le dio Karl Radek—,⁴² cuyas posiciones de "tercera fuerza" siguieron operando aún después de su reabsorción en el IOS (1923). No hay que olvidar que precisamente en los años de la guerra y de la revolución los ambientes burgueses —según el testimonio del mismo Bauer—⁴³ acuñaron el término "austromarxismo", para denunciar las tendencias radicales y "filoleninistas" (o "austrobolcheviques", como se llamaban también) que se habían ido formando en el interior de la SPÖ, y que, con el derrumbe del Imperio, habían asumido el liderazgo del partido. Este viraje explica, por otra parte, por qué el movimiento obrero tuvo en Austria, a diferencia de lo que había sucedido en la Alemania de Weimar, un carácter fuertemente unitario (sobre todo después de la práctica automarginación del partido comunista con respecto al movimiento de masa, a consecuencia de las desmañadas tentativas putschistas de 1919 organizadas de

⁴² K. Radek, *Theorie und Praxis der 2½ Internationale*, Hamburgo, 1922.

⁴³ Cf. (O. Bauer) "Austromarxismus", en *Arbeiter-Zeitung*, 3 de noviembre de 1927, ahora en Varios autores, *Austromarxismus*, cit., pp. 49-52.

acuerdo con el entonces jefe de la República de los Consejos húngaros, Béla Kun).⁴⁴

4. DESARROLLO CAPITALISTA Y POLÍTICA DEL MOVIMIENTO OBRERO: LA CRÍTICA DE BAUER AL MECANICISMO SEGUNDOINTERNACIONALISTA

A la luz del impacto extraordinario de Octubre sobre la reflexión teórica del austromarxismo se puede comprobar retrospectivamente en qué sentido y en qué medida las divergencias con la concepción kautskiana de la transición democrática no estaban sujetas a meras cuestiones táctico-organizativas, sino implicaban una *valorización estratégica* de la visión original de la relación entre *desarrollo capitalista y política del movimiento obrero* que la "comunidad intelectual" austromarxista había ido definiendo desde antes de la guerra a través de un órgano teórico como las *Marx-Studien* (en las que habían visto la luz obras como *El capital financiero* de Hilferding, *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia* de Otto Bauer, y *Causalidad y teleología en el debate sobre la ciencia* de M. Adler) y, sobre todo, a través de la revista *Der Kampf*, que, fundada en 1907 por Otto Bauer, Karl Renner y Adolf Braun, había emprendido una permanente confrontación con la cultura y la ciencia burguesas de la época, en el excelente medio de la centellante fragua de conocimientos constituida por la *gran Viena*. Muy pronto la nueva revista se convirtió, con su política cultural original y autónoma, en el principal competidor de *Die Neue Zeit* en el área del socialismo de lengua alemana, dando la palabra y la organización a la segunda generación de intelectuales marxistas cuya llegada al movimiento obrero había estado mediado por las sugerencias de la *Bernstein-Debatte* y, sobre todo, por la crítica hecha al marxismo por el filón "neokantiano" de los Stammer, de los Rickert, de los Kelsen, como también por la crítica hecha por Mach al materialismo mecanicista. Para comprender los aspectos más propiamente teórico-políticos de esta actitud cultural y medir el diafragma que la separa de la "primera generación marxista" de los Mehring, de los Cunow y de los Lafargue, sería útil examinar por un momento una discusión que se desarrolla en 1909 entre Bauer y Kautsky sobre el problema del "camino al poder".

En un artículo-recensión al homónimo y célebre opúsculo kau-

⁴⁴ Cf. A. D. Low, "The first Austrian Republic and Soviet Hungary", en *Journal of Central European Affairs*, xx (1960), núm. 2, pp. 184 y ss.

tskiano, aparecido en el fascículo del primero de mayo de *Der Kampf*, Bauer le hacía al análisis del "Maestro" una serie de objeciones que —por encima de las afirmaciones diplomáticas de acuerdo sustancial— echaban por tierra de hecho todo su planteamiento teórico. En ese escrito, como es sabido, Kautsky había rechazado la táctica del gobierno de coalición basándose en la previsión de que, una vez transcurrido un periodo de actuación efímera, sería inminente la agudización del antagonismo entre burguesía y proletariado. El esquema teórico kautskiano se apoyaba en el paradigma de la dependencia inevitable entre la concentración capitalista y la revolución proletaria: "a medida que avanza de una manera necesaria e incontenible la expansión continua del modo de producción capitalista se hace cada vez más inevitable e incontenible la contraposición decisiva a esta expansión: la revolución proletaria".⁴⁵ El momento de la revolución proletaria no se presentaría, sin embargo, con un estallido insurreccional, sino tendría lugar en los países en los que el capitalismo y el movimiento obrero ya se habían desarrollado bajo formas más lentas y graduales, en los términos de lo que el año siguiente llamaría, en su discusión con Rosa Luxemburg, "estrategia de desgaste".⁴⁶ A pesar de aceptar formalmente las conclusiones "gradualistas" del análisis kautskiano, Bauer rechazaba decididamente el presupuesto teórico que servía de fundamento a la política del movimiento obrero sobre la *inevitabilidad* de la radicalización de los intereses económicos inmediatos de las clases antagonistas. "Precisamente porque consideramos como correctas las conclusiones a las que arribó Kautsky en su búsqueda por desentrañar el 'camino hacia el poder' es que nos parece en extremo peligroso hacer descansar semejantes conclusiones sobre premisas incorrectas y frágiles. Nosotros no creemos que el proletariado sólo pueda ser considerado maduro para la lucha decisiva por el poder político cuando bajo el dominio burgués no sea ya posible obtener ninguna conquista parcial. ¡Todo lo contrario!"⁴⁷

Soterrada —y dejando a un lado la diplomacia— se encontraba una "interpretación" completamente distinta de las tendencias de desarrollo del capitalismo. Los procesos de concentración capi-

⁴⁵ K. Kautsky, *Der Weg zur Macht* (1909) [en esp., *El camino del poder*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 68, México, 1978, p. 180].

⁴⁶ K. Kautsky, "Was nun?", en *Die Neue Zeit*, xxviii (1909-1910), 2, p. 37 [en esp., "¿Ahora qué?", en *Debate sobre la huelga de masas*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 62, México, 1979].

⁴⁷ O. Bauer, "Der Weg zur Macht", en *Der Kampf*, II (1909), p. 340. [En *El camino del poder*, cit., p. 297.]

talista no son para Bauer procesos ciegos que simplifican la dinámica estructural y la estratificación social del capitalismo. Son más bien el signo de una *novedad sustancial*, de un elemento de conciencia (de intencionalidad política) y de organización que interviene en el mecanismo del desarrollo produciendo en él complicaciones y disimetrías sustanciales, que destruyen el carácter lineal del antiguo automatismo competitivo. Mientras en la fase anterior del "capitalismo individual", las "leyes de la competencia" actuaban como "potencias naturales que escapaban al control no sólo del individuo o de una organización, sino del mismo estado", ahora deben pasar "por la cabeza de los hombres"; cada acontecimiento económico se convierte de esta manera en "un acto *consciente* de las organizaciones".⁴⁸ "El liberalismo de Manchester ha muerto", exclama Bauer al final de su razonamiento. Pero, frente a la complejidad de la nueva configuración organizada por la economía capitalista, la política del movimiento obrero ya no puede resolverse en una agitación propagandista del *Endziel* socialista (puesto que ya no existe —como seguía sosteniendo Kautsky— una masa indiferenciada, proletarizada y empobrecida que se reúna a su alrededor), sino debe responder más bien al salto cualitativo dado por el dominio capitalista con un salto cualitativo de su propia organización, con una readaptación organizativa y "cultural" de los instrumentos heredados de su propia tradición. El mismo *Endziel* necesita desagregarse para poder penetrar en las diversas divisiones sectoriales de la "ciencia organizada".

La crítica de Bauer a Kautsky *no* se comprende fuera del contexto del replanteamiento general, que los austromarxistas estaban llevando a cabo en esos años precisamente, de la relación intelectuales-socialismo. Data, en efecto, de 1910 el significativo opúsculo maxadleriano dedicado a este tema, en el que —dando un giro de 180 grados al chato economicismo kautskiano, que resolvía la cuestión de la *intelligentsia* científica en un análisis de la proletarianización del estrato intelectual— se ponía el acento fundamental en la *especificidad del papel de los intelectuales como "portador de ciencia"*.⁴⁹ La contribución de los intelectuales a la lucha de clase —que en Kautsky coincidía con la propaganda de socialismo (y con la construcción separada de una visión sistemático-enciclopedista del mundo) en espera de que se llevara a cabo la concentración, llevando consigo inevitablemente el corolario 'sociológico' de

⁴⁸ *Ibid.*, p. 342 [p. 299].

⁴⁹ Cf. M. Adler, *Der Sozialismus und die Intellektuellen*, Viena, 1910. [M. Adler, *El socialismo y los intelectuales*, México, Siglo XXI, 1980; véase sobre este problema el ensayo introductorio de Leonardo Paggi.]

la proletarianización, que habría simplificado todo el tejido social en la dicotomía capitalistas-obreros— se configuraba, de esta manera, como función de redefinición de los papeles específicos de la *intelligentsia*, en un proyecto de reunificación tendencial de los segmentos separados del “cerebro social”. De ahí el sentido político de la desagregación de la previsión morfológica de Marx y de la confrontación con el neokantismo, que Max Adler había emprendido desde el principio del siglo. Y de ahí también el rescate baueriano del “núcleo racional” existente en el revisionismo de Bernstein: la tarea de la socialdemocracia no podía ser ya únicamente, como decía Kautsky, la de “coordinar todas las diversas reacciones del proletariado contra su propia explotación”;⁵⁰ debía ser más bien la de producir en la clase obrera el convencimiento de la complejidad de las conexiones sociales e institucionales en que estaba inserta, de la nueva interdependencia entre economía y política.

Considerado desde este punto de vista, el *iter* de Kautsky se presenta inmediatamente caracterizado por una extraordinaria coherencia, que confirma plenamente los recientes estudios que han rechazado el esquema interpretativo tercerinternacionalista de la “traición”, fomentado, por otra parte, por la misma distinción leniniana entre un Kautsky “todavía marxista” y un Kautsky “renegado”.⁵¹ Sólo que esta coherencia asume para nosotros —a diferencia de la que asume para estos estudiosos— un perfil totalmente negativo, que suena como una confirmación ulterior y definitiva de la debilidad del marxismo segundointernacionalista, de su impotencia para comprender el sentido *determinado* y *profundo* de las grandes transformaciones capitalistas. Es sintomático, entonces, que la lógica de Kautsky se mantenga milagrosamente intacta en el “viraje” de 1922, cuando se limita a “sustituir” la dictadura del proletariado por el gobierno de coalición, como forma política propia de la fase de transición:

“En su célebre artículo *Zur Kritik des sozialdemokratischen Parteiprogramms*, Marx escribe: ‘Entre la sociedad capitalista y la comunista se encuentra el periodo de transformación revolucionaria de la una en la otra. Y le corresponde igualmente un periodo de *transición política*, cuyo estado ya no puede ser más que la dictadura revolucionaria del proletariado’. Basándonos en las experiencias de los últimos años, podemos cambiar esta frase en lo que concierne al gobierno y decir: ‘Entre la época del estado me-

⁵⁰ K. Kautsky, *El camino del poder*, cit., p. 180.

⁵¹ Me refiero sobre todo a la investigación de M. L. Salvadori, *Kautsky e la rivoluzione socialista, 1880-1938*, Milán, 1976.

ramente burgués y la del estado democrático regido sobre una base meramente proletaria se encuentra un periodo de transición política, cuyo gobierno estará dado normalmente bajo la forma de un gobierno de coalición’.”⁵²

Modificada la fórmula, la lógica seguía siendo, sin embargo, la de siempre, la acostumbrada, la lógica antigua de la *Naturnotwendigkeit* del proceso revolucionario: “el incesante reforzamiento del proletariado” —precisa Kautsky un año después— es el que sirve de fundamento a la inevitabilidad de la etapa de un gobierno de coalición, que “tarde o temprano debe convertirse en una realidad en todos los países con una industria capitalista”.⁵³

El planteamiento de Bauer, como hemos visto, ya estaba proyectado ne 1909 más allá de los horizontes de esta ingenua necesidad lineal, a la que —dicho sea de paso— no es de ninguna manera ajena la reducción del “sistema marxiano” al libro I de *El capital*: cada vez que la historia se complica, le basta a Kautsky adaptar *das Marxsche System* con alguna enmienda o ajuste empírico. En Bauer, por el contrario, se puede descubrir la atención puesta en el carácter “social en su conjunto” de los procesos de *transformación capitalista*. La limitación de su posición en los años anteriores a la guerra consiste, sin embargo, en el predominio de una especie de simetría estructural en el análisis de la relación política-economía. La nueva importancia de la política radica totalmente en su carácter de *expresividad especulativa* de las transformaciones económicas. Sigue siendo decisiva, por lo tanto, la función *económica* de la intervención estatal. La atención está dirigida todavía en forma total al papel de los *Wirtschaftsführer* y a la nueva “delegación” [*comittenza*] entre las organizaciones industriales y financieras y el estado: “Todas las organizaciones económicas”, afirmaba en el artículo sobre Kautsky, “tratan de poner el estado a su servicio: ya no exigen que se limite a proteger la propiedad, sino quieren que intervenga directamente en la vida económica”. La conclusión es que “también el *estado* se está transformando en una organización de este tipo”.⁵⁴

Quedan fuera del análisis baueriano la consideración de las *funciones específicas* de lo político, de la relativa autonomía (o mejor dicho: de los modos de “autonomización”) de su esfera con respecto a la dinámica economía-clases sociales. No es casual que el austromarxismo llegue a este tipo de consideraciones únicamen-

⁵² K. Kautsky, *Die proletarische Revolution und ihr Programm*, Berlín, 1922, pp. 105-106.

⁵³ K. Kautsky, *Die Marxsche Staatsauffassung*, Jena, 1923, p. 5.

⁵⁴ O. Bauer, “Der Weg zur Macht”, cit., p. 342 [edic. esp. cit., p. 299].

te siguiendo el impulso de la revolución de Octubre y en oposición con el leninismo, y —cosa importante— después de haberse topado con una serie de obstáculos y de resistencias en el primer choque con las tareas de dirección del estado. Es sintomático, desde este punto de vista, el fracaso del plan de socialización de Bauer (entonces presidente de la *Staatskommission für Sozialisierung*, además de ser ministro de Relaciones Exteriores) —un plan que presentaba todas las ingenuidades y las limitaciones utopistas del debate consiliar mitteleuropeo. Dicho plan apuntaba, en efecto, a una combinación entre programación central y control “desde la base” a través de comisiones mixtas de representantes de los productores y representantes de los consumidores: todo dentro de un mecanismo de ajuste recíproco regulado por la mediación estatal, ante la falta absoluta de indicaciones acerca de las *instrumentaciones concretas* con qué realizar los proyectos de expropiación y las medidas graduales de socialización (tanto que el gobierno de coalición capitaneado por los socialdemócratas naufragó —demostrando toda la fragilidad de su propia plataforma programática— en la polémica con los socialcristianos sobre la nacionalización de las Alpine-Montangesellschaft, la mayor empresa minera austriaca, y de la industria carbonífera y de la construcción).⁵⁵ El fracaso simultáneo del plan de socialización y del proyecto de anexión de Austria a Alemania (tenazmente perseguido por Bauer en el breve pero intensísimo periodo de su ministerio, no sólo para reverdecir el sueño bebeliano de una *Grossdeutsche Republik* democrático popular, sino también para romper el aislamiento y ampliar las bases del proceso, de transición), que fue seguido por el retiro por parte de la SPÖ de sus propias trincheras en el estado, para plegarse en la administración ejemplar de la Municipalidad vienesa,⁵⁶ impulsan a los austromarxistas a afrontar el análisis específico de la *forma política*.

⁵⁵ O. Bauer, *Der Weg zum Sozialismus*, Viena, 1919; O. Bauer, *La realizzazione del socialismo*, Città di Castello, 1920, pp. 29 y ss. Se pueden encontrar las mismas limitaciones en la idea maxadleriana de *Sozialisierung*, apoyada en el programa —propio de la izquierda socialdemocrática— de una “combinación” entre consejos y Asamblea nacional: cf. M. Adler, *Democrazia e consigli operai*, cit., p. 91.

⁵⁶ Véase a este respecto mi libro ya citado, pp. 52-58.

5. LAS CONTROVERSIAS DE LOS AÑOS VEINTE SOBRE LA TEORÍA POLÍTICA DEL MARXISMO Y LA IDEA ESTATISTA-GARANTISTA DE “TRANSICIÓN”

En la primera mitad de los años veinte es, en efecto, cuando el debate austromarxista sobre la relación estado-transición democrática alcanza su nivel más alto, midiéndose en una confrontación directa con las posiciones de Hans Kelsen.

Es precisamente el gran jurista vienes el que pone en evidencia los aspectos tácitos de “revisión” que se encontraban presentes en la teoría de la fase de equilibrio de las fuerzas de clase elaborada por Bauer en relación con la situación histórica específica de la república austriaca en el periodo 1919-1922. El carácter de *Volksrepublik* del estado austriaco residía, para Bauer, en el hecho de que ninguna de las dos clases antagonistas era capaz de plegar las instituciones democráticas a mero instrumento de sus propios intereses. El estado democrático constituía, por lo tanto, la expresión de una situación en que la clase obrera y la clase burguesa debían compartir un poder, cuyas funciones resultaban de hecho autonomizadas en relación con sus respectivos intereses de clase. Ya que el estado democrático no representaba “ni un instrumento de dominio de clase de la burguesía sobre el proletariado, ni un instrumento de dominio de clase del proletariado sobre la burguesía”, Austria podía definirse con todo derecho una “república popular”.⁵⁷ Tomando nuevamente las tesis formuladas en su texto de 1920, *Socialismo y estado*⁵⁸ (al que Max Adler ya había dado una primera respuesta significativa en *La concepción marxista del estado*),⁵⁹ Kelsen le presentaba a la línea de Bauer la doble objeción de ser sustancialmente divergente de la “concepción marx-engeliana de la esencia, del nacimiento y del ocaso del estado” (que considera este último como un “instrumento específico de la lucha de clase”, el cual, a pesar de representar la primera apuesta que hay que ganar, deberá, sin embargo, desaparecer una vez que se lleve a cabo la *Sozialisierung* y se supriman las antítesis de clase), y de contradecir esta importante y fecunda revisión suya en el momento en que pretende conservar íntegra la perspectiva del *Zukunftstaat*, de un “estado del futuro” totalmente hegemonizado

⁵⁷ O. Bauer, *Die österreichische Revolution*, cit., 243-244.

⁵⁸ H. Kelsen, *Sozialismus und Staat*, Leipzig, 1920. [En preparación por Siglo XXI Editores.]

⁵⁹ M. Adler, *Die Staatsauffassung des Marxismus*, en *Marx-Studien*, IV/2, Viena, 1922. [En preparación por Siglo XXI Editores.]

por la clase obrera.⁶⁰ La concepción del estado democrático como “república popular”, como estado “no clasista” —objeto una vez más Kelsen— no existe en las obras de Marx y Engels, quienes consideraban la unidad del pueblo únicamente como “una ficción engañosa de la burguesía”; además, ya que funda su análisis en la consideración de las relaciones de fuerza, y en consecuencia, de los aspectos cuantitativos ligados con la conquista de las clases trabajadoras, Bauer debería admitir coherentemente que el elemento de ruptura no intervino sólo con el derrumbe del imperio y el advenimiento de la república, sino fue más bien “el resultado de un lento proceso empezado, mucho antes de la guerra, con el reforzamiento del proletariado”.⁶¹ Pero —y en esto el razonamiento de Kelsen apuntaba a desarticular la relación entre “movimiento práctico” y “objetivo final” en una sutil operación de “desrevolucionamiento” (como escribiría el mismo Bauer muchos años más tarde) del movimiento obrero— si la clase obrera ya había comenzado un proceso de dislocación de las relaciones de fuerza antes de 1918, conquistando la “reforma” fundamental constituida por el sufragio universal, esto significa en realidad que no hay ninguna diferencia *cualitativa*, sino únicamente una diferencia cuantitativa, entre el estado “prerrevolucionario” y el “posrevolucionario”, y que, en consecuencia, “será sólo una diferencia de grado la que distinga este estado de la forma social (*soziale Gebilde*) futura que responda al ideal socialista: diferencia de grado que es *posible* colmar a través de una *reforma* decidida, pero que no *necesariamente* debe emanar de la ruptura cualitativa de una *revolución*”.⁶² Contra el marxismo revolucionario “clásico” (cuyos actuales herederos serían los bolcheviques y sus secuaces en la socialdemocracia austriaca, como Max Adler), Kelsen reivindicaba el principio de la distinción entre *posibilidad* y *necesidad*, adscribiendo esta última a una visión todavía mítico-ideológica de la historia moderna —que “*encuentra antítesis de principio, cualitativas, ahí donde existen únicamente diferencias cuantitativas*”—⁶³ y aquella a una visión más auténticamente dinámica del fenómeno social, y por lo mismo abierta a una acción reformadora activa y consciente. En la nueva línea de la democracia austriaca, Kelsen cree descubrir por lo tanto (a pesar de sus manifiestas contradicciones) una clara tendencia a ir más allá de la antigua

⁶⁰ Cf. H. Kelsen, “Otto Bauers politische Theorien”, en *Der Kampf*, xvii (1924) pp. 50-56.

⁶¹ *Ibid.*, pp. 51, 55.

⁶² *Ibid.*, p. 56.

⁶³ *Ibidem.*

teoría política del marxismo —que no duda en definir como una “teoría *anarquista*” propia de “una oposición todavía restringida que, no teniendo influencia alguna sobre la dirección del estado, conduce ideológicamente su propia lucha como una lucha contra el estado en general”— y a llevar a cabo “un viraje de Marx a Lassalle”, a través del significativo reconocimiento de que “*este estado* puede ser también, y lo es, ‘su’ estado”.⁶⁴ Con su crítica sutil de lo que consideraba las restantes incongruencias, imputables a la exigencia elemental práctico-ideológica de no cortar el cordón umbilical con la tradición, Kelsen apuntaba a separar claramente las “teorías políticas de Bauer”, del radicalismo teórico “filoleninista” de Max Adler, asimilándolas a la posición de aquel intelectual socialista que en su opinión había tenido el mérito, más que ningún otro, de “reconocer en el estado un medio indispensable de la técnica social”,⁶⁵ y que era, en efecto, entre todos los austromarxistas, el más inclinado a aceptar las sugerencias del formalismo kelseniano: Karl Renner.

Ya en su libro de 1917, *Marxismo, guerra e Internacional*, había empezado a delinear una concepción de la relación estado-transición que desarrollaría con una coherencia ejemplar en el curso de los años veinte. Desde los años de la guerra, Renner encuentra de una manera parecida a la de Hilferding el nudo del problema estratégico en el nuevo diagrama de las relaciones que ligan la instancia estatal con el ámbito técnico-productivo de lo económico. Estado y economía no forman, sin embargo, un *contexto*, ya que su relación no produce una complicación morfológica del “mecanismo único”, sino que se presenta, en cambio, como una relación sustancialmente extrínseca, como un campo de interferencia y de tensiones que espera el gobierno de una *ratio* funcional. Para Renner, en efecto, el estado es proyectado por su esencia intrínseca a la realización del interés colectivo: su limitación no es, por lo tanto interna, sino que es inducida por la instrumentalización que lleva a cabo el interés de clase (vale decir “privado”, “restringido”) de los capitalistas y de los grandes monopolios. Emprender el proceso de transición significa, entonces, restituirle al estado el papel de *sujeto de la transformación social*, que le es propio, liberándolo de los condicionamientos “externos” del interés privado y de la “avidez corporativa”: “La conquista del poder político por parte del proletariado”, exclama Renner, “coincide por lo tanto con la liberación del poder estatal del dominio

⁶⁴ *Ibidem.*

⁶⁵ H. Kelsen, *Sozialismus und Staat*, cit., p. 67.

del capital".⁶⁶ Desde 1910, Eduard Bernstein había planteado de una manera similar un análisis de las "transformaciones de la relación entre el movimiento obrero y el estado", identificando la función del primero en comportarse "como un estado dentro del estado", como una fuerza que "protege" al estado y "lo apoya desde su interior contra los intereses particulares de grupos económicos influyentes o de otras coaliciones sociales explotadoras".⁶⁷ Y en 1922 había llevado a cabo esta combinación —sólo aparentemente paradójica— de *estatismo* y *garantismo* sancionando como un resultado histórico definitivamente conquistado e irreversible la forma democrática, en la que creía descubrir la sólida estructura de "un estado popular (*Volksstaat*) que ya no es instrumento de las clases y de los estratos superiores, cuyo carácter está determinado por la gran mayoría del pueblo a través del sufragio universal"; en este sentido —concluía Bernstein en un terreno de convergencia perfecta con Kelsen— las concepciones del viejo Lassalle han sido "confirmadas por la historia".⁶⁸

Los avances de la reflexión renneriana siguen precisamente esta dirección. Presentan, por lo tanto, una analogía mucho más destacada con la línea teórica de Hilferding que con la de Kautsky. Por otra parte, en los años anteriores a la guerra, Hilferding había sido uno de los exponentes de mayor relieve de la "comunidad intelectual" austromarxista que —como escribiría Bauer en 1937— "se encontraba más cercana a los filones culturales de la época que la anterior generación marxista de los Kautsky, de los Mehring, de los Lafargue, y de los Plejánov",⁶⁹ y a diferencia de ésta, había sido capaz de identificar tanto el "núcleo racional" existente en la crítica "burguesa" de Marx, como *los niveles de realidad* (o sea los nuevos problemas planteados por las transformaciones capitalistas y por la expansión del movimiento obrero) reflejados por el "revisionismo" bernsteiniano —a los que, en consecuencia, no podía responderse en los términos ortodoxamente defensivos de Kautsky. En relación con Hilferding, Renner acentúa el elemento de la *técnica social*, y por consiguiente intensifica aún más la confrontación *positiva* con las teorías de Max Weber

⁶⁶ K. Renner, *Marxismus, Krieg und Internationale*, Stuttgart, 1917, p. 29.

⁶⁷ E. Bernstein, *Die Arbeiterbewegung*. Francfort del Meno, 1910, p. 200.

⁶⁸ E. Bernstein, *Der Sozialismus einst und jetzt*, Stuttgart-Berlín, 1922, p. 88.

⁶⁹ O. Bauer, "Max Adler. Ein Beitrag zur Geschichte des 'Austromarxismus'", en *Der Kampf*, (Praga), IV (1937), p. 297.

y de Hans Kelsen. Con el resultado, sin embargo, de una reducción todavía más clara e inequívoca del elemento político al jurídico.

Las tesis contenidas en su libro de 1924, *La economía como proceso global y la socialización*, parecen anticipar, en muchos aspectos, la relación hilferdingiana de Kiel, que hemos tomado como punto de partida. Tanto él como Hilferding "interpretan" el desarrollo capitalista posbélico como una atenuación *progresiva* de las contradicciones, apoyándose en una interpretación en sentido gradualista lineal de la teoría marxiana del ciclo (que todavía era "válida desde el punto de vista metodológico y prácticamente aplicable, a pesar de que su campo de aplicación se ha desplazado enormemente").⁷⁰ La misma "acción automática del capital" (*Automatik des Kapitals*)⁷¹ es la que consigna los presupuestos de la *Sozialisierung*. Esta acción automática le va quitando progresivamente al capitalista su propio papel directivo, sustituyéndolo con una nueva *intelligentsia* técnico-científica de la producción. Aflora así con contornos claramente definidos lo que sería el tema principal del análisis schumpeteriano de la transición desde la racionalización capitalista de los años veinte hasta el socialismo: el tema de la "modificación de funciones del empresario"⁷² (no debe olvidarse que Schumpeter fue ministro de Finanzas en el primer gobierno de coalición presidido precisamente por Renner, y que, a pesar de que el debate austriaco sobre la socialización no había tocado los puntos culminantes del alemán —piénsese sobre todo en Walther Rathenau—, en la "Viena roja" fue donde se desarrollaron las famosas polémicas sobre la economía de mercado y la planificación encendidas por el "manifiesto liberal" de von Mises y las discusiones sobre la economía de guerra como primer experimento de un "capitalismo organizado" y sobre el cálculo económico en una economía socialista, que Otto Neurath había introducido directamente dentro del consejo obrero de Munich de Baviera).⁷³ El automatismo organizativo-adaptativo no se limita,

⁷⁰ K. Renner, *Die Wirtschaft als Gesamtprozess und die Sozialisierung*, Berlín, 1924, p. 357.

⁷¹ *Ibid.*, p. 368.

⁷² J. A. Schumpeter, *Capitalismo socialismo democracia*, (1942), Milán, 1967. [Hay edic. en esp.]

⁷³ Cf. L. von Mises, "Die Wirtschaftsrechnung im sozialistischen Gemeinwesen", en *Archiv für Sozialwissenschaft*, 1920 (posteriormente en *Collectivist economic planning*, Londres, 1935); O. Neurath, *Wesen und Wert der Sozialisierung*, Munich, 1919; K. Polanyi, "Sozialistische Rechnungslegung", en *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, XII (1922), pp. 377-420. Sobre todo este conjunto de los problemas relaciona-

sin embargo, a la racionalización de la gran empresa, sino que produce una tendencia a la reglamentación global de la misma esfera de la circulación: si la época de Max Weber —afirma por tanto Renner— fue la época de la socialización de la producción, la posguerra fue la época de la socialización del mercado.⁷⁴ La “acción automática del capital” crea, no obstante, sólo los “presupuestos” pero no puede producir por sí misma, “espontáneamente” (*naturwüchsig*), la realización de la *Rationalisierung* (de la producción a la circulación) y la transición al socialismo. Hasta aquí, la correspondencia del razonamiento renneriano con el de Hilferding es casi perfecta. Pero es más clara que en Hilferding, en cambio, la distorsión tecnicista-jurídica del problema. El límite del capitalismo organizado consiste en dar cabida a asociaciones económicas, a unidades racionalizadas que son “sociedades” únicamente *de facto*, más no *de jure*. Si la existencia de facetas de sociedades dirigidas y controladas *de facto* por la nueva *intelligentsia* científica hace derrumbarse todas las objeciones libero-competitivas al socialismo (demostrando que el mismo capitalismo es el que, con el despliegue de la “racionalidad” que lleva implícito, margina del proceso económico la figura del empresario individual), esto no debe hacernos perder de vista, sin embargo, la distancia que separa esta situación de hecho de la situación “*de jure*”, del estado de derecho. La tarea de la socialización consiste precisamente en colmar esta distancia. Y la transición no es más que el período de reformas graduales necesario para cubrirla.⁷⁵

Un proyecto global y consciente de socialización debe partir, por lo tanto, de las premisas objetivas consignadas por los avances del capitalismo organizado para: 1] imponer la igualdad jurídica de las unidades socializadas de la producción y de la circulación; 2] llevar a cabo el proceso de destitución de los propietarios de todas las funciones directivas y pasar a su gradual expropiación; 3] *apropiarse de las técnicas* del capitalismo organizado para difundir la racionalización a la sociedad entera. En la fase actual del desarrollo capitalista, escribe Renner, “el antagonismo principal que reduce a un común denominador todas las distintas contradicciones está constituido por la antítesis entre la economía privada incontrolada (capitalismo) y la economía social consciente (socialismo) [...] En esta lucha, el proletariado es el portador de lo

dos con el debate austriaco sobre la socialización, véase W. Ellenbogen, *Die Fortschritte der Gemeinwirtschaft in Oesterreich*, Viena, 1922.

⁷⁴ Cf. K. Renner, *Die Wirtschaft als Gesamtprozess und die Sozialisierung*, cit., p. 369.

⁷⁵ Cf. *Ibid.*, pp. 370 y ss.

que hemos llamado socialización, entendiéndola como sistema de providencias sucesivas”.⁷⁶ Pero, si el proletariado es el “portador” (*Träger*), el *sujeto* del proceso de transición/socialización, el que elimina los residuos de “irracionalidad” y de “disfunciones” capitalista-privadas del sistema, es el estado. La *impase* en que se encontraría Hilferding al tener que definir la relación entre economía y política, entre capitalismo organizado (con su “legalidad” inmanente, pero también con las crisis y las nuevas “necesidades sociales” que libera) y estado democrático (con “sus” partidos y “sus” *Gemeinschaftskörper*), se “resuelve” aquí de manera preliminar mediante una traducción exacta de lo político en lo jurídico. La *Sozialisierung*, al coincidir con la regulación jurídica de las relaciones de intercambio, encuentra en el estado garantista/administrador el verdadero protagonista de una transformación de la que la clase obrera es únicamente el *soporte*: “El auténtico problema de la socialización consiste en el proceso gradual de sustitución, por parte del estado, del ‘antiguo sistema de la circulación’ con una ‘nueva organización de la distribución’”.⁷⁷

Habiendo partido del ambicioso programa de fusionar el “imperativo categórico de la socialización” (o sea, de asegurar, a cualquier costo, la continuidad del mecanismo económico) con la asunción por parte del movimiento obrero del estado existente en la totalidad de sus funciones jurídico-administrativas, Renner llegaba así a una identificación tácita de la “técnica social” con “la previsión legislativa”. Su hipótesis es, por lo tanto, más declaradamente “social-tecnocrática” que la de Hilferding. Pero, por este mismo motivo, esa hipótesis aparece todavía más *utopista*: la idea de la socialización como *desarrollo sin crisis*, como progresos sin rupturas, que en Hilferding se fundaba en una actualización del esquema de la *Parlamentarisierung* a través de la función integradora de las instancias participativas dentro del formalismo institucional del *Parteienstaat*, en Renner se presenta como una mera traducción del “*de facto*” en el “*de jure*”, como una racionalización normativa de la esfera de la circulación y, en consecuencia, como una verdadera *utopía redistributiva*.

⁷⁶ Cf. *Ibid.*, p. 378.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 379.

6. LA "CRISIS DEL PARLAMENTARISMO", LA TEORÍA DEL "ESTADO DE EQUILIBRIO" Y LOS LÍMITES DE LA "REFUNDACIÓN" CRÍTICA DEL MARXISMO

Bauer desarrolló su teoría del estado democrático como expresión de una fase de equilibrio de la relación de fuerza entre las clases, precisamente para combatir esta visión estatista de la transición dentro del partido. En su importante respuesta a Kelsen es clara la reducción de esta tesis al análisis marxiano del "cesarismo", construido sobre el ejemplo francés de diciembre de 1851, en el que las dos clases se habían sometido a un poder estatal autonomizado.⁷⁸

Y Bauer introduce aquí una significativa crítica a lo que él llama "marxismo vulgar" (*Vulgärmarxismus*), consistente en una *reductio* de todo el conjunto marxiano de categorías a los "axiomas generales" que, "entresacados de su contexto histórico-sistemático", son "amontonados" y "dogmatizados" por aquél.⁷⁹ Uno de estos axiomas es precisamente el del estado como instrumento de la dictadura de clase, que, habiéndose propagado como la *vulgata* (hecha necesaria históricamente por la exigencia de transmitirles a las masas en lucha el esqueleto de las teorías marx-engelsianas), es identificado por los críticos como la única proposición que el marxismo fue capaz de emitir sobre la naturaleza y sobre la dinámica del estado moderno:

"La crítica corriente de Marx —escribe Bauer— sólo conoce este marxismo vulgar, y éste es por lo tanto el único que constituye el objeto de su crítica. El procedimiento de Kelsen es un ejemplo típico de esto. Kelsen sabe de Marx precisamente lo que sabe el marxismo vulgar: que Marx representó el estado como una organización del dominio de la burguesía. Kelsen no sabe nada de las

⁷⁸ Cf. O. Bauer, "Das Gleichgewicht der Klassenkräfte", en *Der Kampf* XVII (1924), pp. 57 y ss., ahora en Varios Autores, *Austromarxismus*, cit., p. 87. Es importante hacer notar que esta reanudación del discurso sobre el estado a partir del análisis marxiano del "bonapartismo" mancomuna ciertas posiciones de la izquierda socialdemócrata (desde Bauer hasta Rosenberg) hasta llegar a las de la llamada "oposición de derecha" del Partido comunista alemán (Thalheimer) y polaco (Stawar). Una dirección análoga siguen también los análisis del fascismo de Trotski y de Gramsci. El hecho de que también esta línea de continuación del análisis marxista del estado —que, no obstante, representa en los años treinta el filón más vital y original del movimiento obrero— denuncie graves aporías e insuficiencias abre un problema muy relevante de actualización y de revisión sustancial de algunas categorías teóricas.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 90.

múltiples modificaciones de este axioma general, de las ulteriores aproximaciones a los hechos, a las que Marx mismo llegó en sus investigaciones particulares, o por lo menos no las toma en cuenta. ¡Y tan pronto como se topa, como en nuestro caso, con una de estas modificaciones, la considera como un abandono de Marx, como algo inconciliable con Marx!"⁸⁰

La eficacia del marxismo crítico, comparado con el "marxismo vulgar" consiste, pues, en la *Annäherungsverfahren*, en el "método de aproximación" o "procedimiento de aproximación", que Bauer toma prestado directamente de la epistemología de Ernst Mach,⁸¹ cuyas tesis transfiere al terreno de la "ciencia político-social". Para Bauer es indispensable tomar en cuenta la necesidad de reducir los axiomas generales a los hechos, a través de etapas graduales de aproximación, si se quiere dar una respuesta verdaderamente *adecuada* al ataque de Kelsen en cuya crítica descubre la existencia de un nudo real, ligado con la *novedad* de los procesos históricos que se están llevando a cabo (y de las *tareas políticas* inéditas que se le plantean a la social-democracia). Frente a estos nuevos problemas y tareas, el movimiento obrero ya no puede seguir durmiendo en el lecho del optimismo en que lo había colocado cómodamente, durante el período del glorioso ascenso prebélico, una visión cósmico-histórica (propia, diríamos hoy, de la forma de "racionalidad" dominante en la Segunda internacional) que —al establecer una identificación (o una dependencia *lineal*) entre el plano morfológico de las leyes dinámicas de la sociedad (*gesellschaftliche Bewegungsgesetze*) y el plano histórico de su operatividad efectiva— le prescribía a la lucha de clase el recorrido ine-

⁸⁰ *Ibidem*.

⁸¹ Después de un breve período "neokantiano" (atestiguado por el artículo "Marxismus und Ethik", en *Die Neue Zeit*, xxiv [1905-1906] vol. 2, pp. 485-499 [en esp., "Marxismo y ética", en Karl Kautsky, *Ética y concepción materialista de la historia*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 58, México, 1980, pp. 161-184), Bauer se adhirió, alrededor de los años de la guerra, al machismo, que tal vez bajo el influjo de Friedrich Adler, que había intentado una fusión de las teorías de Mach con el marxismo: cf. F. Adler, *Ernst Machs Überwindung des mechanischen Materialismus*, Viena, 1918 (traducción italiana, *Ernst Mach e il materialismo*, Roma, 1978). Es interesante señalar que la *Annäherungsverfahren* había sido traducida en ese período al terreno de la teoría social por diversos intelectuales marxistas. La temática del "procedimiento de aproximación" como base metodológica del criticismo marxiano —en polémica contra toda forma de enciclopedismo y de "exigencia sistemática"— se vuelve a encontrar, en efecto, también en un economista que se opuso fuertemente al "neoharmonicismo" baueriano: H. Grossmann, *Ensayos sobre la teoría de la crisis*, cit. Véase a este respecto la primera parte del capítulo siguiente.

vitable al final del cual se encontraba el socialismo. El movimiento obrero, debe superar, en cambio, el “estancamiento” teórico produciendo un *desarrollo del marxismo*, determinando y articulando la teoría política que Marx *únicamente planteó*, a través de la confrontación con una constelación histórica mucho más compleja. Desarrollar conceptualmente y practicar analíticamente —a través de la *Annäherungsverfahren*— el “campo de tensión” situado entre los “axiomas generales” y los “hechos” histórico-sociales es el único modo de revitalizar el marxismo, devolviéndole la capacidad explicativa de la “situación específica”. En consecuencia, el mismo “estado de equilibrio” (*Gleichgewichtszustand*) no debe formularse únicamente en términos de una teoría general, sino más bien debe ser “predicado” en los aspectos particulares que asume en la fase actual.⁸²

En la época histórica actual, la expresión peculiar del “estado de equilibrio” es, para Bauer, la crisis de la *democracia formal*: “La crisis general del parlamentarismo tradicional es una de las formas en que se manifiesta el equilibrio de las fuerzas de clase”.⁸³ Los procedimientos formalizantes de la *Parlamentarisierung* entran en crisis de dos maneras:

1] en una situación en que el equilibrio se traduce en un fuerte control recíproco de las clases —control recíproco que puede continuar (como de hecho ha sucedido en Austria y en Alemania) aun después de la ruptura de la coalición gubernamental—, por lo que no sólo se tiene un vaciamiento de las instituciones representativas, sino también del ejecutivo (al desaparecer la eficacia decisional de la democracia);

2] en una situación en que el aparato del estado se “autonomiza” ejerciendo una dictadura sobre *todas* las clases. Esta segunda solución se encuentra presente en dos expresiones estatales opuestas en cuanto a su contenido de clase, pero simétricas en cuanto a su forma: el estado fascista y el estado bolchevique. Del mismo modo que en Italia la burguesía había tenido que entregar, al principio de los años veinte, el poder estatal en manos del partido fascista, a cambio de la salvaguardia de sus privilegios de la amenaza proletaria, así también el estado de la NEP debió someter todas las clases a su propia dictadura, equilibrando entre sí los intereses de los obreros, de los campesinos y de la “nueva burguesía”.⁸⁴

⁸² Cf. O. Bauer, “Das Gleichgewicht der Klassenkräfte”, cit., pp. 88-90.

⁸³ *Ibid.*, p. 91.

⁸⁴ *Ibid.*, pp. 91-92.

No existe, por lo tanto, para Bauer una respuesta para el problema institucional que pueda eludir el dato factual histórico del fracaso del *parlamentarismo* y que pueda evitar plantearse el objetivo de “garantizar el acuerdo entre gobernantes y gobernados de una manera más completa que con la democracia meramente parlamentaria”.⁸⁵ En su libro de 1923, *La revolución austriaca*, había señalado la solución del problema en una combinación de las dos formas de democracia que se habían generado y después desarrollado *paralelamente*, en el seno de la sociedad capitalista: la “democracia política” y la “democracia industrial” o “democracia funcional”. Mientras la primera, que consiste en la organización democrática del estado representativo y de sus articulaciones institucionales “reconoce únicamente al ciudadano en general”, la segunda —constituida por la trama de las grandes organizaciones sindicales y de consumo obreras, por las asociaciones profesionales de los empleados y de los técnicos y por las cooperativas campesinas— organiza a los trabajadores de acuerdo con su colocación y con su función en el proceso productivo.⁸⁶ Proponer semejante combinación no significa —explica Bauer respondiendo a Kelsen— abrazar la tesis organicista y antimarxista de la “unidad del pueblo”: “La democracia funcional era la forma específica del ejercicio del poder por parte de la clase obrera. ¡Y Kelsen interpreta tan mal mi exposición hasta el punto de considerar que mi teoría de la democracia funcional es el resultado de una concepción organicista del estado, inconciliable con la doctrina de la lucha de clase!”⁸⁷

Esta presencia organizada de las masas fue la que determinó la ruptura *cualitativa* con el viejo estado y con las viejas relaciones que Kelsen pretende, en cambio, negar y reducir a un mero dato de incremento evolutivo:

“En realidad, la revolucionarización del modo global de actuar y de comportarse del estado en Austria fue tan completo aun porque no se trató de un simple desplazamiento de las relaciones de poder a la esfera de un estado ya existente, sino de la verdadera fundación de una organización estatal completamente nueva [. . .] Toda la crítica de Kelsen niega la *diferencia esencial* entre el estado prerrevolucionario y el posrevolucionario. No quiere reconocer este cambio sustancial para el pasado porque pretende sacudir la confianza en una futura transformación sustancial del estado.”⁸⁸

⁸⁵ O. Bauer, *Die österreichische Revolution*, cit., p. 187.

⁸⁶ Cf. *ibid.*, pp. 188-189.

⁸⁷ O. Bauer, “Das Gleichgewicht der Klassenkräfte”, cit., p. 94.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 95.

Kelsen apunta por tanto —escribe Bauer, en su ya mencionado artículo de 1937,⁸⁹ introduciendo un concepto, análogo en muchos aspectos al gramsciano de “revolución pasiva”—, del mismo modo que toda la nueva y más avisada crítica burguesa de Marx, a “desrevolucionar (*entrevolutionieren*) el movimiento obrero, induciéndolo a renunciar definitivamente al *Endziel* y a la “antigua doctrina marxista de la lucha de clase” y de la extinción del estado (doctrina fundamentalmente “anarquista”, propia de una oposición restringida, todavía corporativa), acogiendo la forma-estado garantista como un dato histórico conquistado definitivamente y, al mismo tiempo, como el modelo más “racional” (en el sentido de la racionalidad formal weberiana) y “progresista”. La “historia de los últimos años” es suficiente, según Bauer, para desacreditar esta ilusión y para demostrar que el equilibrio de las relaciones de fuerza entre las clases, lejos de constituir una situación armónica o un “estado normal”, representa, en cambio, un elemento dinámico; mientras en 1918-1919 se había presentado en Europa el predominio de la clase obrera y en consecuencia el predominio del elemento “consiliar” de la democracia funcional, sustituido en los años siguientes por una situación de equilibrio, a partir del otoño de 1922 tiende a prevalecer una “oligarquía funcional” que refleja el contraataque de la burguesía que tendía a restablecer bajo *nuevas formas* (y en este caso Bauer probablemente piensa sobre todo en el advenimiento del fascismo en Italia, aunque tal vez también en las tendencias a la estabilización capitalista que empezaban a perfilarse en la misma Alemania de Weimar); desmantelando o minando las bases de las posiciones democráticas construidas por la clase obrera en la sociedad y en el estado.⁹⁰

El planteamiento baueriano presentaba una mayor complejidad política que la ya conocida respuesta dada dos años antes a Kelsen por Max Adler en *La concepción marxista del estado*, en la medida en que conceptualizaba la relación dinámica que se había establecido entre estado y clases sociales. La redefinición adleriana de la relación dictadura-democracia (que se iría precisando aún más en 1926 y en 1933),⁹¹ por basada que estuviera en una magistral interpretación de los textos de Marx, no iba, en efecto

⁸⁹ O. Bauer, “Max Adler”, cit., p. 298.

⁹⁰ Cf. O. Bauer, “Das Gleichgewicht der Klassenkräfte”, cit., pp. 93-94.

⁹¹ Cf. M. Adler, *Democrazia politica e democrazia sociale* (1926), Roma, 1945 [hay edic. en esp.]; M. Adler, *Linkssozialismus*, Karlsbad, 1933 (ahora en un apéndice a G. Marramao, *op. cit.*, pp. 258 y ss.).

más allá —como la de Karl Kosch—⁹² de destacar la *indeterminación institucional* de la noción marxiana de “dictadura del proletariado”. Un elemento constitutivo de esta operación —que para Adler debía tener una eficacia dirimente en la controversia entre socialdemocracia y leninismo— era la distinción entre “democracia política” y “democracia social”; mientras la primera, y en general “todas las demás formas que se designan como democráticas” representan (en cuanto parte del presupuesto liberal de la atomización de la sociedad en individuos abstractos) la constitución formal de una “voluntad general” en función de los intereses particulares de una clase que domina a las demás, y por lo tanto una *forma de dictadura*, la segunda coincide con la *democracia real*, posible en su plenitud únicamente en una sociedad sin clases. Por esta razón, la democracia política, así como ha sido una de las formas en que se ejerció históricamente la dictadura burguesa, puede ser también una de las formas de ejercicio de la dictadura del proletariado: la “sustitución de la dictadura burguesa por la dictadura proletaria” no debe, por lo tanto, presentarse *necesariamente* bajo la forma de dictadura abierta del bolchevismo, pero puede desenvolverse también (ésta es para Adler la estrategia de transición adecuada para los países con un desarrollo capitalista avanzado) “bajo las formas de la democracia política”.⁹³ Pero, después de establecerse que la incompatibilidad de principio no se presenta entre la dictadura y la democracia política, sino más bien entre la dictadura y la democracia social, se dice muy poco acerca de los mecanismos reales de funcionamiento del estado en el capitalismo organizado: de ahí la dificultad de producir, a partir de este planteamiento teórico, indicaciones estratégicas determinadas para el “periodo de transición”. Esta *impasse* está documentada dramáticamente por los avances posteriores de la reflexión de Adler, quien —en el intento de proporcionar un estatuto teórico coherente y orgánico al *Linkssozialismus*— llega a una reasunción subrepticia de los temas de la teoría catastrofista y a un endurecimiento propagandista-doctrinario del *Endziel*.⁹⁴

⁹² Cf. K. Kosch, “Revolutionäre Kommune II”, en *Die Aktion*, xxi (1931), núms. 3-4, p. 64; también en K. Kosch, *Scritti politici*, 2 vols. bajo el cuidado de G. E. Rusconi, Bari, 1975, pp. 265-266.

⁹³ M. Adler, *Die Staatsauffassung des Marxismus*, cit., p. 191.

⁹⁴ En un ensayo escrito al principio de los años treinta, como contribución al debate dentro del “socialismo de izquierda” mitteleuropeo (en la fase que prelude la última escisión de la SPD y el nacimiento de la SAP), Adler habla de la crisis mundial en curso como de la “fase final del sistema capitalista” —en términos, por lo tanto, no muy distintos de los de Varga y de la Comintern. Cf. M. Adler, “Die Soziale Revolution”, en Varios auto-

A pesar de su mayor determinación y complejidad, no se presentan menos problemáticos los resultados de la reflexión baueriana. El carácter dinámico de la "situación de equilibrio" se desarrolla prácticamente sólo en términos de su *carácter provisional*.⁹⁵ Pero una vez afirmado el carácter transitorio del equilibrio de las fuerzas de clase, Bauer no se pregunta acerca de las causas que en Austria (y en Alemania) le hicieron perder a la socialdemocracia la batalla en el gobierno de coalición, haciendo posible su marginación de todas las principales instancias de control de los aparatos estatales. Y no es casual que la socialdemocracia sólo sea capaz de deducir de su teorema del estado democrático como paralelogramo de la relación de fuerza de las clases, el débil corolario de la necesidad de salvaguardar, de una manera simultánea aunque *separada*, la autonomía "social" de la clase y la "legalidad constitucional" del estado, dando origen —precisamente en 1923— a la constitución de la organización paramilitar del *Schutzbund*. Pero lo paradójico de la "custodia de la Constitución" con medios completamente extraparlamentarios y extrainstitucionales no podía dejar de llevar a un progresivo retraso de lo que se presentaba como una línea de mera "defensa" del "orden republicano", hasta el total inmovilismo político del "bloque obrero". A la desarticulación de lo "social" y lo "político" que caracteriza —en orillas opuestas— la táctica de la SPD y de la SPÖ se le añade un contraataque capitalista que, apoyándose en los aparatos del poder, controlados sólidamente por él a partir de 1923-1924, organiza —como en Austria— el consenso antiobrero del "estrato medio" y de la "pequeña burguesía agraria", o instrumentaliza —como en Alemania— la insubordinación social (que la KPD weimariana se limita a "representar", en los años de la crisis, enfatizando "la primacía de la economía"), devolviéndola contra una socialdemocracia comprometida objetivamente con el estado. La confianza optimista en la posibilidad de edificar un *Rechtsstaat* social, que conduce a Hilferding a la fatal subvaluación del peligro nacionalsocialista (como recuerda Franz Neumann en el *Behemoth*)⁹⁶ y a un no menos fatal rechazo de las medidas anticoyunturales propuestas por Woytinsky,⁹⁷ tiene para nosotros su corres-

res, *Die Krise des Kapitalismus und die Aufgaben der Arbeiterklasse*, Berlín s.f. (aunque puede ser 1931), p. 141.

⁹⁵ Cf. O. Bauer, "Das Gleichgewicht der Klassenkräfte, cit., p. 94.

⁹⁶ Cf. F. Neumann, *Behemoth*, cit., p. 51.

⁹⁷ Sobre la propuesta de política anticoyuntural lanzada en 1931 por Wladimir Woytinsky, cf., además de sus mismas memorias W. Woytinsky, *Stormy Passage*, Nueva York, 1961); L. Valiani, "La sinistra socialista nella

pondencia en el rechazo baueriano de formar nuevas coaliciones bajo la cancellería de Seipel, cuya acción de lento deterioro de las trincheras sociales de la socialdemocracia austriaca mostró su eficacia en el momento en que Dollfuss disolvió, en marzo de 1933, el parlamento, desmantelando al cabo de un año todos los instrumentos de "contrapoder" de la clase obrera. Por este motivo, la insurrección de febrero de 1934, que fue testigo de la resistencia obrera contra el ejército llevada hasta la defensa extrema de los "baluartes vieneses rojos" fue un gesto más que heroico, desesperado: el último acto de un gran movimiento que, habiendo partido con el ambicioso proyecto de trazar un "tercer camino" entre el modelo soviético del leninismo y la "democracia sin calidad" del *Sozialismus* weimariano, terminaba por reproducir los errores de ambos, con una oscilación involuntariamente confirmada por la orgullosa (y al mismo tiempo resignada) afirmación hecha por Bauer después de la derrota: "Nosotros le hemos dado al socialismo reformista la gran obra de la Viena roja, al socialismo revolucionario el acto heroico de la insurrección de febrero en defensa de la república."⁹⁸

Esta frase fue escrita por Bauer en su ya mencionada obra de 1936 en la que los problemas que el *Linkssozialismus* había planteado en 1927 con la revista *Der Klassenkampf* (coordinada por Paul Levi y Max Adler), aunque sin resolverlos (llegando, en los años de la gran crisis, a un economicismo catastrofista semejante al de la Tercera internacional), son reconsiderados autocriticamente a través de un reconocimiento de las tres crisis que se presentaron en la época contemporánea: "la crisis económica mundial, la crisis de la democracia y la crisis del socialismo". Pero en esta última tentativa —que sigue siendo uno de los documentos más importantes del debate interno del movimiento obrero entre las dos guerras—, la riqueza y oportunidad de los análisis (es particularmente brillante y eficaz, por ejemplo, el del fascismo) no está sostenida tampoco por un auténtico proyecto político, sino por la antigua ideología de un "socialismo integral", entendido como síntesis de reformas y revolución, de democracia política y democracia social: señal de un patológico descabezamiento que tenía su raíz en la incapacidad original del movimiento socialdemócrata para definir los problemas estratégicos y organizativos a partir de la modalidad específica en que se combinan las transformaciones capitalistas y la nueva morfología del nexo economía-política con

chrisi finale della repubblica di Weimar", en *Rivista storica italiana*, 1970, núm. 3, pp. 704-713; y G. E. Rusconi, *op. cit.*, pp. 382-384.

⁹⁸ O. Bauer, *Zwischen zwei Weltkriegen?*, cit., p. 350.

la composición y la dinámica global de las clases, *modificando profundamente también los términos de la relación entre estado y "bloque dominante"*.

Esta relación es la que debe reconsiderarse en el presente a la luz de la *actualidad* en que aparecen los nudos teóricos de estas dos experiencias fallidas del movimiento mitteleuropeo: ya que si la debilidad de la hipótesis de un Hilferding (o de un Renner) consiste en el hecho de restaurar el rostro más pálido y datado del weberismo —la ilusión de una integración totalmente parlamentaria de una dinámica social profundamente modificada por la racionalización—,⁹⁹ el fracaso de Bauer nos obliga a comprobar si la causa de muchos de los retrasos de la teoría marxista en relación con la actual *complejidad y crucialidad* del problema institucional se encuentra o no precisamente en los límites de *doctrinarismo* ínsitos en el teorema del estado como paralelogramo de la relación de fuerza entre las clases.

⁹⁹ Para estos aspectos, véanse las importantes contribuciones críticas de M. Cacciari, "Sul problema dell'organizzazione, Germania 1917-1921", introducción a G. Lukács, *Kommunismus 1920-1921*, Padua, 1972, y B. De Giovanni, "Lenin, Gramsci e la base teorica del pluralismo", en *Critica marxista*, 1976, núms. 3-4, pp. 29-54 [incluido en *Teoría marxista de la política*, cit.]. Estos dos escritos ponen a prueba —desde diversos ángulos— la relación Lenin-Weber y señalan la necesidad que tiene el movimiento obrero de producir una confrontación teórico-política con la empresa weberiana.

SEGUNDA PARTE

CONTRIBUCIÓN AL ANÁLISIS CRÍTICO
DE LA ESCUELA DE FRANCFORT

I. DE LA CRISIS DEL "MERCADO AUTORREGULADO" AL "ESTADO AUTORITARIO". NOTAS SOBRE LA RELACIÓN DE ECONOMÍA POLÍTICA Y TEORÍA CRÍTICA

"El hecho de que los hombres no sean actualmente capaces de someter sus relaciones económicas, es decir, sus relaciones recíprocas de producción y reproducción de la vida social, a una reglamentación que corresponda al grado de perspicacia y de concientización alcanzado en otros campos, no puede explicarse únicamente con la impotencia teórica. La existencia de la economía como disciplina particular encerrada en sí misma, que cada vez menos se deja condicionar por las problemáticas sociales globales, es una expresión de una situación más profunda de las cosas, en la que las actuales relaciones de poder se contraponen a una reglamentación directa en beneficio de la mayoría de los hombres. Se trata de una cuestión práctica, cuya solución constituirá el contenido de la historia que está inmediatamente ante nosotros. De su resultado depende la felicidad de las generaciones futuras."

Estas palabras, escritas en 1934 por Max Horkheimer, se encuentran en la nota introductoria al ensayo de Kurt Mandelbaum y Gerhard Meyer, *Zur Theorie der Planwirtschaft*.¹ La intervención del máximo exponente de la "Teoría crítica" en un debate en apariencia estrictamente económico era ya de por sí sintomático de la complejidad de las cuestiones teóricas y políticas involucradas, en los años treinta, en la problemática de la planificación económica. La discusión, estimulada por los avances de la experiencia soviética, por un lado, y por las tendencias monopolistas-totalitarias de la economía alemana, por el otro, había tenido su punto de partida en el primer año de la *Zeitschrift für Sozialforschung*, y precisamente en el ensayo de Friedrich Pollock, "Die gegenwärtige Lage des Kapitalismus und die Aussichten einer planwirtschaftlichen Neuordnung".²

¹ [Contribución a la teoría de la economía planificada] en *Zeitschrift für Sozialforschung* (en adelante *ZFS*), III, 1934, p. 228.

² F. Pollock, "La situazione attuale del capitalismo e le prospettive di un riordinamento pianificato dell'economia", en *Teoría e prassi dell'economia di piano. Antologia degli scritti 1928-1941*, bajo el cuidado de G. Marrao, Bari, 1973. Entre las más importantes contribuciones a la discusión sobre la *Planwirtschaft* deben mencionarse también las numerosas recen-

La tendencia a representar los diversos "tipos ideales"³ de economía planificada que podían hipotetizarse abstractamente y que podían llevarse a cabo en la realidad, prescindiendo deliberadamente de las formas empíricas del proceso económico históricamente determinado, era común a todos los protagonistas del debate. A pesar de la afirmación de la necesidad de la práctica (señalada claramente en la frase de Horkheimer, mencionada más arriba), desde el punto de vista histórico, esta tendencia a la descripción de los diversos "modelos" de planificación representa un claro repliegue del análisis teórico, a consecuencia del fracaso de la revolución alemana. Nos encontramos lejos del debate sobre la acumulación y sobre el derrumbe animado por el libro de Rosa Luxemburg; de las acaloradas polémicas sobre el destino del capitalismo, que suponían una dialéctica todavía abierta, se involucran diversos modos de concebir y practicar la táctica revolucionaria. La "congelación" del movimiento histórico en Europa, producida por el totalitarismo nazi, se vuelca hacia un mayor interés por los experimentos de planificación que se iban intentando en la Unión Soviética.⁴

En los estudios de Meyer, de Maldelbaum y sobre todo de Pollock, se pueden encontrar algunos elementos esenciales de no-

nes escritas por Gerhard Meyer y en particular su rica reseña: "Neue englische Literatur zur Planwirtschaft" en *ZFS*, II, 1933, pp. 257 y ss.

³ La expresión weberiana no se utiliza casualmente. Pollock, en efecto, la cita expresamente en su ensayo sobre el "Capitalismo di Stato", en F. Pollock, *Teoria e prassi*, cit., p. 199.

⁴ El mismo Horkheimer señalaba, en su nota introductoria, la necesidad de "vincularse ante todo a las grandes experiencias que está llevando a cabo actualmente la humanidad con experimentos de planificación económica", para plantear correctamente el problema teórico de la economía planificada. En este caso, Horkheimer tenía presente, evidentemente, el libro de F. Pollock, *Die planwirtschaftlichen Versuche in der Sowjetunion*, Leipzig, 1929 (reimpresión de la Verlag Neue Kritik, Frankfurt, 1971), del que tradujeron en *Teoria e prassi* cit., las páginas más propiamente teóricas sobre el comunismo de guerra y la NEP. En el presente ensayo debemos prescindir, por razones obvias, de las contribuciones también notables a la teoría de la "transición" aparecidas en *ZFS*, entre las cuales cabe mencionar: Franz Borkenau, *Zur Soziologie des mechanistischen Weltbildes*, I, 1932, pp. 311-335 (criticado por H. Grossmann en el ensayo *Die gesellschaftlichen Grundlagen der mechanistischen Philosophie und die Manufaktur*, IV, 1935, pp. 161-230), refundido después en el libro, aparecido en la serie cuidada por el Institut für Sozialforschung, *Der Uebergang von feudalen zum bürgerlichen Weltbild*, Paris, 1934; K. A. Wittfogel, *The foundations and stages of Chinese economic history*, IV, pp. 26-58; K. A. Wittfogel, *The society of prehistoric China*, VIII (1939), pp. 138-183; pero véase sobre todo el libro *Wirtschaft und Gessellschaft Chinas*.

vedad, que deben ponerse de relieve atentamente, aun en razón del influjo que ejercieron en la reflexión de los mayores teóricos de la *Zeitschrift*: Horkheimer, Adorno y Marcuse. El elemento fundamental de novedad consiste en la elección de los objetos principales del análisis económico, que pueden dividirse de esta manera: 1] un objeto *dinámico*: la tendencia del capitalismo a superar la crisis mediante un reordenamiento planificado de la "economía en su conjunto"; 2] un objeto *estático*: el "modelo" de la economía planificada; 3] el *capitalismo de estado*, considerado como forma económica abstracta, como "tipo ideal".

El presupuesto de que el capitalismo es capaz de rebasar definitivamente la fase competitiva, desarrollándose en la dirección de una economía planificada, sirve de base a estos análisis. Este presupuesto marca la diferencia fundamental entre la teoría de Pollock y la del más grande economista de la *Zeitschrift für Sozialforschung*: Henryk Grossmann.⁵ Para entender la naturaleza de esta diferencia hay que realizar un breve *excursus*, examinando de qué modo intervino este último en la discusión sobre el derrumbe del sistema capitalista.⁶

1. LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA Y LOS FUNDAMENTOS EPISTEMOLÓGICOS DEL ANÁLISIS DEL CAPITALISMO. LA TENTATIVA DE HENRYK GROSSMANN

Paul Mattick señaló con toda razón, como un hecho histórico-político de suma importancia, la fecha de publicación de la obra fundamental de Grossmann, (*Das Akkumulations- und Zusammenbruchsgesetz der kapitalistischen Systems*: 1929.⁷ Se trata de la

⁵ Para informaciones bibliográficas sobre Grossmann véase M. Trottmann, *Zur Interpretation und Kritik der Zusammenbruchstheorie von Henryk Grossmann*, Zurich, 1956 (que es el único trabajo de conjunto existente hasta ahora).

⁶ El debate se había entrelazado con el debate sobre el imperialismo que había comenzado con el Congreso de la Internacional en Stuttgart (1907). Véase, a este respecto, la disertación de K. Mandelbaum, *Die Erörterungen innerhalb der deutschen Sozialdemokratie über das Problem des Imperialismus*, Frankfurt, 1926, pp. 32-42.

⁷ Leipzig, 1929 (reprint de la Verlag Neue Kritik, Frankfurt, 1970) [H. Grossmann, *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, México, Siglo XXI, 1979]. La observación de Mattick se encuentra en el "Nachwort" a otro escrito de Grossmann, aparecido por primera vez en 1941: H. Grossmann, *Marx, die klassische Nationalökonomie und das Problem der Dynamik*, Frankfurt, Viena, 1969, p. 115 (H.

fecha de la gran crisis mundial, que llevaría la dirección del máximo estado capitalista a efectuar un viraje radical: el viraje que se realizaría en el *New Deal* rooseveltiano y que constituiría, junto con la experiencia soviética, el punto de referencia principal del análisis de Pollock. Pero la fecha tiene también otro significado, intrínseco a la obra de Grossmann: coincidiendo con el estallido de la última crisis producida por la fase competitiva del capitalismo, marca la clausura de todo un ciclo de debates, ligado políticamente con uno de los periodos más densos de la historia del movimiento obrero europeo. Esta clausura coincide con el nivel más alto de reapropiación crítica de la "ortodoxia" marxiana en el plano del análisis económico que haya conocido el marxismo occidental.

Al criticar ásperamente la cisura efectuada por el revisionismo entre la teoría del derrumbe y la teoría del valor, Grossmann colocaba en el centro de su análisis la teoría marxiana de la acumulación, desembarazando así el terreno de los numerosos equívocos producidos por el recurso a "hipótesis auxiliares".⁸ De este modo podía al mismo tiempo:

1] rescatar el espíritu estrictamente *político* que servía de fundamento a *La acumulación del capital* de Rosa Luxemburg, para la cual la admisión del carácter económico ilimitado de la acumulación capitalista y, en consecuencia, la admisión de la perfectibilidad ilimitada del sistema (sostenida por Bernstein, Otto Bauer y Tugán-Baranovski), habría despojado al socialismo de "la base de granito de la necesidad histórica objetiva".⁹

2] criticar el punto de partida erróneo, que la había forzado a una especie de integración de la teoría marxiana con respecto al problema de la reproducción ampliada.¹⁰

Grossmann, *Marx, l'economia politica classica e il problema della dinamica*, Bari, 1971, p. 7).

⁸ La "necesidad del derrumbe", escribe Grossmann, se debe demostrar "a partir de la teoría marxiana misma sobre la base, pues, de la teoría del valor" (H. Grossmann, *Das Akkumulations und Zusammenbruchsgesetz der kapitalistischen System*, cit., p. 283 [p. 183]).

⁹ R. Luxemburg, *Die Akkumulation des Kapitals: Oder was die Epigonen aus der Marxschen Theorie gemacht haben*, Leipzig, 1921, p. 37 [R. Luxemburg, "La acumulación del capital o en qué se han convertido los epígonos la teoría de Marx, Una anticrítica", *La acumulación del capital*, México, Grijalbo, 1967, p. 393].

¹⁰ "Marx", sostiene Luxemburg, "plantea el problema de la acumulación del capital global, pero sin llegar a darle solución" [op. cit., p. 382]. Véase, para la historia del problema, además de la ya citada disertación de Mandelbaum (pp. 34-37), K. A. Wittfogel, *Geschichte der bürgerlichen Gesellschaft*, Berlín, 1924, pp. 264-272.

Rosa Luxemburg no explicaba, en efecto, la crisis a partir de la *producción*, sino a partir del *mercado*. La relación capital-trabajo no era, en su opinión, capaz de explicar la plena realización del plusvalor. De ahí la necesidad de introducir la válvula de escape de las "áreas no capitalistas" y el consiguiente desplazamiento del centro de interés de la producción a la *realización* del plusvalor. Grossmann, que basaba su interpretación de Marx en una base metodológica sólida,¹¹ reducía decididamente el problema a las *relaciones de producción*, dentro de las cuales (y a partir de las cuales) debía buscarse la respuesta a la *vexata quaestio* de la tendencia objetiva, o del "futuro" del capitalismo.¹²

A esta altura, es necesario remitirse a sus estudios sobre la génesis de la crítica de la economía política y sobre sus fundamentos epistemológicos, para comprender la posición de Grossmann. A este respecto, son ejemplares dos escritos, de 1929 y de 1932, respectivamente: *Die Aenderung des ursprünglichen Aufbauplans des Marxschen "Kapital" und ihre Ursachen*¹³ y *Die Wert-Preis-Transformation bei Marx und das Krisenproblem*.¹⁴ El primero, aunque ya superado por los recientes estudios sobre la historia genética de *El capital*,¹⁵ es sintomático del interés de

¹¹ Cf. P. Mattick, *Nachwort*, cit., pp. 120-121.

¹² Cf. Grossmann, *op. cit.*, cap. II, para el aspecto general del problema, § 11 ("Die Ursachen der Verkennung der Marxschen Akkumulation- und Zusammenbruchslehre"), pp. 190-198 [pp. 127-131] y, en lo que se refiere a la crítica a Rosa Luxemburg, § 16, pp. 278-286 [pp. 182-186]. La crítica a Luxemburg se continuó en el ensayo "Die Goldproduktion im Reproduktionsschema von Marx und Rosa Luxemburg", en *Festschrift für Carl Grünberg zum 70. Geburtstag*, Leipzig, 1932; cf., en particular, las pp. 152-155 [H. Grossmann, *Ensayos sobre la teoría de las crisis*, cit., pp. 102 y ss]. Véanse, a este respecto, las observaciones contenidas en el reciente libro de Christel Neussüs, *Imperialismus und Weltmarktbeziehung des Kapitals*, Erlangen, p. 97 y ss.

¹³ ["La modificación del plan originario de la estructura de *El capital* de Marx y sus causas"] en (Grünbergs) *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, xiv (1929), pp. 305-338 [H. Grossmann, *Ensayos sobre la teoría de las crisis*, cit.].

¹⁴ ["La transformación de los valores en precios en Marx y el problema de las crisis"] en *ZFS*, I, (1932), pp. 55-84, [H. Grossmann, *Ensayos sobre la teoría de las crisis*, cit.].

¹⁵ Véase, por ejemplo, las obras de Otto Morf, *Das Verhältnis von Wissenschaftstheorie und Wirtschaftsgeschichte bei Karl Marx*, Berna, 1951 (2ª ed. corregida y aumentada, bajo el título de *Geschichte und Dialektik in der politischen Ökonomie*, Francfort, Viena, 1970), y de Roman Rosdolsky, *Zur Entstehungsgeschichte des Marxschen "Kapital"* [R. Rosdolsky, *Génesis y estructura de El Capital de Marx (estudios sobre los Grundrisse)*, México, Siglo XXI, 1978].

Grossmann por la forma de la teoría marxiana, por su "modo de representación" (*Darstellungsgweise*) del tema tratado. Basándose en las cartas de Marx en las que se ponían de relieve los diferentes planes de redacción, y en particular el abandono del proyecto inicial de escribir seis volúmenes sobre otros tantos problemas específicos por una modalidad de estudio más "abstracto", como el que se adoptaría luego en *El capital* y en las *Teorías sobre la plusvalía*, Grossmann había llegado a la conclusión de que "entre la modificación del plan de la obra marxiana y la construcción lógica del esquema de reproducción no sólo existe una conexión externa, sino también una conexión necesariamente interna"¹⁶ De ahí Grossmann deducía una especie de paralelismo entre la representación cíclica del proceso de reproducción y la estructuración del tema tratado en *El capital*.

La publicación de los *Grundrisse* demostró que esta hipótesis estaba equivocada.¹⁷ Pero, como lo señaló oportunamente Mattick,¹⁸ la controversia de los "marxólogos" sobre la modificación o no por parte de Marx del plan de trabajo sólo tendría sentido si, como diría Grossmann, consideráramos *El capital* como un "fragmento" o un "torso" que debe ser integrado (Rosa Luxemburg).¹⁹ Queda el hecho de que Grossmann había comprendido perfectamente el núcleo del "esencialismo científico" que servía de base a la *Darstellungsweise* marxiana: la exposición dialéctica de *El capital* no recupera el movimiento de la producción capitalista entendido en su *inmediatez histórica*, sino, "como diría Hegel, lo esencial de la producción capitalista" (*das Wesentliche der kapitalistischen Produktion*) la "forma fundamental y esencial del proceso de reproducción y de acumulación" (*die wesentliche Grundform des Reproduktion- und Akkumulationsprozesses*).²⁰ En esto consiste el método marxiano del aislamiento (*Isolierungsme-*

¹⁶ H. Grossmann, *Ensayos sobre la teoría de las crisis*, cit., p. 48.

¹⁷ En R. Rosdolsky, *op. cit.*, p. 51, se explica con ejemplar claridad la naturaleza de este error. También en O. Morf, *op. cit.*, pp. 75-78 (nueva ed. pp. 104-108) se encuentra también una crítica aguda del ensayo de Grossmann.

¹⁸ P. Mattick, *Nachwort*, cit., p. 120.

¹⁹ H. Grossmann, *Ensayos sobre la teoría de las crisis*, cit., p. 69.

²⁰ *Ibidem*. En su crítica a Grossmann, E. Varga creyó refutarlo en el plano metodológico sosteniendo que la "Forschungsmethode" marxiana no tenía como objeto las abstracciones categoriales sino "die konkrete Wirklichkeit" ("Akkumulation und Zusammenbruch des Kapitalismus", en *Unter dem Banner des Marxismus*, iv [1930], p. 62); de este modo demostraba únicamente que no había comprendido la compleja dialéctica que sirve de base al método de "ascender de lo abstracto a lo concreto".

thode), con el que se obtenían las abstracciones necesarias que conducirían después a la identificación de lo concreto, de las leyes tendenciales del sistema capitalista: "En una investigación general de esta especie —escribe Marx— se debe partir siempre del presupuesto de que las condiciones reales correspondan a su concepto o, lo que significa lo mismo, que las condiciones reales se expongan sólo en cuanto coinciden con el tipo general correspondiente a ellas."²¹

En el segundo ensayo, dedicado al problema de la transformación, Grossmann ponía en práctica su propia adquisición del método de Marx, en relación con la *querelle* sobre la "contradicción" entre el primero y tercer libro de *El capital* (entre el análisis del valor y la realidad del dominio de los precios), descubierta por Böhm-Bawerk en su famoso ensayo.²² Grossmann se daba cuenta de la gravedad de la crítica de Böhm Bawerk; la desorientación provocada por ella era una de las causas principales de los equívocos y de los errores surgidos en la controversia sobre los esquemas de reproducción. En la solución de Luxemburg se ponía en evidencia el peligro de un retroceso a Ricardo;²³ era preciso, por lo tanto, rescatar la originalidad de la formulación marxiana del valor respecto a los clásicos, a través de un análisis efectuado desde el punto de vista de la "lógica de la ciencia".

Anteriormente vimos que el modelo marxiano de la acumulación prescinde de muchos aspectos empíricos, con el fin de penetrar en las leyes de movimiento de la economía capitalista. E igualmente supone, para Grossmann, un intercambio de equivalentes cuyo patrón de medida es el tiempo de trabajo. El sistema se resuelve así en la contraposición obreros-capitalistas. Esta visión, fundada exclusivamente sobre el valor, no es sólo una "hipótesis simplificadora", en cuanto presupone la realidad concreta y se pone en función del conocimiento de ésta, pero no es tampoco una "hipótesis temporal", ya que sigue estando en vigor aun después de la asunción de los aspectos concretos anteriormente descuidados. La ley del valor es, por lo tanto, *parte de la reali-*

²¹ K. Marx, *Das Kapital*, II (MEW), p. 152 [K. Marx, *El capital*, México, Siglo XXI, III/6, 1976, p. 180].

²² E. von Böhm Bawerk, "Zum Abschluss des Marxschen System", en *Festgaben für Karl Kries*, Berlín, 1896. [E. von Böhm Bawerk, "La conclusión del sistema de Marx", en Varios autores, *Economía burguesa y economía marxista*, cit., pp. 29-127.]

²³ Cf. H. Grossmann, "La producción de oro en el esquema de reproducción de Marx y Rosa Luxemburg", *Ensayos sobre la teoría de las crisis*, cit., *passim*.

dad y no mero instrumento o canon de investigación.²⁴ A pesar de las diferencias terminológicas, el método de Grossmann coincide perfectamente con el de un firme asertor —y profundo conocedor— de la dialéctica como Roman Rosdolsky. “No solamente para Rosdolsky, sino también para Grossmann, el modo abstracto en que Marx considera el valor no es sólo el presupuesto del conocimiento del mundo empírico, sino que contiene ya *in nuce* todo el misterio del desarrollo capitalista y de su inevitable fin.”²⁵ Cuando Grossmann define el método lógico-científico de Marx como “procedimiento de aproximación” (*Annäherungsverfahren*),²⁶ no entiende con esto una especie de movimiento unidireccional y rectilíneo del pensamiento (conceptos) a la realidad, sino más bien el proceso gradual del “Aufsteigen vom Abstrakten zum Konkreten” —del “ascender” de lo abstracto a lo concreto—, tal como

²⁴ En “Apéndice y notas complementarias al tomo III de *El Capital*”, contra la reducción de la ley del valor a “hipótesis” llevada a cabo por Conrad Schmidt, Engels escribe: “La ley del valor tiene para la producción capitalista una significación mucho mayor y determinada que la de una mera hipótesis, para no hablar de una ficción, aunque fuese necesaria [...] no se trata aquí de un proceso puramente lógico, sino de un proceso histórico y su reflejo explicativo en el pensamiento, de la consecución lógica de sus conexiones internas” (K. Marx, *Das Kapital*, III, pp. 904-905) [K. Marx, *El capital*, México, Siglo XXI, III/8, p. 1131].

²⁵ P. Mattick, *Nachwort*, cit., p. 124.

²⁶ H. Grossmann, “La transformación de los valores en precios en Marx y el problema de las crisis”, *Ensayos sobre la teoría de las crisis*, cit., p. 101. Alfred Schmidt señaló oportunamente este ensayo por su valor epistemológico y gnoseológico (“Die ‘Zeitschrift für Sozialforschung’ Geschichte und gegenwärtige Bedeutung”, Introducción a la reproducción facsimilar de la ZFS editado por Kösel-Verlag, Munich, 1970, p. 54; (A. Schmidt - G. E. Rusconi, *La scuola di Francoforte*, Bari, 1972, pp. 89-90). Estas investigaciones epistemológicas se desarrollarían más tarde en el libro sobre la dinámica, en el que Grossmann encuentra la diferencia *cualitativa* del fundamento teórico marxiano con respecto a los clásicos en la concepción *bidimensional* de la estructura económica capitalista, basada en el *Doppelcharakter* del trabajo: elemento en el que Marx descubre la “ruptura decisiva entre su concepción y la de todos sus antecesores. Y efectivamente: desde su nuevo punto de vista de una concepción bidimensional del acontecer económico dirige repetidas veces una crítica radical contra los clásicos a los que les reprocha que su teoría sea unidimensional, exclusivamente fundada en el valor” (H. Grossmann, *Marx, die klassische Nationalökonomie und das Problem der Dynamik*, cit., p. 19). De este modo Grossmann llega a una refutación radical de la tesis según la cual la teoría marxiana del valor desarrolla y lleva a cabo las premisas de los clásicos (tesis sostenida, por ejemplo, por Maurice Dobb en *Economía política y capitalismo*, México, FCE, 1945).

se describe en la *Introducción* de 1857 a la *Contribución a la crítica de la economía política*.

La *Isolierungsmethode* marxiana es la base para comprender el carácter de la argumentación de Grossmann respecto a los esquemas de reproducción. El esquema de reproducción debe entenderse como una fase necesaria del “método de aislamiento” empleado por Marx. En su crítica a Otto Bauer, Grossmann demuestra que, aun partiendo de los mismos presupuestos del austromarxista,²⁷ se llegaría igualmente (aunque en un lapso mayor) al derrumbe del sistema capitalista. Con esto *no* pretende afirmar la posibilidad de una representación esquemática del derrumbe (razón por la cual resulta *metodológicamente* infundada la crítica que le hace Sweezy en *La teoría del desarrollo capitalista*),²⁸ sino únicamente desacreditar la ilusión revisionista de poder ofrecer una prueba “científica” de la capacidad de desarrollo ilimitado de la acumulación.

“El hecho —escribía Grossmann a Mattick en una carta del 18 de julio de 1937— de que la camarilla de los nuevos sostene-

²⁷ O. Bauer, “Die Akkumulation des Kapitals”, en *Die neue Zeit*, xxxi, (1912-13), pp. 831-838; 862-874 [*El marxismo y el derrumbe del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1978, pp. 339-364]. Según los economistas polacos O. Lange y T. Kowalik, la historia le dio la razón a Bauer en contra de Marx; “una parte considerable de la producción social —escribe, en efecto, Kowalik— se puede utilizar en forma alternativa como medio de producción y para los fines del consumo personal”; este hecho podría encontrar su confirmación en la práctica de los países socialistas, en que la acumulación se efectúa, ante todo, en la sección II pero su parte principal es invertida en la sección I (T. Kowalik, *La teoría económica de R. Luxemburg* (en polaco), Varsovia, 1963, p. 208) [hay edic. en esp. de Editorial Era, México, 1978]. Esta simpatía de los polacos en relación con un miembro del “conventículo de los neo-sostenedores de la armonía”, no debe sorprendernos desde el momento que en las mismas ediciones soviéticas de *La acumulación del capital* de R. Luxemburg se reprodujo en un apéndice —evidentemente como antídoto— el esquema de Bauer (por ejemplo en la edición de 1934, pp. 339-358).

²⁸ P. M. Sweezy, *La teoría del desarrollo capitalista*, México, FCE, 1945, pp. 231 y ss. Grossmann escribe, de una manera inequívoca: “Los neoarmónicos exaltan el esquema del equilibrio no porque sea un instrumento metodológico útil de investigación, sino porque, cambiando el método de búsqueda por los fenómenos que hay que indagar, creen interpretar con el esquema del equilibrio la tendencia del capitalismo al equilibrio” (H. Grossmann, *Das Akkumulations- und Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen System*, cit., p. TE [p. FE]. Con razón Rosdolsky pone de relieve que este error sólo puede explicarse con una incompreensión de la metodología marxiana por parte de los austromarxistas (cf., *op. cit.*, p. 552). El hecho de que esta deficiencia metodológica se encuentre en Sweezy no es de ninguna manera casual.

dores de la armonía, los Hilferding y los Bauer, hayan tratado sistemáticamente durante varias décadas de falsear a Marx [...] no constituye sin embargo un motivo válido que nosotros colaboremos por nuestra parte con los nuevos sostenedores de la armonía. Trate de llevar en forma coherente hasta sus últimas consecuencias el razonamiento de Marx: ¿cómo es posible que en la reproducción simple en la que parece reinar por doquier un equilibrio tan armonioso, se desarrolle una crisis? Sólo entonces descubrirá en Marx algunas elaboraciones teóricas en las que los 'filósofos' no han soñado nunca, ni siquiera aquellos que, como Karl Korsch, se hacen ilusiones de comprender algo de la economía de Marx."²⁹

Sin embargo, como Mattick mismo —su alumno y continuador— señalaría más tarde,³⁰ la intervención de Grossmann en la controversia sobre los esquemas de reproducción contribuyó a ofuscar el "núcleo" de su interpretación, que no se basaba en la armonía-desarmonía de las proporciones de intercambio en el esquema de reproducción, sino en la ley de la caída tendencial de la tasa de ganancia, ligada con la creciente composición orgánica del capital.³¹ A esta intervención, no exenta de ambigüedades, se

²⁹ H. Grossmann, *Ensayos sobre la teoría de las crisis*, cit. Apéndice, p. 274.

³⁰ P. Mattick, *Nachwort*, cit., cf. p. 119. Véase también el artículo de Mattick, "The permanent crisis. Henryk Grossmann's interpretation of Marx's theory of capitalistic accumulation", en *International Council Correspondence*, núm. 2, noviembre de 1934, en particular las pp. 4-9 (P. Mattick - K. Korsch - H. Langerhans, *Capitalismo e fascismo verso la guerra*, Florencia, 1976).

³¹ Una adversaria de esta misma ley como Natalie Moszkowska puso de relieve que la teoría de Grossmann estaba fundada sobre la ley de la caída tendencial de la tasa de ganancia. Véase el cap. IV de su libro *Zur Kritik moderner Krisentheorien*, Praga, 1935 [N. Moszkowska, *Contribución a la crítica de las teorías modernas de las crisis*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 50, México, 1978]; cf. respecto a la revisión de la mencionada ley, p. 51, como también su obra anterior, *Das Marxsche System, Ein Beitrag zu dessen Ausbau*, Berlín, 1929, p. 118. [El sistema de Marx. Un aporte para su construcción, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 77, México, 1979, p. 110], en la que se dice que la ley de la caída tendencial de la tasa de ganancia no es una ley histórica, sino una ley dinámica, que no constata un hecho sino formula únicamente la dependencia recíproca entre dos magnitudes, la tasa de plusvalor y la tasa de ganancia; o sea, si permanece constante la primera, la segunda disminuye; y si permanece constante la segunda, la primera aumenta. Razón por la que, según N. Moszkowska, la ley debería llamarse más bien "ley de la subida tendencial de la tasa de plusvalor". Un análisis que presenta, en cambio, notorias afinidades y puntos de contacto con la posición de Grossmann es el de E.

le atribuye el origen del escaso éxito tenido por Grossmann en los avances posteriores de la crítica económica marxista. Sin embargo, si se admite que la fácil liquidación de sus tesis por parte de Sweezy, además de no resolver los problemas de contenido, no capta los fundamentos crítico-metodológicos del análisis de Grossmann, hay que concluir coherentemente que todavía (exceptuando a Mattick) hace falta una reseña auténticamente crítica de su obra.³²

El otro prejuicio difundido con relación a Grossmann consiste en creer que él, junto con Luxemburg, es el más radical defensor del derrumbe "automático" del capitalismo, concepción que contrasta con su vocación política "izquierdista" y "espontaneísta", porque si se desarrolla en forma coherente, conduce a la negación de la subjetividad revolucionaria.³³ Grossmann, no obstan-

Preiser, "Das Wesen der Marxschen Krisentheorie", en *Wirtschaft und Gesellschaft. Festschrift für Franz Oppenheimer zu seinem 60. Geburtstag*, Frankfurt, 1924.

³² El mismo Colletti, aunque mantiene una posición ambivalente, manifiesta cierta inclinación por la crítica de Sweezy a Grossmann (cf. L. Colletti - C. Napoleoni, *Il futuro del capitalismo. Crollo o sviluppo?*, Bari, 1970, p. 443 [El marxismo y la teoría del derrumbe, cit., p. 432]). La doble polémica de Grossmann, por un lado contra Kautsky y Rosa Luxemburg (y luego con Sternberg), quienes desplazaban hacia el pasado la tendencia al empobrecimiento y deducían el mejoramiento de las condiciones de vida de la clase obrera a partir de la competencia, a partir del mercado, y por el otro contra Bujarin, que desplazaba en el espacio la tendencia al empobrecimiento, sosteniendo que la situación de la clase obrera de los países avanzados había mejorado a expensas de los países coloniales (tesis que todavía en la actualidad es defendida por economistas *up-to-date*), constituye una confirmación ulterior de la base rigurosamente marxiana de su teoría. En su libro (cf. H. Grossmann, *op. cit.*, pp. 587-603 [pp. 374-389]). Grossmann demuestra que estas dos tesis se basan en una incompreensión de la teoría marxiana del salario. Desde este punto de vista, es interesante la polémica con Fritz Sternberg, defensor de la teoría luxemburguiana y autor de un amplio libro sobre el imperialismo (F. Sternberg, *Der Imperialismus*, Berlín, 1926 [El imperialismo, México, Siglo XXI, 1979]) criticado por Grossmann en una brillante reseña (H. Grossmann, "Eine neue Theorie über Imperialismus und soziale Revolution", en *Grünbergs Archiv*, XIII, (1928), pp. 141-192 [H. Grossmann, *Ensayos sobre la teoría de las crisis*, cit., pp. 133 y ss.]). Sternberg respondió dos años más tarde con un pamphlet: *Eine Umwälzung der Wissenschaft? Kritik des Buches von Henryk Grossmann. Zugleich eine positive Analyse des Imperialismus*, Berlín, 1930.

³³ Es ejemplar, en este sentido, la crítica de A. Braunthal, contenida en el artículo "Der Zusammenbruch der Zusammenbruchstheorie" (en *Die Gesellschaft*, VI, [1929] fasc. 10), como también en el libro, recientemente reeditado, A. Braunthal, *Die Entwicklungstendenzen der kapitalistischen*

te, a pesar de las ambivalencias y tergiversaciones resultantes de la crítica a Bauer, no dijo nunca ni lo pensó que el derrumbe sobreviene "automáticamente" o que se puede prever su vencimiento. Le corresponde, en cambio, a la lucha de clases actuar en el interior del proceso cíclico de la crisis, *destruyendo* la resolución capitalista de la contradicción y transformar esta última en una fase *autónoma*, activa: en una revolución por una sociedad nueva. Éste es el verdadero significado de la dramática alternativa "socialismo o barbarie". "Ningún sistema —declara Grossmann de manera inequívoca—, por débil que sea, se derrumba 'automáticamente'; debe ser derrocado de algún modo."³⁴

En este punto es donde se perfila el aspecto político de la tentativa de Grossmann: el análisis abstracto del capitalismo y la individualización de las leyes tendencias no son más que los *prolegomena* al problema de la conciencia de clase, las premisas necesarias de lo que hoy se define como "problemática de la constitución."³⁵

"Como marxista dialéctico sé obviamente que las dos caras del proceso, los elementos objetivos y subjetivos tienen un influjo *recíproco* entre sí. No se puede 'esperar' a que se den *primero* las condiciones 'objetivas' para *después*, y sólo entonces, dejar actuar a las condiciones 'subjetivas'. Sería una concepción mecánica insuficiente con la que no estoy de acuerdo. Pero *con fines* analíticos debo explicar el procedimiento abstracto que consiste en aislar cada uno de los elementos para aclarar las funciones esenciales

Wirtschaft, Francfort, 1972; cf. en particular, pp. 28-39. Hay que añadir, a este respecto, que la posición de los *Linkskommunisten* en general y de los "comunistas de los consejos" en particular, no era unívoca respecto a la cuestión del "derrumbe", como lo atestiguan la crítica dirigida a Grossmann por Karl Korsch en el artículo "Über einige grundsätzliche Voraussetzungen für eine materialistische Diskussion der Krisentheorie", en *Proletarier*, a. 1, núm. 1, febrero de 1933, pp. 20-25 [en *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?* cit., pp. 124-133], y la discusión entre Mattick y Pannekoek, en la *Rätekorrespondenz*. (Cf. A. Pannekoek, "Die Zusammenbruchstheorie des Kapitalismus", *Rätekorrespondenz*, núm. 1, junio de 1934; P. Mattick, "Zur marxistischen Akkumulations- und Zusammenbruchstheorie", *Rätekorrespondenz*, núm. 4, septiembre de 1934 [incorporados en *¿Derrumbe del capitalismo...*, cit.]).

³⁴ H. Grossmann, "The evolutionist revolt against classical economics", en *The Journal of Political Economy*, Chicago, III, diciembre de 1943, p. 520 [H. Grossmann, "La reacción evolucionista contra la economía clásica", *Ensayos sobre la teoría de las crisis*, cit., pp. 196 y ss.]

³⁵ Cf. H. J. Krahl, *Konstitution und Klassenkampf*, Francfort, 1971, pp. 82-97 y 323-329.

de todo elemento. Lenin habla a menudo de la situación revolucionaria que debe darse objetivamente como premisa de la intervención victoriosa y activa del proletariado. Mi teoría del derrumbe no trata de excluir esa intervención activa, sino que se propone más bien demostrar en qué condiciones puede surgir y surge de hecho una situación revolucionaria de este tipo, en forma objetiva."³⁶

No es casual que precisamente en el Lukács de *Historia y conciencia de clase* se encuentre la correspondencia filosófica de la tentativa de reapropiación crítico-revolucionaria de las categorías marxianas llevada a cabo por Grossmann.³⁷ Para el Lukács "luxemburguiano" de 1923, la "concepción catastrofista de la historia"³⁸ es el resorte del "proceso de conocimiento" proletario y de la posibilidad de actuación de clase en la urdimbre dialéctica del carácter procesal histórico:

"Así pues, el proletariado es al mismo tiempo producto de la crisis permanente del capitalismo y ejecutor de las tendencias que llevan el capitalismo a la crisis [...] El proletariado actúa en la medida en que reconoce su situación. Y reconoce su situación en la sociedad en la medida en que lucha contra el capitalismo. Pero la conciencia de clase del proletariado, la verdad del proceso 'en cuanto sujeto', no es en modo alguno algo que se mantenga uniformemente estable o que proceda según 'leyes' mecánicas. Es la conciencia del proceso dialéctico mismo: es él mismo un concepto dialéctico. Pues el lado práctico, activo, de la conciencia de clase, su verdadera esencia, no puede ser visible según su auténtica figura más que si el proceso histórico exige imperiosamente su

³⁶ H. Grossmann, carta a P. Mattick del 21 de junio de 1931 [*Ensayos sobre la teoría de las crisis*, cit., apéndice, p. 250]. Una vez más el corte metodológico de Grossmann se demuestra aquí rigurosamente marxiano: "Aquí se revela de una manera puramente *económica*, es decir *desde el punto de vista burgués*, dentro de los límites de la comprensión capitalista, su limitación, su carácter relativo, el hecho de no ser un modo de producción absoluto, sino solamente un modo de producción histórico, correspondiente a cierta época de desarrollo limitado de las condiciones materiales de producción" (K. Marx, *Das Kapital*, III, p. 270 [K. Marx, *El capital*, México, Siglo XXI, III/6, cit., p. 333]; las cursivas son mías).

³⁷ Para la cuestión relativa al significado teórico-político de la obra de Lukács nos remitimos a la discusión entre F. Cerutti, D. Claussen, H. J. Krahl, O. Negt y A. Schmidt, en el libro *Geschichte und Klassenbewusstsein heute* (Francfort), Schwarze Reihe Nr. 12, 1971; véase sobre todo las pp. 18-25.

³⁸ La expresión es de Alfred Schmidt. Cf. *Geschichte und Struktur*, Munich, 1971, p. 132. [Hay edic. en esp.]

vigencia, más que si una crisis aguda de la economía lo mueve a la acción.”³⁹

Las tentativas de Grossmann y de Lukács, con todos los elementos tradicionales que llevan consigo, constituyen actualmente para nosotros los únicos puntos de referencia válidos para una reconstrucción de la crítica de la economía política, adecuada al actual nivel de organización *social* capitalista, y para una nueva fundamentación científica de la conciencia de clase.

2. DE LA CRISIS DEL CAPITALISMO COMPETITIVO A LA INVERSIÓN DE LA TENDENCIA. EL “NUEVO OBJETO” DEL ANÁLISIS DE POLLOCK

La obra de Grossmann —como se señaló al principio— además de representar la más elevada tentativa de reapropiación crítica de la “ortodoxia” marxiana a nivel del análisis económico (“abstracto”), marca la clausura de un periodo, de un ciclo histórico, que es al mismo tiempo un ciclo del desarrollo del capitalismo y de su teoría. La tentativa de Grossmann se coloca *por encima* de las colosales transformaciones estructurales emprendidas por el capitalismo después de la crisis del 29; *por encima* de la forma *monopolista y capitalista de estado* que se ha ido definiendo cada vez más en el curso de los cuarenta años que nos separan de su obra y de la última crisis de sobreproducción generada por la anarquía del mecanismo competitivo; de las convulsiones incontroladas del viejo “automatismo” del sistema.

El libro de Grossmann concluía con una afirmación radical sobre la “imposibilidad de la ‘reglamentación’ de la producción sobre la base del ordenamiento económico existente”.⁴⁰ El análisis

³⁹ G. Lukács, *Geschichte und Klassenbewusstsein*, Neuwied-Berlin, 1970, p. 113 [G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*], cit., p. 44. En otro lugar, Lukács escribe: “El desarrollo económico objetivo sólo pudo crear la posición que ocupa el proletariado en el proceso de producción y a partir de la cual se determina su punto de vista; lo único que pudo hacer fue que la transformación de la sociedad se vuelve posible y necesaria para el proletario. Pero esta transformación sólo puede ser llevada a cabo por la acción —libre— del proletariado mismo” (*ibid.*, p. 355).

⁴⁰ H. Grossmann, *Das Akkumulations und Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen Systems* cit., p. 623 [p. 401]. En la introducción a la reimpresión del libro de Grossmann (Frankfort, 1967), Wolf Rosenbaum indica el límite de la obra en la falta de investigación sobre las otras causas que producen la crisis y sobre las tendencias que se oponen a la caída tendencial de la tasa de ganancia. A este respecto nos remitimos a la dis-

de Pollock sobre el amplio y contradictorio tejido empírico de la crisis parte, en cambio, del presupuesto contrario: la crisis que estalló con el “jueves negro” de Wall Street y que se propagó a todos los países capitalistas no es el comienzo de la catástrofe final, sino el fin de una era (la era competitiva) del capitalismo. “Lo que desaparece no es el capitalismo, sino sólo su fase liberal.”⁴¹ El examen profundo de la dinámica de la crisis permite intuir las perspectivas de un “reordenamiento planificado de la economía”. Pero las perspectivas indican sólo una dirección, no necesaria por sí misma; los modos y las formas de este “reordenamiento planificado” no se pueden predeterminar en forma realista, sino sólo prever de manera abstracta; al teórico de la economía no le queda otra alternativa que trazar diversos esbozos de “modelos” de planificación, contribuyendo a la construcción de “una teoría completa que pueda servir de medio de orientación para una futura política económica”.⁴² Apoyándose en Lorwin,⁴³ Pollock coloca estos modelos dentro del marco de un esquema cuyos extremos se caracterizan por dos tipos principales de economía planificada: el tipo capitalista (expresado por el “cártel general” de Hilferding basado en la conservación de la propiedad privada de los medios de producción) y el tipo socialista (fundado en la propiedad colectiva de los medios de producción). La sustitución del viejo automatismo basado en el “autocontrol” con un plan es común a todos estos modelos. La descripción “abstracta” hecha por Pollock no era en efecto producto de una mera deformación tecnocrática, sino tenía su motivación en una circunstancia histórica concreta —la “simultaneidad” de la crisis— y en un fenómeno teórico, ligado indisolublemente con esta circunstancia: el proceso de revisión profunda a la que los mayores exponentes del liberalismo estaban sometiendo sus doctrinas.⁴⁴

“Sin duda es posible probar que esta crisis se puede superar *con medios capitalistas* y que el capitalismo ‘monopolista’ es capaz

de superar la crisis contenida en la obra de Gillman (*La tasa de ganancia*) recogida en el libro *Kapitalismus und Krise. Eine Kontroverse um das Gesetz des tendenziellen Falls der Profitrate*, Frankfurt. Viena, 1970 (cf. en particular la contribución de Paul Mattick, “Wertheorie und Kapitalakkumulation”, pp. 7-34).

⁴¹ F. Pollock, “Osservazioni sulla crisi economica”, *Teoria e prassi*, cit., p. 169.

⁴² F. Pollock, “La situazione attuale del capitalismo e le prospettive di un riordinamento pianificato dell’economia”, *Teoria e prassi*, cit., p. 108.

⁴³ Cf. L. Lorwin, *The problem of economic planning*, Amsterdam, 1931.

⁴⁴ Véase, a este respecto, el ensayo-recensión a la *General Theory* de Keynes, en F. Pollock, *Teoria e prassi*, cit., pp. 173 y ss.

de seguir existiendo por un periodo actualmente inconmensurable.⁴⁵ Con ésto, Pollock no pretendía afirmar la posibilidad por parte del sistema de llevar a cabo un control perfecto del movimiento cíclico y una reabsorción total de las contradicciones.

"Hay muchas cosas que nos llevan a pensar que en el capitalismo controlado las depresiones serán más largas, las fases de expansión más breves e impetuosas y las crisis más deletéreas que en la época de la 'libre competencia'; pero no por esto se deberá esperar su derrumbe 'automático'. Desde el punto de vista económico no existe ninguna necesidad inevitable que induzca a sustituirlo con otro sistema."⁴⁶

A esta altura, el discurso es más complejo de lo que parecía a primera vista. Pollock no niega el carácter "catastrófico" de la crisis; ataca, más bien, vivamente las representaciones armonizadoras del "capitalismo prebélico", que minimizan las enormes destrucciones producidas por el "automatismo" del mercado, definiéndolas como "fricciones";⁴⁷ pero no la considera ya (como Grossmann) como el *memento mori* del sistema y sostiene que se puede superar *con medios capitalistas*. El mecanismo del mercado ya no es capaz de producir la "adaptación óptima" de las fuerzas productivas a los requerimientos; de ahí la necesidad del reordenamiento planificado. "Las dificultades manifiestas del sistema capitalista y el hecho de no haberse producido el derrumbe, profetizado por casi todos los expertos, de las tentativas de planificación económica en la Rusia soviética, son los principales motivos por los que hoy se habla por doquier de economía planificada."⁴⁸

El discurso "abstracto" se fusionaba, así, con el laborioso proceso de gestación económica y social que veía por una parte a los estados capitalistas occidentales (y en primer lugar a los Estados Unidos) y por la otra parte a la Unión Soviética empeñados simultáneamente en la búsqueda de nuevas formas capaces de poner nuevamente en movimiento el proceso de acumulación; pero la experiencia soviética es la que constituye el punto de referencia constante del "nuevo curso" de la economía capitalista.⁴⁹

"Una de las concepciones fundamentales de la teoría económica marxiana consiste en que un nuevo sistema económico sólo se

⁴⁵ F. Pollock, "La situazione attuale...", *Teoria e prassi*, cit., p. 94.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 95 (las cursivas son mías).

⁴⁷ *Ibid.*, pp. 93-94.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 96.

⁴⁹ Cf. *ibid.*, pp. 235 y ss., el Apéndice sobre el comunismo de guerra y la NEP (tratadas en el libro *Die planwirtschaftlichen Versuche in der Sowjetunion*, cit.).

puede establecer después de que sus presupuestos económicos y sociales se hayan constituido, por lo menos en germen, bajo la superficie del sistema anterior y después de que las relaciones de producción se hayan convertido en cadenas de las fuerzas productivas."

"Del mismo modo que la eliminación de las viejas restricciones tuvo como consecuencia, en Francia, hacia el final del siglo XVIII, un acelerado desarrollo económico sólo porque los presupuestos económico-sociales del sistema del *laissez-faire* estaban ya preparados bajo las ruinas de la economía feudal que había sobrevivido, así también sólo se pueden tomar en cuenta las posibilidades de una desvinculación de las actuales fuerzas productivas mediante un reordenamiento planificado de la economía, cuando los presupuestos de éste ya estén dados. Es posible formular, sin salirse de las líneas generales, las condiciones económicas (por el momento se prescinde, en efecto, de las políticas) de este reordenamiento de la manera siguiente: el peso mayor de la producción industrial debe desplazarse a las grandes fábricas, que producen a gran escala, y el proceso de centralización debe haber alcanzado cierto nivel; ya deben conocerse los medios técnico-organizativos para poder llevar a cabo la dirección centralizada de la economía y debe estar disponible una considerable reserva de productividad que pueda utilizarse mediante la aplicación de los métodos de planificación económica. Se puede demostrar fácilmente que todos estos presupuestos económicos ya se encuentran presentes en gran escala tanto en los grandes países industriales como en la economía mundial."⁵⁰

Este mismo desarrollo que resulta fatal para el curso "normal" del automatismo del mercado crea el presupuesto para la dirección planificada del proceso económico, aun cuando los tiempos y los modos de actuación de esta dirección pueden ser diversos y múltiples. Ambos están exigidos por las complejas circunstancias políticas, o por la iniciativa de los "sujetos económicos": las posibilidades de una orientación "socialista" de la economía planificada siguen siendo escasas "mientras el influjo de los estratos interesados por su situación de clase en esa forma económica no permitía la subversión del orden social actual".⁵¹

El análisis de Pollock, aunque realizado con una claridad y precisión ejemplares, dejaba abiertos los problemas fundamentales, más que resolverlos. Los principios de los que partía seguían

⁵⁰ F. Pollock, "La situazione attuale...", *Teoria e prassi*, cit., pp. 98-99.

⁵¹ *Ibid.*, p. 108.

siendo los de Marx. El esquema interpretativo seguía descansando en el conflicto entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Sin embargo, la novedad de los procesos en curso imponía, si no una revisión, por lo menos una actualización de las antiguas premisas teóricas. La "ruptura" de 1917 produjo un cambio drástico en el interior de la "economía mundial", introduciendo un elemento nuevo en toda la dinámica del proceso; un elemento *político* que exigía una respuesta igualmente *política* por parte del capital. De otra manera, el final del sistema del *laissez-faire* habría coincidido con el final del capitalismo. Un simple "regreso" a la ortodoxia, que no pusiera en el centro del análisis el papel determinante de este factor "político" habría sido absolutamente inadecuado porque habría sido incapaz de dar una respuesta a los *nuevos* problemas y habría sido incapaz de enfrentar la *novedad morfológica* de la coyuntura internacional. Con razón, Horkheimer señalaba, en el primer número de la *Zeitschrift für Sozialforschung*, que la gravedad objetiva de la crisis general se reflejaba a nivel subjetivo en una "crisis interna de la ciencia".⁵² Hay que tomar muy en cuenta este punto: se trata de una circunstancia fundamental, ligada con la coyuntura histórica particular (revolución rusa, fracaso de la revolución en Occidente, tendencia al capitalismo monopolista), sin la cual es imposible entender la génesis de la "Teoría crítica" y su *condicionamiento político*. "En la medida en que se habla de una crisis de la ciencia —escribía Horkheimer— no se puede separarla de la crisis general"; por esta razón, la "comprensión de la crisis de la ciencia" sólo puede darse con una correcta penetración de la coyuntura histórica determinada, "ya que la ciencia, en cuanto función social, refleja actualmente las contradicciones de la sociedad".⁵³

El ensayo de Pollock, "Bemerkungen zur Wirtschaftskrise"⁵⁴ es un síntoma de esta dificultad de adaptación de la "ciencia". En él Pollock se encontraba frente a un objeto de análisis particularmente arduo, que había sido estudiado de manera insuficiente en el mismo Marx. A pesar de convertirse en sostenedor de una teoría "endógena" de la crisis —en armonía con el estudio marxiano— no olvidaba por esto los factores "exógenos" que podían explicar los aspectos originales, las peculiaridades con las que se manifiesta la crisis. Considera, con razón, la crisis como

⁵² M. Horkheimer, "Bemerkungen über Wissenschaft und Krise", en *ZFS*, I, p. 4 (M. Horkheimer, *Teoría crítica*, I, Turín, 1974).

⁵³ *Ibid.*, p. 7.

⁵⁴ F. Pollock, "Osservazioni sulla crisi economica...", *Teoria e prassi* cit.

un fenómeno complejo, producido por una multiplicidad de causas;⁵⁵ lo que en parte justifica la falta de un nivel adecuado de abstracción. A diferencia de Grossmann, en su análisis falta una reflexión sobre la ley de la acumulación y alguna alusión a la ley de la caída tendencial de la tasa de ganancia aunque, como veremos, las consecuencias del discurso inducen a pensar en una revisión *implícita* de esta ley. Esto hace, obviamente, problemática una ubicación de Pollock dentro del ámbito de las discusiones viejas y nuevas sobre la teoría de la crisis.

Marx había señalado la "posibilidad general, abstracta, de la crisis"⁵⁶ en la separación entre la adquisición y la venta. Pero la forma generalísima de la crisis no es su causa. Para explicar el fenómeno de la crisis hay que remontarse a la distinción entre producción mercantil simple y producción capitalista, distinción que constituye uno de los elementos de divergencia cualitativa, es más: de verdadera ruptura entre la teoría marxiana y la de los clásicos.⁵⁷ La causa efectiva de la crisis es la caída de la tasa de ganancia, que determina la tendencia de los capitalistas a conservar el capital bajo la forma monetaria (lo que Keynes llama "liquidity preference"). Sin embargo, es sumamente controvertido cuál es la "determinante" de la caída de la tasa de ganancia. En la famosa sección tercera del libro III de *El capital*, Marx la reduce sustancialmente a la inadaptación de la tasa de plusvalor con respecto a la de la composición orgánica del capital. En ese caso permanecería inalterado el sistema del valor. La otra causa de la declinación de la tasa de ganancia podría ser la imposibilidad de comerciar los productos de acuerdo con su valor. Se trataría, de una carencia de la "demanda efectiva" (o para expresarnos con las mismas palabras de Marx, de "consumo capaz de pagar"). A estas dos posibilidades se sujetan *dos diversas* interpretaciones de la crisis, que podemos esquematizar de la manera siguiente:⁵⁸

a] interpretación basada en la ley de la caída tendencial de la tasa de ganancia;

b] teoría de la "crisis de realización", que a su vez puede

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 137 y ss.

⁵⁶ K. Marx, *Theorien über den Mehrwert*, MEW, II, p. 510.

⁵⁷ Sin pretender profundizar el tema, es oportuno aclarar aquí que las páginas en que Marx polemiza contra Say y Ricardo en relación con el problema de la crisis, en cuanto *crítica de la ciencia* económica tienen un enorme significado epistemológico (cf. K. Marx, *Theorien über den Mehrwert*, II, 17, pp. 508-514).

⁵⁸ Para esta exposición sistemática de las teorías de la crisis seguimos en gran parte el estudio de P. Sweezy, *La teoría del desarrollo capitalista*, cit., pp. 211-236.

dividirse en dos subclases: b^1] teoría de la desproporción; b^2] teoría del subconsumo.

Trataremos ahora de exponer sintéticamente (y de una manera muy simplificada) las tesis contenidas en cada una de estas interpretaciones:

a] La causa de la crisis no debe buscarse en la desproporción entre la producción y el consumo, sino en el interior de la producción misma, o sea, en la contradicción fundamental entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. La crisis se presenta, entonces, como reacción violenta puesta en movimiento por el sistema para oponerse a la declinación de la tasa de ganancia y se configura como el medio al que recurre el capital para poner remedio a los daños de la "prosperidad"; el traspaso de la crisis a la depresión, la consiguiente reconstitución del ejército de reserva y la depreciación de los valores de los capitales son los eslabones intermedios de la cadena cíclica, a través de la que se reconstituye la rentabilidad de la producción y se restablecen las bases para la recuperación del proceso de acumulación (entre los principales sostenedores de esta teoría: Preiser, Grossmann, Mattick y, con notorias diferencias, Dobb).⁵⁹

b] La caída de la tasa de ganancia no se explica con la acumulación y con el aumento de la composición orgánica del capital, sino con la imposibilidad de *realizar* el plusvalor, al no lograr los capitalistas vender las mercancías de acuerdo con su valor (hay que tomar muy en cuenta la repartición interna, precisamente "porque en el campo de las crisis de realización" actúan las diversas corrientes del revisionismo de derecha y de izquierda, y también los análisis económicos actualmente más *à la page*).

b^1] La crisis está determinada por una producción "desequilibrada", o sea, por una desproporción en la repartición del trabajo social entre las distintas esferas de la producción. El aumento o la disminución del valor de mercado a causa de esa desproporción tiene como consecuencia la migración del capital de una rama de la producción a otra. (Marx mismo no había descartado la posibilidad de esa desproporción *derivada de la falta de un "plan"* —ya que en el capitalismo competitivo, el empresario sólo conoce *a posteriori* el nivel de la "demanda efectiva" existente en el mercado—, al afectar un ramo particularmente importante de la producción, determinará desequilibrios en los sectores vitales y producirá en consecuencia la crisis.) Tugán Baranovski adoptó

⁵⁹ Cf. K. Marx, *Das Kapital*, I, 7, Abschnitt y III, 15, en que se tiende a caracterizar la teoría de la crisis como *teoría del ciclo*.

la hipótesis de la desproporción como única explicación de la crisis, negando tanto la teoría basada en la caída tendencial de la tasa de ganancia, como la subconsumista. De esta manera llegó a negar el carácter patológico de los males del sistema; es más, basándose en los esquemas de producción del II libro de *El capital*, trató de demostrar las posibilidades de una estabilización ilimitada, manteniendo en pie la conservación del equilibrio de las proporciones-conservación que estaría garantizada cada vez más por el desarrollo de la concentración monopolista, por los *trusts* y por el creciente control gubernamental y estatal del proceso económico, que reduciría progresivamente la anarquía a un nivel social global (la teoría de la "crisis por desproporción" tuvo un éxito notorio en la Segunda internacional —véase Hilferding— y en el marxismo ruso —véase la polémica de Lenin contra el "romanticismo económico").⁶⁰

b^2] La crisis se deriva de la incapacidad del capitalismo para desarrollar un mercado adecuado a las necesidades de la propia producción. Pero leamos el enunciado de esta tesis en la formulación ya clásica de su más famoso representante contemporáneo: "La tarea efectiva de una teoría del subconsumo consiste en demostrar que es inherente al capitalismo una *tendencia* a expandir la capacidad de producir bienes de consumo más rápidamente que la demanda de bienes de consumo. En otras palabras, debe demostrarse que existe una tendencia a utilizar los recursos de manera que se altere la relación entre la oferta potencial y la demanda potencial de bienes de consumo."⁶¹ El fundamento teóri-

⁶⁰ Cf. M. J. Tugán-Baranovski, *Studien zur Theorie und Geschichte der Handelskrisen in England*, Jena, 1901 y M. J. Tugán-Baranovski, *Theoretische Grundlangen des Marxismus*, Leipzig, 1905; R. Hilferding *Das Finanzkapital*, Viena, 1927 [R. Hilferding, *El capital financiero*, La Habana, 1971]; V. I. Lenin, *¿Quiénes son los "amigos del pueblo"?* [México, Siglo XXI, 1974, pp. 9-84]. Como señala R. Rosdolsky, *op. cit.*, p. 528, Lenin no sólo no atacó la esencia de las teorías de Bulgakov y Tugán sobre la realización, sino que las defendió directamente contra sus críticos; como por ejemplo, contra Struve, que les reprochaba que hubieran deducido de los esquemas de Marx "la armonía entre la producción y el consumo" (V. I. Lenin, *Algo más sobre la teoría de la realización*, en *Obras completas*, Madrid, Akal-Ayuso, 1975, t. 4, p. 76). A pesar de la dificultad objetiva de darle una solución unívoca al problema de la crisis, hay que señalar aquí que el postulado leniniano de la necesaria subsunción de la relación entre la producción y el consumo bajo el concepto de *proporcionalidad* se acerca peligrosamente a la teoría de la "falta de proporción" (o de la "falta de plan", como se diría hoy), propia de la explicación de las crisis dada por Tugán-Baranovski.

⁶¹ P. Sweezy, *op. cit.*, p. 200.

co general de esta concepción consiste en que la lógica del capitalismo es la de la *producción para el consumo* y no —como lo señaló repetidas veces Marx, aun en el campo metodológico— la de la *producción por la producción*. (Influída fuertemente por las doctrinas de Sismondi y de Malthus, la “teoría del subconsumo” se difundió a mediados del siglo pasado en Alemania por obra de Rodbertus y, a través de Lassalle y Dühring, se convirtió de clásica ideología de los propietarios terratenientes, en un “punto de apoyo” de las concepciones de la socialdemocracia alemana y segundointernacionalistas; entre sus más famosos defensores deben señalarse Sternberg y, entre los contemporáneos, Sweezy.)⁶²

Ahora bien, resulta sumamente difícil ubicar la interpretación de Pollock dentro del marco de esta exposición sistemática de las teorías de las crisis. Esto se podría explicar fácilmente desde el punto de vista histórico: la “crisis de la ciencia” de la que hablaba Horkheimer —y que se reflejaba principalmente en el esfuerzo del pensamiento económico después de la guerra mundial y de la Revolución de octubre. Pero, desde el punto de vista teórico, surgen numerosos problemas. En el análisis de la crisis, Pollock parte —como hemos visto— del esquema clásico, basado en la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Aunque trata de integrarlo con otra hipótesis interpretativa, propia de la teoría de la “crisis por desproporción”; por lo cual sólo un *plan*, una reglamentación (la *Regulierung* que para Grossmann era absolutamente imposible en un sistema capitalista) podría bloquear el proceso ruinoso provocado por las continuas migraciones de capital de un sector productivo a otro, eliminando así las *Disproportionalitäten*, que constituyen el mayor obstáculo para la superación de la crisis. Tratando una vez más de ser esquemáticos, podríamos concluir que, en el análisis de Pollock, nos encontramos frente a una nueva combinación original entre la interpretación marxiana clásica, continuada por Grossman (a), y la de la “crisis por desproporción” (b').⁶³ Esto le permite a Po-

⁶² En su exposición, Sweezy coloca también a Rosa Luxemburg dentro del marco de esta subclase, al definirla directamente como “la reina de los subconsumistas (op. cit., p. 191). Ahora bien, si no hay duda de que R. Luxemburg interviene en la teoría de la crisis por realización, no hay que dar por descontado, en mi opinión, su “subconsumismo” aunque *La acumulación del capital* ofrezca diversos motivos para esa interpretación. De cualquier modo está el hecho de que definir —como lo hace Sweezy— subconsumista a la teoría luxemburguiana significa achatarla y, en último análisis, quitarle su significancia política.

⁶³ Pollock no es ciertamente el único teórico en el que se puede encontrar una combinación de diversas teorías de las crisis. Lenin, por ejemplo,

llock establecer una relación de controlabilidad y corrección recíproca de las dos teorías, eliminado sus unilateralizaciones, e introducir así en el contexto el concepto de *plan*. Lo que no podía dejar de traducirse en una revisión dialéctica fundamental de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción. En este “acomodamiento” del conflicto, Pollock intuye las amenazadoras implicaciones autoritarias del control planificado de los procesos económicos, que tiende a ser adoptado en una medida cada vez mayor por los poderes del estado. Pero analicemos más de cerca estos puntos decisivos del análisis pollockiano.

En el quinto párrafo del ensayo sobre la crisis se identifica la tendencia de la dirección capitalista a intervenir activamente en la dinámica del conflicto entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción (conflicto que ha “alcanzado una violencia nunca antes conocida”) provocando una especie de “proceso de adaptación”. Este proceso se lleva a cabo de dos modos: a través de la destrucción violenta de las fuerzas productivas excedentes (que Pollock define como “método de Procusto”), y a través de un “relajamiento de las cadenas” con que el capital liga las relaciones de producción. Estos dos métodos, que “tienen en común el hecho de dejar intactos los fundamentos del sistema capitalista”, pueden separarse “únicamente por medio de una operación mental”, ya que de hecho se encuentran unificados en la praxis de la dirección capitalista.⁶⁴ El método de “relajación de las cadenas” es, para Pollock, el que a largo plazo tenderá a prevalecer: se traduce, en la práctica, en una creciente limitación del poder del propietario individual de los medios de producción de disponer

adhiriéndose a la teoría de la desproporción derivada de la anarquía de la producción capitalista, la completó con la del subconsumo: “En la sociedad capitalista, la producción no sistemática de un producto excedente (crisis) se hace inevitable debido a la alteración de la proporción entre los diversos ramos de la industria”; aunque “un determinado nivel del consumo constituye uno de los elementos de esta proporcionalidad” (V. I. Lenin, *Obras*, iv, p. 58). La teoría de la crisis por desproporción se modifica aquí en el sentido de que la desproporción entre los ramos de la actividad productiva depende también de las relaciones de consumo. En Bujarin se puede encontrar una combinación análoga, según la cual las crisis provienen de la “desproporción de la producción social”, aunque el factor consumo representa, sin embargo, “una parte de estas desproporciones”, N. Bujarin, “Der Imperialismus und die Akkumulation des Kapitals”, en *Unter dem Banner des Marxismus*, I (1925-1926), pp. 232-233 [en esp. *El imperialismo y la acumulación del capital*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 51, México, 1980, p. 151].

⁶⁴ F. Pollock, “Osservazioni sulla crisi economica...”, *Teoria e prassi*, cit., p. 154.

de su propio capital; este poder de disposición tiende, en efecto, a transferirse cada vez más a las manos de las "grandes unidades" o directamente al estado. Aquí, el discurso de Pollock se complica, ya que no logra definir con claridad los límites del proceso de concentración. Si la dirección del proceso económico se ejerce a través de una central estatal, nos encontramos entonces ante el punto extremo más allá del cual ya no se pueden modificar las relaciones de producción sin que se supriman los fundamentos del sistema capitalista.⁶⁵ Pero la incertidumbre de Pollock reflejaba un proceso real: al estudiar los desarrollos de la economía alemana y americana, se daba cuenta de que la dirección capitalista le estaba dando su respuesta "burlona" a la crisis, o sea estaba realizando en forma "trastocada", "enrevesada" el modelo de economía planificada en el que los teóricos de la *Zeitschrift* habían encontrado la única vía posible de salida de la crisis catastrófica. La dirección "racional" de los procesos económicos planteada y aplicada por el nacionalsocialismo en Alemania, y con modos y consecuencias sociales notoriamente distintos, por el *New Deal* rooseveltiano en los Estados Unidos, en lugar de ponerse bajo el control de los "individuos asociados" y en función del bienestar y de la felicidad de la "mayoría de los hombres", era la resultante de un acuerdo entre los más poderosos "grupos monopolistas" a los que se les había entregado el arbitrio de decidir "sobre la suerte de todos los demás sujetos económicos —poseedores de capital y obreros".⁶⁶

Empezaba así a tomar cuerpo la tendencia que Pollock y Mandelbaum habían identificado en el ensayo "Autarkie und Planwirtschaft"⁶⁷ y que se manifestaría como el elemento característico de la forma contemporánea de la organización social capitalista: la injerencia directa del estado en la economía. El nacionalsocialismo, en cuanto acorde con este proceso (aunque expresaba la primera fase, la más burda) no era en efecto el signo de un "retroceso" o de una mera y simple barbarie, sino el resultado lógico del *proceso de concentración*: "El parlamentarismo era poco adecuado [...], ya que correspondía a una concentración menos avanzada del poder económico. A consecuencia de la liberación del condicionamiento del parlamentarismo y de la posibilidad de disponer de todo el aparato del dominio psíquico sobre las masas, los

⁶⁵ Cf. *ibid.*, p. 166.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 167.

⁶⁷ F. Pollock, "Autarchia e pianificazione", *Teoria e prassi*, cit., pp. 109-134.

gobiernos de esa época parecen ser independientes de las clases y parecen estar imparcialmente por encima de la sociedad."⁶⁸

A pesar de estas importantes indicaciones, en Pollock, sin embargo, prevalece el aspecto descriptivo del análisis de los procesos económicos sobre el crítico. Este aspecto se pone en evidencia marcadamente en el ensayo *State capitalism*.⁶⁹ En él, el mero carácter descriptivo vacía el objeto de todos sus componentes contradictorios, confiriéndole la "mala" abstracción del "tipo ideal" weberiano. Se tiene la clara impresión de que Pollock llevó hasta la exasperación su propia tendencia (que se manifestó desde su primer trabajo)⁷⁰ hasta el restablecimiento de la "máscara", las formas fetichizadas del proceso económico capitalista: desde el dinero hasta el estado y hasta la técnica.⁷¹

La violencia histórica con que se había presentado la tendencia al "capitalismo de estado" haciendo surgir las monstruosas posibilidades de control despótico ligadas con el ejercicio institucionalizado de la violencia, le había quitado al teórico de la economía la

⁶⁸ F. Pollock, "Osservazioni sulla crisi economica", *Teoria e prassi*, cit. p. 172.

⁶⁹ F. Pollock, "Capitalismo di Stato", *Teoria e prassi* cit., pp. 199-232. Se puede encontrar un análisis de la tendencia al "capitalismo de estado", sintomática de la resonancia que esta temática empieza a tener a partir de los años treinta, en Carl Steuermann (Otto Rühle), *Weltkrise-Welwende. Kurs auf Staatskapitalismus*, Berlín, 1931; véase especialmente las pp. 213-255, aunque es muy interesante también el capítulo sobre la Unión Soviética (pp. 183 y ss.).

⁷⁰ Véase, en F. Pollock, *Teoria e prassi*, cit., pp. 59-83, el ensayo "La teoría marxiana del dinero", que toma nuevamente por entero los temas estudiados en la disertación (F. Pollock, *Die Geldtheorie von Karl Marx*, Francfort, marzo de 1923 —mimeo). Desde el punto de vista marxista, el planteamiento del trabajo era en cierto modo correcto y rigurosamente "ortodoxo", en la medida en que se centraba en la dialéctica esencia-fenómeno y en la estrecha conexión entre el análisis del dinero y el análisis de la mercancía en Marx. Lo que es tanto más significativo, cuanto que los avisados investigadores contemporáneos demostraron recientemente, basándose en los *Grundrisse* (entonces desconocidos para Pollock), el carácter constitutivo de la mencionada relación dentro de la estructura de la teoría marxiana. Cf. R. Rosdolsky, *op. cit.* pp. 150-161 y Wygodsky, *Die Geschichte einer grossen Entdeckung*, Berlín, 1967, p. 54. A pesar, pues, de la tendencia a la "contracción" del análisis desde el nivel esencial (investigación de las formas categoriales en función de las relaciones sociales de producción) al fenoménico (privilegiamiento de la "máscara" del proceso económico global), la teoría de Pollock no es de ninguna manera ingenua desde el punto de vista metodológico.

⁷¹ Las investigaciones sobre automatización absorbieron casi completamente el interés de Pollock en la posguerra, culminando con el conocido libro de F. Pollock, *Automazione*, Turín, 1970, [Hay. edic. en esp.]

capacidad de acoger críticamente los nuevos desarrollos y de individualizar los elementos dialécticos latentes en el seno mismo de la nueva "totalidad". Él cambia así la esencia por el carácter aparente de "potencia externa" de las formas fetichizadas del proceso económico, la realidad por la fachada acontradictora y "unidimensional" del despotismo socializado:

"El control gubernamental de la producción y de la distribución proporciona los medios para la eliminación de las causas económicas de las depresiones, de los procesos globalmente destructivos, de la desocupación y de la falta de inversión. Podríamos llegar hasta el punto de decir que bajo el capitalismo de estado la economía ha perdido, como ciencia social, su propio objeto."⁷²

Es evidente la relación entre estas conclusiones de Pollock y las de los mayores representantes filosóficos de la *Zeitschrift für Sozialforschung*. Sin embargo, tanto en el desarrollo de toda la compleja evolución teórica de la revista como en sus conclusiones debe encontrarse esta conexión; no ciertamente para formular un juicio histórico cultural (que no podría nunca "hacer justicia" verdaderamente a la llamada —aunque muy impropia— "Escuela de Francfort"), sino para hacer una contribución válida al análisis de esta importante corriente de pensamiento desde el punto de vista de la *crítica de la ideología*.⁷³ Esto significa, en primer lugar, distinguir las fases históricas del desarrollo de la "Teoría crítica" en relación con sus contribuciones teórico-económicas, hasta ahora injustamente olvidadas. Para pasar después a buscar en la fase más avanzada (la de los años treinta) las causas de la insuficiente elaboración del nexo teoría-praxis.

⁷² F. Pollock, "Capitalismo di Stato", *Teoria e prassi*, cit., p. 223.

⁷³ Con esto —como se podrá comprobar en las páginas que siguen— no se pretende de hecho adherir, ni siquiera mediatamente, a la subsunción de la "Teoría crítica" bajo el concepto de "reacción idealista contra la ciencia" (con el que algunos se hacen ilusiones de poderla liquidar; véase por ejemplo Göran Therborn, *Critica e rivoluzione. La Scuola di Francoforte*, Bari, 1972); aunque también se rechazan los enfoques igualmente acrílicos de los "intérpretes" que, frecuentemente privados de las más elementales informaciones históricas, tienden a convertir la "Escuela de Francfort" en un fenómeno de moda, obstaculizando la recensión teórico-política seria que constituye la única condición para entenderla verdaderamente y superarla.

3. SOCIALIZACIÓN DEL TRABAJO Y "TEORÍA CRÍTICA". LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA COMO CONDICIÓN DE LA "FACTIBILIDAD DE LA HISTORIA"

En el ensayo de 1934, *Der Kampf gegen den Liberalismus in der totalitären Staatsauffassung*, Marcuse comprendía —apoyándose expresamente en el análisis de Pollock— la relación de continuidad sustancial entre la concepción liberal y la totalitaria en los siguientes términos:

"Este boceto a grandes líneas de la teoría liberal de la sociedad mostró cuántos elementos de la concepción totalitaria del estado ya están insertos en la misma. Desde el punto de vista de la estructura económica se manifiesta una continuidad casi ininterrumpida en el desarrollo de la interpretación teórica de la sociedad. Aquí debemos dar por conocidas [*de acuerdo con el análisis de Pollock*.- G. M.] las bases económicas de esta transformación de la teoría liberal en teoría totalitaria; éstas siguen en lo esencial la línea que marca la transición de la sociedad capitalista del capitalismo comercial e industrial, basado en la libre competencia de los distintos empresarios autónomos, al moderno capitalismo monopolista, en el que las relaciones de producción modificadas (y en particular las grandes 'unidades' de los cárteles, *trusts*, etc.) requieren un estado fuerte con todos los instrumentos de poder [...] La transición del estado liberal al estado totalitario y autoritario se lleva a cabo basándose en el mismo ordenamiento social. Si se toma en cuenta esta base unitaria, se puede decir que el mismo liberalismo es el que 'genera' el estado totalitario y autoritario, que constituye su perfeccionamiento en una etapa avanzada del desarrollo. El estado totalitario y autoritario proporciona la organización y la teoría de la sociedad que corresponden a la etapa monopolista del capitalismo."⁷⁴

Pero la relación de influjo recíproco entre el análisis de Marcuse y el de Pollock parece haber llegado más allá de los años treinta, ya que este último escribe, en su libro sobre la *Automatización*:

"[...] entre los graves peligros sociales que entraña la automatización está el del reforzamiento de la tendencia a la sociedad totalitaria, que subsiste aun en forma independiente de la

⁷⁴ En *ZFS*, III (1934), pp. 174-175 (H. Marcuse, "La lotta contro il liberalismo nella concezione totalitaria dello Stato", en *Cultura e società*, Turín, 1969, p. 18-19). Pollock mismo se referiría a su vez a este importante escrito de Marcuse, en el ensayo sobre Keynes escrito en colaboración con Mandelbaum (cf. *Teoria e prassi*, cit., pp. 173-198).

misma. Pero semejante evolución totalitaria representa sólo una de las posibilidades de desarrollo del sistema abiertas por la nueva revolución industrial. E indica también, por primera vez en la historia humana, una vía hacia la abolición de la pobreza y del trabajo que oprimen y mutilan al hombre, y esto no sólo para los países más desarrollados, sino —en un porvenir de ninguna manera envuelto en las nubes de la lejanía— para toda la tierra. Estas perspectivas parecen utopistas frente a las tensiones y a las luchas derivadas de la amarguísima miseria de la inmensa mayoría de los hombres que viven en nuestros días; no obstante se podrían realizar si se hiciera un uso razonable de las posibilidades de que se dispone en la actualidad.⁷⁵

Aquí la divergencia entre el aspecto de la “representación” teórica y el de la crítica-praxis llega a sus límites extremos: la denuncia del sistema, como se hace en *El hombre unidimensional* de Marcuse, es un hecho propio de la razón ética, ajeno de por sí a lo “que existe” y por lo tanto incapaz de ejercer una crítica *inmanente* al mismo.

Aun más interesante —aunque también más compleja— es la relación que existe entre Pollock y Adorno. Si por un lado Adorno tiene siempre presente —*metodológicamente*— a Grossmann, como el más profundo y vital elaborador de las categorías marxianas en el plano del análisis económico, acepta, por el otro, la *Darstellung* pollockiana de la socialización autoritaria producida por los desarrollos oligomonopolistas del capitalismo contemporáneo. La dialéctica de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción sigue siendo siempre, desde el punto de vista *teórico-abstracto*, el principio fundamental de explicación de la sociedad capitalista; esta dialéctica, sin embargo, —como lo había descubierto Pollock en su ensayo de 1933 sobre la crisis económica— parece haberse suspendido, dejando penetrar una suerte de “proceso de adaptación” que, si no refuta la ley marxiana de la caída tendencial de la tasa de ganancia, la aparta sin embargo de la temporalidad concreta sobre la que debería proyectarse la medida de su validez. En la introducción a *Der Positivismusstreit in der deutschen Soziologie*, Adorno declara inequívocamente que la teoría del derrumbe constituye todavía en la actualidad una de las cuestiones más importantes de la ciencia social;⁷⁶ y en otro lugar hace conside-

⁷⁵ F. Pollock, *Automazione*, cit., p. 258.

⁷⁶ Varios autores, *Der Positivismusstreit in der deutschen Soziologie*, Neuwied-Berlín, 1969, p. 53. [Hay edic. en esp.]

raciones análogas respecto a la teoría del valor.⁷⁷ Pero estas leyes parecen haber perdido misteriosamente su objeto, y junto con él su *medium* de comprobación práctica. Con la “congelación” de la dialéctica real, el pensamiento crítico parece estar condenado a un fin indefinible, al destierro de la contemplación. De este modo, la teoría adorniana, al mantenerse firme en la ortodoxia de Marx, aunque siendo al mismo tiempo incapaz de penetrar en ella y de hacerla operativa en la nueva forma de organización capitalista del dominio, llega a constituirse como totalidad negativa, como reflejo de la *falta de movimiento histórico*, del proceso objetivo que Grossmann había delineado en su riguroso trazo interpretativo y que parecía haber sido bloqueado por una serie de tendencias contrarias:

“El movimiento del pensamiento y de la historia se conduce —de acuerdo con el esquema del contraste inmanente— en sentido unívoco y exclusivo, con despiadada positividad, a través del dominio absoluto de la negación. Todo es subsumido bajo las fases económicas principales que son determinantes, en cada caso, dentro de la sociedad y bajo su desarrollo progresivo [...].”⁷⁸

La “burlona” realización del hombre como “ente genérico” en la economía planificada despojó a la instancia crítico-práctica del humanismo revolucionario su propio objeto: “La industria cultural, la sociedad ultraorganizada, la economía planificada realizaron burlonamente al hombre como *Gattungswesen*: privado de conciencia individual, de iniciativa moral autónoma, manipulado a placer.”⁷⁹ La estigmatización de este fenómeno se encuentra de nuevo en términos análogos en las páginas en que Pollock habla de la jerarquía de tipo militar dentro de la fábrica moderna y analiza esta última como forma celular del “despotismo” social en su conjunto. Tenemos, aquí, la representación de los procesos estructurales cuya configuración está representada por el análisis adorniano. En el capitalismo el proceso de socialización se lleva a cabo en forma ‘caricaturesca’; se manifiesta en la absolutización-separación de las dos fases del proceso mis-

⁷⁷ En *Sociologica*, II, Francfort, 1962, p. 117. Véase, también, a este propósito, el importante ensayo de Hans-Georg Backhaus, “Zur Dialektik der Wertform”, en *Beiträge zur marxistischen Erkenntnistheorie*, al cuidado de Alfred Schmidt, Francfort, 1970, p. 114.

⁷⁸ Th. W. Adorno, *Minima moralia*, Turín, 1954, p. 146. [Hay edic. en esp.]

⁷⁹ M. Horkheimer-Th. W. Adorno, *Dialektik der Aufklärung*, Amsterdam, 1947, p. 184. [Hay edic. en esp.]

mo: una racionalización abstracta, por medio de la cual el capital variable es tratado como capital constante, el obrero como máquina, y un aumento del poder jerárquico del despotismo en la fábrica.⁸⁰

Esta confrontación entre un especialista de la economía como Pollock y un filósofo "abstracto" como Adorno sólo podría sorprender a los que no están familiarizados con las problemáticas efectivas (o hasta simplemente con los textos) del marxismo crítico. Este último se orientó desde el principio a la dinámica del moderno proceso productivo, tratando de interpretarla con el recurso a las categorías del análisis marxiano de la mercancía.

"Lo principal es para nosotros el *principio* que así se impone: el principio del cálculo, de la racionalización basada en la *calculabilidad* [...] La racionalización, en el sentido de un cálculo previo y cada vez más exacto de todos los resultados que hay que alcanzar, no puede conseguirse más que mediante una descomposición muy detallada de cada complejo en sus elementos, mediante la investigación de las leyes parciales especiales de su producción [...] La descomposición racional-calculística del proceso del trabajo aniquila la necesidad orgánica de las operaciones parciales referidas las unas a las otras y vinculadas en unidad en el producto. La unidad del producto en cuanto mercancía no coincide ya con su unidad como valor de uso: la independización técnica de las manipulaciones parciales de su producción se expresa también económicamente con la penetración del capitalismo en la sociedad, en la forma de independización de las operaciones parciales, de relativización creciente del carácter de mercancía del producto en los diversos estadios de la producción."⁸¹

El fraccionamiento mecánico del proceso productivo destruye también los lazos que dentro de la producción "orgánica" unían en una comunidad los distintos sujetos del trabajo. La producción mecanizada los transforma en átomos abstractamente aislados, cuya conexión está mediatizada con creciente exclusividad por las

⁸⁰ Cf. F. Pollock, *Automazione*, cit., pp. 258-290. La única aproximación que logramos encontrar entre el análisis de Pollock y el de Adorno la llevó a cabo Raniero Panzieri en su "Relazione sul neocapitalismo" de agosto de 1961 que ahora se puede leer en la antología que reúne sus escritos más importantes, bajo el inexplicable título *La ripresa del marxismo-leninismo in Italia*, recopilado por D. Lanzardo, Milán, 1972, cf. pp. 184-195.

⁸¹ G. Lukács, *Geschichte und Klassenbewusstsein*, cit., p. 177-178 [p. 95].

leyes abstractas del mecanismo. En el sistema de trabajo socializado el tiempo pierde su carácter cualitativo, de mutabilidad, endureciéndose en un *continuum* cuantitativamente mensurable, llenado con "cosas" igualmente mensurables (las operaciones cosificadas del trabajador). En la sociedad del capitalismo planificado, la abstracción cuantitativa del trabajo —la subsunción del proceso productivo bajo el concepto de *calculabilidad*— consiste en la *concesión* de la premisa abstracta en la relación de intercambio:

"La sociedad burguesa está totalmente dominada por la ley del intercambio, por el 'igual por igual' de las cuentas que se equiparan y en las que no queda realmente ningún residuo. El intercambio es, en su esencia, algo atemporal, como la *ratio* misma, del mismo modo que las operaciones de la matemática, en su forma pura, eliminan de sí mismas el elemento temporal. De este modo, el tiempo concreto [...] desaparece de la producción industrial, la cual puede prescindir ahora casi totalmente de la experiencia acumulada."⁸²

Una abstracción semejante del proceso productivo y de la organización interna de la empresa industrial sería imposible "si no se manifestara en ella de manera concentrada la estructura de toda la sociedad capitalista".⁸³ El ámbito en que opera el "cálculo racional" no está sometido únicamente a leyes rigurosas; presupone la absoluta legalidad de todo acontecimiento, y que toda la satisfacción de las necesidades de la sociedad se desarrolle en la forma del intercambio de mercancías. La atomización del individuo es, por lo tanto, sólo el reflejo en la conciencia del hecho de que las "leyes naturales" de la producción capitalista se han posesionado de todas las manifestaciones vitales de la sociedad. Por primera vez en la historia, la sociedad está sometida a un proceso económico unitario y uniforme, que dispone y decide sobre la actividad y sobre el destino de todos sus miembros. La estructura merceológica de las "cosas" y la regularidad de sus relaciones les confiere a las relaciones sociales un carácter de cuasi-naturalidad (*Naturwüchsigkeit*) que se le presenta (*erscheint*) a la conciencia individual como un dato

⁸² Th. W. Adorno, "Was bedeutet: Aufarbeitung der Vergangenheit", en *Erziehung zur Mündigkeit. Vorträge und Gespräche mit Helmut Becker 1959-1969*, bajo el cuidado de Gerd Kadelbach, Francfort, 1970, pp. 13 y ss.

⁸³ G. Lukács, *op. cit.*, p. 180. [p. 97] Cf. también F. Pollock, "Capitalismo di Stato", *Teoria e prassi*, cit., y F. Pollock, *Automazione*, cit., p. 291.

insalvable: “la normatividad natural (*Naturgesetzlichkeit*) de la sociedad es ideología, en cuanto se personifica como dato natural inmodificable. Pero la normatividad natural es real como ley dinámica (*Bewegungsgesetz*) de la sociedad inconsciente”.⁸⁴

Esta *Naturgesetzlichkeit* de la sociedad encuentra un contragolpe preciso en la dimensión teórica: la que hace tiempo los filósofos llamaban vida —es una de las ideas dominantes de *Minima moralia*— se redujo a la esfera de lo privado, del mero consumo, que es al mismo tiempo apéndice y forma enajenada del proceso material de producción. Sin embargo, Adorno parece olvidar, aquí, el punto de partida. Dirige su atención a la forma *socializada* de la cosificación y del intercambio a despecho de lo que es, en efecto, el baricentro de este proceso de socialización del trabajo: la fábrica moderna. Apartándose claramente de Lukács, al que había tomado como punto de partida, tiende a relegar el análisis de la moderna empresa capitalista, basada en los procesos de automatización y parcelización de las actividades, a un mero ejercicio de microsociología, más bien que considerarlo como reproducción celular de toda la relación capitalista. Por esto, puede hacerse la pregunta “ferozmente cómica”: ¿dónde se encuentra el proletariado? Pero esto no se puede explicar recurriendo únicamente a las causas históricas, aunque sean relevantes.⁸⁵ El fracaso de la revolución, la crisis del 29, el fascismo y el desarrollo de la Unión Soviética pueden explicar muy bien algunos rasgos característicos del pensamiento adorniano: la celosa conservación de las categorías fundamentales del análisis marxiano (que se han vuelto inoperantes al desaparecer el “movimiento objetivo”, de la tendencia a la crisis y al derrumbe del sistema), como también la desmaterialización del concepto, al margen de su reducción nominalista, y la anulación de la historia al que asistimos en la *Negative Dialektik*, asimilada casi a la pobreza trascendental de la categoría heideggeriana. Pero no explican cómo se refleja la “desaparición” del movimiento histórico en la teoría adorniana en una inexorable falta del anillo intermedio que debería conectarla con la práctica. No explican cómo la “carencia” se convierte en un hecho *propio* de la teoría, indicando su incapacidad de apropiación crítica de la totalidad real antagónica. Para dar un paso adelante en relación con la “Teoría

⁸⁴ Th. W. Adorno, *Negative Dialektik*, Francfort, 1966, p. 347. [Hay edic. en esp.]

⁸⁵ El análisis más agudo, en este sentido, se encuentra en el escrito de H. J. Krahl, “Der politische Widerspruch der kritischen Theorie Adornos”, en *Konstitution und Klassenkampf*, cit., pp. 285-288.

crítica” es necesario actuar en el sentido de la *crítica de la ideología*, comprender la incapacidad de conectarse con la práctica como límite interno de la teoría misma. Aunque, cuando se sale precisamente del limbo de las aseveraciones genéricas y se pasa a ver en qué consiste precisamente este límite, se descubre que este último no constituye una peculiaridad exclusiva del pensamiento de Adorno y de Horkheimer, sino se remonta más bien a los orígenes del “marxismo crítico”, a *Historia y conciencia de clase* de Lukács. Y tiene sus raíces en la relación entre la racionalidad abstracta (cuantitativa) de lo “subsistente” (del dominio capitalista) y el surgimiento destructor de la dimensión cualitativa. Lukács, como es sabido, resuelve el problema retraduciendo la relación en una dialéctica de la conciencia de un sujeto-objeto absoluto —el proletariado—, que se convierte así en el garante del desarrollo histórico y de la inevitabilidad de la revolución. La “Teoría crítica” rechaza decididamente esta interpretación idealista y hegelianizante del marxismo, oponiéndole el *carácter contingente de la dialéctica materialista*,⁸⁶ aunque sin lograr darle una solución positiva.

La cuestión está muy lejos de estar resuelta, aun por parte de las interpretaciones marxistas más “modernas”, que con frecuencia se han contentado con una reducción “cientista” o “teoricista” de la práctica, cercenando claramente la temática de la conciencia de clase. Por esto, el problema fundamental de la “Teoría crítica” —la relación entre el “bloqueo”, la “estructuración” del carácter procesual (que Alfred Schmidt define como “congelación del movimiento histórico”) y la explosión destructiva de la dimensión de la cualidad— sigue siendo todavía *nuestro* problema. La simple alusión a la forma de la dialéctica, no sólo no podría resolver, sino más bien disimularía las dificultades inherentes a esta relación, a la que está sometida toda la problemática de la subjetividad revolucionaria. Y mucho menos puede resolverse el conflicto en una contraposición entre las “necesidades inmediatas” de la “esencia” humana y su despojo capitalista. El análisis marxiano del fetichismo de la mercancía no tiene como resultado “el redescubrimiento de la subjetividad humana enajenada, bajo la objetividad fetichista”,⁸⁷ sino más bien

⁸⁶ Interpretando en sentido empirista esta “contingencia”, Habermas llevó a cabo una revisión explícita de la teoría marxiana del valor, rompiendo de este modo la ortodoxia estática de Adorno (cf. J. Habermas, “Zur philosophischen Diskussion um Marx und den Marxismus”, en *Theorie und Praxis*, Neuwied-Berlín, 1963, p. 322).

⁸⁷ Así Colletti, que de este modo replantea —sin darse cuenta— el

la revelación del hecho de que bajo el intercambio de las mercancías se oculta una determinada *relación de producción*. Se debe partir, por tanto, del proceso determinado de socialización capitalista del trabajo, para plantear correctamente el problema de la *conciencia* de clase, que es imposible distinguir del nivel *material* dado de la *composición* de clase.

El problema —se ha dicho— está lejos de haberse resuelto; pero —y esto es lo que importa— su solución no puede seguir siendo un hecho propio de la “filosofía” (y por lo tanto tampoco concretarse a un trabajo de reconstrucción crítico-filológica de los textos). Por otra parte, la solución no puede estar dada ni siquiera por la frecuentemente mencionada ruptura de las barreras especialistas que aíslan la “economía” y la “filosofía” como campos separados. No se trata de su reconversión o “traducción recíproca” (que, en cuanto tal, no pasaría de los “sincretismos” tradicionales), sino de una superación de ambas desde el punto de vista de la crítica de la ideología.

La condición para el regreso de la teoría a la práctica consiste en que la teoría misma ponga nuevamente en movimiento sus propias categorías, agregándoles el nuevo material de la “totalidad real” y recuperando de este modo su propia capacidad analítica. Pero esto presupone la *reapropiación de la crítica de la economía política*, como el único vehículo capaz de “subir”, como diría Marx, de lo abstracto a lo concreto.

Y en esta perspectiva puede tener actualmente un sentido (que no sea meramente histórico o genéricamente conceptual) la confrontación con la “Teoría crítica”, profundizando la compleja relación con sus niveles de análisis económico.

verdadero punto débil del análisis luckacsiano de la cosificación (L. Colletti, “Bernstein e il marxismo della Seconda Internazionale” introducción a E. Bernstein, *I presupposti del socialismo e i compiti della socialdemocrazia*, Bari, 1968, p. LVIII; ahora en *Ideologia e società*, Bari, 1969, p. 120). [Hay edición en esp., *Ideología y sociedad*, Barcelona, Fontanella, 1975.]

II. RACIONALIZACIÓN CAPITALISTA Y SOLUCIÓN TOTALITARIA. EL FASCISMO ALEMÁN EN EL ANÁLISIS DE ALFRED SOHN-RETHEL

En septiembre de 1970, cuando apareció en la revista germano-occidental *Kursbuch* la reimpresión de un artículo de 1932 dedicado a la “reconsolidación social del capitalismo” después de la gran crisis —acompañado por un comentario del autor, cuya identidad era desconocida hasta entonces—¹ estalló en las dos Alemania el “caso Sohn-Rethel”. El artículo (lanzado en el mismo año por el editor Suhrkamp con la publicación del *Geistige und körperliche Arbeit*,² que en poco tiempo lo haría famoso) cuya paternidad reivindicaba Sohn-Rethel había aparecido en forma anónima en dos entregas de la *Deutsche Führerbriefe*.³ A despecho del nombre —que indujo a engaño a muchos investigadores—,⁴ esta revista no era un órgano nazi, sino más bien una “correspondencia político-económica privada”, ligada con los ambientes de la gran industria y del capital financiero alemán que había sido fundada hacia el final de 1928 en Colonia por Franz Reuter (amigo íntimo de Schacht) y Otto Meynen, en una fase de fuerte reflujo de la NSDAP.

Como era inevitable, pasado el primer momento de estupor despertado por la noticia de que lo que diversos historiadores del fascismo habían considerado como un importante documento “patronal” sobre las relaciones entre la gran industria y el nacionalismo⁵ había salido en realidad de la pluma de un intelectual

¹ Cf. A. Sohn-Rethel, “Ein Kommentar nach 38 Jahren”, en *Kursbuch*, núm. 21, septiembre de 1970, pp. 17-35. Por lo que respecta a las notas bibliográficas sobre Sohn-Rethel, nos remitimos a la edición italiana del libro *Lavoro intellettuale e lavoro manuale. Per la teoria della sintesi sociale*, Milán, 1977, p. 9-15 [en esp., *Trabajo manual y trabajo intelectual*, Madrid, El viejo topo, 1979].

² Francfort, 1970. La segunda edición corregida y aumentada (sobre la que se efectuó la traducción italiana) apareció en 1972.

³ *Deutsche Führerbriefe*, núm. 72, 16 de septiembre de 1932; núm. 73, 20 de septiembre de 1932.

⁴ Así, por ejemplo, G. W. Hallgarten, *Hitler, Reichswehr und Industrie*, Francfort, 1955, pp. 124-125.

⁵ De esta manera era juzgado, entonces, por el diputado comunista en

que ya entonces era —como él mismo decía— un “criptomarxista”, ardió la polémica, planteando interrogantes inquietantes sobre la situación política y sobre la credibilidad personal de Sohn-Rethel.

El ataque más consistente provino de los ambientes ligados con la ortodoxia oficial de la RDA y apareció —bajo el velo de un seudónimo (E. Berliner)— en *Blätter für deutsche und internationale Politik*.⁶ Dejando de lado la serie innumerable de los detalles biográficos atacados por la polémica (cuya consideración podría cubrir por sí sola el espacio de este ensayo introductorio), la debilidad del ataque consistía totalmente en la tentativa de salvar la confiabilidad “objetiva” del artículo como prueba documental de que el advenimiento del nacionalsocialismo había sido el resultado de una estrategia “consciente y planificada” del capital monopolista, demostrando la coherencia “anticomunista” del autor, ligado primero a los altos estratos financieros y posteriormente al uso “burgués” y “antiobrero” de Marx propio de la Escuela de Francfort.⁷

Aparte del hecho de que la formación intelectual de Sohn-Rethel había tenido lugar —como él mismo afirma inequívocamente en su respuesta— de una manera totalmente independiente de los “francfortenses” (los primeros contactos con Horkheimer, Adorno y Benjamin se remontan a 1936-1937, cuando ya había emigrado a París),⁸ lo que no concordaba con las objeciones de Berliner era precisamente el replanteamiento de la tesis del fascismo como instrumento del gran capital: tesis refutada en sus raíces no sólo por el mismo artículo de 1932, sino también por otros ensayos reunidos en el libro *Ökonomie und Klassenstruktur des deutschen Faschismus* (que también Berliner debía tener ante

el Reichstag, Theodor Meubauer en un artículo de la *Inprekorr*: “Sozialdemokratie, Nationalsozialismus und ihre Rolle für die Rettung des deutschen Kapitalismus”, *Internationale Presse-Korrespondenz*, núm. 82, 4 de octubre de 1932, p. 2605, Cf. también R. Sasuly *IG Farben*, Berlín 1952, p. 90; F. Klein, “Neue Dokumente zur Rolle Schachts bei der Vorbereitung der Hitlerdiktatur”, en *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, IV, 1967, pp. 819 y ss.

⁶ Cf. E. Berliner, “Das monopolistische Problem der Massenbasis, die ‘Deutschen Führerbriefe’ und Alfred Sohn-Rethel. Anmerkungen und Dokumentation zu einer unvollkommenen Enthüllung”, en *Blätter für deutsche und internationale Politik*, 1974, pp. 154-174.

⁷ Cf. *ibid.*, p. 160.

⁸ Cf. A. Sohn-Rethel, “Zum Artikel von E. Berliner: Das monopolistische Problem der Massenbasis, die ‘Deutschen Führerbriefe’ und Alfred Sohn-Rethel. Die vollkommene Selbstenthüllung eines Anonymus”, en *Blätter für deutsche und internationale Politik*, 1974, pp. 1288-1289.

su vista cuando redactaba su intervención).⁹ Este libro se sitúa, en efecto, en las antípodas de la teoría tercerinternacionalista del fascismo como “agente” o “pelele” del capital financiero, sobre cuya base siguió alimentándose la visión restrictivista de la política que actuaba en las diversas ediciones del *Stamokap* (capitalismo monopolista de estado). Simultáneamente, la investigación de Sohn-Rethel evita la trampa ideológica de las versiones socialdemócratas y radicales de la *Totalitarismustheorie* (que habían tenido como campo del debate sobre el fascismo la Alemania Federal durante el periodo de la guerra fría, y que últimamente parecían haber recobrado auge), adoptando como objeto de la investigación el juego —las “agregaciones cambiantes”— de los intereses internos del capitalismo alemán, que produjeron las condiciones para la llegada de Hitler al poder.

El mérito mayor del libro consiste en relacionar de manera explícita —o sea, tematizada conceptualmente— la dramática fase de transición de la “democracia contratada”¹⁰ de Weimar a la “solución” (en realidad *traslación*) fascista de los antagonismos fundamentales del sistema con los procesos de racionalización productiva y de socialización del trabajo del capitalismo de los años veinte. En ese sentido, la contribución sohn-retheliana constituye al mismo tiempo un desmantelamiento de la *Totalitarismustheorie* y una tentativa de superar los límites descriptivistas de la *Pluralismustheorie* que se inspira en los ya clásicos trabajos de Franz Neumann y de Arthur Schweitzer.¹¹ Lo que trataremos

⁹ A. Sohn-Rethel, *Ökonomie und Klassenstruktur des deutschen Faschismus* fue publicado, en efecto, el año anterior por Suhrkamp (Francfort, 1973), bajo el cuidado de Johannes Agnoli, Bernhard Blanke y Niels Kadritzke; Sohn-Rethel, *Economia e struttura di classe del fascismo tedesco*, Bari, 1978.

¹⁰ Esta definición de la República de Weimar la tomamos de E. Rusconi, *La crisi di Weimar. Crisi di sistema e sconfitta operaia*, Turín, 1977. El concepto de “democracia contratada”, en nuestra opinión, está estrechamente ligado con el de “pluralismo corporativo”, de acuerdo con el cual el historiador americano Charles S. Maier desarrolló su importante estudio comparativo sobre la estabilización capitalista en Francia e Italia en los años veinte. Cf. Ch. S. Maier, *Recasting bourgeois Europe. Stabilization in France, Germany and Italy in the decade after world war I*, Princeton 1975, especialmente las pp. 355 y ss. Una interpretación que trata de relacionar la crisis y la génesis del fascismo con los nuevos procesos de racionalización capitalista es la de Lucio Villari, *Il capitalismo italiano del novecento*, Bari, 1972.

¹¹ Cf. F. Neumann, *Behemoth. The structure and practice of national socialism*, Toronto-Nueva York-Londres, 1942; la segunda edición aumentada de 1944 sirvió de base a la trad. it. F. Neumann, *Behemoth. Struttura*

de poner de manifiesto en las siguientes notas es hasta qué punto esta tentativa puede considerarse exitosa y en dónde se encuentran los límites de este importante trabajo.

1. PRELUDIO: LA DIVISIÓN CAPITALISTA COMO EFECTO DE LA RACIONALIZACIÓN

Los ensayos de Sohn-Rethel sobre el fascismo alemán maduran dentro de un observatorio de crucial importancia estratégica para la industria alemana, como el *Mitteleuropäischer Wirtschaftstag* (MWT), centro de estudios y de organización económica en el que trabajó en calidad de "colaborador científico" desde septiembre de 1931 hasta febrero de 1936: o sea propiamente en el periodo en que este organismo dio un impulso determinante a la constitución de un nuevo bloque de intereses capitalista, creando así primero las condiciones para la transición a la dictadura, y después las bases sociales de su consolidación.¹²

En 1931, el MWT, formado por el *Essener Langnam-Verein*, había sufrido una verdadera refundamentación, en función del proyecto de una estrategia expansionista a escala "mitteleuropea" que pusiera fin al estancamiento económico. A consecuencia de esta reestructuración, Max Hahn llegó a ser el director y, junto con el barón von Wilnowski (cuñado de Krupp) y con Franz Reuter, emprendió una hábil y audaz política de mediación en los conflictos propios del gran capital. Al cabo de un año, el MWT logró jugar un papel decisivo en el desplazamiento de las relaciones de fuerza dentro de la industria alemana, que después de la gran crisis se había cristalizado en la oposición entre el "bloque Brüning" y el "bloque de Harzburg". Por estrecha que fuera la

e pratica del nazionalsocialismo, con introducción de Enzo Collotti, Milán, 1977 [hay edic. en esp.]. A. Schweitzer, *Big business in the Third Reich*, Bloomington-Londres, 1964. En la última parte de la introducción hablaremos más ampliamente de las tesis contenidas en estos importantes trabajos así como de los avances recientes de la interpretación del nazionalsocialismo en términos "pluralistas".

¹² La investigación de Sohn-Rethel, precisamente por haberse realizado desde el interior de los ambientes del gran capital monopolista y financiero, podría revestir un significado y una importancia análogos a los que tuvo en Italia el libro de Pietro Grifone, *il capitale finanziario in Italia*, Turín, 1971 (aunque la investigación se remonta a los años 1937-1940). Véanse, a este propósito, las observaciones de L. Villari, "Economía fascista e capitalismo", en *Problemi del Socialismo*, año XIV, 1972, pp. 688-689.

relación de esta contraposición con la reagudización de la lucha por la competencia internacional, no desembocaba en la antítesis entre liberalismo y autarquía. Identificar el primer alineamiento con el frente de las industrias interesadas en la exportación y el segundo con el de las fuerzas económicas y sociales que se movilizaban bajo la bandera de la autarquía significa para Sohn-Rethel no sólo esquematizar el problema, sino llevar a cabo una operación incorrecta y engañosa: como el primer alineamiento no sólo comprendía, en efecto, las industrias exportadoras, así tampoco el segundo restringía al mercado interno su propia esfera de influencia. Ambos grupos apuntaban más bien a conquistar posiciones de fuerza en el mercado mundial, aunque —y esto es fundamental según Sohn-Rethel para comprender el carácter patológico de la crisis que se ocultaba detrás de esta división de intereses— con métodos diversos, que no podían reducirse a *diversas estructuras productivas y a organizaciones del proceso laboral*. No es casual que el exponente más representativo del bloque Brüning fuera la Siemens¹³ —una empresa en la que la racionalización científica del trabajo se había desarrollado hasta alcanzar los máximos niveles mundiales—, a pesar de que el papel más importante era ejercido por la IG Farben, que, nacida en 1925 a partir de la fusión de casi todas las empresas que trabajaban en el sector de la química básica, había llegado en pocos años a ser tan influyente en el plano político, que había colocado un miembro de su dirección (Warmboldt) en el gobierno Brüning como ministro de Economía. Sohn-Rethel relacionó el "frente de Harzburg" —que reunía, por el contrario, las mayores empresas del sector siderúrgico— con una tendencia objetiva fundamental que imponía "la primacía absoluta de la producción".

Se trata de una distinción fundamental, ya que de acuerdo con ella Sohn-Rethel considera el fascismo como la correspondencia político-ideológica de una *nueva fase del desarrollo capitalista*, caracterizada por la transición a la "economía restringida" y por la introducción de la cadena de montaje. Antes de abordar el núcleo central de interpretación sohn-retheliana del fascismo es oportuno pasar rápidamente revista —en parte siguiendo sus indicaciones, y en parte integrándolas con los resultados de otras investi-

¹³ Cf. A. Sohn-Rethel, *Economía e struttura di classe del fascismo tedesco*, pp. 46 y ss. Sobre la historia de la organización empresarial de la Siemens hasta la guerra mundial y sobre el significado social de su articulación interna, véase la amplia investigación de J. Kocka, *Unternehmensverwaltung und Angestelltenschaft am Beispiel Siemens 1847-1914*, Stuttgart, 1969.

gaciones más actualizadas— a las fases de desarrollo de la industria alemana y a los cambios de las relaciones de fuerza ocurridos en su interior en el curso de los años veinte.

2. EL ORDENAMIENTO CONFLICTIVO DE LA “FASE DE ESTABILIZACIÓN”

Mientras antes de la guerra la industria siderúrgica detentaba un liderazgo indiscutible en la economía del Reich (ya que los sectores controlados por ella —desde las construcciones navales y ferroviarias hasta los armamentos— eran los que estaban a la vanguardia de la industria alemana, y condicionaban tanto las decisiones productivas como los equilibrios internos),¹⁴ en los años veinte el baricentro se desplaza y los sectores de vanguardia llegan a ser los de la electrónica, de la química básica y de la producción de máquinas herramientas (MAN, Demag, etc.). Esquematizando al máximo, podríamos distinguir, en el interior del cambio estructural de la organización industrial desde el final de la guerra a la gran crisis, dos fases:

1] de 1918 a 1923 (primera fase de la república de Weimar) se desarrolla la concentración vertical, fomentada también por la política salarial de la dirección sindical (ADGB), que apoyaba la formación de monopolios porque veía en ellos la garantía de salarios más elevados (de ahí la política de acuerdo, a partir del mismo 1919, con los empresarios como Stinnes);

2] de 1924 a 1928 (fase de la llamada “estabilización relativa”) tiene lugar una verdadera reconstrucción de la economía alemana; pero mientras en este periodo los sectores de la industria ligera llevan a cabo el proceso de racionalización, en los sectores de la industria pesada, y especialmente en el siderúrgico, se produce —a causa de la estabilización monetaria y a los créditos concedidos por los Estados Unidos dentro del marco del “Plan Dawes”— una rápida expansión de su capacidad productiva, destinada, sin embargo, a resultar muy pronto desproporcionada en relación con la capacidad efectiva de realización permitida tanto por el mercado interno como por el mercado internacional. Cuando junto con la estabilización monetaria lograda por Schacht a

¹⁴ Cf. W. G. Hoffman (y otros), *Das Wachstum der deutschen Wirtschaft seit der Mitte des 19. Jahrhunderts* Berlín-Heidelberg-Nueva York, 1965; G. W. Hallgarten-J. Radkau, *Deutsche Industrie und Politik von Bismarck bis heute*, Francfort, 1974; E. Maschke, *Grundzüge der deutschen Kartellgeschichte bis 1914*, Dortmund, 1964.

finés de 1923, debería haber ocurrido —como escribe Sohn-Rethel— “la sobriedad del cálculo económico”, se desencadenó en cambio en la industria del hierro y del acero “una verdadera orgía productiva”, estimulada por las expectativas provocadas por los suministros americanos.¹⁵

Simultáneamente se puso en movimiento el proceso de racionalización, que marcó la coyuntura alta de los años 1924-1928, dando origen a un nuevo tipo de restructuración, que se llevaba a cabo más por fusiones horizontales que por concentraciones verticales (como en la fase anterior del *Monopolisierung*). En 1926, la fusión de algunas de las más grandes empresas del sector siderúrgico (entre las que se cuentan Thyssen, Stinnes y Otto Wolff), reorganizadas de acuerdo con los métodos más avanzados de división del trabajo, llevó a la fundación de la Vereinigte Stahl-Werke AG (llamada también Vestag o Stahlverein). El Stahlverein, que producía por sí solo el 50% de toda la fundición alemana, constituía, con sus 200 000 dependientes (entre obreros y empleados), la mayor empresa-gigante europea de la época. Más adelante veremos en qué sentido la situación en que se encontró este inmenso *Konzern* —que, mientras había alcanzado un nivel muy elevado de racionalización (aumento de más del 60% de la productividad, descenso sensible en los costos de producción, enorme incremento en la capacidad productiva y descenso neto en los costos del trabajo por unidad de producto), no era capaz de aprovechar las ventajas por la imposibilidad de llevar a la saturación su propia capacidad productiva— expresaba para Sohn-Rethel de manera simbólica la contradicción ligada a lo que él llama el “doble carácter” del capitalismo desarrollado (y que se evoca a través de la conferencia de 1928 de Eugen Schmalenbach, que, además de teórico de la economía empresarial, fue uno de los que estudiaron más de cerca los procesos puestos en movimiento por la *Rationalisierungskonjunktur* de los años veinte, fungiendo como consultor de diversas medidas de estabilización, incluida la creación del Stahlverein).

¹⁵ Cf. A. Sohn-Rethel, *Economía e struttura di classe del fascismo tedesco*, cit., pp. 19 y ss. Además: Varios autores, *Industrielles System und politische Entwicklung in der Weimarer Republik*, al cuidado de H. Mommsen, D. Petzina u. B. Weisbrod, Düsseldorf, 1974 (sobre la segunda fase de la República de Weimar, véase la contribución de Weisbrod); W. Krüger, *Die moderne Kartellorganisation der deutschen Stahlindustrie*, Berlín, 1927; P. Berkenkopf, *Die Neuorganisation der deutschen Grosseisenindustrie*, Essen, 1928; H. von Beckerath, *Der moderne Industrialismus*, Jena, 1930; R. Brady, *The rationalization Movement in German industry*, Berkeley, 1933.

La exactitud del planteamiento sohn-retheliano —centrada en los procesos de racionalización productiva— encuentra una confirmación en los estudios más recientes sobre la economía alemana desde Weimar hasta el nacionalsocialismo,¹⁶ por los que resulta refutada la interpretación dominante de la historiografía de la RDA, que tiende a representar el capital financiero como una potencia demoníaca.¹⁷ En el curso de los procesos de concentración, cartelización y trustización que se produjeron en la república de Weimar, el influjo de los grandes bancos siguió siendo, en efecto, limitado, especialmente si se compara con la primera fase de “monopolización” del Reich (años ochenta y noventa). El papel desempeñado por los bancos en el periodo weimariano consiste sobre todo en el de instituciones de transferencia para el capital extranjero. La enorme destrucción de capital líquido por la inflación de 1923 determina una clara preponderancia del sector de la producción, mientras que con la puesta en marcha de la estabilización (1924), crece la tendencia de los *Konzerne* al autofinanciamiento (sobre todo con el recurso por vía directa a los préstamos extranjeros). Por otra parte, no hay que olvidar que ya en la coyuntura de la racionalización de 1926-1927 algunas instituciones bancarias (Danat-Bank, Goldschmidt) habían ejercido una presión financiera sobre algunas empresas para que construyeran unidades productivas más amplias, contribuyendo así a forzar aún más los tiempos del proceso de concentración.¹⁸

¹⁶ Nos referimos sobre todo a las recientes contribuciones de Dirk Stegmann: “Zum Verhältnis von Grossindustrie und Nationalsozialismus 1930-1933”, en *Archiv für Sozialgeschichte*, Bd. XIII, 1973, pp. 399-482; D. Stegmann, “Kapitalismus und Faschismus in Deutschland 1929-1934. Thesen und Materialien zur Restituierung des Primats der Grossindustrie zwischen Weltwirtschaftskrise und beginnender Rüstungskonjunktur”, en *Gesellschaft. Beiträge zur Marx'schen Theorie*, 6, Francfort, 1976, pp. 19-75.

¹⁷ Es “clásico” en este sentido el libro de K. Grossweiler, *Grossbanken, Industriemonopole, Staat 1914-1932* Berlín, 1971, para cuyo análisis crítico nos remitimos a E. Henning, “Monopolgruppentheorie in der DDR”, en *Leviathan*, 1, 1973, pp. 135 y ss.

¹⁸ Cf. Hallgarten-Radkau, *Deutsche Industrie und Politik von Bismarck bis heute*, cit., pp. 101 y ss.

3. LA “ILLUSIONSPOLITIK” DE LA SOCIALDEMOCRACIA, LA UTOPIA DEL “SOCIALISMO CONSERVADOR” Y LA OBRA MAESTRA PROYECTIVA DE HJALMAR SCHACHT

Con la fase de estabilización se acentúa —como señalamos anteriormente— el desplazamiento del baricentro de la industria pesada a los sectores de la química y de la electrotécnica. El ascenso de Carl Duisberg, dirigente de la IG Farben, a la presidencia de la Unión de los industriales alemanes (RDI) en 1925 marca el peso creciente de las “nuevas industrias”, portadoras de una línea reformadora dispuesta a la colaboración con los sindicatos y a la concesión de salarios elevados y dotadas de un *management* técnico-científico orientado al modelo americano de “eficiencia industrial”.¹⁹

La hegemonía de esta tendencia no es, sin embargo, de ninguna manera pacífica. Cuando Rudolf Hilferding hablaba en 1926 de la “función de guía de la gran industria química”,²⁰ se hacía ilusiones sobre las características reales del “capitalismo organizado” weimariano; cuyas profundas contradicciones internas (piénsese, por ejemplo, en el peso del Ruhr),²¹ que empezaban a perfilarse ya en pleno periodo de estabilización, no advertía o subvaluaba. Desde 1927 se produce un ataque concéntrico del gran empresariado contra la *sozialstaatliche Komponente* de la democracia weimariana y contra la política salarial perseguida por los sindicatos y por el ministerio del Trabajo (sobre la que se habían concentrado las ilusiones reformistas de la *Wirtschaftsdemokratie*, elevada en 1928 al rango de doctrina oficial del ADGB).²²

¹⁹ Cf. a este propósito, C. Ungewitter, *Chemisch-industrielle Wirtschaftspolitik 1923-1924*, Berlín, 1924, en especial p. 21.

²⁰ R. Hilferding, “Politische Probleme”, en *Die Gesellschaft*, Jg. III, núm. 10, octubre de 1926, p. 292.

²¹ Cf. D. Stegmann, “Kapitalismus und Faschismus in Deutschland”, *Gesellschaft. Beiträge zur Marx'schen Theorie*, cit., p. 23; B. Weisbrod, “Zur Form schwerindustrieller Interessenpolitik in der zweiten Hälfte der Weimarer Republik”, en Varios autores, *Industrielles System und politische Entwicklung in der Weimarer Republik*, cit., pp. 674 y ss.

²² La concepción evolucionista-cogestionalista de la “democracia económica” —expresada en forma simbólica por el volumen de Fritz Naphtali de 1928 (*Wirtschaftsdemokratie*, reimpresa en Francfort del Meno, 1966)— fue acogida oficialmente por el Congreso sindical de Hamburgo. El marco teórico general de la *Wirtschaftsdemokratie* estaba constituido por la visión continuista de la transición del capitalismo al socialismo que servía de fundamento a la teoría hilferdinguana del “capitalismo organizado” —base a su vez de la línea que prevaleció el año anterior al Congreso socialdemócrata de Kiel (cf. R. Hilferding, “Die Aufgaben der Sozialdemokratie

Con la crisis de 1929 (y el retiro de los créditos americanos) la polarización interna de la industria alemana se acentúa definitivamente, calificándose como una clara contraposición de líneas políticas sometidas a diversas hipótesis de control del mecanismo de desarrollo: y entonces resulta claro que al grupo del capitalismo "reformador" o "iluminado", que el optimismo hilferdinguiano había considerado hegemónico, se le oponía con fuerza y virulencia el frente del "capitalismo autoritario", defensor de una línea de represión social y de compresión salarial. A esta línea se adhería sobre todo la industria siderúrgica y carbonífera del Ruhr, que se había visto afectada por la crisis en una medida mucho mayor que la industria química y electrónica (todavía competitiva en el mercado internacional, y por lo mismo interesada en una política de acuerdos y de distensión) y veía, por consiguiente, en la ampliación del mercado interno la única salida de la crisis, a través de la saturación de las gigantescas capacidades productivas desarrolladas en la fase de la coyuntura alta.²³

Surge de aquí la exigencia, por parte de estos sectores del capitalismo alemán, de un "estado fuerte"; y en este punto es donde empiezan los contactos entre algunos importantes dirigentes de la industria pesada y el Partido nacionalsocialista. Quedaba sin embargo dramáticamente abierto el problema de cómo llegar a una base de apoyo unitario para una política de viraje gubernamental, ante la presencia no sólo de la división (a partir de 1931) entre el bloque Brüning y el bloque de Harzburg, sino también ante la existencia de una no univocidad de las posiciones internas del mismo frente de Harzburg. El objeto de las divergencias lo constituía precisamente la cuestión de las relaciones con Hitler. Las reservas de los mismos industriales reaccionarios del sector siderúrgico en relación con el movimiento nazi fueron hasta el último muy fuertes (y, en realidad, no desaparecieron nunca en forma definitiva).²⁴ La reunificación política de los componentes decisivos del capitalismo alemán en favor de la NSDAP recibió

in der Republik", en *Protokoll der Verhandlungen des sozialdemokratischen Parteitagés 1927 in Kiel*, Berlín, 1927, pp. 168 y ss). Véase a este propósito el cap. III de la primera parte.

²³ Cf. A. Sohn-Rethel, *Economía e struttura di classe del fascismo tedesco*, cit., pp. 82 y ss; además, D. Stegmann, "Kapitalismus und Faschismus in Deutschland", *Gesellschaft. Beiträge zur Marxschen Theorie*, cit., p. 30. Sobre las características de la crisis, véase la importante contribución hecha en esos años por Ludwig von Mises, *Die Ursachen der Wirtschaftskrise*, Tubinga, 1931.

²⁴ Cf. D. Stegmann, "Kapitalismus und Faschismus in Deutschland", *Gesellschaft. Beiträge zur Marxschen Theorie*, cit., pp. 37 y ss.

un impulso decisivo de la situación que se creó bajo el gobierno presidencial de Schleicher, cuando pareció perfilarse un bloque de fuerzas que consideraba como el medio más idóneo para suturar la fractura entre la racionalización industrial y el ordenamiento político en su conjunto una "dictadura social" capaz de asegurar, con el apoyo del frente sindical, el control de las deseconomías crecientes y de las rigideces del sistema. El bloque de las fuerzas favorables a una planificación estatal se manifestaba a través de la alianza Strasser-Schleicher-Moellendorff (que era entonces miembro del consejo de administración de la IG Farben), que había llegado a cooptar aun a las cabezas más altas del ADGB. A esta altura empezaron a elevarse de los ambientes empresariales frecuentes acusaciones a Schleicher de querer emprender el camino de una *Re-Parlamentarisierung*, de buscar un "tercer camino" entre el capitalismo y el socialismo", de querer edificar un *Staatssozialismus*, o sea una economía planificada dirigista-estatal, encadenándose con las antiguas ideas de Rathenau y del mismo Moellendorff (que había replanteado precisamente entonces sus propias concepciones "planistas" publicando nuevamente su libro de 1917 *Konservativer Sozialismus*),²⁵ a fin de que no llegara a organizar, de acuerdo con von Papen, la rama contra el gobierno.²⁶

Desempeñó sin duda un papel importante en la organización del consenso de los industriales para el programa económico de la NSDAP (en relación con la que todavía el 11 de noviembre de 1932 el mismo Thyssen manifestaba serias reservas),²⁷ Hjalmar Schacht, que preparó en diciembre de 1932, a través de contactos con Keppler, von Schroeder y von Papen, el encuentro entre este último y Hitler para el 4 de enero de 1933. Si se prescinde de los documentos ya conocidos hace tiempo, de los testimonios y de las memorias de algunos protagonistas de estos acontecimientos,²⁸ no se puede decir que las informaciones relativas a esta delicada fase de las relaciones entre la gran industria y el nacionalsocialismo —en el momento crucial de la disolución de la república de Weimar— sean exhaustivas y exactas. Aquí es don-

²⁵ Berlín, 1932.

²⁶ D. Stegmann, "Kapitalismus und Faschismus in Deutschland", *Gesellschaft. Beiträge zur Marxschen Theorie*, cit., p. 55.

²⁷ Cf. *ibidem*. Sobre el programa económico de la NSDAP, véase G. Feder, *Kampf gegen die Hochfinanz*, Munich, 1933, pp. 371 y ss.

²⁸ Nos referimos, por ejemplo, a las memorias de gran interés del barón Thilo von Wilmowski, *Rückblickend möchte ich sagen...*, Oldenburg-Hamburg, 1961 (cf. sobre todo, las pp. 82 y ss).

de se inserta la novedad y la importancia de la contribución de Sohn-Rethel. De su trabajo se deduce que el MWT fue para Schacht el punto de apoyo para la operación de incorporación de los diferentes componentes capitalistas alrededor del proyecto de un "nuevo curso" estatal. En el MWT estaban representados, en efecto, los exponentes más significativos de ambos "bloques": tanto las industrias del Ruhr como la IG Farben, tanto la gran industria electrónica como la automotriz, así como también el Consejo alemán de la agricultura (Deutsche Landwirtschaftsrat) y la Cámara prusiana de agricultura (Preussische Hauptlandwirtschaftskammer), la presencia de estas dos últimas es lo que vale la pena señalar sobre todo: el MWT fue en efecto el eslabón del acuerdo entre la gran industria y la gran propiedad terrateniente, que, realizado bajo la consigna de la "cartelización de la agricultura", logró el doble resultado de vencer las divisiones internas del sector industrial y someter al mismo tiempo (y a despecho de todas las celebraciones nazis de la "sana tradición agraria") la agricultura a los intereses de la gran industria.²⁹

La "reorganización proyectiva" fue obra de Hahn (que de este modo demostraba haber sabido atesorar el aprendizaje obtenido en Langnam-Verein y en la escuela de Max Schlenker), aunque los artífices diplomáticos fueron Schacht y la Krupp, representada perfectamente por el barón von Wilmowski (que ocupando al mismo tiempo la presidencia del MWT y la del "Comité nacional para el desarrollo técnico de la agricultura", tenía una relación privilegiada con los propietarios terratenientes y con las altas esferas del Reichswehr).³⁰ La Krupp, que se caracterizaba por la "integración vertical" de su ciclo productivo (desde las minas hasta la fundición, hasta las locomotoras y hasta las máquinas de coser), había recibido con la crisis una ulterior consolidación de sus propias posiciones, poniendo en evidencia todos los privilegios relacionados con su propia autonomía financiera (no había, en efecto, institución de crédito o medida de política financiera capaz de condicionar sus decisiones). La am-

²⁹ Cf. D. Stegmann, "Kapitalismus und Faschismus in Deutschland", *Gesellschaft. Beiträge zur Marxschen Theorie*, cit., pp. 57 y ss; D. Petzina, "Hauptprobleme der deutschen Wirtschaftspolitik 1932-1933", en *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte*, 15, 1967, p. 36-37; D. Petzina, "Deutsche Zoll- und Handelspolitik unter besonderer Berücksichtigung agrarischer und industrieller Interessen", en *Industrielles System*, cit., pp. 499 y ss.

³⁰ Sobre las relaciones entre Reichswehr y nacionalsocialismo, cf. Th. Vogelsang, *Reichswehr, Staat und NSDAP*, Stuttgart, 1962 (Th. Vogelsang, *L'esercito tedesco e il partito nazionalsocialista*, Milán, 1966).

plia articulación de sus intereses le permitía convertirse en punto de unión entre los dos bloques: razón por la cual pudo convertirse en promotora, a través de von Wilmowski y el MWT, del acuerdo entre la industria y la agricultura, con el cual —al unir en una relación de recíproca interdependencia los dos objetivos estratégicos de la estabilización de las posiciones de la agricultura en el mercado interno (a través de precios garantizados estatalmente) y de la expansión industrial en los países de la Europa sudoriental— se proponía vencer la oposición crónica entre las industrias exportadoras y la agricultura que, desde la época de von Caprivi, constituía el nudo crucial de la política económica alemana. Se abría así la perspectiva de una "cooperación" (o sea, de una convergencia de intereses de los distintos sectores industriales en el terreno de una política imperialista), que ni Brüning ni von Papen —por no citar a Schleicher— nunca hubieran podido realizar.³¹

A fines de 1932, la IG Farben (que entonces estaba presidida por Carl Bosch, sucesor de Deuisberg se alineaba con las posiciones del MWT, pronunciándose en favor de la cartelización de la agricultura. Desaparecía, de este modo, uno de las principales columnas de sostén del gobierno de Schleicher, y se creaban las condiciones para un nuevo curso político que expresaba el nuevo bloque de alianzas capitalista. Pero, al mismo tiempo, se derrumbaban también las restantes ilusiones del movimiento obrero por salvar con un nuevo pacto social la envoltura constitucional de la democracia weimariana: "Es absurdo —escribía Kirchheimer, en un análisis despiadado de las debilidades orgánicas de la Constitución de Weimar— en la situación actual pensar que la burguesía acogerá las reivindicaciones económicas del proletariado recibiendo a cambio la garantía del mantenimiento en sus propias manos de la esfera del *government* y de la burocracia. Es, en cambio, la indisolubilidad entre la esfera política y la económica la que pone precisamente en discusión la eficacia autónoma (*selbständige Wirkungskraft*) de las instituciones democrático-constitucionales".³²

³¹ Cf. D. Stegmann, "Kapitalismus und Faschismus in Deutschland", *Gesellschaft. Beiträge zur Marxschen Theorie*, cit., pp. 58-59.

³² O. Kirchheimer, "Weimar —und was dann? Analyse einer Verfassung" (1930), en *Politik und Verfassung*, Francfort, 1964, pp. 55-56. Véase también, de Kirchheimer, la colección de los escritos redactados entre el final de la república de Weimar y el advenimiento del nacionalsocialismo: *Von der Weimarer Republik zum Faschismus: Die Auflösung der demokratischen Rechtsordnung*, Francfort, 1976 (en especial las pp. 213-245,

Ya a fines de 1932, Hitler gozaba, en efecto, —de acuerdo con lo que afirma Hans Helfferich en sus memorias—³³ de un amplio apoyo entre los círculos económicos conservadores.

4. PLURALISMO CORPORATIVO Y SALIDA FASCISTA: LOS LÍMITES DE LA TEORÍA DEL “CAPITALISMO MONOPOLISTA DE ESTADO”

Realizada esta reconstrucción (por lo demás muy esquemática), estamos sin embargo muy lejos de haber *explicado* el éxito político del Partido nacionalsocialista. Sohn-Rethel se muestra muy oportuno a este respecto, al señalar que la reconciliación de los distintos sectores del capitalismo alemán en el terreno de una línea imperialista representa únicamente la *premisa objetiva* y no la *causa* de la “solución fascista”. Tomarla como causa significaría, en efecto, proponer nuevamente la tesis, muy apreciada por el *Stamokap*, del nazismo como dócil instrumento de las fracciones más poderosas del gran capital (monopolista y/o financiero). Esta tesis es refutada, en cambio, por Sohn-Rethel de manera convincente —por lo menos en el plano analítico-descriptivo—, a través de la reconstrucción del paralelogramo de las fuerzas que actúan en la fase final de la resolución de la crisis de Weimar. Dentro de este “paralelogramo”, el nexo que se establece entre el Partido nacionalsocialista y la gran industria se configura como una relación entre potencias *diversas y autónomas*³⁴ que se enfrentan viéndose obligadas a pactar en una situación de *pluralismo conflictivo* (no es casual que al principio del capítulo III de la segunda parte, dedicado a la “estructura de clase del fascismo alemán”, Sohn-Rethel ponga de manifiesto la referencia a la “vivisección” efectuada por Franz Neumann en el *Behemoth*, en relación con la cual considera su propio trabajo como una integración).

La dinámica de este pluralismo conflictivo se había manifestado, viéndolo bien, ya en la fase del acuerdo entre los industriales y NSDAP (aunque en este punto el estudio de Sohn-Rethel

que tienen por objeto el *Strukturwandel* del “compromiso político” en la transición de la democracia representativa a la democracia de masa).

³³ H. Helfferich, *Ein Leben*, p. 23 (citado en D. Stegmann, “Kapitalismus und Faschismus in Deutschland”, *Gesellschaft. Beiträge zur Marx-schen Theorie*, cit., p. 59).

³⁴ Sobre la “autonomía recíproca” entre la industria y el Partido nacionalsocialista, cf. R. Kühnl, *Formen bürgerlicher Herrschaft. Liberalismus-Faschismus*, Reinbeck bei Hamburg, 1971, [hay edic. en esp.].

aparece tal vez excesivamente rapsódico y lleno de lagunas). El acuerdo sobre la política alrededor del cual se había construido la unificación de la industria alemana y la alianza simultánea con la gran propiedad agrícola presuponía —por encima del aspecto macroscópico del “reordenamiento” imperialista del área “mitteleuropea”— la disponibilidad de los capitalistas alemanes para aceptar la intervención estatal en la economía, abandonando definitivamente el “sistema de *laissez-faire*”.³⁵ En esta línea —sostenida sobre todo por la industria minera del Ruhr, por una parte de la industria siderúrgica (Vögler), por los jóvenes *managers* de la gran industria química (Schmitz, Ilgner) y por Wagemann, un “keynesiano” alemán confiado en las técnicas “modernas” de la planificación estatal— se pudo alcanzar un acuerdo ideológico, además de político, con los nacionalsocialistas.³⁶ Archivadas las extenuantes y vanidosas polémicas sobre las “responsabilidades morales” de los industriales alemanes en la victoria del fascismo, las investigaciones de los últimos años contribuyeron definitivamente a demostrar que el 30 de enero de 1933 la casi totalidad de las cabezas económicas juzgó la llegada de Hitler a la cancillería como el éxito de la hábil y paciente táctica conservadora, que había logrado “dominar” el turbulento movimiento nazi y ponerlo a su propio servicio. Sobre la convicción de que había vencido finalmente la “Alemania de la conservación” se basaba el apoyo de la casi totalidad de la industria alemana a Hitler. Pocos eran los industriales que se daban cuenta del peligro de una emancipación del Führer y de su partido en relación con su “tutela”. Dos relaciones de una sesión del 20 de febrero de 1933 —en la que tomaron parte, además de Hitler, Göring y Schacht, 27 industriales— demostraron de manera inequívoca que todavía en esa época se consideraba a Hitler como el garante de una nueva era de estabilización autoritario-conservadora. En el curso de la reunión, el Führer renovó por su parte la propia profesión de fe en

³⁵ *Der Ruhrbergbau im Wechsel der Zeiten. Festschrift zum 75 jährigen Bestehen des Vereins für bergbaulichen Interessen*, Essen, 1933, p. 314 (en este libro —que registra las posiciones de una parte consistente del empresariado— se habla de la necesidad de llevar a cabo un viraje en la dirección de una *planvolle Wirtschaftspolitik*, de una política global planificada).

³⁶ Cf. D. Swatek, *Unternehmenskonzentration als Ergebnis und Mittel nationalsozialistischer Wirtschaftspolitik*, Berlín, 1972. En lo que concierne a las posiciones de E. Wagemann, véase su libro *Struktur und Rhythmus der Weltwirtschaft*, Berlín 1931 [hay edic. en esp.], sobre todo las pp. 670 y ss.

la iniciativa privada, prometiendo al mismo tiempo un orden basado en la "aniquilación del comunismo" y en la eliminación de la desocupación a través de una política de armamento.³⁷

De esta manera se confirmaba la tesis de Neumann, que reduce la alianza entre el Partido nacionalsocialista y el gran capital al acuerdo sobre la construcción de un modelo de intervención estatal que atacara la estructura privada y monopolista de las relaciones de producción, y ve en ella —como expresión de una fase que ya había producido las premisas para una aplicación a la sociedad entera de los métodos de la organización industrial— la mejor refutación del "anticapitalismo" ideológico del movimiento fascista: "[] el anticapitalismo nacionalsocialista y su lucha contra el capital predatorio se elevaron al rango de principio económico supremo en el periodo en que el capital bancario perdió su importancia, los bancos de inversión perdieron su poder y el dinero por sí solo no sirvió para fundar imperios económicos, y, en una palabra, la industria se volvió casi autosuficiente, desde el punto de vista financiero, y no sólo financia su expansión con medios propios sino penetra directamente en los bancos y en las aseguradoras y las subordina a las necesidades del capital industrial".³⁸

No obstante, las etapas posteriores de la consolidación de la dictadura (derrocamiento de Hugenberg, derrota del *Ständesozialismus* de Wagener y liquidación de la SA), si por un lado confirman la tendencia a la "primacía de la industria", por el otro ponen en evidencia un proceso de autonomización del poder político que da origen en una primera etapa a una especie de

³⁷ Después de su discurso, el Führer recibió —de acuerdo con los informes— las calurosas congratulaciones de Krupp. Cf. D. Stegmann, "Zur Verhältnis von Grossindustrie und Nationalsozialismus", en *Archiv für Sozialgeschichte*, Bd. XIII, cit., p. 477 y ss. (véase Dok., núms. XVIII-XIX). Por lo que respecta a las relaciones entre el gran empresariado y el partido nazi, véanse, además de la contribución de H. A. Turner comprendida en el libro colectivo. *Industrielles System und politische Entwicklung in der Weimarer Republik* (cit., pp. 135 y ss.), los siguientes trabajos: F. Klein, "Zur Vorbereitung der faschistischen Diktatur durch die deutsche Grossbourgeoise (1929-1932)", en *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, I, 1953, pp. 872-904; E. Czichon, *Wer verhalf Hitler zur Macht? Der Anteil der deutschen Industrie an der Zerstörung der Weimarer Republik*, Colonia, 1967; H. A. Turner, *Faschismus und Kapitalismus in Deutschland*, Gotinga, 1972; M. Clemenz, *Gesellschaftliche Ursprünge des Faschismus*, Francfort, 1972.

³⁸ F. Neumann, *Behemoth, Struttura e pratica del nazionalsocialismo*, cit., p. 292.

"doble hegemonía" (*Doppelherrschaft*),³⁹ y posteriormente (a partir de 1936) a una subordinación de los mismos intereses de la burguesía monopolista al estado. Es sintomático al respecto el caso de Schacht, que, después de haber seguido la línea "filoagraria" de Hugenberg y de haber impuesto la restauración de la primacía absoluta de la "ratio industrial" —organizando una vez más la oposición a través del MWT— fue derrotado a su vez en 1936 por Göring, al que Hitler le confió la tarea de dirigir la ejecución del "Segundo (aunque en realidad se trataba del primero) plan cuadrienal". La restructuración impuesta desde lo alto del Plan cuadrienal rompe el viejo *Machtkartell* "pluralista-corporativo", descompagina los viejos alineamientos y transforma los rasgos de la industria alemana, plegándolos a la lógica específica del "modelo fascista". El baricentro se desplaza de la siderúrgica a la química: si el éxito del extraordinario intérprete y organizador del "cerebro capitalista" Hjalmar-Schacht coincidió con la hegemonía del sector siderúrgico, la nueva fase se abre bajo la enseña del binomio Göring-IG Farben.⁴⁰

Sohn-Rethel comprende perfectamente que el sentido político-estructural de estas etapas de consolidación-transformación de la dictadura radica en la autonomización del estado con respecto a los "intereses económicos" de los distintos grupos y fracciones: por lo que la burguesía capitalista termina por encontrarse prisionera de un régimen que ella misma engendró y que expresa su reunificación política. La necesidad objetiva de destruir las viejas máquinas de consenso que se habían trabado con la crisis del "capitalismo organizado" weimariano (SPD y sindicatos), sustituyéndolos con una nueva base de consenso, construida sobre la aniquilación de la identidad política autónoma de la clase obrera, había impuesto a la burguesía la delegación de su propio poder al partido de masa nacionalsocialista. La dictadura encarna pues la contradicción violenta en que se topaba con el sistema de poder burgués, empujado por la situación objetiva de crisis a confiar no sólo la "defensa" de sus propios intereses, sino también la suerte de su propia hegemonía al partido fascista.

³⁹ Cf. D. Stegmann, "Kapitalismus und Faschismus in Deutschland", en *Gesellschaft. Beiträge zur Marxschen Theorie*, cit., p. 59. Véase también, para un encuadramiento más general, E. Henning, "Zur Verhältnis von Faschismus und Industrie in Deutschland", en *Texte zur Faschismus*, I, al cuidado de R. Kühnl, Hamburgo, 1974, pp. 140-163. Sobre la temática de la "doble hegemonía" en la interpretación "pluralista", véase más adelante el inciso 6.

⁴⁰ Véase, sobre este punto, D. Petzina, "IG Farben und nationalsozialistische Autarkiepolitik", en *Tradition*, 13, 1968, pp. 250-254.

Este último no es sólo el brazo armado que utiliza momentáneamente la burguesía para derrotar al proletariado, sino que, en cierto momento termina por tomarle la delantera. Y esto puede suceder precisamente porque las contradicciones mismas de la burguesía son las que constituyen el fundamento de la autonomía y del predominio del partido.

5. EL "DOBLE CARÁCTER" DEL CAPITALISMO MADURO: "ECONOMÍA DE PRODUCCIÓN" Y "ECONOMÍA DE MERCADO"

Mientras se mantiene dentro del plano descriptivo, el análisis sohn-retheliano —que recordaba en muchos aspectos el planteado en 1935 por Richard Löwenthal, quien conocido entonces bajo el seudónimo de Paul Sering, dirigía al grupo antifascista "Neubeginnen", con el que Sohn-Rethel tuvo contactos hasta su emigración—⁴¹ aparece muy brillante y correcta. Las dificultades surgen cuando Sohn-Rethel pasa a dar su explicación de las causas "morfológicas" del fenómeno fascista. Estas dificultades se resumen en la fórmula del fascismo como "régimen del capitalismo deficitario". El nudo aporético radica, en nuestra opinión, en el hecho de que, mientras por un lado Sohn-Rethel identifica la causa original de la crisis que llevó la solución fascista a la fractura entre los procesos de racionalización y las formas del mercado (fractura que pone en tela de juicio la intervención directa del estado), por otro lado, ve en el fascismo una expresión de los sectores "deficitarios", económicamente más débiles y menos competitivos de la industria.

⁴¹ El ensayo de Sering (Löwenthal), aparecido en la *Zeitschrift für Sozialismus* (año 11, 1935, pp. 765 y ss.; 839 y ss.) —órgano teórico del área socialista mitteleuropea en el periodo de la emigración—, está traducido ahora en la antología editada por R. De Felice, *Il fascismo. Le interpretazioni dei contemporanei e degli storici*, Bari, 1970, pp. 296-329. Un análisis afín, por lo menos en el planteamiento general, es el desarrollado —en el interior de la izquierda socialdemocrática— por Otto Bauer en *Zwischen zweig Weltkriegen*, Bratislava, 1936, para cuyo estudio me permito remitirme a G. Marramao, *Austromarxismo e socialismo di sinistra fra le due guerre*, Milán, 1977, pp. 105 y ss. En el ámbito del *Linkssozialismus*, F. Sternberg desarrolló un análisis de la relación entre crisis económica y fascismo, en su libro *Der Faschismus an der Macht*, Amsterdam, 1935 (que, como Sohn-Rethel, liga directamente la solución fascista con las "dificultades de valorización"). Sobre las temáticas que circularon entre los "socialistas de izquierda" en la emigración, cf. W. Röder, *Die Deutschen sozialistischen Exilgruppen in Grossbritannien*, Hannover, 1969.

La respuesta sohn-retheliana al *Stamokap* adopta así un curioso perfil ambivalente: por un lado, se producen las premisas para una crítica más avanzada, que refuta la visión instrumental del fascismo como pelele de un demoniaco y omnipotente capital financiero y señala la prioridad estratégica de los procesos de racionalización; por el otro, afirma que el fascismo no es la "fase suprema" del capitalismo (si por "suprema" se entiende también la fase *superior*, además de la última), en cuanto que se produjo en el "eslabón más débil de la cadena imperialista mundial". Para comprender las razones de esta ambivalencia interpretativa, hay que remontarse a lo que está a caballo de la interpretación del fascismo dada por Sohn-Rethel, vale decir, a la que, en nuestra opinión, es la aporía fundamental inherente a su concepción de la "doble naturaleza económica del capitalismo tardío", que se encuentra expresada en *Geistige und körperliche Arbeit* y en otros escritos teóricos complementarios.⁴²

Esta teoría de la "dual economics of transition",⁴³ considera las transformaciones subcutáneas del proceso laboral como una especie de "cara poscapitalista" del desarrollo que lleva *in nuce* los rasgos de una "legalidad" material antagónica a la "legalidad" formal del mercado. En el "capitalismo tardío" (que Sohn-Rethel parece considerar, del mismo modo que Hilferding en 1927,⁴⁴ como un "capitalismo de transición") la unidad contradictoria inherente al principio formal-abstracto de socialización fundado en el valor de cambio se rompe, dividiéndose en dos *Formgesetzmässigkeit* (antitéticas): la de la "economía de producción" (o economía del proceso laboral) y la de la "economía de mercado" (o economía del proceso de valorización).⁴⁵ En el ensayo "El dilema de la racionalización" (que constituye el pri-

⁴² Nos referimos, sobre todo, a Sohn-Rethel, *Die ökonomische Doppelnatur des Spätkapitalismus*, Darmstadt-Neuwied, 1972, a Sohn Rethel, *Materialistische Erkenntniskritik und Vergesellschaftung der Arbeit*, Berlín, 1971, y a Sohn-Rethel, *Exposé zur Theorie der funktionalen Vergesellschaftung*, comprendido en la colección *Warenform und Denkform*, Frankfurt—Viena, 1971— el más "joven" de los trabajos de Sohn Rethel.

⁴³ Cf. A. Sohn-Rethel, "Imperialism, the era of dual economics. Suggestions for a marxist critique of scientific management", en *Praxis* núm. 1-2, 1969, pp. 312-322. "Dual economics of transition" era también el título de la primera versión de A. Sohn-Rethel, *Die ökonomie Doppelnatur des Spätkapitalismus* (cf. *ibid.*, p. 5).

⁴⁴ Nos referimos al informe de R. Hilferding en el Congreso de Kiel de la SPD, cit., en la nota 20.

⁴⁵ Cf. A. Sohn-Rethel, *Die ökonomische Doppelnatur des Spätkapitalismus*, cit., p. 16.

mer capítulo de *Economía y estructura de clase del fascismo alemán*, Sohn-Rethel deduce, en efecto, la necesidad de la intervención estatal a partir de la discrepancia entre la formación de monopolios como resultado de la *Produktionsökonomie* y los límites impuestos a la misma por la *Marktökonomie*:

“Actualmente [...] la dinámica inmanente de la ‘economía de mercado’ ya no es capaz de orientar y dimensionar las tendencias fundamentales del sistema económico en su conjunto. Las eventuales disfunciones del sistema monetario y crediticio ya no dan lugar a crisis de alcance general (como sucedía cuando los determinantes de todas las variaciones del nivel de la producción eran los mecanismos de valorización del capital); o por lo menos tienen un efecto opuesto al que se esperaba en otras épocas de la crisis; no determinan, pues, una caída sino un repunte de la actividad productiva. Y aquí cabe preguntarse cuáles son las posibles salidas de esta dialéctica inmanente al capitalismo ‘maduro’. Para dar una respuesta a esta pregunta, en el presente es sumamente importante y actual el estudio de los acontecimientos y de la dinámica internacional de la crisis de 1929. En los años veinte es cuando la ‘economía de producción’ que había crecido desmesuradamente para el capitalismo de la época, se impone como un factor sustancial de la economía en su conjunto. La prognosis formulada por Schmalenbach en el citado *memorandum* era, desde este punto de vista, absolutamente correcta: la economía de las nuevas empresas gigantescas planificadas necesitaba relaciones de producción más avanzadas que las del capitalismo privado. Si el capitalismo hubiese sido superado y suprimido, la nueva organización de las relaciones de producción habría adquirido un carácter socialista. Pero desde el momento que el sistema capitalista se mantiene en pie, las nuevas formas productivas siguen estando comprendidas dentro de sus confines y seguirán actuando en su interior como elementos meta-capitalistas, o, por así decirlo, “socialistoides”” (pp. 41-42).

Apoyándose en las indicaciones analíticas —indudablemente relevantes— contenidas en la conferencia de Schmalenbach de 1928, Sohn-Rethel ve en la *impasse* en que se encontraba entonces una empresa gigante como la Vestag (a causa de la dificultad de recoger en el mercado los frutos de la racionalización) una manifestación simbólica de la divergencia creciente entre la “economía de producción con costos fijos” y la “economía de mercado con su demanda y sus precios”. La crisis de la *Marktregulative*, de la función reguladora “automática” del mercado, se reduce de este modo a dos procesos fundamentales: por un

lado a la formación de los monopolios y, por el otro, a las transformaciones introducidas en el proceso laboral a partir del taylorismo, hasta el “trabajo complementario socializado” (*vollvergesellschaftete Arbeit*) de la cadena de montaje realizado por el fordismo.⁴⁶

No creo que la singularidad del procedimiento de Sohn-Rethel consista —como sostienen algunos de sus críticos—⁴⁷ en partir de consideraciones microeconómicas sobre el crecimiento de los costos fijos de los grandes Konzerne “ultrarracionalizados” para llegar a conclusiones macroeconómicas sobre la caída progresiva de la capacidad de adaptación de la empresa al mercado. Y francamente no considero tampoco que pueda decirse exhaustiva del problema de la reducción —efectuada por los que tuvieron a su cuidado la edición alemana—⁴⁸ de la clave interpretativa sohn-retheliana a las características de la crisis de 1929 como “situación específica de una crisis del *mercado mundial* capitalista”. El problema que se presenta aquí es, en mi opinión, eminentemente teórico, y compromete precisamente la interpretación general del nexo desarrollo-crisis en el “capitalismo organizado”.

La antítesis propuesta por Sohn-Rethel entre *Produktionsökonomie* y *Marktökonomie* presenta, en efecto, viéndolo bien, fuertes analogías con el *Monopoly Capital* de Baran y Sweezy,⁴⁹ para los que la formación de monopolios y la “rebelión” de la economía empresarial contra la economía de mercado ya no permite dar una explicación del proceso de acumulación, basada en la teoría del valor. No es casual, por otra parte, que Sohn-Rethel comparta con los dos teóricos americanos el concepto de “surplus”. Aunque con una diferencia fundamental: mientras Baran y Sweezy sitúan la “monopolización” en el mercado, Sohn-Rethel la encuentra en los procesos de transformación de la esfera productiva y de organización científica del proceso laboral,

⁴⁶ Cf. A. Sohn-Rethel, *Geistige und körperliche Arbeit*, cit., pp. 193 y ss.; A. Sohn-Rethel, *Die ökonomische Doppelnatur des Spätkapitalismus*, cit., pp. 43 y ss.

⁴⁷ Cf. J. Halfmann - T. Rexroth, *Marxismus als Erkenntniskritik, Sohn-Rethel Revision der Werttheorie und die produktiven Folgen eines Missverständnisses*, Munich-Viena, 1976, p. 94 (se trata de la contribución más amplia y articulada de que se dispone hasta ahora sobre la obra teórica de A. Sohn-Rethel).

⁴⁸ Cf. la introducción de J. Agnoli, B. Blanke y N. Kadritzke a la edición alemana de *Economía e struttura di classe*, cit., p. 17.

⁴⁹ Sobre este paralelo, véase, también Halfmann-Rexroth, *op. cit.*, p. 93.

En el escrito de 1972, *Die ökonomische Doppelnatur des Spätkapitalismus*, a pesar de admitir la categoría del surplus, señala —de acuerdo con Paul Mattick— que éste carece de una fundamentación teórica en Baran y Sweezy: fundamentación que para Sohn-Rethel consiste en demostrar que la ley del valor queda eliminada del proceso productivo a consecuencia de la socialización creciente del trabajo.⁵⁰ Con el sistema de la cadena de montaje, establecida por el taylorismo y perfeccionado con el fordismo, el trabajo privado (*Privatarbeit*) pierde su carácter “no-sintético” y se convierte en “trabajo colectivo”, en trabajo directo y universalmente social, que ya no tiene necesidad de la conciliación formal del mercado. La brecha que aparece entre los procesos de socialización material y la trama de ecuaciones abstractas con las que se sustancializa la eficacia ordenadora de la *Marktregulative* pone en tela de juicio el destino mismo del valor de cambio como función de “síntesis social”.⁵¹

A este punto se podría observar —y se trataría de una observación totalmente legítima desde el punto de vista de la exactitud filológica— que Sohn-Rethel se equivoca aquí abiertamente sobre el significado efectivo del término *Privatarbeit* en Marx —que no sirve tanto para indicar el aislamiento recíproco entre los distintos productores, suprimido por la *funktionelle Gesamtarbeit* de la cadena de montaje sino más bien la condición previa social del modo de producción capitalista: la *escisión* del obrero en relación con las formas tradicionales (“orgánicas”) de síntesis social. Con la misma “razón” se podría objetar que Sohn-Rethel encuentra dos lógicas o “legalidades” opuestas ahí donde Marx habla de unidad contradictoria de producción y circulación (lanzada a la acumulación y límites de mercado), o mejor dicho: de una contradictoriedad inmanente al (a *un*) principio de socialización fundado en la forma de valor. Sería, sin embargo, por lo menos ingenuo pensar que de ese modo se desembarazaba del *problema real* puesto sobre el tapete de la investigación sohn-retheliana. Si consideramos las cosas de una manera verdaderamente crítica —sin cerrar los ojos ante los cien años de historia del capitalismo que se inmiscuyen con impertinencia entre nosotros y la gran empresa científica de *El capital*— debemos reconocer que

⁵⁰ Cf. A. Sohn-Rethel, *Die ökonomische Doppelnatur des Spätkapitalismus*, cit., pp. 16 y ss. La temática de la decadencia de la función reguladora de la ley del valor constituye, también, con premisas e implicaciones diversas, el objeto de la investigación teórica habermasiana. Cf. sobre todo, J. Habermas, *Erkenntnis und Interesse*, Francfort, 1968.

⁵¹ Cf. A. Sohn-Rethel, *Geistige und körperliche Arbeit*, cit., p. 179.

es precisamente en el “error” (marxiológicamente hablando) en donde reside la fecundidad del planteamiento de Sohn-Rethel. El énfasis puesto en la fase de la *Vergesellschaftung*, en los fenómenos de restructuración de la gran fábrica capitalista y de racionalización del proceso laboral, le permite a Sohn-Rethel aislar analíticamente un aspecto que el doctrinarismo paleomarxista había absorbido con demasiada precipitación en su pretensión totalizadora, liquidándolo como “ideología”, “manipulación”, “parcelización”, etc.⁵² Gracias a este “aislamiento” puede focalizar su mirada en el carácter *político* del surgimiento de nuevas formas de control-comando sobre el trabajo en el capitalismo organizado: el significado destructivo, y potencialmente explosivo, de la socialización del trabajo —que desde el principio del siglo hizo subir vertiginosamente el peso de la economía de producción— sólo encuentra un freno en la aplicación de la inteligencia técnico-científica a la producción. A través de esta redefinición, el trabajo intelectual se transforma de fuerza virtual abstracta (tal como era en la época de la economía de mercado) en “fuerza real sintética”,⁵³ constituyendo, en su nueva función de *scientific management*, la única ‘institución’ capaz de controlar la tensión entre las leyes motrices del proceso laboral y las leyes del proceso de valoración.⁵⁴

En la atención —de ascendencia más schumpeteriana que weberiana—⁵⁵ puesta en los procesos de racionalización se encuentra, en nuestra opinión, la fuerza, y no la debilidad, de la interpretación sohn-retheliana del fascismo, que también en este aspecto descubre un antecedente significativo en el análisis de Seiring (Loewenthal): “Por encima de los obreros calificados se desarrolla un estrato de productores, cuya importancia aumenta a medida que la producción y, en parte, la organización social se convierten en una ciencia: se trata de la *intelligentsia* técnica y

⁵² Nos adherimos, por esto, en su esencia al juicio expresado sobre este punto por M. Cacciari en su recensión a *Lavoro intellettuale e lavoro manuale*, en *Rinascita*, núm. 27, 8 de julio de 1977.

⁵³ A. Sohn-Rethel, “Technische Intelligenz zwischen Kapitalismus und Sozialismus”, en Varios autores, *Technologie und Kapital*, al cuidado de Richard Vahrenkamp, Francfort, 1973, p. 27.

⁵⁴ Cf. *ibid.*, p. 23.

⁵⁵ Tal vez no esté por demás recordar que Sohn-Rethel se graduó en 1928 en Heidelberg con Emil Lederer, discutiendo una disertación de “epistemología económica” que se unía directamente con la teoría de Joseph A. Schumpeter. La tesis fue publicada después con el título de *Von der Analytik des Wirtschaftens zur Theorie der Volkswirtschaft*, Emsdetten, 1936.

económica. Este estrato, que por brevedad llamaremos 'intelligentsia de la producción' acostumbra pertenecer, en lo que concierne a su proveniencia y a su posición social, a la burguesía, aunque económicamente pertenece al proletariado, del que representa el estrato superior altamente calificado. Tiene una importancia muy grande el hecho de que este estrato superior de esclavos no desempeñe ya en forma predominante funciones de supervisión, que lo ligan a la clase dominante, sino desempeñe las funciones de guía económica de la producción que están destinadas a hacer superflua la clase dominante."⁵⁶

Pero, si la aportación científica fundamental del análisis de Sohn-Rethel radica en la colocación del fenómeno fascista dentro del marco de los grandes procesos de transformación económica de este siglo y dentro del marco de las contradicciones que se producen en este *Strukturwandel* del capitalismo, ¿dónde se encuentran sus limitaciones? En mi opinión radican en su carácter de programa incompleto. El carácter incompleto —nótese bien— no tanto analítico (el propio Sohn-Rethel estaría muy dispuesto a reconocer la parcialidad y rapsodicidad de su libro), sino más bien teórico. Las limitaciones no están de hecho en las violaciones sohn-rethelianas de la ortodoxia —como pretenden algunos paladines germano-occidentales del "Marx auténtico" (emparentados paradójicamente en esto con la escolástica marxista de la RDA)—⁵⁷ sino en el rígido "clasicismo" de su postulado teórico básico, que ha dejado en sus más avisados críticos la impresión de una herejía incoherente.⁵⁸ En esta rígida "ortodoxia" del postulado interpretativo de la crítica de la economía política es donde radica la razón última de la oscilación definitoria que Sohn-Rethel manifiesta en su interpretación del fascismo.

No obstante las diferencias de formación intelectual y de planteamiento teórico, Sohn-Rethel tiene en común con sus "críticos teóricos" de la Escuela de Francfort (desde Horkheimer hasta Pollock y Adorno) la tendencia a hacer una especie de "paranón elíptico" entre la forma contemporánea (históricamente determinada) del capitalismo y un esquema abstracto ("ortodoxa-

⁵⁶ Cf. el ensayo de P. Sering (Löwenthal) en R. De Felipe, *Il fascismo. Le interpretazioni dei contemporanei e degli storici*, cit., p. 301.

⁵⁷ Cf., por ejemplo, además del citado libro de Halfmann y Rexroth, las críticas lanzadas a Sohn-Rethel por H. Reinicke, *Ware und Dialektik*, Darmstadt-Neuwied, 1974, pp. 103-108.

⁵⁸ Cf. S. Veca, "Scienza, produzione e divisione del lavoro. Una critica a Sohn-Rethel", en *Critica marxista*, año xv, núms. 4-5, julio-octubre, 1977, p. 170.

mente" congelado) de crítica de la economía política —reducida a crítica de las categorías simples del intercambio, más allá de cuyo formalismo se encuentra la envoltura fetichista del dominio: el fetiche de lo "político" como mera organización y "relación".⁵⁹ Cuando Sohn-Rethel afirma que la crisis es causada por el hecho de que en el "capitalismo organizado" producción y circulación tienden siempre a diverger cada vez más, presupone que la complementariedad entre producción (atomizada, privada) y síntesis social basada en la *Tauschabstraktion* sólo puede darse en el capitalismo de mercado. Pero, al reducir de este modo el espacio de la "crítica" a las simetrías de la libre competencia, se excluye automáticamente la posibilidad de usarla —desarrollarla como instrumento explicativo del nexo morfológico que une la *racionalización del trabajo con la reproducción social de la relación de producción*, y de comprender así la *discontinuidad* de los procesos de *transformación* capitalista como interdependencia entre crisis y desarrollo, como dinámica orgánica de la crisis (*Krisenzusammenhang*). No es casual que en lugar de desarrollar la crítica de la economía política en relación con los grandes procesos de reorganización económico-institucional de la que son espectadores, los "francfortenses" hablen de "suspensión" por tiempo indeterminado de la eficacia analítico-operativa de la crítica, de "bloqueo" del movimiento histórico y de la "tendencia de crisis" fundamental, y deduzcan de ahí la convicción de que el marxismo debe transformarse en "teoría crítica", reconociendo la renovada actualidad de la filosofía como efecto de falta de superación y de la interiorización, por parte de la nueva forma de estado "autoritaria", de la salida revolucionaria prevista por Marx. En este sentido Max Horkheimer hablaba, en su ensayo de 1940 sobre el *Estado autoritario*, del fascismo como de una "confirmación trastocada" de las prognosis de *El capital*.⁶⁰

⁵⁹ Véase a este propósito el capítulo anterior.

⁶⁰ El ensayo de Max Horkheimer, "Autoritärer Staat", fue escrito en 1940 y se publicó dos años después como parte de un opúsculo en forma mimeografiada bajo el título *In memory of Walter Benjamin*, compilado por el Institute for Social Research que entonces tenía su sede en Los Angeles. Ahora puede leerse en el libro M. Horkheimer, *Crisi della ragione e trasformazione dello Stato*, Roma, 1978, pp. 61 y ss.

6. LAS APORÍAS DE LA INTERPRETACIÓN SOHN-RETHELIANA DEL NACIONALSOCIALISMO Y LAS APORTACIONES DE LA "PLURALISMUSTHEORIE": DEL DILEMA "PRIMACÍA DE LA POLÍTICA" — "PRIMACÍA DE LA ECONOMÍA"

Esta restricción del ámbito de operatividad de la crítica de la economía política se manifiesta, en cambio, en Sohn-Rethel a través de la oscilación entre el énfasis puesto en el carácter poscapitalista de los procesos de racionalización y la reaparición —en la definición del fascismo como "régimen del capitalismo deficitario"— de antiguas sugerencias de la "teoría de la crisis final":

"La transición a la 'solución' fascista —se lee en el capítulo dedicado a las características de la coyuntura en la Alemania hitleriana— se efectúa precisamente bajo la presión ejercida por estas fuerzas productivas desarrolladas por encima de la capacidad de funcionamiento económico de las relaciones de producción capitalistas, arrojó a las fauces de esta capacidad excedente las finanzas estatales y el crédito privado, atiborrándolas mediante la inflación interna con la producción por la producción —o sea, la producción de valores no-reproductivos—, con la producción económicamente sin razón de los armamentos; y procediendo de este modo agigantó también, llevándolas al punto de ruptura, las contradicciones que regulan normativamente la génesis y la dinámica específica del fascismo. Ya que el proletariado dejó escapar dos veces la ocasión, ofrecida por la crisis posbélica, de derrocar las relaciones capitalistas de producción que habían llegado al umbral de la máxima contradicción con el nivel alcanzado por las fuerzas productivas, o sea, de darle una solución racionalmente revolucionaria a la contradicción, la burguesía debió seguir ciegamente su dialéctica. La coyuntura de rearme de la misma puesta en movimiento es la coyuntura capitalista de inversiones *in absoluto*. Su sujeto en lugar de ser la creación de aprovisionamientos no consumibles, es la constitución de capacidades industriales destinadas a llenar plenamente sus objetivos únicamente en caso de guerra (A. Sohn-Rethel, *Economía e struttura di classe del fascismo tedesco*, cit., pp. 155-156)."

El fascismo es un *monstrum*, una "forma desgarrada", es más: la "forma de ruptura" (*Bruchform*) de un capitalismo "ya no capitalista", que se ha desembarazado de la ley del valor, y que encuentra en el rearme y en la guerra la única salida de sus contradicciones internas.

La política económica del nacionalsocialismo se configura, para Sohn-Rethel, como una especie de "doble estrategia": apun-

ta, en efecto, simultáneamente, a la producción de plusvalor absoluto y a la "absorción de las pérdidas" por parte del estado. El nexo entre el "regreso a la producción de plusvalor absoluto" y el "financiamiento estatal de la coyuntura de inversiones" (que se refiere a la producción de valores no reproductivos, o sea, de los armamentos) consiste en que la producción de plusvalor absoluto está ligada a la presión terrorista ejercida sobre el salario real.

Sohn-Rethel encuentra, por lo tanto, en el interior de la "coyuntura fascista", entre las fases o "contextos dinámicos" fundamentales:

- 1] el impulso a la producción de valores no reproductivos (armamentos y política de pleno empleo financiada por el estado);
- 2] la posibilidad de los monopolios de verter sobre el estado las propias "pérdidas de ganancia";
- 3] el uso del estado para la compresión violenta del salario.

Sin embargo, a pesar de la agudeza del análisis de la relación entre financiamiento estatal y política de armamentos, el planteamiento de Sohn-Rethel no logra, por las razones teóricas ya consideradas, plantear de una manera coherente la relación entre política y economía dentro del fascismo, haciendo convivir de manera ambigua el aspecto de la "necesidad económica objetiva" con el de las funciones cualitativamente nuevas del estado. En efecto, si por un lado, reduce toda la dinámica del sistema de poder nacionalsocialista a la necesidad imperiosa del "regreso a la producción de plusvalor absoluto" (expresión que indica, por otra parte, —como lo señalaron J. Agnoli, B. Blanke y N. Kadritzke—⁶¹ un uso por lo menos impropio de las categorías marxianas), por otra parte parece resolver el dilema entre "primacía de la industria" y "primacía de la política", que hace algunos años dividió el campo de los historiadores alemanes del nacionalsocialismo⁶² en favor del segundo término.

Al analizar la solución dada por Göring en 1936 al conflicto

⁶¹ Cf. La citada "Introducción" de J. Agnoli, B. Blanke y N. Kadritzke, a la edición alemana de *Economía e struttura di classe*, cit., p. 15.

⁶² Es particularmente significativo el debate que se desarrolló a partir de 1966 en la revista *Das Argument* alrededor de la tesis de la "primacía de la política" como clave explicativa del régimen nacionalsocialista propuesta por el historiador inglés Timothy Mason. Cf. T. Mason, "Der Primat der Politik - Politik und Wirtschaft im Nazionalsozialismus", *Das Argument*, num. 41, 1966, pp. 473-494; E. Czichon, "Der Primat der Industrie im Kartell der nazionalsozialistischen Macht", *Das Argument* núm. 47, 1968, pp. 168-192; T. Mason, "Primat der Industries? - Eine Erwiderung", *ibid.*, pp. 193-209; D. Eichholtz - K. Grossweiler, "Noch einmal: Politik und Wirtschaft 1933-1945", *ibid.*, pp. 210-227.

entre Darré y Schacht, Sohn-Rethel la reduce a las que él llama las “dos leyes de tendencia fundamentales” del régimen: o sea, 1] la subordinación de la agricultura a la industria y 2] la sumisión de los mismos intereses privados de la burguesía industrial al poder estatal controlado por el Partido nacionalsocialista. Sobre este punto, Sohn-Rethel parece acercarse a la tesis expresada en 1964 por Arthur Schweitzer⁶³ —que ve en 1936 el momento de la transición del “fascismo parcial” al “fascismo total” (que da origen a una forma de “capitalismo político”)— y repetida posteriormente por Dieter Petzina,⁶⁴ para el que con el Plan cuatrienal queda suprimida definitivamente la “autonomía de la industria” y se inaugura una *staatliche Kommandowirtschaft*. Ambos autores, sin embargo, a pesar de insistir en el significado de ruptura de 1936, no se apartan de la “*pluralismustheoretische*” *Auffassung*, o sea de la interpretación del nacionalsocialismo como sistema de poder sólo aparentemente monolítico-totalitario, aunque en realidad constantemente lacerado por los conflictos entre los principales grupos de poder pertenecientes a la clase dominante, que se encuentra expresada de manera ejemplar en el *Behemoth* de Franz Neumann.

Del mismo modo que Neumann (para el que la industria, el ejército, la burguesía estatal y el partido son los cuatro “grupos de presión” que se reparten el poder), Schweitzer habla de la Alemania nazi como de una “sociedad cuatripartita”; y de la misma manera, Petzina admite que ni siquiera el *Führerstaat* posterior a 1936 logró suprimir el estado de conflictualidad con el empresariado y con los demás sectores,⁶⁵ a pesar de que las relaciones de fuerza se habían desplazado decididamente en favor del partido. Lo que de algún modo constituye la superioridad de un libro como el *Behemoth* (al que Sohn-Rethel considera como un antecedente directo de su trabajo) en relación con este o con otros resultados más recientes de la interpretación “pluralista” (que pudieron uti-

⁶³ A. Schweitzer, *Big business in the Third Reich*, cit., pp. 56 y ss. Este libro representa una tentativa de teoría de la relación entre la economía y la política en el “capitalismo organizado”. Su ascendencia weberiana se pone de relieve sobre todo en el trabajo preparatorio: “Business power under the Nazi regime”, en *Zeitschrift für Nationalökonomie*, 1960, pp. 414-442.

⁶⁴ Cf. D. Petzina, *Der nationalsozialistische Viertjahresplan. Entstehung, Verlauf, Wirkungen*, Diss., Mannheim, 1965, reelaborada posteriormente en el libro D. Petzina, *Autarkiepolitik im Dritten Reich. Der nationalsozialistische Vierjahresplan*, Stuttgart, 1968.

⁶⁵ *Ibid.*, pp. 197-198.

lizar también nuevos documentos)⁶⁶ consiste en el hecho de no perder nunca de vista la relación entre la “forma de dominio” fascista y la “estructura de clase” que la sostiene. El mérito de Neumann no consiste únicamente en haber penetrado bajo la costra superficial del “estado total” poniendo de manifiesto junto con una anatomía despiadada los virulentos antagonismos entre los cuatro principales grupos de presión, sino sobre todo en haber demostrado —contra las tesis “superestructuralistas” à la Lederer—⁶⁷ el carácter acentuadamente clasista de la “nueva sociedad” nacionalsocialista, ligando la estructura productiva y las características ideológico-institucionales como los problemas de la moderna *sociedad de masa*:

⁶⁶ Nos referimos en particular a los trabajos de H. Mommsen, *Beamtenum im Dritten Reich*, Stuttgart, 1966; H. Höhne, *Der Orden unter dem Totenkopf*, Gütersloh, 1967; P. Diehl-Thiele, *Partei und Staat im Dritten Reich*, Munich, 1969; M. Broszat, *Der Staat Hitlers*, Munich, 1969. Aunque el trabajo tal vez más simbólico de los recientes avances de la “pluralismustheoretische Faschismusinterpretation” es el de Reinhard Bollmus, *Das Amt Rosenberg und seine Gegner*, Stuttgart 1970. Bollmus presenta su propia investigación como un estudio sobre las “luchas de poder en el interior del sistema de dominio nazi” orientado a poner en evidencia el “carácter sintomático para las formas de la política del régimen en su conjunto, tanto en el interior como en el exterior” (p. 10) A través del análisis minucioso de los “conflictos de competencias en el interior del ‘Amt Rosenberg’”, sobre todo entre Goebbels, Himmler y Ley, Bollmus se propone demostrar que el régimen nacionalsocialista lejos de ser una organización monolítica es lacerado constantemente por contrastes irreductibles entre las distintas agrupaciones de poder (cf. las pp. 240 y ss.). En este sentido, Bollmus parece llegar a la misma conclusión que Neumann, en la medida en que habla del fascismo alemán como expresión de una total “carencia de plan”, o sea de un caos institucionalizado en el que Hitler logra conservar en sus propias manos el poder dividiéndolo sabiamente entre las partes en pugna y reservándose el papel de *supremus arbiter*. En la definición “formal” del estado nazi, Bollmus se remite a la teoría del “doble estado” de Fraenkel, según el cual en el fascismo las normas conviven con las providencias sociales y con el estado de excepción. Lo que le hace falta a Bollmus es, sin embargo: a] respecto a Neumann, el planteamiento de la relación entre forma de dominio fascista y ordenamiento socio-económico y de clase que lo sostiene; b] respecto a Fraenkel, la articulación fundamental del discurso, que relaciona la actitud jurídico-institucional del estado frente a las clases sociales; Fraenkel habla en efecto, de *Normen-Staat* respecto a los capitalistas y de *Massnahme-Staat* respecto a los obreros y a las masas trabajadoras (cf. E. Fraenkel, *Der Doppelstaat* (1940), Francfort, Colonia, 1974, pp. 25 y ss, y 88 y ss.).

⁶⁷ En su libro *The state of the masses - The threat of the classless society*, Nueva York, 1940, Emil Lederer había sostenido la tesis de que el nazismo era una sociedad totalitaria sin clases, caracterizada por una relación directa, o sea, emotivo-carismática, entre las masas y el Führer.

“El nacionalsocialismo no creó los hombres-masa; aunque completó el proceso, destruyendo toda institución que pudiera obstaculizarlo. Las transformaciones de los hombres en hombres-masa es fundamentalmente el producto del moderno capitalismo industrial y de la democracia de masa. Hace más de un siglo, los contrarrevolucionarios franceses De Maistre y Bonald, y el español Donoso Cortés, afirmaron que el liberalismo, el protestantismo y la democracia, odiados por ellos, tomaban los gérmenes del hombre-masa de las emociones y que finalmente le darían vida a la dictadura de la espada. La democracia de masa y el capitalismo monopolista hicieron germinar de hecho estas simientes, aprisionando al hombre en una red de organizaciones semiautoritarias que controlan su vida desde su nacimiento hasta su muerte, y que han empezado a transformar la cultura en propaganda y en una de tantas mercancías. El nacionalsocialismo pretende haber frenado esta tendencia creando una sociedad que ya no está dividida en clases sino en profesiones y competencias. Esto es absolutamente falso. El nacionalsocialismo llevó en realidad el proceso mismo que pretendía combatir a la suprema perfección. Eliminó todas las instituciones que en los regímenes democráticos preservan todavía algunos residuos de espontaneidad humana: la *privacy* del individuo y de la familia, los sindicatos, los partidos políticos, las iglesias, las organizaciones recreativas. Al atomizar las masas subyugadas (y en cierta medida también los jefes), el nacionalsocialismo no eliminó las relaciones de clase; al contrario, profundizó y consolidó los antagonismos.”⁶⁸

La posición de Neumann, sin embargo, no se aparta únicamente de las tesis de Lederer —para el que el nacionalsocialismo era una sociedad sin clases, polarizada por el nexo carismático entre una masa amorfa y el Führer—, sino también de las de Friedrich Pollock, articuladas de una manera muy distinta. Mientras este último afirma en su ensayo *Capitalismo de estado. Posibilidades y límites* (redactado, como el *Behemoth*, en 1941, en el ámbito de las investigaciones emprendidas por el Institute of Social Research), que en la Alemania nazi el interés por la ganancia, a pesar de seguir desempeñando un papel importante, “se subordina gradualmente al ‘plan’ general”,⁶⁹ Neumann encuentra en el mis-

⁶⁸ F. Neumann, *op. cit.*, pp. 330-331. Sobre Neumann, cf. G. Stollberg, “Der vierköpfige Behemoth, Franz Neumann und die moderne Auffassung vom pluralistischen Herrschaftssystem des Faschismus”, en *Gesellschaft, Beiträge zur Marxschen Theorie*, 6, pp. 92-117.

⁶⁹ F. Pollock, *Teoria e prassi dell'economia di piano*, cit., p. 206. Pollock señala, aquí, en términos que recuerdan la posición schumpeteriana,

mo el único cuello de botella verdadero del sistema de poder: razón por la cual la misma combinación entre estado y monopolios, lejos de significar una estatalización de la economía, representa la servidumbre del poder público a los intereses de los grupos privados de interés.⁷⁰

Pero si este enfoque le permite a Neumann superar la abstractización “idealtípica” del capitalismo de estado realizada por Pollock y por Horkheimer —incapaces de descubrir en él cualquier “límite económico” o contradicción estructural—, no lo aparta de los cauces del descriptivismo sociológico: no obstante que presenta una reconstrucción extraordinariamente brillante de la rivalidad y de las combinaciones de interés entre las diversas fracciones de la clase dominante, no logra explicar las razones de su “mantenerse unidas” y de su “funcionar” en relación con el mecanismo social en su conjunto. A causa de su tendencia a “personalizar las relaciones de capital”, Neumann —como lo señaló recientemente un investigador alemán— “logra captar únicamente los fines particulares de los cuatro grupos dominantes”, justificando su cohesión hegemónica con el recurso a factores psicológicos tales como el prestigio, el poder, el miedo, el ansia de ganancia, etc., más bien que a través de “su función dentro del sistema económico y de dominio”.⁷¹

Comparado con la posición de Neumann, por una parte, y con la de Pollock y Horkheimer, por la otra, el análisis de Sohn-Rethel parece colocarse en una posición intermedia, y por consiguiente híbrida y escasamente resolutoria del problema fundamental que a este nivel del debate ya no es tanto el de la autonomía o heteronomía del poder fascista,⁷² sino más bien el de la relación que se estableció en el mismo entre la política y la economía. A pesar de que Sohn-Rethel se libra de los aspectos capciosos de la *Totalitarismustheorie* y de las limitaciones descriptivas de la *Pluralismustheorie*, reproduce el nudo, aún no resuelto, en la forma de una combinación paradójica de economía y politicismo. Si por un

la necesidad de tomar en cuenta “transformaciones que sufrió una categoría como la ‘ganancia’ en la sociedad moderna” (*ibidem*). Cf. J. A. Schumpeter, *Capitalismo, socialismo, democracia*, Milán, 1973, p. VII.

⁷⁰ Cf. F. Neumann, *op. cit.*, pp. 320 y 271 y ss.

⁷¹ G. Stollberg, *op. cit.*, p. 100.

⁷² Sobre la alternativa autonomía-heteronomía del régimen nacionalsocialista, cf. la introducción de Ernst Nolte al libro colectivo *Theorien über den Faschismus*, Colonia-Berlín, 1967. Sobre una crítica a esta alternativa, cf. Agnoli, “Zur Faschismus-Diskussion”, en *Berliner Zeitschrift für Politologie*, año XI, 1968, fascículos 2 y 4; B. Blanke, “Thesen zur faschismus Diskussion”, en *Sozialistische Politik*, año I, 1969, fascículo 3.

lado Sohn-Rethel niega, en efecto —al igual que Neumann—, la existencia de un proyecto orgánico de planificación en el nacionalsocialismo, y afirma que las orientaciones de política económica corresponden en realidad a los intereses de los grupos y de las coaliciones que son más fuertes en cada ocasión, no descubre, por otra parte, en el lanzamiento del Segundo Plan cuadrienal el sometimiento de los intereses de la industria a la lógica coactiva del “modelo fascista”. Además, si en el interior de este “modelo” sigue existiendo y se acentúa la división de clase, las luchas sociales ya no se configuran como luchas por la repartición del ingreso (como en la “fase de la producción del plusvalor relativo”) sino como luchas por la repartición de los costos reales de la *formación ficticia de la ganancia*.

También en la cuestión del papel desempeñado por la ganancia en la organización nazi de la economía, Sohn-Rethel aparece, por tanto, igualmente distante de Neumann que de Pollock. De acuerdo con su tesis, en la “coyuntura fascista” la caída de la tasa de ganancia es frenada en los umbrales de la “cuota cero” a través de la elevación de la tasa de plusvalor. Entre 1932 y 1936, la tasa media del salario real neto baja en un 33%, mientras que en el mismo periodo el horario de trabajo sufre un incremento del 15% y los ritmos laborales se aceleran en un 20-25%. De este modo, en el “modelo fascista” se produce una elevación artificial de la tasa de acumulación, al mismo tiempo que se presenta una baja en la tasa de consumo. En este carácter “apremiante” de la vía fascista es donde radica, para Sohn-Rethel, la raíz del conflicto entre la burguesía y el partido: la formación de la ganancia es cubierta, en efecto, sólo parcialmente por la elevación de la tasa de plusvalor, en tanto que para la parte no cubierta tiene como contrapartida el déficit del estado.

La “coyuntura fascista” llega hasta el punto de desafiar los mismos “límites de la elasticidad de la producción, de los materiales, de las capacidades y de las fuerzas de trabajo disponibles”: Si por un lado se sustrae de “la restricción de las crisis cíclicas”, por el otro se sujeta al aumento incontrolado e incondicionalmente ilimitado de la producción. La salida *inevitable* del sistema nacionalsocialista es, pues, “la crisis final bélica” (cf. A. Sohn-Rethel, *Economía e struttura di classe del fascismo tedesco*, cit., pp. 166-168).

Michael Kalecki presenta en una forma parecida la lógica apremiante de este desenvolvimiento y describe de esta manera la transición del estado fascista de la política de ocupación plena a la política armamentista: “El hecho de que los armamentos son el

sostén de la política de ocupación plena de los fascistas tiene una profunda influencia en su carácter económico. Los armamentos a gran escala son inseparables de la expansión de las fuerzas armadas y de la preparación de planes para la guerra de conquista. También inducen al rearme competitivo de los otros países. Esto hace que el principal objetivo del gasto cambie gradualmente de la ocupación plena al aseguramiento del máximo efecto del rearme. La resultante escasez de recursos conduce a la reducción del consumo, comparado con lo que podría haber sido bajo la ocupación plena. El sistema fascista empieza por la superación del desempleo, evoluciona hacia una “economía armamentista” de escasez y culmina, fatalmente, en la guerra.”⁷³

En el ámbito de las interpretaciones “radicales de izquierda” del fascismo, le sale al encuentro a una posición como la de Sohn-Rethel (y de Kalecki) la de los historiadores que encuentran la única restricción del régimen en la necesidad de mantener un control absoluto sobre los movimientos de la clase obrera.⁷⁴ De acuerdo con esta hipótesis de la “historiografía alternativa”, la presión ejercida sobre el salario real no depende, pues, de ninguna “necesidad económica objetiva”, sino más bien de la necesidad *política* de mantener dividida a la clase obrera mediante el “sistema del trabajo forzado”.⁷⁵ Nos encontramos así en presencia de un claro dualismo interpretativo: por un lado la tesis sohn-retheliana, que —partiendo de la afirmación del carácter estructuralmente “apremiante” de la “vía fascista” como regreso a la producción de plusvalor absoluto— remite la ambivalencia del lazo que une la burguesía con el régimen al carácter “antieconómico” de la formación de ganancia: por el otro, la vieja tesis obrerista de Elizabeth Behrens y Karl Heinz Roth, que explica la trayectoria de la dictadura desde la consolidación en régimen hasta la salida bélica con las necesidades imperiosas de hacer frente, a través de las formas cada vez más radicales de control represivo, a las con-

⁷³M. Kalecki, *Sulla dinamica della economia capitalistica. Saggi scelti 1933-1970*, bajo el cuidado de Carlo Boffito, Turín, 1975. pp. 169-170. [En esp., *Ensayos escogidos sobre dinámica de la economía capitalista*, México, FCE, 1977, p. 162-163.]

⁷⁴ Esta tesis sirve de base al ensayo de Elizabeth Behrens, “Lotte operaie e contrattacco capitalistico sotto il Nazionalsocialismo”, en K. H. Roth, *L'altro movimento operaio*, Milán 1976, pp. 97 y ss. Sobre un análisis más articulado y documentado de la política “obrera” nacionalsocialista, cf. la reciente investigación de T. Mason, *Arbeiterklasse und Volksgemeinschaft. Dokumenten und Materialien zur deutschen Arbeiterpolitik 1936-1939*, Opladen, 1975.

⁷⁵ Cf. E. Behrens *op.cit.*, pp. 136 y ss.

tradiciones provocadas por el "ciclo de las luchas obreras".⁷⁶ El cuadro se complica aún más si consideramos la variable interpretativa introducida por la nueva escuela de historia social germano-occidental, que, a través del empleo de categorías weberianas, tiende a reconstruir la historia global del Reich, desde Bismark hasta Hitler, como la continuidad de un "socialimperialismo" dentro del cual la dinámica político-social desempeña un papel relativamente autónomo con respecto al "proceso económico": la misma tendencia expansionista —que constituye una constante del estado alemán— no es únicamente un resultado de las contradicciones económicas, sino más bien una función de manipulación de las masas por el control del carácter conflictivo social y por la consolidación del *statu quo* interno.⁷⁷

En este "espectro interpretativo" —por ajeno que sea al instrumentalismo mecánico "stamokapista"— se presenta de nuevo el peligro de una desarticulación de la política en relación con la economía.

¿Estas relaciones se establecen entre el nuevo ordenamiento económico-productivo y el cambio de la forma de estado? ¿Cómo se reorganiza la *hegemonía* capitalista alrededor del vector resultante de la multiplicidad de los conflictos entre las fracciones de la clase dominante?

A estas preguntas sólo es posible darles una respuesta si estamos dispuestos a analizar el fascismo como una manifestación de la nueva relación que se establece en el capitalismo de los años treinta —o sea después de la ruptura "epocal" de 1929— entre la *crisis* y el *desarrollo*. Pero esta relación ya no puede resolverse en la vieja categoría de la "crisis final" (más o menos revisada). Así como el desenvolvimiento de la relación de producción capitalista después de la gran crisis no se puede reducir a una tentativa desesperada de regresar de una "zona de pérdida" a una "zona de ganancia". Si así fuera, el fascismo sería verdaderamente el *monstrum* (el capitalismo "ya no capitalista") del que habla Sohn-Rethel, y la crítica de la economía política vería irre-

⁷⁶ M. Cacciari intuyó con razón en esta tesis una "ideologización de corte 'obrerista' de tipo antiguo, apegada al concepto de 'composición de clase' [...] que tiende a excluir los rasgos organizativo-institucionales, las relaciones entiéndase bien, *aun conflictivas* con los sectores mayoritarios del movimiento y el conjunto del Estado" (M. Cacciari, "C'e un 'altro' movimento operaio?", en *Rinascita*, núm. 41, 1976; actualmente contenido en Varios autores, *Il caso Karl-Heinz Roth. Discussione sull' "altro" movimento operaio*, bajo el cuidado de M. G. Meriggi, Milán, 1978, pp. 41-42).

⁷⁷ El libro de H. U. Wehler, *Das Deutsche Kaiserreich 1871-1918*, Gotinga, 1975, representa un "modelo" de esta reconstrucción historiográfica.

mediablemente "destrozadas" sus leyes. Pero sí vemos en el fascismo *una* forma de manifestación del viraje histórico del modo de producción capitalista que, durante el periodo comprendido entre las dos guerras, tuvo su fase más elevada en la experiencia del *New Deal* (que se diferencia claramente de la solución fascista por las *implicaciones sociales*), el problema de su "interpretación materialista" (a la que no es ajeno el destino de la crítica política adecuada a la estructura global de las actuales sociedades industriales) coincide con el de un *análisis diferenciado* capaz de explicar tanto las discontinuidades del proceso de transformación como su relación disimétrica con los cambios político-institucionales, determinando en qué medida las instrumentaciones "de tendencia contraria" gravitaron en las relaciones de producción, "repolitizándolas".⁷⁸

Kalecki parece darse cuenta de esta exigencia —y de esta dificultad—, cuando interpreta el régimen nacionalsocialista como la primera forma histórica de "ciclo político" capitalista: "Una de las funciones importantes del fascismo, tal como está representado por el sistema nazi, consistió en eliminar las objeciones capitalistas al pleno empleo. [...] La aversión hacia el gasto público, ya sea en inversión o consumo público queda superada concentrando los gastos del gobierno en armamentos. Finalmente la 'disciplina en las fábricas' y la 'estabilidad política' se conservan en condiciones de plena ocupación por medio del 'nuevo orden' que va desde la supresión de los sindicatos hasta los campos de concentración. La presión política remplace ya a la presión económica ejercida por la desocupación."⁷⁹

Ni Kalecki, ni Sohn-Rethel nos dicen cómo se manifiesta esta *nueva fase* en términos de reordenamiento económico-institucional, de organización a escala global en su conjunto, de estructura de la fuerza de trabajo manual y técnica, etc. (y qué diferencias o analogías se establecen en relación con las soluciones que prevalecieron en los "eslabones fuertes" de la cadena capitalista mun-

⁷⁸ Sobre el concepto de "repolitización de las relaciones de producción" en el "capitalismo organizado", cf. J. Habermas, *Legitimations-probleme im Spätkapitalismus*, Francfort, 1973 (J. Habermas, *La crisi della razionalità nel capitalismo maturo*, Bari, 1975).

⁷⁹ M. Kalecki, *op. cit.*, p. 169 [p. 162]. Véase también, de Kalecki, el ensayo de 1935, "La stimolazione della congiuntura nella Germania hitleriana", actualmente en *Sul capitalismo contemporaneo*, Roma, 1975, pp. 3-11. El planteamiento kaleckiano nos parece, aun para los fines del análisis del nacionalsocialismo, mucho más fecundo que el esquema subconsumista predominante en el libro de Ch. Bettelheim, *L'economia della Germania nazista*, Milán, 1973. [Hay edic. en esp.]

dial). Aunque se trata de una cuestión decisiva, que afecta al mismo tiempo el carácter simbólico y el carácter específico del sistema fascista: su reductibilidad a una tendencia "histórico-mundial" del desarrollo capitalista y su "atraso" en relación con las puntas más elevadas del proceso de transformación y de organización.

En la actualidad sólo es posible darle una respuesta a esta cuestión si se evitan las unilateralidades, opuestas o simétricas, del economicismo y del politicismo, emprendiendo un análisis que aborde el cambio de forma del estado capitalista de los años treinta en el contexto de las modificaciones que se establecieron en la composición y en la dinámica de las clases.

"El desarrollo de una nueva forma de estado y de una nueva forma de dominio de la burguesía ya no se puede deducir directamente de los cambios económicos y ni siquiera del cambio de las funciones económicas del estado. Una explicación tan mecánica dejaría fuera de la evolución, junto con la cuestión de las premisas político-históricas y de las matrices de clase del revolucionamiento, precisamente la fase de la lucha y daría, además, resultados que no se pueden utilizar para los fines de la orientación política. Es cierto en cambio que el crecimiento y el cambio de las funciones del estado, para ser comprendidas plenamente requieren por sí mismas también un análisis de las luchas de clase y de las modificaciones de la organización político-social a través de cuya dinámica se impone la necesidad económica. Si se lo relaciona simplemente con una época de elevada organización del capital y de amplias concatenaciones entre el capital y el estado, el fascismo no se explica, ni siquiera cuando se analiza más de cerca el tipo de estas concatenaciones. Lo primero que hay que explicar es por qué esta evolución hacia una centralización creciente de la producción bajo el influjo estatal sigue llevándose a cabo bajo el dominio del capital y no de modo socialista bajo el dominio del proletariado; en segundo lugar, cómo es posible que esta evolución logre imponerse de modo capitalista, cuáles son sus matrices de clase, de qué tipo es el conflicto entre las nuevas necesidades económicas y las viejas formas políticas, qué cosa es, por lo tanto, lo que determina el nuevo sistema político en su esencia."⁸⁰

⁸⁰ P. Sering (Löwenthal) *op. cit.*, en R. De Felice, *Il fascismo. Le interpretazioni dei contemporanei e degli storici*, cit., pp. 296-297.

INDICE DE NOMBRES

- Accornero, Aris: 116n.
 Acquarone, Alberto: 59n.
 Adler, Friedrich: 37, 164, 183n.
 Adler, Max, 27, 74n, 128n, 137n, 138n, 164, 165, 169, 171n, 172, 174n, 175-177, 178n, 186, 187, 189.
 Adler, Viktor: 164-166.
 Adorno, Theodor W.: 40, 41n, 50, 195, 220, 222, 223n, 224, 225, 228, 250.
 Agnoli, Johannes: 229n, 247n, 253, 257n.
 Agosti, Aldo: 108n.
 Althusser, Louis: 18.
 Asor Rosa, Alberto: 67n.
- Baade, Fritz: 52.
 Backhaus, Hans G.: 19, 141n, 221n.
 Badaloni, Nicola: 142n.
 Bakunin, Mijáil: 151n.
 Baran, Paul: 46, 114, 153n, 247, 248.
 Barcellona, Pietro: 60n.
 Basso, Lelio: 44n, 78n, 79n.
 Bauer, Otto: 7, 27, 37, 52, 74, 91n, 107, 133n, 134n, 166n, 164-171, 173-178, 182-186, 188-190, 196, 201, 202, 204n, 244n.
 Beckerath, H. von: 233n.
 Behrens, Elizabeth: 259.
 Benjamin, Walter: 228.
 Bentham, Jeremy: 57.
 Berkenkopf, P.: 233n.
 Berliner, E.: 228.
 Bernstein, Eduard: 19n, 21, 32, 82, 89, 102, 125, 129n, 133, 137n, 172, 178, 196, 226n.
 Bettelheim, Charles: 261n.
 Bismarck, Otto von: 53, 260.
 Blanke, Bernhard: 229n, 247n, 253, 257n.
 Bloch, Ernst: 52.
- Bobbio, Norberto: 14.
 Bock, Hans M.: 91n, 93n, 128n.
 Bodei, Remo: 25n.
 Boffito, Carlo: 259n.
 Böhm-Bawerk, Eugen von: 105, 199.
 Bolaffi, Angelo, 55n.
 Bollmus, Reinhard: 255n.
 Bologna, Sergio: 112n, 113n, 115n, 129n, 130n.
 Bonacchi, Gabriella: 99n, 113n, 151n.
 Bonald, Charles de: 256.
 Borkenau, Franz: 194n.
 Bosch, Carl: 239.
 Böse, P.: 55n.
 Brady, Robert: 233n.
 Braudel, C.: 95n.
 Braun, Adolf: 169.
 Braunthal, Julius: 136, 139, 203n.
 Brendel, Cajo: 96n.
 Broszat, M.: 255n.
 Brüning, Heinrich: 163, 230, 231, 236, 239.
 Buckmiller, M.: 129n.
 Bujarin, Nikolai: 14n, 131n, 203n, 215n.
 Bulgakov, Serguei N.: 213n.
- Cacciari, Massimo: 21n, 25n, 44n, 55n, 65n, 129n, 190n, 249n, 260n.
 Cantimori, Delio: 109n.
 Caprivi, Leo von: 239.
 Carandini, Guido: 59n.
 Cassese, Sabino: 59n.
 Cavazzuti, F.: 57n.
 Ceppa, Leonardo: 104n.
 Cerroni, Umberto: 128n.
 Cerutti, Furio: 150n, 205n.
 Ciliberto, Marcello: 109.
 Claudín, Fernando: 95n.
 Claussen, D.: 150n, 205n.
 Clemenz, M.: 242n.

Cogoy, Marcel: 132n.
 Colletti, Lucio: 18n, 19, 83n,
 124n, 203n, 225n, 226n.
 Colloti, Enzo: 54n, 162n, 230n.
 Cortés, Donoso: 256.
 Crouch, C.: 62n.
 Cunow, Heinrich: 74, 82, 83n,
 124, 169.
 Curi, Umberto, 21n.
 Czichon, Eberhard: 242n, 253n.

D'Antonio, Marco: 64n.
 Darré: 254.
 Déat, Marcel: 108.
 Deborin, Abraham: 14n.
 De Brunhoff, Suzanne: 65n.
 De Felice, Franco: 116n.
 De Felice, Renzo: 244n, 250n,
 262n.
 De Giovanni, Biagio: 23n, 25n,
 29n, 141n, 152n.
 De la Vega, Rafael: 164n.
 De Maistre, Joseph: 256.
 De Man, Henri: 108.
 De Masi, Guido: 84n, 119, 128n,
 129n.
 Deutsch, Julius: 137n, 165.
 Diehl-Thiele, P.: 255n.
 Dietzgen, Joseph: 87.
 Dobb, Maurice: 200n, 212.
 Dollfus, Engelbert: 189.
 Donolo, Carlo: 43n, 67n.
 Drechsler, Hanno, 128n.
 Dühring, Eugen: 214.
 Duisberg, Carl: 235, 239.
 Duso, A.: 65n.

Eichholtz, Dietrich: 253n.
 Ellenbogen, W.: 180n.
 Engel, A.: 137n.
 Engels, Friedrich: 97, 130, 144n,
 151, 156, 176, 200n.
 Euchner, W.: 142n.

Fano, Ester: 54n, 59n.
 Feder, Gottfried: 237n.
 Foucault, Michel: 66.
 Fourier, Charles: 214n.
 Fraenkel, Ernst: 51, 255n.
 Frank, Waldo: 137n.

Galli Della Loggia, Ernesto.:
 109n.
 Gargani, Aldo: 20n.
 Gerlach, Erich: 127n.
 Gerratana, Valentino: 30n, 116n.
 Gillman, Joseph M.: 207n.
 Giorello, G.: 20n.
 Giva, D.: 22n, 64n.
 Goebbels, Paul Joseph: 255n.
 Göring, Hermann: 241, 243, 253.
 Gorter, Herman: 91-94, 96.
 Gossweiler, Kurt: 234n, 253n.
 Gramsci, Antonio: 30, 80, 88n,
 95n, 103, 115, 116, 182n.
 Graziani, Augusto: 64.
 Grifone, Pietro: 230n.
 Grossmann, Henryk: 7, 16, 84,
 98-102, 104, 105, 107, 110-116,
 124n, 125, 131-135, 138, 139,
 142, 143, 144n, 145, 146, 149,
 150, 183n, 194n, 195-206, 208,
 211, 212, 214, 220, 221.
 Grünberg, Carl: 98n.

Haase, Hugo: 89.
 Habermas, Jürgen: 38, 40-44, 48-
 50, 61-63, 136n, 225n, 248n,
 261n.
 Hahn, Max: 230, 238.
 Halfmann, J.: 247, 250n.
 Hallgarten, Georg: 232n, 234n.
 Hegel, Georg W. F.: 25, 30, 82,
 198.
 Helfferich, Hans: 240.
 Henning, Eike: 234n, 243n.
 Hermanin, Federico: 132n, 150n.
 Hilferding, Rudolf: 7, 26, 27, 32,
 36, 37, 51, 52, 74, 75, 83, 90,
 102, 105-108, 110, 111, 113-115,
 125, 133n, 136, 139, 154-159,
 162, 163, 169, 177-181, 188, 190,
 202, 207, 213, 235, 245.
 Himmler, Heinrich: 255n.
 Hitler, Adolf: 53, 229, 235, 237,
 241, 243, 260.
 Hoffmann, W. G.: 232n.
 Höhne, H.: 255n.
 Horkheimer, Max: 7, 39, 40, 50,
 193-195, 210, 214, 225, 228,
 250, 251, 257.
 Hugenberg, Alfred: 242, 243.

Ihlau, O.: 128n.
 Ilgner: 241.

Jänicke, Martin: 44n.
 Jay, Martin: 38.

Kadelbach, Gerd: 223.
 Kadritzke, Niels: 229n, 247n, 253.
 Kalecki, Michael: 16, 64, 113,
 116, 258, 259, 261.
 Kassel, Rudolf: 137n.
 Kauder, E.: 37n.
 Kautsky, Karl: 26, 74, 76-82, 83n,
 84, 89-90, 93, 130, 133, 157,
 165-167, 169, 170-173, 178, 183n,
 203n.
 Kelsen, Hans: 36, 53n, 60n, 169,
 175-179, 182, 183, 185, 186.
 Keppler: 237.
 Keynes, John M.: 50n, 55-57, 63,
 64, 84, 207n, 211, 219n.
 Kirchheimer, Otto: 51, 53, 239.
 Klein, Fritz: 228n, 242n.
 Kluge, Alexander: 142n.
 Kocka, J.: 231n.
 Korsch, Karl: 7, 82, 84, 97, 100n,
 101-103, 104n, 105n, 107, 113n,
 123-131, 133-135, 137, 143n,
 147, 150-152, 187, 202, 204n.
 Kowalik, Tadeus: 201n.
 Krahl, Hans Jürgen: 118, 136n,
 140n, 142n, 150n, 204n, 205n,
 224n.
 Krämer-Badoni, Theodor: 48n,
 49n, 61n.
 Krüger, W.: 233n.
 Krupp, A.: 238, 242n.
 Kühnl, Reinhard von: 240n, 243n.
 Kun, Béla: 84, 169.

Lademarcher, H.: 88n.
 Lafargue, Paul: 169, 178.
 Lange, Oskar: 201n.
 Langerhans, Hans: 113n, 202n.
 Lanzardo, Darío: 120n, 123n,
 222n.
 Lassalle, Ferdinand: 177, 178, 214.
 Lauer, M.: 132n.
 Laufenberg, Heinrich: 85.
 Ledebour, George: 89.

Lederer, Emil: 102, 124n, 125,
 255, 256.
 Leichter, Otto: 137n, 161-163.
 Leipart, Theodor: 159n.
 Lenin, Vladimir I.: 76, 77, 79,
 88, 92-94, 95n, 114, 115, 126,
 127, 130n, 139, 166, 190n, 205,
 213, 215n.
 Leser, Norbert: 138n.
 Levi, Paul: 189.
 Ley, Robert: 255n.
 Liebknecht, Karl: 89, 90.
 Lippi, Marco: 20n.
 Listt, Friedrich: 28.
 Lorwin, L.: 207.
 Low, A.: 169n.
 Löwenthal, Richard: 244, 249,
 250n, 262n.
 Luhmann, Niklas: 44, 48n, 63.
 Lukács, Georgy: 19, 50, 84, 129n,
 137, 138n, 150, 190n, 205, 206,
 222n, 223n, 224, 225.
 Luporini, Cesare: 129n, 140n,
 149n.
 Luxemburg, Rosa: 74, 77-80, 82-
 86, 92, 99, 102, 123-125, 130-
 133, 135, 170, 194, 196-199,
 203, 214n.
 Luzzato, Luigi: 108n.

Mach, Ernst: 37n, 183.
 Maffi, Bruno: 108n.
 Maier, Charles: 53, 229n.
 Maldonado, Tomás: 28n.
 Malthus, Thomas R.: 214.
 Mandelbaum, Kurt: 124n, 193,
 194, 195n, 196n, 216n, 219n.
 Marcuse, Herbert: 195, 219, 220.
 Marx, Karl: 15, 17-26, 29, 35,
 41n, 42, 43, 80, 83, 86-88, 97,
 99, 102, 103, 105-107, 112, 119,
 121, 122n, 126, 128, 129, 130n,
 132, 133, 136n, 138, 141, 143,
 144n, 147, 148, 151, 152, 153n,
 172, 176-178, 182-184, 186, 196n,
 197-202, 205n, 210-212, 213n,
 214, 217n, 221, 226, 228, 248,
 250, 251.
 Maschke, E.: 232n.
 Mason, Timothy: 253n, 259n.
 Mattick Paul: 7, 16, 100n, 101n,

- 104, 105, 106n, 107, 111, 112-114, 115n, 124n, 125n, 133n, 134, 135, 138, 139, 142, 143n, 147n, 149, 150, 151n, 195n, 197n, 198, 200n, 201-203, 204n, 205n, 207n, 212, 248.
- Mehring, Franz: 169, 178.
 Meriggi, M. G.: 260n.
 Merli, Stefano: 109n.
 Meubauer, Theodor: 228n.
 Meyer, Gerhard: 193, 194.
 Meynen, Otto: 227.
 Mijailovski, N.: 103, 126.
 Mises, Ludwig von: 179, 236n.
 Mitchell, W.: 112.
 Moellendorff: 237.
 Mommsen, H.: 233n, 255n.
 Mommsen, Wilhelm: 32n, 50n.
 Mondadori, M.: 20n.
 Morf, Otto: 19, 141n, 197n, 198n.
 Mořzkowska, Natalie: 112n, 113n, 202n.
- Naphtali, Fritz: 102, 108, 124n, 125, 159, 160n, 235n.
 Napoleoni, Claudio: 13, 203n.
 Negri, Antonio: 45n.
 Negt, Oskar: 14n, 118, 142n, 150n, 153, 205n.
 Nanning, Günter: 98n.
 Neumann, Franz: 51, 58, 162n, 188, 229, 240, 242, 254-258.
 Neurath, Otto: 179.
 Neussüs, Christel: 197n.
 Nolte, Ernst: 257n.
- Offe, Claus: 44-49, 61-63.
- Paggi, Leonardo: 74n, 138n.
 Pannekoek, Anton: 7, 74, 78, 85-89, 92, 93n, 96, 99-102, 104, 105n, 107, 124n, 125n, 134-136, 138, 143, 144, 151n, 204n.
 Panzner, Raniero: 119-121, 122n, 123n, 146-148, 222n.
 Papen, Franz von: 237, 239.
 Paris, Robert: 149n.
 Parsons, Talcott: 44.
 Petzina, Dieter: 233n, 238n, 243n, 254.
 Pizzorno, Alessandro: 62.
- Plejánov, Georgy: 178.
 Polanyi, Karl: 16n, 57, 179n.
 Pollock, Friedrich: 7, 39, 40, 69n, 111, 115, 193-196, 206-211, 214, 215-222, 223n, 250, 256-258.
 Potthof, Heinz: 160n.
 Pozzoli, Claudio: 96n, 113n, 129n, 151n.
 Preiser, Ernst: 203n, 212.
 Proudhon, Pierre-Joseph: 151n.
- Racinaro, Roberto: 53n, 55n, 60n, 128n.
 Radek, Karl: 84, 168.
 Radkau, J.: 232n, 234n.
 Ráthenau, Ealther: 55, 179, 237.
 Reichelt, Helmut: 19, 141n, 148n.
 Reinicke, H.: 140n, 141n, 142n, 250n.
 Renner, Karl: 27, 32, 36, 37, 137n, 169, 177, 178n, 179-181, 190.
 Reuter, Franz: 227, 230.
 Rexroth, T.: 247n, 250n.
 Ricardo, David: 199, 211n.
 Rickert, Heinrich: 169.
 Rödbertus, Johann K.: 214.
 Röder, W.: 244n.
 Ronge, V.: 44n, 46n, 47, 49.
 Rosdolsky, Roman: 19, 134n, 140, 141n, 197n, 198n, 200, 201n, 213n, 217n.
 Rosenbaum, Wolf: 206n.
 Rosenberg, Alfred: 59, 182n.
 Rossi, Pietro: 28n, 32n.
 Roth, Karl H.: 259.
 Rühle, Otto: 151n, 217n.
 Rusconi, Gian Enrico: 39n, 101n, 104n, 108n, 157n, 158n, 160n, 163n, 187n, 189n, 200n, 229n.
 Rutigliano, Enzo: 91n.
- Salvadori, Massimo: 81n, 172n.
 Salvi, Cesare: 57n.
 Sandkühler, Hans J.: 164n.
 Santambrogio, M.: 21n.
 Sasuly, R.: 228n.
 Say, Jean-B.: 211n.
 Schacht, Hjalmar: 227, 232, 235, 237, 238, 241, 243, 254.
 Schackel, G.: 38n.

- Schleicher, Burt von: 237, 239.
 Schlenker, Max: 238.
 Schmalenbach, Eugen: 233, 246.
 Schmidt, Alfred: 38n, 39n, 140n, 141n, 142n, 148n, 150n, 200n, 205n, 225.
 Schmidt, Conrad: 200.
 Schmitt, Carl: 23, 24, 55.
 Schmitz: 241.
 Schroeder, Karl: 92.
 Schumpeter, Joseph A.: 13, 22, 26-28, 33-36, 51, 55n, 59, 63, 64, 112, 179, 249n, 257n.
 Schürmann, A.: 132n.
 Schweitzer, Arthur: 229, 230n, 254.
 Seipel, I.: 189.
 Sering, Paul: *seudónimo, véase Lowenthal, Richard.*
 Shackler, G.: 37.
 Simmel, Georg: 28.
 Sisoni, Simonde de: 124n, 145, 214.
 Sohn-Rethel, Alfred: 7, 17, 40, 41, 43, 46, 51, 69n, 140n, 227-231, 233, 236n, 238, 240, 243, 244-254, 257-261.
 Sombart, Werner: 28.
 Sorel, Georges: 103, 126, 129n.
 Spann, Othmar: 59.
 Stammler, Rudolf: 169.
 Stawar, André: 182n.
 Stegmann, Dirk: 234n, 235n, 236, 237n, 238n, 239n, 240n, 242n, 243n.
 Sternberg, Fritz: 99, 102, 104n, 124n, 125, 131, 132, 203n, 214, 244n.
 Steuermann, Carl: *seudónimo, véase Otto Rühle.*
 Stinnes, Hugo: 232, 233.
 Stollberg, G.: 256n, 257n.
 Strada, Vittorio: 77n.
 Strasser, Otto: 237.
 Struve, Piotr: 103, 126, 213n.
 Swatek, F.: 241n.
 Sweezy, Paul: 46, 114, 134n, 153n, 201, 203, 211n, 213n, 214, 247, 248.
- Tarantelli, E.: 65n.
 Tarnow, Fritz: 52, 102, 125.
- Telò, Mario: 54n, 69n.
 Thalheimer, August: 182n.
 Therborn, Goran: 218n.
 Thyssen, Fritz: 233, 237.
 Tjaden, K.: 128n.
 Tönnies, Ferdinand: 19, 28.
 Trebitsch, O.: 137n.
 Tronti, Mario: 25n, 64n.
 Trotski, León: 166n, 182n.
 Trottmann, Martin: 195n.
 Tugán-Baranovski, Mijáil: 112, 196, 212, 213n.
 Turner, Henry A.: 242n.
- Ungewitter, C.: 235n.
- Vacca, Giuseppe: 60n, 104n.
 Vahrenkamp, Richard: 249n.
 Valiani, Leo: 188n.
 Varga, Evgheni: 107, 109, 110, 111, 113, 187n, 198n.
 Veca Salvatore: 20n, 250n.
 Vernassa, M.: 59n.
 Vigorelli, Augusto: 150n.
 Villari, Lucio: 54n, 69n, 116n, 229n, 230n.
 Vogelsang, Th.: 238n.
 Vogler: 241.
 Vorländer, Karl: 137n.
- Wagemann, Ernst: 241.
 Wagener: 242.
 Warmboldt: 231.
 Warski, Adolf: 79n.
 Weber, H.: *seudónimo, véase Otto Bauer.*
 Weber, Max: 26-33, 36, 42, 50, 51, 58, 178, 180, 190.
 Wehler, Hans U.: 260n.
 Weisbrod, Bernd: 233n, 235n.
 Wilmowski, Thilo von: 230, 237n, 238, 239.
 Winkler, Heinrich A.: 157n.
 Wittfogel, Karl: 194n, 196n.
 Wolff, Otto: 233.
 Wolffheim: 85.
 Woytinsky, Wladimir: 52, 188.
 Wygodsky, Vitali S.: 217n.
- Zanardo, Aldo: 128n, 137n.
 Zarone, Girisse: 32n.
 Zilsel, E.: 137n.
 Zolo, Danilo: 48n.



papel editorial crema de fábrica de papel san juan, s.a.
impreso en talleres gráficos victoria, s.a.
primera privada de zaragoza núm. 18-bis - méxico 3, d.f.
tres mil ejemplares más sobrantes para reposición
29 de enero de 1982

CUADERNOS DE PASADO Y PRESENTE

- [PP01] MARX, K. Introducción general a la crítica de la economía política (1857) y otros escritos sobre problemas metodológicos [13a. ed.]
- [PP02] LÉVI-STRAUSS, C. Elogio de la antropología [3a. ed.]
- [PP03] BARAN, P. A. Excedente económico e irracional capitalista [6a. ed.]
- [PP04] ALTHUSSER, L. La filosofía como arma de la revolución [10a. ed.]
- [PP05] GUEVARA, E. Escritos económicos [Agotado]
- [PP06] GORZ, A. Y OTROS. Francia, 1968. ¿Una revolución fallida? [Agotado]
- [PP07] CERRONI, U./MAGRI, L./JOHN-STONE, M. Teoría marxista del partido político. Vol. 1 [7a. ed.]
- [PP08] BADIOU, A./ALTHUSSER, L. Materialismo histórico y materialismo dialéctico [7a. ed.]
- [PP09] GORZ, A. Y OTROS. Sartre y el marxismo [2a. ed. corregida y aumentada]
- [PP10] SANTI, P. Y OTROS. Teoría marxista del imperialismo [7a. ed.]
- [PP11] LUPORINI, C. Dialéctica marxista e historicismo.
- [PP12] LUKÁCS, G./LENIN, V. I./LUXEMBURG, R. Teoría marxista del partido político. Vol. 2 [6a. ed.]
- [PP13] LUXEMBURG, R. Huelga de masas, partido y sindicatos [5a. ed. ampliada]
- [PP14] RODINSON, M./TRABULSI, F. La revolución palestina y el conflicto árabe-israelí [Agotado]
- [PP15] KRASSÓ, N./MANDEL, E./JOHN-STONE, M. El marxismo de Trotski [3a. ed.]
- [PP16] PIANA, G. Y OTROS. El joven Lukács [2a. ed.]
- [PP17] PREOBRAZHENSKI, E. La nueva economía Vol. 1. [Agotado]
- [PP18] PREOBRAZHENSKI, E. La nueva economía Vol. 2 [Agotado]
- [PP19] PIZZORNO, A. Y OTROS. Gramsci y las ciencias sociales [5a. ed.]
- [PP20] MARX, K./HOBSBAWM, E. Formaciones económicas precapitalistas [7a. ed.]
- [PP21] BUJARIN, N. I. La economía mundial y el imperialismo [6a. ed.]
- [PP22] MODZELEWSKI, K./KURON, J. Revolución política o poder burocrático. Vol. 1: Polonia [Agotado]
- [PP23] COLLOTTI PISCHEL, E. Y OTROS. La revolución cultural china [Agotado]
- [PP24] AMIN, S./PALLOIX, CH./EMMANUEL, A./BETTELHEIM, CH. Imperialismo y comercio internacional [5a. ed.]
- [PP25] LENIN, V. I. Contra la burocracia/Diario de las secretarías de Lenin [3a. ed. corregida]
- [PP26] NEE, V. Y OTROS. China: revolución en la universidad [Agotado]

- [PP27] TROTSKI, L. El nuevo curso/Problemas de la vida cotidiana [3a. ed. corregida]
- [PP28] Los bolcheviques y la Revolución. Actas del Comité central del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (bolchevique) agosto de 1917 y febrero de 1918 [2a. ed.]
- [PP29] BUJARIN, N. I. Teoría económica del período de transición [3a. ed.]
- [PP30] MARX, K./ENGELS, F. Materiales para la historia de América Latina [4a. ed.]
- [PP31] BUJARIN, N. I. Y OTROS. Teoría del materialismo histórico [3a. ed. corregida y aumentada]
- [PP32] PANZIERI, R. Y OTROS. La división capitalista del trabajo [4a. ed.]
- [PP33] GERRATANA, B. Y OTROS. Consejos obreros y democracia socialista [2a. ed.]
- [PP34] TROTSKI, L./BUJARIN, N./ZINÓVIEV, G. El gran debate (1924-1926). Vol. 1: La revolución permanente [3a. ed.]
- [PP35] LUXEMBURG, R. Introducción a la economía política [6a. ed.]
- [PP36] STALIN, J./ZINÓVIEV, G. El gran debate (1924-1926): Vol. 2: El socialismo en un solo país [2a. ed.]
- [PP37] MARX, K./ENGELS, F. Sobre el colonialismo [3a. ed.]
- [PP38] ROSSANDA, R. Y OTROS. Teoría marxista del partido político: Vol. 3 [3a. ed.]
- [PP39] LUPORINI, C. Y OTROS. El concepto de "formación económico-social" [3a. ed.]
- [PP40] ASSADOURIAN, G. S. Y OTROS. Modos de producción en América Latina [7a. ed.]
- [PP41] LUKACS, G. Revolución socialista y antiparlamentarismo [2a. ed.]
- [PP42] PANNEKOEK, A. Y OTROS. Lenin filósofo
- [PP43] Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Primera parte [2a. ed.]
- [PP44] MALLET, S. Y OTROS. Economía y política en la acción sindical [2a. ed.]
- [PP45] KORSCH, K. ¿Qué es la socialización? Un programa de socialismo práctico
- [PP46] SWEEZY, P. M. Y OTROS. Teoría del proceso de transición
- [PP47] Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Segunda parte [2a. ed.]
- [PP48] POULANTZAS, N. Hegemonía y dominación en el Estado moderno [4a. ed. corregida]
- [PP49] HILFERDING, G./BÖHM-BAWERK, E./BORTKIEWICZ, L. Economía burguesa y economía marxista [2a. ed.]
- [PP50] MOSZKOWSKA, N. Contribución a la crítica de las teorías modernas de las crisis
- [PP51] LUXEMBURG, R. Y BUJARIN, N. I. El imperialismo y la acumulación de capital
- [PP52] SCHLESINGER, R. La internacional

